

# Handke

Alianza La repetición editorial



Peter Handke

# La repetición

Traducción de Eustaquio Barjau

**Alianza** editorial

# Índice

I. La ventana ciega

II. Los pastizales desiertos

III. La Sabana de la Libertad y el Noveno País

Créditos

Los reyes de los primeros tiempos han  
muerto, no encontraron su comida.

*El Zohar*

A veces estaba yo con éstos, a veces con  
aquéllos.

EPICARMO

... laboraverimus

COLUMELA

# I. La ventana ciega

Ha pasado un cuarto de siglo, o un día, desde que, siguiendo las huellas de mi hermano, que había desaparecido, llegué a Jesenice. Yo todavía no tenía veinte años y acababa de pasar el último examen en la escuela. En realidad hubiera podido sentirme liberado, porque, después de las semanas de estudio, se abrían ante mí las perspectivas de los meses de verano. Pero salí de viaje con el corazón dividido: en casa, en Rinkenberk, quedaban el padre, anciano, la madre, enferma, y mi hermana, perturbada mental. Además el último año, libre ya del internado religioso, me había integrado bien en la clase de la escuela de Klagenfurt y me sentía a gusto en aquel grupo, formado en su mayoría por muchachas; y ahora, de repente me encontraba solo. Mientras los otros subían en grupo al autobús que iba a llevarlos a Grecia, yo hacía el papel de hombre solitario que quería ir por su cuenta a Yugoslavia. (La realidad era que para el viaje con el grupo lo único que me faltaba era el dinero.) A esto se añadía que yo no había estado nunca fuera de mi país y que no dominaba muy bien el esloveno, por mucho que, para uno que vivía en un pueblo del sur de Carintia, tal lengua no fuera un idioma extranjero.

Naturalmente, el policía de frontera de Jesenice, después de echar una ojeada a mi pasaporte austríaco –recién expedido–, se dirigió a mí en su lengua. Al ver que yo no le entendía, dijo, en alemán, que, sin embargo, Kobal era un nombre eslavo, que «Kobal» significaba el espacio que hay entre las piernas completamente abiertas de una persona, el «paso», y también un hombre de pie con las piernas abiertas. Que por tanto mi nombre iba más con él, el soldado. El funcionario que estaba con él, un hombre de más edad, vestido de civil, de pelo canoso y con gafas de erudito, de cristales redondos y sin montura, explicó con una sonrisa que el verbo correspondiente a este sustantivo significaba «trepar» o «cabalgar», así que mi nombre de pila – Filip, el amante de los caballos– se avenía muy bien con el de Kobal; que a ver si alguna vez hacía honor a mi nombre. (En un país como éste, que se llama progresista y que antaño formó parte de un gran imperio, en bastantes ocasiones, más adelante, me he encontrado con funcionarios que mostraban

una sorprendente cultura.) De repente se puso serio, avanzó un paso y me miró a los ojos con aire de solemnidad: que tenía que saber que aquí, en este país, hacía un cuarto de milenio había vivido un héroe popular que se llamaba Kobal; que en el año mil setecientos trece había sido el cabecilla de la revuelta campesina de Tolmin y que al año siguiente fue ejecutado junto con sus compañeros. Que de él era la frase, famosa aún en la república de Eslovenia por su «desvergüenza» y su osadía, que dice que el emperador no es más que un «servidor» y que la gente se iba a ocupar de sus propios asuntos. Aleccionado de este modo –una lección que yo ya sabía–, con el saco de viaje colgado al hombro, sin tener que enseñar el dinero que llevaba, pude salir de la oscura estación fronteriza para entrar en la ciudad del norte de Yugoslavia, que por aquel entonces, en los mapas de la escuela, junto a Jesenice, llevaba entre paréntesis el antiguo nombre austríaco de Assling.

Estuve un rato delante de la estación, con la cordillera de los Karawanken muy cerca, a mi espalda, una sierra que hasta entonces, durante toda mi vida, había tenido ante mis ojos, muy lejos. La ciudad empieza justo a la salida del túnel y se extiende por el angosto valle fluvial; por encima de sus flancos, una franja de cielo que se prolonga hacia el sur y al mismo tiempo queda envuelta por el humo de las industrias siderúrgicas; una localidad muy alargada, con una calle muy ruidosa desde la cual, a derecha e izquierda, a modo de ramificaciones, salen únicamente caminos empinados. Era una tarde calurosa de finales de junio de 1960 y del pavimento de la calle salía una claridad literalmente cegadora. Me di cuenta de que la oscuridad del interior del vestíbulo, donde estaban las taquillas, provenía de los autobuses que, en rápida sucesión, se paraban delante de la gran puerta y volvían a emprender la marcha. Era curioso cómo el gris general, el gris de las casas, de la calle, de los vehículos, al contrario completamente de lo que ocurría con los colores de las ciudades de Carintia, que en la vecina Eslovenia –una copla del siglo XIX– lleva el sobrenombre de «la bella», a la luz del atardecer provocaba una sensación agradable a mis ojos. En medio de los trenes yugoslavos, macizos y polvorientos, el tren austríaco de cercanías en el que yo había llegado, y que iba a dar la vuelta inmediatamente y a pasar otra vez por el túnel, allí detrás, en las vías, limpio y pintado de colores, daba la impresión de ser un tren de

juguete, y los uniformes azules de los empleados que lo conducían, conversando ruidosamente en el andén, formaban una mancha extraña en aquel paisaje. Llamaba también la atención que, a diferencia de lo que ocurría en las ciudades pequeñas de mi país, en ésta, que era más bien pequeña, los grupos de personas que circulaban por la calle, si bien advertían de vez en cuando mi presencia, jamás se paraban a mirarme, y cuanto más tiempo llevaba yo allí, más seguro estaba de encontrarme en un gran país.

Qué lejos parecía en estos momentos, y apenas habían pasado unas pocas horas, la tarde de Villach, donde había ido a ver a mi profesor de Geografía e Historia. Habíamos estado sopesando las posibilidades que se me ofrecían para el otoño: ¿empezaría sin más el servicio militar o bien pediría una prórroga y comenzaría una carrera?, ¿y qué carrera? En un parque mi profesor me había leído uno de los cuentos que había escrito, me había pedido mi opinión y había escuchado mis palabras con una cara que revelaba una enorme seriedad. Era soltero y vivía solo con su madre, que durante el tiempo que permanecí con él, una y otra vez, desde detrás de la puerta, que estaba cerrada, estuvo preguntando a su hijo cómo se encontraba y si quería algo. Me acompañó a la estación y allí, a escondidas, como si se sintiera observado, me metió un billete en el bolsillo. Aunque se lo agradecí mucho, no se lo pude demostrar, y aún ahora, al imaginarme al hombre que estaba al otro lado de la frontera, no veía más que una verruga en una frente pálida. La cara que correspondía a esta frente era la de un soldado de frontera apenas mayor que yo y que, no obstante, a juzgar por su actitud, su voz y su mirada, había encontrado ya de un modo inequívoco su sitio. Del profesor, de su casa y de toda la ciudad no me quedaba otra imagen que la de los jubilados jugando al ajedrez en una mesa, a la sombra de los arbolillos del parque, y el brillo de una corona de rayos sobre la cabeza de una estatua de la Virgen que estaba en la Plaza Mayor.

Sin embargo –en un presente perfecto que aún hoy, después de cincuenta años, se convierte otra vez en un presente total–, pensé en la mañana del mismo día, en la despedida del padre, en la colina boscosa de la cual toma su nombre el pueblo de Rinkenbergr. Aquel hombre entrado en años, flaco y enjuto, mucho más bajo que yo, con las rodillas dobladas, los brazos colgando y los dedos deformados por la artrosis, que en este momento se cerraban en un



puño iracundo, estaba en el cruce de caminos y me gritaba: «¡Fracasa, como ha fracasado tu hermano y como fracasan todos los de nuestra familia! ¡Ninguno ha llegado a ser nada, ni tú llegarás nunca a ser nada! ¡Ni siquiera llegarás a ser un buen jugador como he sido yo!». Al decir esto acababa de abrazarme por primera vez en su vida, y yo, por encima de su hombro, miré sus pantalones mojados por el rocío, con la impresión de que abrazándome se había abrazado a sí mismo. Sin embargo, más tarde, en mi recuerdo me sentí sostenido por el abrazo de mi padre, no sólo aquella tarde, ante la estación de Jesenice, sino también a lo largo de los años, y las palabras con las que me maldijo las oía yo como una bendición. En realidad él tenía la tristeza de la muerte y en mi imaginación lo veía yo esbozando una sonrisa. Que su abrazo me sostenga también a lo largo de este relato.

De pie a la luz del crepúsculo, en medio del ruido atronador del tráfico, que yo sentía como algo muy agradable, pensaba yo de qué modo, en contraposición con lo que había ocurrido con el abrazo de mi padre, hasta ahora nunca me había sentido sostenido en el abrazo de una mujer. No tenía ninguna amiga. Cada vez que la única muchacha que, por así decirlo, conocía me tomaba en sus brazos, yo experimentaba aquello más bien como una travesura o como una apuesta. Sin embargo, ¡qué orgullo ir por la calle con ella, a cierta distancia el uno del otro, cuando, de un modo evidente para los que venían en dirección contraria, formábamos una pareja! En cierta ocasión, de un grupo de personas, casi niños, que vagaban por la calle se oyó este grito: «¡Vaya amiga tienes *tú!*, ¡qué guapa es!»). Y en otra ocasión, una vieja se detuvo, miró a la muchacha, me miró a mí y dijo literalmente: «¡Qué suerte tiene usted!»). En aquellos momentos el anhelo parecía ya cumplido. Delicia de ver luego junto a uno, a la luz cambiante de un cine, el perfil destellante, la boca, la mejilla, el ojo. Lo mejor era el leve cuerpo-a-cuerpo que de vez en cuando se producía de un modo involuntario; un simple contacto fortuito hubiera tenido allí el efecto de una transgresión. Según esto, ¿no tenía yo una amiga? Porque ocurría que para mí el hecho de pensar en una mujer no era apetito carnal o concupiscencia, sino sólo la imagen ideal de una persona hermosa que estuviera frente a mí —sí, quien estuviera frente a mí tenía que ser una persona hermosa!— y a quien al fin pudiera contarle algo. ¿Contar qué?

Simplemente contar, nada más. En la mente de aquel muchacho de veinte años el hecho de caer-uno-en-brazos-del-otro, de gustarse el uno al otro, de amar, era un relato continuado, tan protector como incondicional, tan tranquilo como parecido al grito; un relato esclarecedor, iluminador; y entonces le venía a la mente su madre, que siempre que él había estado fuera de casa por mucho tiempo, en la ciudad, o solo en el bosque o en los campos, venía inmediatamente a importunarle con su «¡cuéntame!». Y en estos casos, por lo menos antes de estar ella enferma, nunca consiguió contarle nada, a pesar de los continuos ensayos que había estado haciendo antes; sólo conseguía contar alguna cosa si no se lo pedían –aunque luego necesitaba que durante el relato le fueran haciendo las preguntas adecuadas.

Y ahora, delante de la estación, descubría que desde que llegué le estaba contando a mi amiga en silencio aquel día. ¿Y qué le estaba contando? Ni incidentes, ni acontecimientos especiales, sino simplemente las cosas que ocurrían, o incluso una simple mirada, un ruido, un olor. Y el chorro del pequeño surtidor que estaba al otro lado de la calle, el color rojo del kiosco de periódicos, el vapor de la gasolina de los camiones: mientras yo las contaba en silencio, estas cosas ya no se quedaban en sí mismas, sino que jugaban a meterse unas dentro de otras. Y el que estaba allí contando no era yo, en absoluto, sino esto, la experiencia misma de estas cosas. Y este narrador silencioso, en lo más hondo de mí mismo, era algo que era más que yo. Y la muchacha a la que iba dirigido su relato, sin envejecer, se iba transformando en una joven, del mismo modo como el muchacho de veinte años, a medida que el narrador cobraba conciencia de sí mismo, se iba transformando en un adulto sin edad. Y estábamos el uno frente al otro, los ojos frente a los ojos. ¡Y la altura de los ojos era la medida del relato! Y sentía en mí la más tierna de las fuerzas. Y ella me decía: «¡Salta!».

En el cielo amarillento de las fábricas de Jesenice apareció una estrella; ella sola formaba una constelación; y abajo, a través del humo de las calles, pasaba una luciérnaga. Dos vagones entrechocaban. En el supermercado los cajeros eran sustituidos por las mujeres de la limpieza. Junto a la ventana de una gran casa de muchos pisos se veía a un hombre en camiseta fumando.

Agotado, como después de un esfuerzo, estuve en el bar de la estación hasta

casi la medianoche, al lado de una botella de la bebida dulce y oscura que en Yugoslavia sustituía entonces a la Coca-Cola. Al mismo tiempo estaba completamente despierto, a diferencia de lo que me ocurría en mi país por las noches, donde, tanto en el pueblo como en el internado o en la ciudad, interrumpía todas las reuniones con mi sueño. En el único baile al que me llevaron me quedé dormido con los ojos abiertos, y todos los años, en la Nochevieja, mi padre, jugando a las cartas, intentaba inutilmente que yo no me fuera a la cama. Creo que lo que me mantenía despierto no era sólo el país extranjero, sino el comedor; es muy probable que en una sala de espera me hubiera entrado sueño enseguida.

Estaba sentado en una de las hornacinas revestidas de madera marrón que tenían algo de sitial de coro; delante de mí, los andenes, luminosos, alineándose hasta muy atrás, y a mi espalda la carretera, iluminada también, con bloques de casas. Autobuses llenos, trenes llenos seguían circulando de un lado para otro. Yo no veía los rostros de los pasajeros, sólo las siluetas, pero estas siluetas las observaba yo a través de un rostro reflejado en las paredes de cristal, un rostro que era el mío. Con ayuda de esta copia, en la que no se me veía con detalle —sólo la frente, las órbitas de los ojos, los labios—, podía soñar con las siluetas, no sólo las de los pasajeros, sino también las de los que vivían en aquella casa de tantos pisos, y verles cómo se movían por las habitaciones o estaban, aquí y allí, sentados en los balcones. Era un sueño ligero, luminoso, nítido, en el que yo pensaba cosas amables de todas aquellas figuras negras. Ninguna de ellas era mala. Los viejos eran viejos, las parejas eran parejas, los niños eran niños, los solitarios eran solitarios, los animales domésticos eran animales domésticos, cada uno parte de un todo, y yo, con mi imagen reflejada en la pared de cristal, pertenecía a este pueblo, un pueblo que yo imaginaba en una marcha ininterrumpida, pacífica, aventurera, relajada, a través de una noche en la que se había hecho entrar también a los que dormían, a los enfermos, a los moribundos e incluso a los muertos. Me erguí y quise tomar conciencia de este sueño. Lo único que lo perturbaba era el enorme retrato del Jefe del Estado, que colgaba justo en el centro de la habitación, sobre el mostrador. Se veía muy claramente al mariscal Tito, con su uniforme adornado con galones y del que colgaban medallas. Estaba de pie, inclinado hacia delante junto a una mesa en la que se apoyaba con su puño

cerrado y, desde allí arriba, con ojos fijos y brillantes, me miraba. Le oía decir literalmente: «¡Yo a ti te conozco!», y yo quería contestar: «Pero yo a mí no me conozco».

La ensoñación continuó hasta que, detrás del mostrador, en la triste iluminación, apareció la camarera, con un rostro sombrío en el que lo único claro eran los párpados, que incluso cuando ella miraba al frente cubrían casi por completo los ojos. Al observar estos párpados, de repente, de un modo a la vez fantasmal y corpóreo, vi a mi madre moverse ante mí. Metía los platos en el lavavajillas, pinchaba la cuenta de la tienda, pasaba un paño por el cobre; un miedo sin nombre cuando por un momento me alcanzó su mirada, burlona, impenetrable; un miedo que era más bien una sacudida, un tirón hacia un sueño mayor. En éste la enferma volvía a estar sana, saltarina, disfrazada de camarera, recorría el bar entero con todos sus compartimentos, y desde dentro de sus zapatos de camarera –altos, abiertos por detrás– brillaban sus talones, blancos, redondos. Qué piernas tan robustas tenía mi madre, qué movimiento de caderas, qué mata de pelo. Y aunque, a diferencia de la mayoría de las mujeres del pueblo, sólo sabía cuatro palabras de esloveno, aquí, en una conversación con un grupo invisible de hombres que estaban en la hornacina de al lado, lo hablaba con toda naturalidad, en un tono casi arrogante. No era pues la expósita, la fugitiva, la alemana, la extranjera por la que siempre se había hecho pasar. Por unos momentos, el muchacho de veinte años se avergonzaba de que esta persona, con sus movimientos especiales, con su habla musical, su risa estentórea, sus rápidas miradas, fuera su madre, y a aquella mujer extranjera la veía con más detalle que nunca: es más, hasta hacía muy poco la madre había hablado con una voz cantarina como ésta, y así que empezaba a cantar de verdad, al hijo le entraban ganas de taparse los oídos. De cualquier coro, por grande que fuera, se oía inmediatamente la voz de la madre sobresaliendo por encima de las demás: un temblor, unas convulsiones, una resonancia apasionada y ardiente de la que la cantora estaba presa del todo, no así el que la escuchaba. Y su risa no era sólo una risa estentórea, sino literalmente salvaje, un grito, una explosión de alegría, de ira, de amargura, de desprecio, incluso de anuencia. Ya en los primeros dolores de su enfermedad, los gritos que daba sonaban como una risotada de sorpresa, entre divertida e indignada, una explosión de risa que, con el tiempo, cada vez más desvalida,

intentaba disimular con los trinos de su canto. Me imaginaba las distintas voces de nuestra casa y oía al padre decir palabrotas, a la hermana murmurar monólogos entre risas contenidas y llantos y a la madre reírse de un extremo al otro del pueblo –y Rinckenberg era un pueblo largo–. (A mí mismo, en estas fantasías, me veía mudo.) De esta manera me daba cuenta de que mi madre actuaba no sólo de una forma autoritaria, como ahora la camarera, sino como si fuera realmente la dueña. Siempre había querido llevar un gran hotel, con los criados como súbditos. Nuestra hacienda era pequeña y sus pretensiones eran grandes: en lo que contaba sobre mi hermano, éste aparecía como el rey a quien le han quitado el trono.

Y para ella yo era el que, por derecho, tenía que sucederle en este trono. Y al mismo tiempo ella desde el principio ponía en duda que yo llegara a lograrlo. De vez en cuando, al poner los ojos sobre mí, su mirada se petrificaba en una compasión que no tenía el más mínimo asomo de piedad. La verdad es que hasta el momento siempre había habido alguien que hiciera mi descripción, un sacerdote, un profesor, una muchacha, un amigo de colegio: sin embargo, con aquellas miradas mudas de mi madre yo me sentía descrito de un modo tal, que notaba que con ellas no sólo me describía, sino que me condenaba. Y estoy seguro de que no empezó a mirarme así con el tiempo, debido a las circunstancias externas, sino desde el momento mismo en que nací. Me levantó en brazos, me puso a la luz, se rió ladeando la cabeza y me condenó. Y del mismo modo, más tarde, para asegurarse, cogía al niño que perneaba por la hierba y que gritaba de gusto, lo levantaba al sol, se reía de él y volvía a condenarlo. Intenté pensar que antes, con el hermano y la hermana, había ocurrido algo semejante, pero no pude. Sólo yo le había arrancado aquel grito –que seguía generalmente a aquella mirada despiadada– :«¿Qué va a ser de nosotros dos?», un grito que en ocasiones dirigía también a un animal destinado al matadero. Es cierto que desde muy pronto tuve necesidad de que me miraran, de que se dieran cuenta de que yo existía, de que me describieran, de que me descubrieran... ¡pero no de esta manera! De qué modo me sentí descubierto, por ejemplo, cuando en una ocasión, en lugar de mi madre, quien dijo: «¿Qué será de nosotros dos?», fue la muchacha. Y cuando, después de los años que pasé en el internado religioso, donde a todos nos llamaban por el apellido, en la escuela pública oí por primera vez cómo mi compañera de

banco, de un modo totalmente casual, me llamaba por el nombre de pila, tuve la impresión de que me estaban describiendo, de que me absolvían, más aún, sentí estas palabras como una caricia, bajo la cual exhalé un suspiro de alivio; y todavía hoy brillan en mis ojos los cabellos de la compañera de clase. No, desde que pude descifrar las miradas de mi madre supe una cosa: éste no es mi sitio.

Sin embargo, a lo largo de estos veinte años ella me salvó dos veces; así, literalmente. El hecho de que en Bleiburg dejara yo la escuela secundaria y pasara al Instituto no se debió en modo alguno a ningún tipo de ambición por parte de los padres, que quisieran hacer del hijo algo mejor. (Creo que tanto el padre como la madre estaban convencidos de que, de todos modos, yo no acabaría siendo nada, o acabaría siendo «algo especial», lo que para ellos significaba algo inquietante.) El motivo por el cual me cambiaron de colegio fue más bien el hecho de que, con doce años, yo ya tenía mi primer enemigo, que fue enseguida un enemigo mortal.

Rencillas entre los niños del pueblo las había habido siempre. Todo el mundo era vecino de todo el mundo, y a menudo la proximidad hacía insoportable las distintas peculiaridades de la gente. También ocurría con los adultos; y con los viejos. Durante un tiempo unos se cruzaban sin saludarse, hacían como que trabajaban mucho en la era, delante de la casa, mientras los otros, delante de la casa vecina, a una distancia a la que se les pudiera ver, se mostraban también muy ocupados, a su manera. De repente, sin necesidad de que hubiera setos, había fronteras entre las parcelas, y estas fronteras no se podían traspasar. Incluso en la propia casa podía ocurrir, por ejemplo, que un hijo que se sintiera tratado injustamente por un miembro de la familia, se hiciera el mudo y, como siguiendo una vieja costumbre, se fuera sin decir nada a un rincón concreto del cuarto de estar y se pusiera a mirar a la pared. En mi fantasía todas las habitaciones del pueblo se juntan en un solo espacio poligonal en el que cada niño reclama un ángulo; todos se dan la espalda, irreconciliables, de morros, hasta que al fin, de uno de estos personajes, o de todos a la vez (que es lo que en realidad ocurría siempre), sale la palabra o la risa que rompe el hechizo. Si bien en el pueblo nadie llamaba amigo al otro –

en lugar de esto hablaban de «buen vecino»—, entre los niños, por lo menos, no había nunca peleas que llevaran a una enemistad duradera.

No obstante, aun antes de llegar a tener mi primer enemigo, yo había sabido lo que era la persecución, y esta experiencia determinó algo del curso posterior de mi vida. Sin embargo, no fui yo en persona quien fue objeto de persecución en aquel entonces; a quien perseguían no era a mí, sino al niño del pueblo de Rinkenbergr; lo perseguía un grupo de niños de otro pueblo. Para ir a la escuela, tenían que recorrer un camino más largo y penoso, tenían que atravesar una zanja muy honda, y sólo por esto pasaban por ser más fuertes que nosotros. En el camino de regreso a casa, que hasta una bifurcación teníamos que recorrer juntos, normalmente los «humtschacherianos» perseguían a los «rinkenbergrianos». Aunque aquéllos no eran mayores que nosotros, nunca pude ver en ellos a los niños. (Es hoy cuando, al ver junto a las tumbas los retratos de aquellos que murieron prematuramente por alguna desgracia, me doy cuenta de lo jóvenes, de lo infantiles incluso, que eran todos aquellos muchachos.) Durante una eternidad, por una carretera por la que justo en esta hora no pasaba ningún coche, corríamos con el rugido amenazador de aquella banda en el cogote, de la turbamulta de los sin rostro, de piernas gruesas, pies pesados y toscos, que agitaban sus brazos de gorila como si fueran bastones, con las carteras en la espalda a modo de mochilas militares en el momento del asalto. Había días en los que, hasta que no consideraba que el peligro de la selva había pasado, a pesar de tener mucha hambre, me quedaba más tiempo del necesario en la pequeña ciudad de Bleiburg, que para mí era un lugar de protección, una ciudad de la que normalmente me sacaban las ganas de volver a casa y que ahora me resultaba muy querida. Pero entonces vino, por decirlo así, el cambio —o más bien el vuelco, el salto—. Una vez hubimos atravesado los límites de la ciudad —detrás de mí, los gritos, que eran amenazadores precisamente porque no se podían entender—, yo dejé que los de mi pueblo corrieran y, junto a la bifurcación, allí donde la carretera y los dos brazos del camino que desembocaba en ella formaban un triángulo, me senté en la hierba. Llegado este momento, mientras los demás se dirigían a la carrera hacia mí, yo estaba seguro de que no me iba a ocurrir nada. Estiré las piernas dentro de mi triángulo, miré hacia el sur, al macizo de Petzen, por cuya cumbre, que tiene forma de meseta, pasa la frontera yugoslava, y me sentí seguro. El hecho de

pensar lo que en aquel momento estaba viendo lo sentía yo como si fuera un escudo. Y entonces no sólo no me ocurrió nada, sino que, conforme se iban acercando, los perseguidores iban aminorando la marcha y alguno de ellos seguía mi mirada. «Es bonito allí arriba», oí que decían. «Una vez subí con mi padre.» Yo los miraba a todos y me daba cuenta de que la horda se disolvía en unos cuantos individuos aislados. Éstos, pasando por delante de mí, como si fueran de paseo, me sonrieron, como si yo hubiera visto su juego y como si esto les hubiera aliviado a ellos también. No se intercambiaron palabras y sin embargo estaba claro que en este momento terminaba la persecución. Siguiéndolos con la mirada, pensaba en las rodillas que se doblaban y en los pies que se arrastraban por el suelo: cuánto camino les quedaba por hacer, en comparación con el que me quedaba a mí. Y, a distancia, me invadía un sentimiento de solidaridad, un sentimiento que jamás se había dado en relación con los niños de mi propio pueblo, algo que más tarde, con la distancia del tiempo, a aquel tumulto confuso que avanzaba haciendo eses y levantando polvo, a los gritos guturales, que infundían miedo, de la horda de los de Humtschach los transformó en una procesión danzante y saltarina que todavía hoy, como los miembros de una tribu, sigue pasando por la carretera de mi infancia, sin otra finalidad que la de pervivir en esta imagen. (Bien es verdad que luego todo mi cuerpo temblaba y durante un buen rato no me podía mover del triángulo de hierba. Me apoyaba en el banco que había allí para dejar las lecheras y contaba en voz baja.)

Contra mi primer enemigo, en cambio, no valía nada. Era hijo del vecino de al lado; durante el día le pegaba su madre, por la noche su padre. (A mí en casa no me pegaban nunca; en vez de esto, mi padre, enfurecido conmigo, se daba golpes delante de mí, muchas veces en el pecho, o en la cara, pero, sobre todo, con el puño, en la frente, tan fuerte que daba tumbos hacia atrás o caía de rodillas; a mi hermano, en cambio, a pesar de ser tuerto, dicen que no sólo le pegaban, sino que lo encerraban tardes enteras en el tendedero que había detrás de la casa y que servía como almacén de patatas, un lugar en el que mi hermano, cerrando su único ojo, seguramente veía más que teniéndolo abierto.) Mi «pequeño enemigo» —como le llamaré ahora, para contraponerlo al que vino luego, que fue «grande»— no hizo nada. Y sin embargo fue inmediatamente el enemigo, con sólo verlo, una mirada a la que durante mucho



tiempo no siguió nada, ni siquiera una mirada. Ni siquiera el habitual sacar la lengua, escupir, poner la zancadilla. El niño enemigo no decía nada, estaba allí simplemente de un modo hostil, y luego su enemistad estalló como un ataque por sorpresa.

Un día, mientras leían el Evangelio en la iglesia, cuando todo el mundo estaba de pie, sentí detrás, en la corva, un ligero golpe, un leve contacto momentáneo casi, pero lo suficiente para hacerme doblar la rodilla. Me di la vuelta y vi cómo el otro miraba fijamente al frente. Desde este momento no me dejó en paz. No me pegaba, no me tiraba piedras, no me insultaba... simplemente me cerraba todos los caminos. Así que salía de casa, ya estaba él a mi lado. Llegaba incluso a entrar en casa –hay que decir que era habitual en los pueblos que los niños entraran en las casas de los vecinos– y me daba pequeños golpes, de un modo tan disimulado, que normalmente nadie se daba cuenta. Nunca usaba las manos; lo más que hacía era darme pequeños golpes con el hombro (a aquello ni siquiera se le podía llamar empujones, como por ejemplo en el fútbol), unos golpes que daban la impresión de que querían llamarme la atención sobre algo y en realidad me obligaban a meterme en un rincón. Pero normalmente ni siquiera me tocaba, sino que se limitaba a hacer los mismos gestos que yo. Si, por ejemplo, yo iba por alguna parte, salía de detrás de un arbusto y se movía como yo, imitando todos mis ademanes, poniendo los pies en el suelo en el mismo momento en que los ponía yo, balanceando los brazos al compás de los míos. Si yo salía corriendo, él salía corriendo también; si me quedaba quieto, él se paraba; si yo movía involuntariamente las pestañas, él también las movía. En esto él nunca me miraba a los ojos, solamente los inspeccionaba con detalle, al igual que hacía con las otras partes del cuerpo, con el fin de poder reconocer cada movimiento en el momento mismo de empezar éste y de este modo poderlo reproducir. Muchas veces yo intentaba engañarle respecto a cómo iba a ser el paso siguiente que yo iba a dar, esbozaba una dirección falsa y salía corriendo del sitio donde estaba. Pero él no se dejaba engañar nunca con estas tretas. De este modo, más que imitarme, lo que hacía era hacer como si fuera mi sombra, y yo era el prisionero de mi sombra.

Pensándolo bien, quizá él no era más que un chico que incordiaba. Pero con el tiempo esta molestia se convirtió en una enemistad que afectaba a mi vida

entera. El otro se convirtió en algo omnipresente –aunque no estuviera en persona a mi lado–. Si yo estaba contento, perdía inmediatamente la alegría porque mentalmente me veía imitado por mi enemigo y, con ello, puesto en cuestión. Lo mismo me ocurría con los demás sentimientos de la vida, orgullo, tristeza, ira, afecto: en este juego de sombras perdían inmediatamente su autenticidad. Y dondequiera que yo me sintiera vivir con intensidad, abismado en algo, al más mínimo acercamiento entre yo y el objeto, he aquí que el adversario se interponía entre los dos –ya fuera el objeto un libro, un lugar donde había agua, una cabaña en el campo o unos ojos– y, como cortando el vínculo que me unía con el mundo, me separaba de él. No había forma más criminal de manifestación del odio que aquella continua imitación que se producía como bajo el imperio del mudo restallar de un látigo. Yo no era capaz de comprender que me odiaran de aquella manera e intentaba la reconciliación. Pero no había manera de aplacarlo. Ni se inmutaba; lo único que hacía, con la rapidez de la guillotina, era imitar mi gesto de reconciliación. No pasaba ni un día, ni siquiera un sueño, sin mi vigilante. Luego, la primera vez que le grité no reaccionó –no reuló, por ejemplo–, sino que me escuchó: el grito era el signo que él había estado esperando. Y quien al fin había pasado a la acción había sido yo. Con doce años, apremiado por el otro, yo ya no sabía quién era; es decir, yo ya no existía, y esto significaba una cosa: me volvía malo. El enemigo de mi infancia me mostraba (y estoy seguro de que lo había planeado así de un modo consciente) que yo era malo, que era peor que él, que era un malvado.

Al principio yo me defendía simplemente moviendo los brazos, un bracear que tenía más bien algo de los movimientos violentos del que está a punto de ahogarse. Sin embargo, el otro no se apartaba de mi lado; en lugar de esto, a modo de provocación, me plantaba cara. La máscara se acercaba tanto como quizá, en los sueños en los que uno siente que se cae, sólo se acerca el lugar contra el que va a chocar. Pero el hecho de que yo hiciera algo en contra de esto no era sólo un reflejo defensivo, sino la declaración, el reconocimiento, la confesión que todo el mundo había estado esperando: yo era un enemigo mucho peor aún que él. Y realmente, al tocar el líquido de la boca del otro y las mucosidades de su nariz, tuve una sensación doble, la sensación de violencia y de injusticia, algo que no quisiera volver a sentir nunca más. Ante

mí, la máscara del triunfo: «para ti ya no hay escapatoria». Entonces le di una patada en el trasero, ¡y además con toda el alma! Él no se defendió, se limitó a aguantar el tipo con una imperturbable risita de conejo. Había conseguido su propósito: a partir de ese día, ante los ojos de todos yo era, por decirlo así, «el que pegaba». Ahora tenía una razón para no dejarme nunca más en paz, tenía derecho a ello. Nuestra enemistad, hasta ahora oculta, se había convertido en una guerra, y había que hacer esta guerra de un modo abierto, sin otra salida que el infierno común en el que los dos íbamos a arrojarnos. Y cuando un día su padre me vio pegando a su hijo, vino corriendo, me tiró al suelo y (dedicándome, con voz de falsete, una retahíla de nombres que normalmente mi padre sólo soltaba contra los aludes, el fuego provocado por los rayos, el granizo y los animales que dañaban la casa y los campos) me estuvo dando patadas con sus zuecos por todas partes; esto fue para mí una felicidad –la única clase de felicidad además que yo conocí, no sólo en aquella ocasión, sino aún diez años más tarde.

Aquellos malos tratos me soltaron la lengua y pude hablarle a mi madre (sí, a ella) del enemigo. Aquel relato empezaba con una orden: «¡Escucha!» y terminaba con otra orden: «¡Haz algo!». Y la madre, como ocurría siempre en la familia, fue la que actuó; y, con el pretexto de que el cura y el profesor la habían obligado a hacer aquello, actuó llevándose al muchacho de doce años a hacer el examen de ingreso en el internado.

De vuelta del examen perdimos en Kangerfurt el último tren que iba a Bleiburg. Salimos de la ciudad y estuvimos junto a la carretera, en la oscuridad y bajo la lluvia, sin que yo recuerde que nos mojáramos. Al cabo de un rato paró un automovilista que iba a Yugoslavia, al valle inferior del Drau, en dirección a Maribor, o Marburg, y nos cogió. En el coche no había asientos traseros y nos sentamos detrás, en el suelo. Como la madre le dijo en esloveno adónde íbamos, el hombre al principio intentó hablar con ella. Pero cuando se dio cuenta de que, a excepción de las fórmulas de cortesía y unas cuantas estrofas de canciones populares, no sabía una palabra de aquella lengua, se calló. De este viaje mudo a través de la noche, sentados detrás, sobre la chapa de hojalata, me quedó sólo la imagen de la unión entre mi madre y yo, una imagen que, por lo menos durante los años de internado que siguieron, se me reveló una y otra vez como algo válido y eficaz. Para aquel viaje la madre

había ido a la peluquería; por una vez no llevaba pañuelo en la cabeza y su rostro, a pesar de la pesadez de un cuerpo de cincuenta años, cruzado de vez en cuando por un rayo de luz, me parecía joven. Con las rodillas cubiertas, estaba allí sentada con el bolso al lado. Por la parte de fuera las gotas atravesaban los cristales en diagonal y dentro, a resguardo de la lluvia, a cada curva, deslizándose sobre el suelo, venían hacia nosotros herramientas, paquetes de clavos, bidones vacíos... Allí, por primera vez en mi vida, experimenté en mí algo indomable, impetuoso, algo parecido a la confianza. Con la ayuda de la madre me habían llevado al camino que para mí era el bueno. Antes de esto, y también después, no pocas veces renegué literalmente de esta mujer, por parecerme extranjera —lo único que ocurría era que no era capaz de pronunciar la palabra adecuada para ella—; sin embargo, en el lluvioso atardecer de verano del año 1952 me resultó evidente el hecho de tener una madre y de que yo fuera su hijo. Además hay que decir que ella no era la campesina, la jornalera, la moza de cuadra o la mujer que iba a la iglesia, que era como a menudo se disfrazaba en el pueblo, sino que desvelaba lo que había detrás: la administradora más que el ama de casa, la mujer de mundo más que la mujer del terruño, la que actuaba más que la que miraba.

El conductor nos dejó en el cruce de Rinckenberg. Yo no me di cuenta de que mi madre se había cogido de mi brazo hasta que se dio la vuelta sobre sí misma. Ya no llovía y el Petzen se levantaba al borde del llano a la luz de la luna; cada detalle, claro como un jeroglífico: las hoces del pequeño río, las paredes rocosas, el límite del bosque, las artesis glaciares, la cresta de la montaña, «¡nuestra montaña!». La madre continuó diciendo que mucho antes de la guerra, siguiendo las montañas, mi hermano había ido en coche en la misma dirección que llevaba ahora «nuestro chófer», en dirección suroeste, cruzando la frontera, a Maribor, a la Escuela de Agricultura.

Los cinco años de internado no merecen ser relatados. Basta con las palabras nostalgia, represión, frío, reclusión colectiva. El sacerdocio, al que presuntamente estábamos destinados todos, no me sedujo nunca como meta, y además casi ninguno de los muchachos que había allí me parecía llamado a él; el aura de misterio que este sacramento había irradiado aún en la iglesia del pueblo, quedaba aquí desmitificada de la mañana a la noche. De entre los

clérigos que se ocupaban de nosotros jamás me encontré con uno que me pareciera un pastor de almas; o bien estaban retirados en el calor de sus aposentos particulares y cuando llamaban a uno era todo lo más para amonestarlos, amenazarlos o interrogarlos, o bien, uniformados con sotanas negras, largas hasta los pies, iban por el edificio en calidad de guardianes y vigilantes, de entre los cuales los había de todos los tipos. Incluso en el altar, en la misa de todos los días, no se transformaban en los sacerdotes para los que un día fueron ordenados, sino que cualquier detalle de la ceremonia religiosa lo llevaban a cabo en su calidad de guardianes del orden: cuando estaban de espaldas, en silencio, con los brazos levantados al cielo, parecían estar escuchando lo que ocurría a sus espaldas, y cuando se daban la vuelta, como para bendecir a todo el mundo, lo único que querían hacer era sorprenderme en falta. Qué distinto había sido con el cura del pueblo: acabamos de verle cómo llevaba las cajas de manzanas al sótano, cómo oía las noticias por la radio, cómo se cortaba los pelos de las orejas... y ahora doblaba la rodilla ante el Altísimo, aunque ésta chasqueara, apartado, como en éxtasis, de los demás, que precisamente por esto formábamos una comunidad.

Por el contrario, en el cuartel de religiosos la única compañía hermosa de la que yo disfrutaba era la que tenía estudiando. Cuando estudiaba solo, cada palabra que retenía, cada forma que empleaba correctamente, cada río que sabía dibujar de memoria, anticipaba la única meta por la que yo entonces suspiraba: estar fuera, al aire libre. Si me hubieran preguntado cómo me imaginaba yo un «reino», no habría contestado nombrando ningún país concreto, sino el «reino de la libertad».

Y como encarnación de aquel reino que hasta entonces yo sólo había barruntado estudiando se me apareció justo la persona que entonces, en mi último año de internado, se convirtió en mi gran enemigo. Esta vez no fue uno de mi edad, sino un adulto; tampoco un religioso, sino uno de fuera, uno que venía del mundo, un hombre del siglo, un profesor. Era muy joven aún; acababa de terminar sus estudios y vivía en lo que llamaban la casa de los profesores, una casa que, junto con el palacio en el que estaba el internado y el sepulcro del obispo, excavado en la ladera, era el único edificio que había a muchos metros a la redonda en aquella colina pelada. A pesar de que normalmente yo pasaba desapercibido para todo el mundo (decenios después,

al encontrarme con otros de aquella época, oía siempre la misma descripción: «callado, retirado, abismado en algo», una descripción en la que no me reconocía), él se fijó en mí desde el primer momento. Lo que decía me lo dedicaba a mí, como si me estuviera dando una clase particular. Sin embargo, al hablar no adoptaba el tono pedante de una persona que enseña; más bien parecía que con cada frase me estaba preguntando si estaba de acuerdo con su forma de articular la materia. Es más, hacía como si yo conociera ya esta materia desde hacía tiempo y esperaba de mí solamente que, con un continuo asentimiento de cabeza, corroborara que no estaba contando nada equivocado a los demás. Y cuando una vez realmente lo corregí, no se zafó pasando por encima de la cuestión, sino que manifestó con alegría su entusiasmo por el hecho de que un alumno pudiera ser más que un profesor; dijo que esto es lo que había estado deseando siempre. Ni por un momento me sentí halagado; fue algo completamente distinto, me sentí descubierto. Después de años de pasar desapercibido, al fin se fijaban en mí, y esto fue literalmente como si me despertaran. Y me desperté exaltado. Durante un tiempo todo fue bien: yo, los que tenían mi misma edad y sobre todo el joven profesor, a quien yo, después de la clase, acompañaba mentalmente todos los días a la casa de enfrente, la de los profesores, saliendo del aire enrarecido de la mazmorra de la fe a un espacio en el que se respiraba el estudio, la investigación, la observación del mundo; entrando en una soledad que a mí entonces se me antojaba como algo maravilloso. Cuando se marchaba los fines de semana, lo acompañaba mentalmente a la ciudad, donde no hacía otra cosa que concentrarse para los días de clase; y las veces que se quedaba, la única ventana iluminada que veía fuera, en la casa de los profesores, era para mí una luz eterna completamente distinta de la llamita temblorosa que había al lado del altar de la oscura iglesia del internado.

Sin embargo, nunca me pasó por la mente que yo pudiera llegar a ser un profesor; quería seguir siendo siempre un alumno; un alumno, por ejemplo, de un profesor como aquél, que al mismo tiempo quería ser alumno del alumno. Sin embargo, esto sólo ocurría a distancia; y esta distancia, que era tan necesaria, la dilapidábamos; yo quizá en la exaltación del despertar de un sueño y él quizá en la exaltación de un descubrimiento en el que hasta ahora él sólo había podido soñar. Pero a la larga lo que ocurría también era que yo no

soportaba saberme elegido. Sentía la necesidad de destruir, literalmente, la imagen que él se había hecho de mí, por mucho que correspondiera a mi yo más íntimo. Anhelaba volver a vivir oculto, como había vivido los dieciséis años que precedieron a mi descubrimiento, escondido en el hueco azul de mi pupitre, donde nadie podía tener ninguna opinión de mí, por muy alta que ésta fuera; sí, ahora, después de haber sido conocido tan de cerca por alguien, como ni siquiera me había conocido el doble que antes solía rondarme, ahora sí iba a estar escondido de verdad. A partir de un cierto momento, pasar por ser un modelo, e incluso un prodigio, y esto no sólo ante los otros, sino ante uno mismo, era algo que no se podía soportar; ansiaba desaparecer en contradicciones. De este modo, justo en el momento en que, después de una pregunta que demostraba una vez más el modo como yo «seguía sus pensamientos», me sentí alcanzado por una gran mirada de alegría, es más, de emoción, hice una terrible mueca que lo único que quería era desviar la atención de mí, pero que –lo sentí en el mismo momento que él– alcanzó al joven profesor en su corazón. Se quedó petrificado; a continuación abandonó la clase y durante esa hora no volvió. Nadie supo lo que había pasado excepto yo: creyó haber visto en aquel momento mi verdadero rostro; mi seriedad, mi amor a lo que aprendíamos, mi inclinación a él, al que se abismaba plenamente en sus asuntos, era algo que yo sólo había fingido; yo era un farsante, un hipócrita, un traidor. Mientras los demás hablaban animadamente, yo miraba tranquilo por la ventana. El profesor estaba abajo, en la explanada que había delante de la escuela, de espaldas al edificio, y cuando se dio la vuelta, exactamente hacia mí, no vi sus ojos, sino sus labios apretados, en punta, como el pico de un pájaro. Me dolió y a la vez me pareció bien. Llegué incluso a gozar con la idea de no tener a nadie más que a mí mismo.

Durante el tiempo que siguió a este incidente, el pico de pájaro no hizo más que afilarse. Sin embargo, yo no tenía que vérmelas ya con un enemigo que me odiaba, sino con un ejecutor cuya sentencia, una vez pronunciada, era irrevocable. Y el hueco del pupitre no se reveló como el lugar de refugio en el que yo había pensado. Era el fin de mis estudios. El profesor me estaba demostrando todos los días que yo no sabía nada, o que lo que sabía no era lo que «se me pedía»; lo que yo decía saber eran algo así como «cosas», no la «materia»; era algo que salía sólo de mí, y de este modo, sin una fórmula

avalada por el común de los humanos, no era válido para nadie. Yo miraba fijamente aquel hueco donde un día, dando calor a mi frente, había surgido para mí el claro mundo de los signos, de las distinciones, de las transiciones, de los enlaces y de las similitudes, y estaba solo con la nube negra que había dentro de mí. Era inimaginable que pudiera disolverse; se hizo más pesada, ascendió al interior de la boca, a los ojos, cubrió mi voz y mi vista, lo que, sin embargo, no llamó la atención de nadie: de todos modos, en la capilla, en la oración que hacíamos en común, casi siempre lo único que yo hacía era mover los labios; y en la escuela, como el profesor era al mismo tiempo el tutor de nuestra clase, pronto dejaron de preguntarme y ni siquiera se daban cuenta de que yo existía. En este tiempo experimenté lo que significa perder la lengua: no sólo un quedarse mudo ante los otros; ni una sola palabra, ni un sonido, ni un gesto para uno mismo. Una mudez como ésta pedía a gritos la violencia; una vuelta al camino de antes era algo impensable. Y la violencia, a diferencia de lo que ocurrió con el pequeño enemigo, no podía volverse hacia afuera; el gran enemigo, su peso se hacía sentir en el interior de uno, dentro de su vientre, en el diafragma, en los bronquios, en la tráquea, la glotis, el velo del paladar; cerraba las ventanas de la nariz y los conductos auditivos, y el corazón, que encerraba este peso, en el centro, ya no latía, ya no golpeaba, ya no mandaba pulsaciones, ni zumbaba, ni sangraba, sino que, como un reloj, hacía tictac, preciso, afilado y maligno.

Fue entonces cuando una mañana, antes de las clases, me llamaron para que fuera al despacho del director del internado, y éste, llamándome por mi nombre de pila, me dijo que dentro de unos momentos iba a llamar mi madre por teléfono (delante de ella me había llamado siempre «Filip», mientras que normalmente me llamaban sólo «Kobal»). Hasta aquel momento nunca había oído la voz de mi madre por teléfono, y todavía hoy, cuando casi todas sus otras formas de expresión –ya sean sus palabras, su canto, sus risas o sus quejas– se han apagado, oigo todavía su voz de entonces sonando en mi oído, apagada, justo como una voz que sale de la cabina telefónica de una oficina de correos. Dijo que el padre y ella habían tomado el acuerdo de sacarme del «seminario menor» y pasarme a la escuela laica, y además en aquel mismo momento. Que dentro de dos horas, en el coche de un vecino, me esperaban abajo, delante de la puerta principal. Que ya estaba inscrito en el Instituto de



Klagenfurt. «Mañana mismo vas a ir a una clase nueva. Te sentarás al lado de una chica. Irás todos los días en el tren. En casa tendrás una habitación sólo para ti; la despensa ya no se usa; el padre te está haciendo un sillón y una mesa.» Quise protestar, pero de repente no protesté. La voz de la madre era la voz de una mujer que dice lo que es justo. Sabía de mí lo que había que saber; era la que se encargaba de mí, ella decidía; y ella dispuso mi inaplazable puesta en libertad. Fue una voz que, sólo por esta vez, levantó el vuelo desde las profundidades del silencio almacenado allí a lo largo de su vida, almacenado quizá precisamente para que, en un único momento, en la ocasión oportuna, de un modo irresistible, una vez por todas, pudiera pronunciar el veredicto, para luego volver inmediatamente a caer en el silencio donde su pueblo tenía trono e imperio; una voz ligera, alada, literalmente danzarina, que se confundía casi con una cantilena. Comunicqué la decisión de la madre al director, quien la aceptó sin decir palabra, e inmediatamente después un pequeño grupo, alegre y regocijado, con el indultado y la maleta de éste colocada sobre el asiento trasero, se movía por el campo abierto bajo un cielo muy alto, en una claridad tal, que parecía que se había levantado el techo del coche. Siempre que ante nosotros se abría una carretera desierta, el vecino, que iba al volante, conducía describiendo amplias curvas, serpenteantes, y cantaba a pleno pulmón canciones de partisanos. La madre, que no sabía el texto, cantaba la melodía con la boca cerrada y en medio de las canciones, con un tono cada vez más solemne, iba pronunciando en voz muy alta los nombres de los pueblos que, a derecha e izquierda, iban flanqueando el camino hacia mi casa. Yo me tambaleaba de un lado para otro y me agarraba fuertemente a la maleta. Si hubiera tenido que dar un nombre a mis sensaciones, éste no hubiera sido «alivio», «alegría» o «beatitud», sino «luz», casi demasiada luz.

Sin embargo, nunca más volví de verdad a mi casa. Con todo, justamente en mis años de internado, cada viaje que hacía a casa me sentía en un estado de ánimo de gran salida, la salida de un día de fiesta; y esto no sólo porque, aparte de en verano, las únicas veces que nos dejaban salir era en las fiestas religiosas. Antes de las Navidades, los liberados, bajando la colina en plena oscuridad, así que podían salir de la carretera que subía al internado describiendo curvas y, saltando la valla con su equipaje, atravesando como

quien dice en línea recta los pastos abandonados –petrificados por el hielo– y cruzando luego el llano pantanoso, con sus arroyuelos humeantes por la helada, entraban como al asalto en la estación del tren. Luego, durante el viaje yo estaba fuera, en la plataforma del vagón, en medio del tumulto de los otros, oyendo pasar junto a mis oídos sus rugidos de alegría. Todavía era de noche; una oscuridad que daba fuerzas, que envolvía el cielo y la tierra, con las estrellas arriba y las chispas que salían de la locomotora abajo; y este elemento que, como un viento, atravesaba este negro espacio de fuerza puedo imaginármelo aún hoy como algo sagrado. Era como si en realidad yo no necesitara respirar, hasta tal punto vivificaba mi interior, hasta llegar a mi nariz, el aire de aquel viaje; el júbilo que los que estaban a mi lado expresaban con sus gritos y que yo llevaba en silencio dentro de mí, en lugar de oírlo salir de mi propia voz, lo oía en las cosas del mundo de fuera, en el pataleo de las ruedas, el rechinar de los raíles, el chasquido de los cambios de agujas, las señales que abrían el paso, las vallas que cerraban los caminos, el crepitar de todo el mecanismo del tren que corría con estrépito.

Cada uno se despedía del otro con la seguridad de tener ante sí el más hermoso de los caminos, la senda que terminaba del modo más aventurero y un hogar como el compañero de internado jamás había conocido. Y realmente, el adolescente que, en un día como éste, desde la estación de llegada, atravesando los campos, se dirigía a su pueblo estaba acompañado por algo en lo que entonces él veía al niño salvador anunciado por el calendario religioso. En realidad no ocurría nada más que esto: detrás de los tallos arrugados del maíz que estaba al borde del camino, al pasar él destellaban los espacios intermedios. En el movimiento, éstos, paso a paso, se mostraban iguales, entre una hilera y otra, vacíos, blancos, ventosos, y a él le parecía como si aquel pequeño espacio fuera uno y el mismo, un espacio que no sólo lo acompañaba, sino que, dando sacudidas, volaba delante de él; un soplo de aire que, como el aleteo de un pájaro, temblaba cada vez en los rabillos de mis ojos, que me esperaba para luego volver a precederme con su vuelo. Junto a un campo en barbecho, un puñado de hierba, saliendo de un surco, se levantaba en alto girando en remolino; las hojas, de un color amarillo pálido, estaban primero quietas un tiempo en el aire, luego, en forma de columna, avanzaban lentamente por encima del suelo, sin tocarlo, y al fondo pasaba un tren, que,

desapareciendo casi en la niebla, al igual que esa cosa aérea que había a mi lado, a veces parecía estar quieto en las vías, a veces parecía dar un gran salto hacia adelante. A casa iba yo corriendo, ansioso por contar cosas que, en el mismo momento de traspasar el umbral, ya sabía yo que no iba a poder contar de un modo inmediato, ni de palabra. Al abrir la puerta estaba sólo la casa, cálida, oliendo a madera lavada, habitada por seres que, a diferencia de lo que ocurría en el internado, eran los míos. Con la carbonilla en la cara, del viaje que había hecho de madrugada, les contaba lo suficiente para el primer saludo.

El internado, hasta tal punto era el extranjero, que desde allí, ya fuera hacia el sur, el oeste, el norte o el este, sólo había una dirección: la que llevaba a casa. Cuando por la noche, en el dormitorio, oíamos pasar los trenes por el llano, no imaginábamos otra cosa que gente que iba a su casa. El avión, en su ruta transcontinental, pasaba justamente por encima del pueblo. Incluso las nubes corrían en aquella dirección. La avenida, al final de la cual caía en pendiente la majada, señalaba el camino; en las rampas desiertas invadidas por la hierba, uno estaba tan cerca de la meta, que, como en el juego, uno creía estar oyendo: «caliente, caliente». El coche de reparto del pan, que venía una vez por semana, seguía luego su camino hacia un lugar que yo sólo conocía de nombre, pero en el que la luz de la carretera era la de mi casa. Justo los objetos más lejanos –la montaña, la luna, los faros– aparecían como puentes aéreos que llevaban al lugar del que uno, como se decía en las partidas de nacimiento, era «natural». Pensando en la fuga, algo que ocurría todos los días, nuestra imaginación no se dirigía nunca a la gran ciudad, o al extranjero, sino siempre al ámbito de nuestro lugar: un granero que había allí, aquella cabaña que había en el campo, la pequeña capilla del bosque, el refugio de cañas que había al lado del lago. Casi todos aquellos pequeños seminaristas procedían de pueblos, y al que realmente se escapaba lo encontraban inmediatamente, en la zona de su pueblo o en el camino que llevaba hacia él de un modo más directo.

Sin embargo, ahora que tenía libertad de movimientos, con el diario ir y venir del pueblo, que estaba bastante apartado, a la escuela de la ciudad y de ésta al pueblo, me di cuenta de que yo ya no tenía un lugar fijo. La habitación que me habían arreglado en realidad la utilizaba sólo para dormir. El pueblo de Rinkenbergh, cuyos alrededores apenas habían cambiado en mis años de

internado –la iglesia, las casas de labranza, de poca altura, los huertos, unos al lado de otros sin setos que los separaran–, ya no lo vivía yo como un contexto cerrado, sino sólo como un conjunto rural diseminado. La plaza del pueblo, las entradas de los graneros, la bolera, las colmenas, los pastizales, los hoyos que habían abierto las bombas, la estatua del altar, el claro del bosque, estaban allí como antes, sin embargo no formaban aquella trama en cuya unidad me había movido antes como un natural entre los naturales, como «uno de allí». Era como si un techo protector hubiera volado y como si en aquella luz fría, chillona y penetrante ya no quedaran lugares de encuentro, sitios fijos, escondites, puntos de referencia, lugares de descanso...; ninguno de estos espacios que se metían los unos dentro de los otros. Al principio pensé que era cosa del pueblo, en el que las máquinas habían sustituido a muchas de las herramientas artesanales, y luego me di cuenta de esto: el inadaptado, el que estaba fuera de aquel contexto era yo. Adondequiera que fuera tropezaba, chocaba, no acertaba con aquello que quería coger. Si alguien venía a mi encuentro, me entraba miedo y rehuía su mirada, aunque nos conociéramos desde niños; el haber estado tanto tiempo fuera, el no haberme quedado en casa, el haber abandonado mi pueblo, lo sentía yo como si fuera una culpa; me lo había jugado, y lo había perdido, el derecho a estar aquí. Una vez, uno de mi edad, que había ido conmigo a la escuela primaria en los años en los que yo vivía en el pueblo, iba a contarme alguna cosa del vecindario y de repente cambió de tema y dijo: «Pones una cara como si no supieras nada».

Yo no lograba integrarme en el círculo de los de mi edad. Además era el único de ellos que todavía iba al colegio; los demás ya trabajaban, o bien en la hacienda de sus padres o como artesanos. Yo sólo los veía ocupados con su trabajo o de camino hacia él. Siendo como eran todavía menores de edad, según la ley, yo los veía ya como adultos. Con sus monos y sus delantales, la cabeza erguida, mirando al frente, sus ojos atentos a lo que estaban haciendo, sus dedos a punto de coger algo, tenían algo de militar, y de ahí que aquella confusión de voces de las aulas pasara a ser un lenguaje de monosílabos, de meras inclinaciones de cabeza, o un mudo pasar por delante con la motocicleta, sin mirarle a uno tan sólo (bastaba con un lacónico ademán con la mano). Sus diversiones eran también las diversiones de los adultos; y yo, como si ello fuera algo completamente natural, quedaba excluido de ellas. Con

un escalofrío de asombro, más aún, de respeto, como si estuviera venerando un misterio, observaba yo a las parejas en la pista de baile, su seriedad, la atención que ponían en lo que estaban haciendo, la seguridad de sus pasos al dar vueltas. Esta mujer joven que se movía con tanta dignidad, ¿era la misma que antes, avanzando a la pata coja, saltaba por encima de la línea de tiza de una rayuela? ¡Y la que ahora, con aire comedido y formal, recogíendose un poco el vestido, subía al estrado, era la que no hacía mucho, en los pastizales, nos había enseñado su sexo sin vello! Con qué rapidez habían salido del mundo de la infancia y me miraban literalmente por encima del hombro. Todos los muchachos habían tenido ya un accidente grave; al uno o al otro les faltaba un dedo, un oído, el brazo entero; de ellos, por lo menos uno había tenido un accidente mortal. Unos cuantos eran padres; varias muchachas, madres. Aquel de allí había estado preso un tiempo. ¿Y de mí qué había sido? Me daba cuenta de que con los años de internado había pasado mi juventud sin que me hubiera dado cuenta ni un solo momento. Y veía la juventud como un río, como la libre confluencia de varios ríos, un curso de agua que continuaba y del que yo, al entrar en el internado, había sido excluido junto con los otros que estaban allí. Era un tiempo perdido que ya no era posible recuperar. Me faltaba algo, algo decisivo para la vida y que iba a faltarme siempre. Como a algunos de aquel pueblo que tenían la misma edad que yo, me faltaba una parte del cuerpo; sin embargo, no me la habían amputado, como un pie o una mano, sino que simplemente no se había podido desarrollar, y además no fue solamente una de estas partes que llaman extremidades, sino más bien un órgano que no se puede sustituir por nada. Mi enfermedad era que yo ya no podía hacer nada con los demás: ni estar en nada de lo que hacían, ni hablar con ellos. Era como si estuviera varado, como si fuera un tullido y como si la corriente que me había llevado sólo a mí se hubiera ido ya para siempre. Sabía que necesitaba la juventud, para todo lo otro; el hecho de que ahora la hubiera perdido de un modo irremisible me paralizaba; más aún, en una comunidad como aquélla, formada por seres humanos que tenían la misma edad que yo, provocaba a veces una contracción muy dolorosa, desde la cual yo juraba odio eterno a aquellos —¡que existían!— que eran responsables de mi parálisis.

A pesar de que el aislamiento me resultaba siempre placentero, a la larga no

me resigné a estar solo. Por eso al principio me junté con los más jóvenes del pueblo, con los niños. Éstos me aceptaron de buen grado, como árbitro de sus juegos, como ayudante, como uno que les contaba cosas. En la hora que mediaba entre el principio del crepúsculo y la entrada de la noche, el espacio libre que había delante de la iglesia se convertía en una especie de plaza que pertenecía a los niños. Estaban sentados allí en las molduras de la pared o en sus bicicletas, y por regla general se hacían llamar varias veces antes de ir a casa a dormir. Apenas decían nada, estaban allí juntos, entre el revoloteo de los murciélagos, y a lo largo de aquella hora casi dejaban de verse los unos a los otros. Allí yo, pertrechado con distintos instrumentos, probaba mis armas como narrador; frotaba de vez en cuando una cerilla, golpeaba una contra otra dos piedras, soplabla en el interior de la cavidad que formaba con las manos; sin embargo, jamás pasé de conjurar acontecimientos, que unos pies contrahechos anduvieran, que crecieran las aguas, que se acercaran fuegos fatuos... Pero la verdad es que los oyentes tampoco querían acciones, lo que allí ocurría bastaba. Con todo, como si esta participación marginal del auditorio no bastara, el adolescente, como uno más, iba a sentarse en medio de los niños. Ellos veían esto como lo más natural del mundo; sin embargo, los compañeros de antaño, que entre tanto se habían hecho «mayores», se burlaban de mí. Cuando en una ocasión, con unos cuantos personajes, de los cuales casi ninguno me llegaba al hombro, hacía una carrera por la plaza, la muchacha que en mis noches de internado yo había visto entre velos azules –jamás conseguí imaginarme una mujer desnuda– pasó por delante de mí, con tacones altos, con la frente alta y, de un modo casi imperceptible, torció la boca sin que antes me hubiera mirado para nada: como si mirándome por el rabillo del ojo lo hubiera sabido todo sobre mí, se le hubiera revelado todo lo malo que había en mí.

No sólo la compañía de los niños, hasta la plaza me fue prohibida de repente. Se me confinó en aquella franja periférica a la que la gente del lugar llamaba «detrás de los huertos». Traducida, esta expresión significaba también la zona que, aunque estaba habitada, ya no formaba parte propiamente del pueblo: donde tenían su guarida los marginados, los solitarios. El peón caminero, por ejemplo, vivía allí, en una construcción de una sola pieza, como si fuera la caseta del portero de un palacio que no existía en ninguna parte (y

nunca lo hubo tampoco en los campos que había en los alrededores de los pueblos). Yo nunca entré en aquella casa y me mantuve siempre a distancia de aquel hombre. Era el único en el mundo que me rodeaba que no sólo no tenía que esconder un secreto, sino que lo mostraba abiertamente. Su trabajo cotidiano era sólo mantener en buen estado los caminos del término municipal; con todo, algunos días se levantaba de la caja de grava que había fuera, en el desierto de la carretera y, convertido en pintor de letreros, se le veía en lo alto de una escalera de mano, sobre la entrada del hostel que había en el centro del pueblo, por ejemplo. Al observar yo cómo, con una pincelada extraordinariamente lenta, ponía aún una barra de sombra en los letreros que estaban ya terminados, cómo, por decirlo así, aireaba las letras gruesas con unas cuantas líneas finas, como si fueran pelos, y de qué modo, como por arte de magia, sacaba el signo siguiente de la superficie que aún estaba por pintar – como si estuviera allí desde hacía tiempo y se limitara sólo a seguirlo–, en aquella escritura que iba surgiendo veía yo los emblemas de un universo oculto, innumerable y por ello tanto más magnífico, y sobre todo de un reino universal que no tenía fronteras. Y a la vista de él, el pueblo, lejos de desaparecer, salía de su insignificancia, como el círculo más íntimo de este reino, iluminado aquí y ahora, como desde el centro, por el ensamblaje de formas y colores de aquel letrero. Hasta la escalera del pintor se convertía en aquel momento en algo especial: no se apoyaba, se levantaba en alto. El calzo que había a sus pies brillaba. Pasaba una carretilla, las guedejas de paja se entretejían formando guirnaldas. Los ganchos de los postigos ya no colgaban sin más, señalaban direcciones. La puerta del mesón adquiría la firmeza de una entrada principal y los que entraban, obedientes al letrero, al mirarlo se descubrían. Detrás, la pata de una gallina que escarbaba la tierra sobresalía del conjunto como la pezuña amarilla de un animal heráldico. La calle junto a la cual estaba ahora el pintor, en vez de llevar a la pequeña ciudad, atravesaba el pueblo y llevaba a la lejanía, y al mismo tiempo, sin rodeos, llevaba también a la punta del pincel del escribiente. Otras veces, en días determinados, en medio de la tormenta de hojas del otoño, en las ráfagas de nieve del invierno, en las vaharadas que despedían las flores en primavera, en los relámpagos de las noches de verano, en la plaza del pueblo, el gran mundo reinaba ante mí como un puro Ahora; sin embargo, en los días en los que se

pintaban letras yo experimentaba el complemento de esto: en el ahora, el tiempo, elevado al rango de era.

El peón caminero se me aparecía además en otra metamorfosis: restauraba las pinturas de las pequeñas capillas que había fuera, en los campos. Uno de los santuarios campestres tenía forma de pequeña iglesia, con un espacio interior; con todo, era demasiado pequeño para que dentro se pudiera dar ni tan sólo un paso. Metido de mala manera en este espacio cuadrado que había en aquel cruce de caminos alejado del pueblo, visible sólo desde la cabeza hasta el codo, que apoyaba en el alféizar de la pequeña ventana, abierta ante mis ojos, lo encontraba yo a menudo en medio de su trabajo. En aquellos momentos la capilla hacía pensar en un tronco de árbol vaciado por dentro, en una cabina de conductor, en una garita de centinela; y se diría que aquel hombre la había sacado del pueblo y la había llevado a hombros hasta aquel lugar en el que no había seres humanos. El pintor no tenía ni siquiera espacio para echarse hacia atrás y examinar lo que hacía. Sin embargo, el estado de calma en el que se encontraba, con el sombrero puesto, sin inmutarse ni un solo momento por mis pasos, daba a entender que no necesitaba para nada este espacio. El fresco que tenía que restaurar no se podía ver desde fuera; para saber lo que representaba, los que pasaban tenían que inclinarse y meter la cabeza por encima del alféizar. Sólo el color fundamental se reflejaba en aquella pequeña casa, un azul luminoso en el que, después de mirarlo un buen rato, cualquier movimiento del otro actuaba sobre mí como un ejemplo. Sí, de este modo, lento, concentrado, silencioso, sin que nadie que esté a mi lado pueda perturbarme, completamente metido en mi tarea, sin nadie que me asista en mi trabajo, sin nadie que me alabe, sin que esperen nada de mí, sin que me exijan nada, sin pensar en nada más que en lo que estoy haciendo: así es como yo quería hacer mi trabajo cuando fuera mayor. Fuera éste el que fuera, debía corresponder a la actividad que estaba viendo aquí, una actividad que, de un modo tan evidente, ennoblecía al que la llevaba a cabo y también a cualquiera que lo estuviera contemplando, aunque fuera por casualidad.

En estos años, en los que a diario tenía que ver cómo, después de la interrupción prematura, violenta, de la infancia, en el pueblo no había para mí ya vínculo alguno ni continuación ni permanencia, en estos años ocurrió



también que, por primera vez, entré en un contacto más próximo con mi hermana, la perturbada mental. Lo curioso de esto era además el modo como, desde pequeño, todos los perturbados mentales de la región me habían atraído, y yo también a ellos. En sus incansables paseos, muchas veces se acercaban a la ventana, pegaban la nariz y los labios en el cristal y miraban hacia adentro con una risita de conejo; y durante el tiempo en que estuve yendo a la escuela primaria de Bleiburg, allí, a mis ojos, el único lugar donde la gente siempre se divertía de verdad era el hogar de los subnormales. Habitualmente, después de las clases, dando un rodeo, me iba allí a que me saludaran desde detrás de la valla con sus gritos y su bracear –me acuerdo también de los abrazos en el vacío–, después de lo cual, con nuevo ánimo, braceando y gritando yo también de vez en cuando, por la carretera desierta, me iba a casa. Era como si los locos, o los débiles mentales, fueran mis santos protectores, y cuando durante mucho tiempo no había encontrado a ninguno, el primero que veía producía en mí una sacudida de fuerza y de salud.

Sin embargo, a mi hermana yo no la vi nunca formando parte de aquel tropel alegre y reconfortante de débiles mentales o locos. Había estado siempre en una soledad oscura y tenebrosa y desde siempre yo le había tenido miedo y la había evitado. Pensando en su forma de mirar, a mí no me parecía que fuera una persona perturbada, como me habían hecho creer; me parecía más bien alguien que miraba fijamente; no con una mirada vacía, sino más bien clara y luminosa; no abismada, sino presente en todo momento. Estos ojos me estaban midiendo continuamente, y en esta medición no salía nunca bien parado. Y este instrumento de medida (que así es como veía yo a aquella mirada impávida) no denunciaba las faltas, o las canalladas, que yo pudiera cometer en este o en aquel momento, denunciaba más bien mi tara fundamental: yo fingía, yo no era aquel por el que me quería hacer pasar; yo no era auténtico; yo no era, simplemente; representaba un papel. Y en realidad nunca te sentías a gusto estando con ella; hiciera lo que hiciera –aunque sólo fuera poner esta o aquella cara–, yo tenía la sensación de estar simulando algo, tanto para ella como para mí, y además de estar haciéndolo mal y de un modo equivocado. Al principio, por lo menos de vez en cuando, se reía de mí, ante mis narices, con aquella risita casi compasiva que tenía; luego, después de aquellos momentos en los que me ponía a prueba y me aniquilaba, se quedaba

callada simplemente, contenta del mal que me había hecho. Por esto, siempre que era posible, procuraba no encontrármela (sin embargo, podía ocurrir que, de un modo inesperado, estuviera en la galería y hubiera colocado allí la trampa de su mirada).

Probablemente contribuía también a mi extrañeza el hecho de que mi hermana fuera mucho mayor que yo. El hermano y ella se llevaban un año, y ella y yo veinte. Durante mucho tiempo el niño que era yo entonces la estuvo tomando realmente por una extraña en la casa, por una inquietante intrusa que algún día se sacaría una aguja del moño y se pondría a pinchar. Y ahora, al volver yo del internado, se sacó, por decirlo así, las agujas del cabello, se abrió a mí, inclinó la cabeza ante mí, con una solicitud que era una especie de entusiasmo. Entusiasmada salía a mi encuentro, campo a través, cuando yo venía del tren; entusiasmada me llevaba la maleta; entusiasmada me entregaba una pluma de ave, me traía una manzana, me servía un vaso de mosto. Durante todo el tiempo yo lo había estado negando, pero en definitiva yo era como ella: al fin no era ella sola la perturbada, la marginada, sino también yo; al fin tenía ella un aliado, un cómplice, y podía andar a mi lado. Su mirada, en lugar de encontrarse conmigo, descansaba en mí, y si hasta ahora no me había augurado más que desastres, en aquel momento no hacía otra cosa que proclamar su alegría por mi presencia, por la suya, por la de los dos; sin embargo, esta mirada jamás resultaba inoportuna, se producía rehuendo cualquier tercera persona, cuando yo la necesitaba, a modo de indicación, de signo.

En mi imaginación, la actitud que corresponde a mi hermana es la posición de sentada; un modo de sentarse tranquilo, erguido, con las manos apoyadas en el banco. A pesar de que delante de cada casa había un banco así, normalmente quienes se sentaban allí eran sobre todo hombres, en especial los viejos –a mi padre, a quien sólo recuerdo de viejo, no lo veo nunca sentado–. A las mujeres del pueblo, en cambio, las veía siempre, como se decía de las dueñas de las fondas, «sobre sus piernas»; yendo por la calle, agachándose en los huertos e incluso corriendo por dentro de las casas. Es posible que sean sólo imaginaciones mías, pero para mí una de las peculiaridades de las mujeres de pueblo eslovenas era que, en la casa, cada uno de sus movimientos era una carrera de un punto a otro. Corrían de la mesa al fogón, del fogón al

aparador, del aparador otra vez a la mesa, por cortos que fueran en la habitación cada uno de los recorridos. Esta carrera, que tenía lugar en los espacios más angostos, empezaba a partir del estado de reposo; era una rápida sucesión de pequeños saltitos, silenciosas carreras de puntillas, correr sin moverse, cambiar de pie, darse la vuelta y volver a dar saltitos, y en su conjunto era el espectáculo de un bailoteo patoso, como una danza de mujeres que habían sido sirvientas durante muchos años. Incluso las niñas, apenas habían llegado de la escuela, se lanzaban enseguida a la carrera, compitiendo con las otras mujeres, dando saltos de un lado para otro en la cocina, en aquel galope de criadas que parecía heredado desde antiguo. Y hasta la madre, que en realidad era una extraña en el pueblo, había adquirido aquella costumbre, y para traerme una taza, por ejemplo, mirando al suelo y conteniendo la respiración, venía hacia mí dando brincos como si yo fuera un huésped inesperado, un gran señor. Me estoy acordando de que a nuestra casa jamás llegó nadie a quien pudiéramos ver como un huésped; ni siquiera el cura del pueblo. En aquel momento la hermana era la única mujer del pueblo a la que yo veía como la mujer sentada. Estaba sentada delante de la casa, en el banco, a la vista de todo el mundo, y no hacía otra cosa que estar sentada. Y a ella, como ocurría con el peón caminero, la veía como un modelo. Sentada allí y jugando con los dedos, sin el habitual rosario, a los ojos de todos se transformaba en una figura etérea, y el único que la miraba era yo, que era quien más le gustaba a ella que la mirara. De un modo comparable a como ocurría con el pintor de letreros, al margen de la danza de los demás, en la libertad de su locura, ella era también la encarnación del centro del pueblo. Allí donde ella estaba sentada, pensaba yo, hubiera podido tener su trono la pequeña estatua de piedra que, sin que nadie se fijara en ella, se encontraba en una hornacina oscura de la iglesia. Constaba sólo de un tronco, una mano y una cabeza, y de su rostro, gastado por la intemperie, a modo de abombamientos, sobresalían sólo los ojos y una boca que mostraba una amplia sonrisa; boca y ojos cerrados. Los párpados, los labios y la mano, que sostenía una bola de piedra, al sol, se reflejaban aquí, al exterior, y la imagen entera se perdía en el muro centelleante, como si fuera su zócalo.

Sí, el momento de los niños a la hora del crepúsculo; sí, el momento del pintor

que trabajaba sin testigos; sí, el momento de la conjurada sentada al sol: sin embargo, a la larga para mí ninguno de estos momentos podía sustituir el lugar perdido.

El sueño había terminado; los sueños tenían que tomar el relevo, los grandes y los pequeños, de día y de noche. Sin embargo, en estos años tampoco me convertí en un hombre urbano. A pesar de que, siendo ahora un extraño en el pueblo, muchas veces, terminadas las clases, esperaba a coger el último tren; en la ciudad no estaba en mi sitio en ninguna parte. En aquella época no frecuentaba los bares, tampoco los cines, así que, o bien iba de un lado para otro sin rumbo fijo o, sentado en los bancos del parque, esperaba a que llegara la hora. Es posible que las características de Klagenfurt contribuyeran también a que yo no tuviera meta alguna: el lago, para llegar hasta él a pie, estaba demasiado lejos, y la ciudad, que entonces me parecía de grandes dimensiones, la capital de un *Land*, no estaba atravesada por ningún río por cuya orilla hubiera podido yo pasear o en cuyos puentes uno hubiera podido estar. Junto con la estación, el único edificio urbano que para mí era algo así como un cobijo era la escuela. Allí pasaba las tardes solo, en la clase o, cuando limpiaban, en un entrante que había en el corredor y donde habían puesto mesas y bancos sobrantes. A veces venían también otros de los alumnos a los que llamaban alumnos ambulantes, y en aquel edificio inmenso, vacío, que se iba volviendo cada vez más silencioso y oscuro, formábamos una pequeña clase, un pequeño tropel de silenciosos, de los que están sentados en el alféizar de las ventanas o de pie en los rincones. Allí encontré también a aquella chica con la que una vez fui a ver una película; como yo, vivía muy lejos, en la dirección opuesta a la mía, en un pueblo al que yo, a diferencia de lo que ocurría en mis tiempos de internado, imaginaba como incomparablemente más seductor que el mío; con aquel rostro que, saliendo de la oscuridad del corredor, venía resplandeciente a mi encuentro, no podía ser más que de una casa principesca, una casa situada junto a una gran calle.

Con mis propios condiscípulos, en cambio, sólo experimentaba la sensación de vida en común durante las horas de clase. Allí yo podía hablar, incluso a veces era el que llevaba la voz cantante (o en caso de duda aquel a quien preguntaban), pero después de la clase estaba solo. Los otros vivían en la ciudad, con sus padres o en familias. Y eran todos hijos de abogados,

médicos, fabricantes y comerciantes. No había ninguno que, como yo, no hubiera podido presumir del oficio de su padre. ¿Era yo hijo de un «carpintero», o de un «agricultor», de un obrero del «servicio de torrentes» (que era lo que, a lo largo de decenios, habían sido las actividades de mi padre), o bien no bastaba con la respuesta elusiva de que mi padre «estaba jubilado»? Como fuera, tanto si silenciaba mi origen, como si mentía sobre él –ennobleciéndolo unas veces, rebajándolo otras–, o si llegaba incluso a querer ignorarlo, como si yo fuera alguien sin origen –que es lo que más me hubiera gustado ser–, veía claramente lo que ya antes –en la pequeña ciudad de Bleiburg, en mi trato con los hijos del profesor, del gendarme, del director de correos, del empleado de la Caja de Ahorros– había sentido de un modo vago: yo no era ninguno de ellos, en el fondo yo no tenía nada en común con ellos, ellos no eran mi gente. Ellos tenían sus formas de relacionarse, yo no. Sus reuniones, a las que al principio todavía me invitaban cortésmente, para mí no sólo eran algo extraño, sino algo repulsivo. Ante la puerta de una sala donde se daban cursos de baile y al oír la voz autoritaria de la monitora que marcaba el compás, yo imaginaba que la gente que había dentro estaba encerrada allí para toda su vida, y además por voluntad propia, y junto a mi muñeca sentía ya el picaporte de la puerta como si fueran las esposas que se usaban en aquella cárcel; y una vez, en un jardín, durante una fiesta, rodeado de farolillos de las colores, de velas centelleantes, del humo del fuego de las parrillas, hechizado por una suave música y el chapoteo de un surtidor, rodeado por un círculo de gente que bailaba y charlaba, en cuclillas bajo una hamaca que colgaba sobre mi cabeza, me sentí como atrapado en una red de la que ya no había posibilidad de escapar.

Fuera de la comunidad de alumnos yo no encontraba mi sitio. Dondequiera que me pusiera estorbaba el paso de los demás; al vacilar ante cada una de las frases que iba a decir, detenía los diálogos más ágiles y desenvueltos. Mientras los demás, con la cabeza erguida, paseaban por la acera, yo, inclinado hacia delante, pasaba pegado a las paredes y a los setos; y si los demás, daba igual dónde fuera, se detenían en la puerta de entrada para que los vieran, yo aprovechaba ese momento para cruzar el umbral junto a ellos sin llamar la atención (lo que a veces, como daban a entender las carcajadas que

se producían dentro, no hacía más que llamar la atención sobre mí). Las horas libres que pasaba yo con mis condiscípulos, cosa de lo que probablemente sólo yo era consciente, estaban siempre bajo el signo de la perplejidad. Años después, en un hombre que estaba en un tranvía vi el autorretrato mío de aquellos tiempos: el hombre estaba sentado en medio de un círculo de personas como él que contaban chistes. De un modo regular se reía con los demás, pero siempre un segundo más tarde que los otros, y, una y otra vez, en medio de su risa, se quedaba serio, miraba fijamente y luego seguía riéndose, muy fuerte, a coro con los demás. Ninguno de los que lo rodeaban se daba cuenta de lo que a mí, desde fuera, se me hizo claro inmediatamente: probablemente entendía lo que se contaba, pero no comprendía dónde estaba el chiste. No tenía sentido ninguno de la ambigüedad y la alusión y por esto tomaba al pie de la letra lo que contaban los otros; en los momentos de silencio, en su mirada, que estaba realmente afectada por la situación, vi que llegaba incluso a vivir los detalles de lo que se contaba como algo muy serio. Exactamente así, pensé yo en aquella ocasión, en el tranvía, es como estaba yo entonces entre mis condiscípulos, y sólo uno de fuera, como yo ahora, hubiera podido darse cuenta de que en aquel círculo yo no estaba en mi sitio.

Una vez estábamos varios sentados junto a una mesa y hablábamos. Al principio yo todavía participaba, pero luego, de pronto, la relación entre los demás y yo acabó; el grupo estaba allí y yo aquí. Yo sólo los oía hablar, sin verlos; todo lo más, por el rabillo del ojo entraban rápidamente algunas extremidades, o se desplazaban. En cambio, cuanto menos veía, más se agudizaba mi oído: tanto las palabras como la entonación de cada una de las frases las hubiera podido repetir inmediatamente con una claridad que hubiera asustado a quien me hubiera oído, de un modo más natural que la mejor de las grabadoras. Se decía sólo lo habitual, se conversaba. Pero justo el hecho de que se dijera esto y el modo en que esto se decía me indignaba. ¿No acababa yo mismo de esforzarme por participar? Sí, pero ahora yo estaba al margen, mudo, sin decir palabra, y quería que los que estaban alrededor de la mesa me preguntaran por qué no decía nada. Pero los otros —esto es lo que me pareció— lo único que hacían era conversar de un modo más animado todavía, al margen de mí, prescindiendo de mí, como si en aquel momento se tratara sólo de

demostrarme con ello que estaban allí y que para ellos yo no existía. Si, al seguir hablando delante de mí, del que había enmudecido, sin dirigirme la más mínima pregunta, aquellos hijos e hijas de burgueses lo que pretendían era rechazar a uno como yo, a uno de los míos, e incluso el modo como hablaban, aunque en la conversación no saliera ninguna palabra hostil, su cantilena, insulsa, suelta, iba contra mí. Sentía cómo la energía de la que había hecho acopio antes de encontrarme con ellos —el afán de decir también yo algo, de contar algo—, de pronto, detrás de mi frente, cambiaba de signo y, conmoviendo y aturdiendo todo mi cerebro, rebotaba en mí con fuerza; la «soledad», que para mí era sólo una palabra: de este modo es como supe este era. A partir de ese día me propuse que ese tipo de reuniones no iban a ser nunca las mías; ¿y no era incluso un triunfo silencioso el hecho de no poder participar en la conversación, de ser otro? Sin saludar a nadie me marché de la mesa, y ellos no dejaron de hablar ni un solo momento. Sólo más tarde, cuando esta situación se repitió, supe que yo no había tenido «habitación para los niños», después de lo cual me acordé de que realmente en nuestra casa no había habido nunca una habitación especial destinada a los niños. De estos acontecimientos me quedó luego una costumbre que más tarde yo mismo tuve que quitarme: en una discusión llamar a un adversario «vosotros», aunque éste fuera una sola persona.

Es así como en aquella época mi patria pasaron a ser los viajes, las esperas en paradas y estaciones, en una palabra, el estar en camino. Los noventa kilómetros diarios, o, con los tramos que tenía que recorrer a pie, las tres horas de camino, del pueblo a la ciudad y de la ciudad al pueblo, formaban un espacio temporal que, teniendo en cuenta todas las circunstancias que me rodeaban, me proporcionaba también un espacio vital. Exhalaba un suspiro de alivio cada vez que me daba cuenta de que al fin me volvía a encontrar entre personas que eran casi siempre desconocidos, gente entre la que no había nadie a quien yo debiera situar en una categoría determinada, y que tampoco ellos tenían que clasificarme a mí. Durante el viaje no éramos ni ricos ni pobres, ni mejores ni peores, ni alemanes ni eslovenos, todo lo más jóvenes y viejos, y por la noche, en el viaje de vuelta, a mí me parecía incluso que entre nosotros ni siquiera contaba la edad. Pero, entonces, ¿qué éramos? En un tren

sin clases, simplemente «viajeros» o «pasajeros»; y en el autobús, algo todavía mejor: «huéspedes de viaje»<sup>1</sup>. A veces, por distintos motivos, prefería el autobús: primero, porque así yo podía estar más tiempo de viaje; luego, porque en el autobús se viajaba de noche; y finalmente, porque en los viajes en autobús, incluso a aquellos a quienes yo conocía hasta la saciedad, los veía yo como transformados. Mientras en el pueblo, o en la pequeña ciudad, los identificaba por su voz, su manera de andar, sus miradas, el modo como volvían la cabeza para mirar al que pasaba –con los codos apoyados en el alféizar de la ventana– o incluso por aquello que yo sabía de su familia o de sus antepasados, ahora, una vez habían subido al autobús, de repente se convertían en algo indefinible. Y como indefinibles, a mis ojos eran ahora más de lo que eran antes: privados de sus propiedades, se mostraban al fin como personas solas, únicas e irrepetibles, del momento presente, y, en el autobús desvinculado que avanzaba estrepitoso por la carretera, daban la impresión de estar mucho más en su sitio que en los asientos de la iglesia del pueblo, que llevaban los nombres de la familia, con los que ellos querían imponerse; como si el viaje comunitario los hubiera ennoblecido. Convertidos en algo indefinible, por primera vez daban ahora su imagen: lo que ellos expresaban y, al mismo tiempo, lo que no podían expresar, esto era lo que eran en realidad: su saludo, de viajero, era por una vez un saludo; sus preguntas eran por una vez una petición de información, y yo no podía hacer lo mismo. Hasta qué punto me sentía yo protegido, entre los míos, en medio de esta gente que iban casi siempre solos, o en pequeños grupos de niño y adultos y entre personas a quienes un funcionario de confianza (que en su casa era tal vez un vecino gruñón) llevaba en coche por las calles y las carreteras, unidos todos ellos no por una excursión, por ejemplo, o con una finalidad recreativa, sino por una necesidad que les había sacado de sus casas y de sus huertos y los había mandado al médico, a la escuela, al mercado o a una oficina pública. Y este sentimiento no siempre necesitaba de la protección de la oscuridad. Una vez, en una mañana muy clara, yo estuve sentado detrás de un pequeño grupo de mujeres que, de un lado a otro del autobús, conversaban sobre los parientes que tenían en el hospital y a los que todas ellas iban a ver. Las historias de aquellas enfermedades, una sucesión clara de voces de distintos tipos, una que gritaba a pleno pulmón, otra suave y discreta, otra quejumbrosa, otra tranquila



y relajada –unas voces de las cuales cada una de ellas entraba en su momento–, convertían a aquel autobús en marcha en un escenario que en aquellos momentos pertenecía sólo a las narradoras y en cuya cabina acristalada se había juntado al fin la luz de todo el país, una luz que disipaba, espiritualizaba todo lo corporal, todo lo pesado –la luz de un país distinto, de un país, sin embargo, que estaba presente y que circulaba con el autobús–. Los pañuelos de cabeza de las mujeres despedían irisaciones y de sus bolsos de mano salía la luz de los ramilletes que habían cogido en sus jardines.

Del mismo modo veía yo una y otra vez cómo los viajeros, después de haberse apeado en las paradas, se separaban en la oscuridad: aquellas estaciones eran también escenarios, lugares de una acción que consistía únicamente en gente que iba y venía, y sobre todo esperaba. Algunos, antes de darse la vuelta, permanecían unos momentos en el círculo de la luz, como si dudaran antes de irse a casa (entre éstos me contaba yo en aquel tiempo); los otros, apenas estaban fuera, como ocurre a veces con los niños en el sueño, desaparecían inmediatamente, como perdidos para siempre, y el vacío que dejaban lo marcaba el calor del asiento de al lado, el vaho de su respiración, que, ahora líquido, se deslizaba por el cristal de la ventana, las marcas de los dedos o de los cabellos.

Para mí, en aquel tiempo, el escenario más importante era el recinto de la estación de autobuses, una calle lateral que había junto a la vía del tren, con la caseta en la que se vendían los billetes, y los cobertizos de madera, que cogían todo el largo de la calle, desde donde se salía hacia las distintas direcciones del país; en determinados días se iba incluso a Yugoslavia e Italia. Aquí me sentía yo en el centro de cuanto sucedía. Pero lo que sucedía era sólo el olor del entarimado de la caseta –brillante, pintado con una pintura negra disuelta en aceite–, el silbido de la estufa de hierro que había allí, el ruido de las hojas de la puerta, el tablero de los anuncios moviéndose continuamente en las vallas, la vibración de un autobús que se ponía en marcha, la crepitación y el crujido de otro que estaba aparcado, el polvo, las hojas, la nieve y los periódicos, arrastrados por el viento, pasando por las calles. Y lo que en este lugar ocurría con estas cosas, o el hecho de que estuvieran allí, sin más, en forma de lámparas de un amarillo pálido, arriba, en los árboles, en forma de vigas agrietadas que sostenían los cobertizos, de planchas de hojalata medio

oxidada indicando los lugares de destino, esto me bastaba como acción; no era necesario que ocurriera nada más, esto era ya la plenitud. El hecho de que de la oscuridad saliera un rostro y se hiciera reconocible, personal, era ya demasiado. No es sólo que molestara, deshacía el hechizo. En las historias que yo, sin querer, imaginaba para aquella situación, el héroe era uno que se hacía pasar por Dios, o un idiota a quien todo el mundo dedicaba una risita de conejo cuando subía y que, en aquel viaje nocturno, tomando el papel de vengador, hacía que el autobús se despeñara por un precipicio. Hasta la amiga me impedía ver el espacio libre que tenía ante mí, cuando, sentada en el autobús que estaba saliendo del otro lado de la calle, se daba la vuelta para mirarme. No podía contestar a su saludo hasta que ella salía de la imagen, hasta que el lugar volvía a estar desierto. Entonces, ciertamente, todo el país parecía estar poblado por ella; yo hacía con ella aquel recorrido y ella hacía conmigo el mío.

Sí, en mi época de escolar viajero el recorrido que hacía yo de la ciudad al pueblo y del pueblo a la ciudad, con sus trenes, sus autobuses, sus estaciones y sus paradas, era mi casa. Había terminado la morriña, las ganas de ir a casa de mis años de internado; en los días en que no había clase una fuerza me impulsaba a salir, a ir a la carretera, con sus paradas, aquella carretera que, a diferencia de lo que ocurría con el pueblo, merecía el nombre de «lugar». Algo me empujaba a estar eternamente en camino, a llevar una vida nómada, sin hogar. La morriña de antes, el dolor más terrible de todos cuantos había experimentado hasta entonces, una plaga –una plaga que, a diferencia de las otras, caía sobre un individuo solo, desde un cielo claro y luminoso, mientras que en torno a uno todo permanecía a salvo, y que, a diferencia de las otras también, no se podía combatir con nada–, había cedido el paso a una despreocupación, a una ligereza de ánimo que yo, cuando no tenía ninguna meta, experimentaba en forma de aburrimiento, pero que ahora que tenía un sentido la vivía yo como ganas de ver mundo: en lugar de una plaga, una alegría.

Algo que descubrí además en mi época de viajero fue que también los padres eran forasteros en aquel pueblo. No es que sus convecinos los vieran así, sino que eran ellos mismos los que se veían de este modo. Fuera de la casa se les

respetaba: al padre le encargaban distintas funciones (en Rinckenberg éstas casi siempre tenían que ver con la iglesia); la madre pasaba por ser la experta en las relaciones con la Administración, con la autoridad, sobre todo con lo que tenía que ver con el exterior y, a modo de escribana del pueblo, redactaba las cartas y las instancias; sin embargo, precisamente cuando ninguno de los dos estaba ocupado en ningún trabajo concreto, imperaba por un lado una desazón, por otro una rumia inmóvil, como si los dos estuvieran allí obligados, como prisioneros o confinados.

La imagen del padre –andando de un lado para otro, corriendo de repente al pequeño receptor y dando vueltas al botón con la mirada oscura– me hace pensar en alguien que, perdido desde tiempo en un puesto avanzado, busca una vez más sin esperanza la señal del regreso. Al principio yo creía que esto era aún consecuencia de aquel establo que con los años se había quedado vacío y del sordo silencio del granero, donde los útiles que había sólo eran piezas de museo o trastos viejos, pero luego me di cuenta de que incluso aquella actividad constante que desplegaba el padre en el taller que tenía detrás de la casa –donde, sin que nadie se lo hubiera encargado, fabricaba mesas y sillas de ángulos rectos, sin adorno ninguno– era la expresión de una incurable rabia y de un sentimiento de indignación por una injusticia. A veces, a través de los cristales de la ventana, le veía cómo trabajaba sin dedicar una sola mirada a lo que estaba haciendo: o bien miraba fijamente por encima de lo que tenía entre manos, o bien levantaba de repente la cabeza, con una leve mirada desafiante seguida de una larga impotencia. Sus accesos de cólera, sobre los que se contaban leyendas en la región, se convertían durante el trabajo en una cólera permanente y regular que se desahogaba trazando líneas lo más gruesas posible, clavando clavos, afilando cantos. Más tarde pensé que esto provenía de que, veinte años después de la desaparición de mi hermano, nuestra casa seguía siendo aún una casa en luto; de que el desaparecido, a diferencia de lo que ocurre con uno que con toda seguridad está muerto, no dejaba en paz a los parientes, sino que, sin que éstos pudieran hacer lo más mínimo para impedirlo, se les estaba muriendo todos los días.

Pero tampoco era esto, por lo menos no era esto solamente. Aquella conciencia que, por decirlo así, desfiguraba todos los rincones de la casa, la conciencia de no ser de allí, más aún, de que para uno el pueblo era un

castigo, era algo mucho más viejo, era una tradición familiar –la única– legada al padre por su padre, y a éste por el suyo, y así sucesivamente, y en la que tal vez lo que se encontraba acuñado de un modo más claro era aquel dicho que unos pasaban a los otros: «No, no entro, porque cuando entro no hay nadie».

Esta herencia provenía de un hecho histórico del que nació la leyenda de nuestra casa: por lo visto, nosotros procedíamos de aquel Gregor Kobal, el cabecilla de la revuelta de los campesinos de Tolmin. A sus sucesores, después de la ejecución de aquél, los echaron del valle de Isonzo, y uno de éstos, atravesando los Karawanken, fue a parar a Carintia. Por esto a los primogénitos los bautizaban siempre con el nombre de Gregor. Sin embargo, de esta historia para mi padre lo que contaba no era la revuelta o el caudillaje, sino la ejecución y la expulsión. Desde entonces nos convertimos en una tribu de siervos, de obreros ambulantes que no tenían morada en ninguna parte y que estaban condenados a seguir así siempre. El único derecho que teníamos, y en el que podíamos encontrar algunos momentos de paz y tranquilidad, era el juego. Y él, jugando, incluso cuando era viejo, era siempre el primero del pueblo. Formaba parte de su condena al exilio el hecho de que en casa el esloveno, que había sido la lengua de sus antepasados, no sólo debía ser postergado, sino literalmente suprimido. En realidad lo hablaba, como se echaba de ver en los monólogos que mantenía en el taller –eran parlamentos que, a menudo en voz muy alta, le salían del alma–, pero ya no podía hablar esta lengua en público ni tampoco transmitirla a sus hijos; de ahí que, sólo cuando tomó por mujer a una del pueblo enemigo, a una mujer que hablaba alemán, la situación se convirtiera en una situación legal. Se comportaba como si sobre nuestra estirpe pesara una voluntad suprema, más poderosa que la de aquel emperador que antaño había hecho ejecutar a Gregor Kobal, el padre de nuestra tribu: después de la desaparición de su hijo mayor, el último que llevaba este nombre, la obligación de reducir al silencio los últimos sonidos del esloveno. De ahí que, delante de los demás, su propia lengua únicamente se le escapaba cuando decía palabrotas o en las frases que le salían cuando estaba emocionado. De un modo libre la hablaba sólo en el juego, al coger una carta, al lanzar una bola en la bolera o al animar a un bolo que, sobre la pista de hielo, corría hacia su meta: entonces era cuando él, que nunca cantaba con los demás, pasaba a ser el que iniciaba el canto ante los otros. Si no era en

estas ocasiones, cuando no permanecía mudo, hablaba sólo alemán, un alemán sin el más mínimo deje dialectal, que se transmitió a toda la familia y sobre el que, en cualquier parte del país en la que me encontrara, me pedían explicaciones, como si se tratara de una lengua extranjera prohibida. (Sin embargo, para mi oído, el modo como mi padre hablaba alemán, con ese deje extraño, pensando fatigosamente cada palabra y transformándola en una imagen, es la voz más clara, más pura, menos deformada y casi siempre más humana que he oído nunca en Austria.)

De todas formas, de ninguna manera puede decirse que mi padre aceptara de un modo sumiso la condena de los Kobal, el exilio, la servidumbre, la prohibición de usar la lengua propia; veía esta prohibición como algo indignante. Sin embargo, la salvación él no intentaba conseguirla por medio de la resistencia o simplemente llevando la contraria, sino por su modo quizá absolutamente violento, sarcástico, despectivo de cumplir a rajatabla la orden injusta, una orden cuyo cumplimiento tenía que ser mostrado delante de las instancias competentes de un modo tal, que éstas al fin tuvieran que intervenir. Con todas sus fuerzas, y sobre todo con la fuerza de su tenacidad, el padre buscaba la salvación de él y de los suyos, incluso, como mostraban los accesos de cólera y la crueldad con que trataban a los animales, estaba impaciente por conseguirla; sin embargo, como si ello formara parte de este anhelo, en sus esfuerzos no había esperanza, ni sueños, ni fantasías, ni propuesta alguna dirigida a nosotros sobre cómo tenía que ser la salvación de la familia aquí en la tierra. De esto hacía responsables a las dos guerras mundiales, la primera de las cuales la había pasado él, casi exclusivamente, resistiendo junto al río legendario de nuestra tierra, el Isonzo, y la segunda, como padre de un desertor, esperando en su confinamiento de Rinckenberg.

Mi madre, en cambio, la que se había casado con un extranjero, la que había sido traída a la fuerza, comprendía y utilizaba la tradición ancestral de un modo muy distinto. Para ella esta tradición no significaba una forma triste de hacer una guerra sin éxito posible, una forma de expatriación, sino algo así como el documento que certificaba que teníamos una meta y un derecho que reclamar: una promesa. Y, a diferencia de lo que ocurría con el padre, que buscaba una liberación, ella no esperaba de un tercero la salvación: la exigía para nosotros y de nosotros. Mientras el padre, en vano siempre, se ejercitaba

en una fe y en un sometimiento al destino, ella se manifestaba decididamente atea y, cuando era posible, se atribuía un derecho (cosa que deducía también de la experiencia de las dos guerras mundiales). Y este derecho significaba lo siguiente: su familia –y para ella esto quería decir sus hijos– había tenido desde hacía siglos su casa y su patria al otro lado de los Karawanken, tenía derecho a este hogar y a esta patria, y al fin, con sus propias fuerzas, tenía que imponer este derecho. ¡Adelante, en marcha hacia el suroeste, a tomar la tierra, como fuera! Y esta conquista de la tierra llevaba aparejado esto: borrar la afrenta que antaño «nos» hizo la superioridad asesinando al padre de nuestra estirpe. (Para designar a la tribu que le daba asilo, la madre, la expósita, la inmigrada, usaba la mejor forma que conocía, el plural mayestático «nosotros».) La venganza que nosotros tomaríamos con el emperador, el conde, los poderosos, en una palabra, con los «austriacos» – para ella, la austriaca, la expresión suprema del desprecio hacia los humanos–, acostumbraba ella a simbolizarla con un juego de palabras que hacía con el nombre de la localidad del valle del Isonzo, donde, decían, estaba nuestra cuna: el pueblo, que en alemán se llamaba «Karfreit» y cuyo verdadero nombre, es decir, en esloveno, era «Kobarid», después de nuestro regreso a la patria y de nuestra resurrección de una esclavitud de milenios, recibiría el nuevo nombre de «Kobalid», a lo que el padre le contestaba que este nombre podría traducirse también por «alejarse a caballo» y que mejor que lo dejara tal como estaba, en Karfreit, o por lo menos en Kobarid, que llevaba en sí, por ejemplo, una concreción de cristales o un ramillete de avellano, a lo que la madre, a su vez, acostumbraba a replicar preguntando si él, que en estos momentos se encontraba degradado y reducido definitivamente a la condición de súbdito, había olvidado que las últimas noticias que se tenían de su hijo, el luchador de la resistencia, venían de la famosa «República de Kobarid», donde un pueblo aislado, en plena guerra, se había erigido en república en contra del fascismo, y esto había durado incluso un tiempo; a lo que el padre se limitaba a decir que él no sabía nada, ni de estas noticias ni de ninguna resistencia.

Sin embargo, luego los dos se volvían a encontrar siempre delante del único cuadro que había en la casa (sin contar la fotografía ampliada de mi hermano que se encontraba dentro, en el rincón donde estaba la imagen de

Nuestro Señor y la radio). Estaba colgado en el vestíbulo y era un mapa de Eslovenia. Pero incluso aquí generalmente los padres estaban enfrentados en una disputa verbal. La madre, a pesar de ser atea, más aún, blasfema, al leer los nombres, elevaba la voz y emitía una salmodia, sílaba tras sílaba, en un tono uniforme, flotante, tembloroso, mientras el padre, o bien la iba corrigiendo sin miramientos, áspero y desabrido, o bien se limitaba a sacudir la cabeza al oír cómo pronunciaba las palabras extranjeras. Aunque, al ver la actitud del padre, poniendo dientes de liebre, no dejaba que la sacaran de esta letanía eslava; entonaba «Ljubljana» en lugar de Laibach, «Ptuj» en lugar de Pettau, «Kranj» en lugar de Krainburg, «Gorica» en lugar de Görz, «Bistrica» en lugar de Feistritz, «Postojna» en lugar de Adelsberg, «Adjovščina» en lugar de Heidenschaft. (Este sonido provocaba en mí una expectación especial.) Era extraño que, en contraposición con lo que ocurría cuando ella cantaba, la cantinela de topónimos de la madre, aunque los acentuara de un modo equivocado, aparecía como algo hermoso. Era como si cada uno de los nombres fuera una invocación, como si todos ellos se juntaran en una única súplica, una súplica aguda, tierna, a la que el padre —así es como lo recuerdo— no replicara, sino que, tomando el papel de pueblo —un pueblo muy pequeño—, fuera diciendo las respuestas; y como si, por esta cantinela, el angosto vestíbulo —con su entarimado y la escalera de madera, con barandilla, que llevaba al sótano—, la salida a la galería de madera se convirtiera en la nave de una iglesia, más poderosa que la nave de la iglesia del pueblo.

Sin embargo, la madre nunca había cruzado la frontera. Los pueblos yugoslavos los conocía sobre todo por lo que contaba su marido, y para éste los nombres seguían siendo la encarnación de la guerra. Tenía menos que contar de estos pueblos que de la colina rocosa, siempre la misma, que fue asaltada, que se perdió, que fue reconquistada y así sucesivamente a lo largo de los años. La guerra mundial, según él, se había desarrollado en esta cresta, pelada, de un blanco calcáreo, con un frente que, de una batalla a otra, se desplazaba como un tiro de piedra hacia adelante y hacia atrás, y si uno oía hablar a los otros veteranos del pueblo, ésta había sido la única realidad de todos. Flojo y vacilante como era mi padre, todavía lo era más cuando mencionaba los profundos embudos que había en la montaña y en cuyo fondo incluso en verano había nieve. Había tenido mucho miedo, pero el miedo

fundamental era, y seguía siéndolo aún ahora, el que hubiera podido matar a un ser humano. Sus muchas heridas, en la tibia, en el muslo, en el hombro, las enseñaba con total indiferencia. Sólo cuando se tocaba el tema –y esto ocurría con frecuencia– de aquel italiano al que en una ocasión, obedeciendo órdenes, había apuntado, perdía los estribos. «Apunté por encima de la cabeza», decía el padre, «pero al disparar yo, dio un salto hacia arriba, así, con los brazos abiertos, y entonces ya no le vi más.» Este momento lo contaba él con los ojos muy abiertos, una y otra vez; pues el otro, después de treinta, cuarenta, cincuenta años, seguía todavía saltando en el aire, y nunca se sabía de fijo si después se había dejado caer en su trinchera o si se había precipitado de cabeza en ella. «¡Cerdada!», decía, y repetía el dicterio en esloveno, «¡Svinjerija!», como si esta lengua fuera la mejor expresión de su rabia contra la historia, el mundo o el hecho de estar en la Tierra. De todos modos, poblaciones apenas había visto ninguna durante la guerra; todo lo más había llegado una vez «a estar cerca de...» o «en la carretera que lleva a...». Únicamente Görz significaba para él algo más que un campo de batalla: «Es una ciudad», decía, «nuestra Klagenfurt no es nada al lado de ella». Pero cuando se le preguntaba por Görz no sabía nada más que esto: «En los huertos crecen palmas y en la cripta del monasterio está enterrado un rey».

Lo que en el relato del padre no era más que el nombre de un escenario de operaciones militares –un nombre que provocaba desolación y cólera–, en la madre, que le estaba escuchando, lo único que hacía era estimular su imaginación; lo que en él eran maldiciones –«¡maldito bosque de Termowan!»–, en ella se transformaba en un lugar de esperanza. Y, a su vez, con todos aquellos lugares ella esbozaba ante mí (para esto la hermana no contaba) un país que no tenía nada que ver con la realidad de la región de Eslovenia, sino que estaba formado meramente por nombres, las estaciones de una batalla o de un calvario que el padre iba mencionando, ya fuera horrorizado o de un modo simplemente ocasional. Este país en el que únicamente había cabezas de partido con nombres de cuento como Lipica, Temnica, Vipava, Doberdob, Tomaj, Tabor, Kopriva, en los labios de ella se convertía en un país de paz en el que nosotros, la familia Kobal, al fin íbamos a poder ser de un modo duradero lo que habíamos sido antes. Aquella visión iluminada de Eslovenia, quizá aún más que el sonido de las palabras o de la



leyenda de la familia, la conseguían las pocas cartas que mi hermano había escrito en los años que había pasado en Yugoslavia, en la época de entreguerras, unas cartas en las que el hijo, a los mismos pueblos con motivo de los cuales el padre maldecía la totalidad del mundo, anteponía a menudo un calificativo elogioso: «la santa (montaña) de Naos», «el sagrado (río) de Timavo». A mí, el hijo segundo, nacido tarde, las fantasías de la madre, por muy lejos que estuvieran de la experiencia, me causaron desde el principio una impresión mucho más fuerte que los relatos de guerra del padre. Cuando pienso en estas dos imágenes, veo ante mí a un narrador que llora y a otro que ríe: el uno, al margen; el otro, en el centro, afirmando su derecho.

El presente, sin embargo, la cotidianeidad de la casa, estaba determinado por la conducta de prisionero del padre. Justamente el hecho de ser un extraño en el pueblo lo convertía en un tirano en la casa. Como allí no encontraba un lugar en ninguna parte, atormentaba a los otros; los sacaba de donde estaban o por lo menos les quitaba las ganas de estar a gusto allí. Aunque se limitara a estar junto a la ventana, a todos los demás nos entraba una desazón tal, que empezamos a hacer las cosas a trompicones. Ni siquiera la hermana, que estaba sentada allí, podía afirmar su poder; en lugar de la paz del espíritu, una rigidez que cortaba la respiración. Y su inquietud era contagiosa: en la gran habitación, un hombre bajo que andaba en círculo, un hombre en torno al cual, cuanto más tiempo llevaba andando, más ojos, más cabezas y extremidades se ponían a moverse convulsivamente. Muchas veces lo que provocaba estas convulsiones era sólo el hecho de que abriera la puerta de un empujón, lanzara su mirada herida de desesperanza contra toda su familia y volviera a desaparecer, o bien que nosotros sintiéramos que estaba en el vestíbulo sin moverse, como si de este modo estuviera esperando a ver si llegaba un salvador en forma de alud que al fin lo sepultara a él y a toda su hacienda. Respirábamos aliviados cuando estaba en su taller, pero también desde allí llegaban sus gritos de rabia, y al oírlos, aunque estábamos acostumbrados a ellos desde hacía decenios, todavía nos asustábamos; ni su lugar de trabajo, a pesar de que allí hubiera podido sentirse independiente y liberado, era para el padre un hogar.

Incluso los domingos, si descontamos la partida de cartas de la tarde,

después de comer, la tranquilidad propia de este día no llegaba hasta el momento en que, de vuelta de misa, abría la hoja dominical eslovena, lo único que el padre leyó en toda su vida. Con las gafas puestas, movía los labios en silencio a cada palabra, como si no sólo leyera las líneas del texto, sino que las estudiara, y conforme iba pasando el tiempo, de aquella lentitud emanaba una tranquilidad que lo envolvía y llenaba toda la casa. Durante estos ratos de lectura el padre encontraba al fin su sitio, al sol, fuera, en el banco del patio, o bien en el taburete que había al lado de la ventana que daba al este; allí, con expresión inquisitiva, como un niño, investigaba letra tras letra –una imagen en la que ahora me veo sentado a su lado.

En realidad en aquel tiempo no nos encontrábamos ni a las horas de comer: al padre, la comida –como si trabajara aún fuera de casa, con los mineros o en las zanjas de los torrentes– se la llevaban al taller en una tartera de hojalata cerrada; la madre iba picando mientras cocinaba junto al fogón; la hermana, como correspondía a una «perturbada», comía de una escudilla, con una cuchara, sentada en el escalón de la puerta, y yo comía por donde iba o allí donde me encontraba. Todos esperábamos ansiosos la llegada de los jugadores de cartas, no sólo porque normalmente el padre era el que ganaba: de la calma y la tranquilidad en medio de la cual él estaba, como sentado en un trono, arriesgando un juego tras otro, irradiaba una alegría que envolvía incluso a los que perdían; la gente reía a gusto siempre que se producía aquella risa tan escasa –ni maligna ni compasiva, simplemente una risa triunfal, libre–. Y los otros jugadores eran amigos del padre, siervos como él que, en su condición de jugadores, se convertían en iguales, señores del pueblo, gente del país, habladores, que contaban cosas, que no tenían a nadie por encima de ellos . Sin embargo, esta amistad estaba viva sólo durante el tiempo que duraba la partida; al terminar el juego se separaban, y, de nuevo en casa, volvían a ser meros vecinos, gente que se conocían de lejos, que se identificaban los unos a los otros sobre todo por sus debilidades, por sus rarezas: el mujeriego, el avaro, el sonámbulo: y el padre, aunque siguiera ocupando su trono junto a la mesa, con el paquete de cartas en la mano y contando el dinero con la otra, había vuelto a perder su sitio. Una vez apagada la luz que había estado iluminando las partidas, en la casa quedaba algo así como un centelleo, a punto de apagarse a cada momento, algo parecido a aquella corriente irregular

que, antes de que en el país hubiera luz eléctrica, suministraba a nuestra región un pequeño generador que había junto al Drau y que no tenía ni siquiera el tamaño de un molino.

Aunque el padre había construido y arreglado la casa con sus propias manos –albañil, encofrador, carpintero, en una sola persona–, no la habitaba como si fuera su dueño. Capataz de sí mismo, no estaba en situación, aunque sólo fuera por unos momentos, de dar unos pasos hacia atrás y contemplar su obra, y por tanto tampoco se podía sentir el autor de ella. Si en ocasiones mostraba con cierto orgullo elementos arquitectónicos en los que él había participado y que se encontraban más allá de los límites de su hacienda, el tejado de la torre de la iglesia, por ejemplo, a la casa y a lo que él había hecho en ella, tanto la obra en sí como lo que había dentro, no le dedicaba ni una sola mirada; levantaba una pared con tanto esmero como podía y al mismo tiempo, sin ver nada, miraba fijamente al frente; se quitaba de delante un taburete acabado de hacer, para ponerlo junto a los otros, y al hacer esto no pensaba en otra cosa que en la madera que necesitaba para hacer el siguiente. Nunca me pude imaginar que en aquel tiempo aquel hombre joven que había estado años trabajando como un negro, prácticamente solo, en la casa, la primera casa propia que la familia Kobal tenía después de más de doscientos años, pudiera subir hasta donde empezaba el bosque y desde allí contemplar orgulloso el pueblo de Rinckenberg, con la vivienda que se había hecho para él y los suyos; sí, ni siquiera podía yo imaginar una fiesta de inauguración de una casa en la que el propietario Gregor Kobal levantara una jarra de mosto.

De ahí que, en los últimos años de escuela, lo que más me amargara la llegada a casa fuera el padre, incapaz de vivir en ningún sitio. Aunque el camino de regreso desde la estación de tren, o desde la parada de autobuses, hubiera transcurrido de un modo agradable y aunque yo, con la plenitud aún del viaje colectivo con los desconocidos, aquellas sombras dispensadoras de calor, hubiera superado incluso el obstáculo del pueblo: en el límite del terreno que correspondía a mi casa, sin que hubiera medio de evitarlo, con picores de cabeza, rigidez en los brazos y pesadez de pies, me acometía una especie de desazón. Y no es que antes de llegar, por el camino, al aire libre, me hubiera abandonado a alguna fantasía, abismado en mí mismo, me hubiera

emborrachado, hubiera soñado despierto, como se decía; había estado «soñando despierto», ciertamente, pero sólo con lo que en aquellos momentos me rodeaba: la noche, la nieve que caía, el murmullo del maíz, el viento que yo sentía en las órbitas de los ojos, y todo esto, en virtud del viaje –que seguía presente en mi pensamiento–, era más claro que de costumbre, significaba algo, era como un signo. La lechera que había en el puesto de la leche estaba allí, como una letra; la serie de charcos, que brillaban uno tras otro en la oscuridad, se juntaban formando una línea. Sin embargo, luego, delante de la casa, los signos perdían su fuerza, las cosas su peculiaridad. Muchas veces ocurría que estaba un buen rato delante de la casa, intentando inútilmente aspirar aire. Lo que había sido tan claro se enmascaraba. Como ya no podía soñar, no había ya nada que ver. Los matojos de saúco, que en el camino se levantaban como una escala de Jacob, ahora, en el jardín, desaparecían como parte de un seto; y arriba, las constelaciones que hacía un momento se podían leer, una por una, eran ahora un centelleo ilegible. Era posible que, con la ayuda de la hermana, que me salía al encuentro, pudiera yo aún trasponer el umbral sin dificultad; como un animal doméstico, era para mí una diversión y, como un animal doméstico, se acomodaba al orden de los signos, semejante al que se da en los sueños. Pero, en el vestíbulo, si no antes, creía yo estar oyendo, en todas las habitaciones, el ruido inquieto del padre en forma de general mal humor, un ruido que, en vez de devolverme a la realidad, me ponía de mal humor a mí también; se comunicaba al que llegaba a casa, de modo que, sin otro estado de ánimo que éste, lo que quería era irse inmediatamente a su cuarto.

El padre no aprendió a vivir en una casa hasta que se puso enferma la madre, y esto hizo que, durante esos meses, incluso para nosotros, la casa se convirtiera en un lugar donde vivir. Ya en el tiempo en que ella estuvo en el hospital, después de la operación, él, por decirlo así, emigró del taller y vino a instalarse en el edificio principal. Aquí ya no daba ahora la imagen de un hombre ensimismado, mudo y ciego de ira –un hombre en el que cada gesto expresaba al mismo tiempo la desesperación por el hecho de que nadie le comprendiera ni nadie pudiera ayudarlo–, sino que abandonó esa actitud, empezó a decir lo que quería y, en los momentos de agobio, llegaba incluso a

pedir ayuda. De este modo perdí la torpeza que me acometía antes siempre que tenía que ayudar a aquel hombre inquieto e impaciente y empecé a trabajar con él mano a mano tan seguro como si estuviera solo. Y la hermana, hasta ahora sólo ignorada y suprimida por todos, al ver que de repente el padre la trataba como a los demás, se quitó la máscara y apareció como la sensatez en persona; lo único que había estado esperando era que le dijeran algo y que le hicieran caso. Al igual que ocurre con uno que, por razones inescrutables, está paralizado y a quien basta con una palabra para que se levante de un salto y empiece a correr, del mismo modo ahora, con el «haz esto» del padre, de una forma repentina, la perturbada de antes se convertía en la persona que sabía muchas cosas. Lo entendía incluso sin necesidad de que éste le dijera una sola palabra; la molesta vidente se transformó en una persona distinta, una persona humana que ni miraba a los demás con aire de conocer sus intenciones ni con ojos que pronosticaran un mal agüero, sino que más bien preveía lo que había que hacer y, de un modo consecuente, cuando uno se daba cuenta de esto, ella ya había actuado. De todos modos, seguía con su costumbre de estar sentada, ahora se sentaba junto al fogón, junto a la caldera de hierbas, junto al horno de pan, junto al grosellero, y el padre estaba sentado a su lado, a menudo sin hacer nada. E incluso cuando trabajaba ya no daba la impresión de correr de un modo solitario o frenético; su trabajo tenía lugar de forma reflexiva –lo que hasta ahora sólo había ocurrido con la lectura–, en consonancia con algo que en mi imaginación era la luz que entraba en la casa, el marrón luminoso del alféizar, incluso el color de sus ojos, que en mi recuerdo no adquiere hasta ahora una tonalidad luminosa, un azul profundo que hace pensar en los fondos de las pequeñas capillas que había en los campos.

Con su gravedad y comedimiento, casi inquietantes, todo lo que hacía el padre, para quien sólo contaba la fe en las Escrituras, tomó luego un cierto carácter de superstición: como si con cada cosa que hiciera tratara de conjurar la enfermedad de la madre. Atando un nudo tenía que estrangularla; clavando un clavo tenía que impedir que progresara; cerrando un tonel tenía que encerrar en él los dolores; podando una rama tenía que darle fuerzas a la enferma; arrastrando un saco por el vano de la puerta tenía que sacarla del hospital; quitando la parte podrida de una manzana tenía que... y así sucesivamente.

Al haberse hecho el padre al hogar, por primera vez reinó en la casa la naturalidad. Cada vez que yo volvía, sin transición alguna, me encontraba en comunidad con los otros dos, e incluso la hermana, encerrada desde hacía decenios en su historia de amor –cuyo fracaso, atribuido al padre, se decía que era una de las causas de su perturbación mental–, olvidó todo eso y se mostraba sociable, no sólo en el trabajo. Desafiaba a jugar al campeón; perdía siempre y se enfadaba cada vez más, como sólo puede enfadarse una persona sana. En estos enfados –¡el fin de la época de luto!–, mordiéndose los labios, rompiendo a llorar incluso, aparecía como alguien totalmente presente, y el espectador adolescente se veía a sí mismo, veía a la mujer de cabellos canosos quitando las cartas de la mesa y al padre, que se reía triunfante, como si fuera una persona de su edad.

Sin embargo, nuestra vida doméstica se desarrollaba sólo de un modo marginal. Nuestro papel era únicamente el del que sale al quite para remediar algo, el de aquel cuya actividad era al mismo tiempo un esperar a que vinieran los que tenían que venir y se hicieran cargo de la situación. La casa no tuvo un centro hasta que no trajeron a la madre del hospital, y entonces los que tenían que venir no fueron algo así como unos seres de fábula, sino nosotros mismos; los suplentes, tomando impulso y cada uno en el puesto que le correspondía, se convirtieron en «fuerzas». Se nos había comunicado que la enferma no iba a vivir mucho tiempo; pero, ¿cómo podíamos saberlo? No tenía dolores y estaba tumbada o sentada en la cama sin llamar la atención para nada, algo tan distinto de lo que ocurría con la sana, de la que en algunos trabajos salía un lamento sin motivo. Yo por lo menos nunca pensé en que iba a morir pronto. Y, por lo visto, al padre y a la hermana les ocurría lo mismo: el uno, que en los últimos años, desde que se había jubilado, apenas había salido de la finca, describía ahora círculos cada vez más grandes en torno a ella –lo que para la gente como él era ya atravesar la frontera–, haciendo excursiones a los pueblos vecinos de Rinkolach y Dob; luego, incluso al norte, al otro lado del Drau, «a ver a los alemanes», un lugar donde para él empezaba el recinto más íntimo del extranjero; la otra se vestía con todo esmero, se acicalaba y limpiaba la casa; se mostraba sobre todo como la experta cocinera que, desconocida hasta ahora totalmente por nosotros, hacía milagros en la cocina preparando guisos sin nombre. Y esto es lo que le parecía también a la que estaba en la cama, en el centro del círculo: hacía que el padre le contara cómo estaban las flores de los árboles –estaba terminando la primavera–, el grano,

el agua del Drau, la nieve que se derretía en el Petzen; y hacía que la hermana, que al fin valía para algo, le sirviese la comida, como si toda su vida hubiera estado esperando este momento, y los platos guisados se los comía ella con solemnidad, con ojos resplandecientes de satisfacción (y los demás, con el olor de la comida, nos olvidábamos del de las medicinas). ¿Y yo? Yo, en aquella ceremonia –¡ay del que se salía de su papel!–, actuaba como narrador; por fin, sin que me interrogaran, podía sentarme al lado de la cama, en el centro –porque, según la superstición, en la cabecera y en los pies estaban los ángeles de la muerte–, y sacarla de la casa contándole cosas. ¿Y qué le contaba yo a la madre? Mis deseos. Y cuando su mirada se burlaba de ellos, mi único afán era empezar de nuevo, empezar desde más lejos, rodearlos con otras palabras; y cuando la palabra y el deseo se hacían una sola cosa, el calor atravesaba todo mi cuerpo y en los ojos de la mujer incrédula que me escuchaba aparecía de repente algo así como una fe, un color más tranquilo y más puro, el brillo de la persona sumida en meditaciones.

Pero en nuestra ceremonia el papel fundamental lo tenía la casa. En todos los rincones en los que antes había mal humor y desabrimiento, ésta se mostraba como un lugar grato y acogedor, el lugar adecuado para este tipo de meditaciones. La madera y las paredes tenían un tono especial; la distancia entre la cama y la mesa, la ventana y la puerta, el fuego y el grifo se ensanchaba. El padre había construido una casa en la que uno, por dondequiera que se moviera o dondequiera que estuviera, se encontraba bien y en la que era posible lo que hasta ahora había sido impensable. Él mismo daba pruebas de ello, haciéndonos oír, por ejemplo, un concierto sinfónico por la radio y, desde el más apartado de los extremos de la habitación, diciendo el nombre de cada uno de los instrumentos conforme iban entrando, de forma que yo distinguía el timbre de cada uno de ellos como nunca lo he podido hacer luego en ninguna sala de conciertos. Y después nos sorprendía ofreciéndonos en plena luz del día el espectáculo que él normalmente sólo ofrecía en la iglesia: después de una de sus rondas se dejaba caer de rodillas al suelo, las dos a un tiempo, y durante un buen rato tocaba con su frente la de la madre; luego, en dos montañas de la sierra de Karawanken, la puntiaguada Hochobir y la ancha Koschuta, este grupo de hombre y mujer se me estuvo apareciendo de un modo reiterado.

Sólo por las noches se desmoronaba el arca que nos estuvo cobijando a lo largo de estos meses. Esto ocurría sobre todo en las horas que precedían al amanecer; de repente me despertaba asustado por una explosión silenciosa y me quedaba tumbado en la cama, despierto con los otros, a los que, como si ya no hubiera paredes, sabía tan despiertos como yo. No se había oído ningún gemido de la enferma. No se había roto ningún espejo –en nuestra casa no había espejos– y no se había oído el grito de ninguna lechuza detrás del bosque. No se oía el tictac de ningún reloj, pues en casa no había relojes, ni el traqueteo del tren en la llanura de Jaunfeld. Ni tan sólo mi propia respiración oía yo, sólo un murmullo que yo imaginaba procedente del valle en artesa por donde discurría el Drau, un valle hundido profundamente en la llanura. La hermana dormía abajo, en lo que antes había sido el cuarto donde se guardaba la leche y que todavía despedía el olor a putrefacción del desagüe; el padre, con los ojos muy abiertos y sin dentadura, al lado de la madre, que era la única que dormía, o que por lo menos no se había despertado, y el más mínimo chasquido producido por la madera atravesaba la casa a modo de latigazo, al que, como un eco y desde distintas direcciones, contestaban a menudo varios más; a diferencia de lo que ocurría con las campanadas del reloj de la iglesia, estos ruidos no se podían contar. Y cuando luego el padre, aun antes de que empezaran a cantar los pájaros, salía a recorrer la región, para mí era como si huyera de su mujer moribunda y nos dejara solos en su casa de pesadillas.

En una de esas noches soñé que todos nosotros andábamos de un lado para otro por el cuarto de estar de la casa; había oscuridad y le habían quitado los muebles; en el centro estaba el hermano llorando de agradecimiento porque los que estaban dando vueltas por aquella habitación lo amaban. Cuando miré alrededor, vi que los demás estaban allí en una actitud semejante, y luego, en una actitud semejante también, en un rincón, mi padre: llorando porque al fin lo habían descubierto, lo habían descubierto como uno que amaba a los suyos y sólo a ellos. Y únicamente de este modo, entre lágrimas, vagando de un extremo al otro de la habitación vacía, sin podernos acercarnos unos a los otros, ni podernos tocar, con los brazos colgando, sólo así, los Kopal podíamos ser una familia; y uno sólo podía ser una familia en sueños. Pero, ¿qué significa «sólo en sueños»?

Luego, un día antes de salir para Yugoslavia, experimenté despierto la



verdad de lo que había visto en sueños. En realidad hubiera tenido que subir al tren; acababa de tener lugar una despedida fracasada, fría, una despedida de la que estuvo ausente mi espíritu; sin embargo, después de haber estado una hora solo en la estación de Mittlern, decidí dar media vuelta y pasar otra noche en casa. Dejé el saco de viaje al funcionario de la taquilla y tomé el camino de vuelta hacia el este, primero andando por las vías, luego atravesando el pinar del Dobrawa, poco tupido, con grandes claros, la mayor arboleda del joven país. Era una tarde de principios de verano y yo llevaba el sol a la espalda. En el bosque, con cuyos distintos parajes estaba familiarizado, encontré las primeras setas del año; al principio, pequeñas cantarelas, duras, casi blancas, en el suelo pedregoso del Dobrawa; luego los rodellones que, conforme iba andando, me salían al paso luminosos, cada vez en un número mayor, a mí, que antes no conocía los colores con seguridad y que ahora podía distinguirlos mejor –cada seta era un peso en la mano–, y finalmente, en el límite del bosque, sobresaliendo de las hierbas, balanceando al viento su tallo alto, hueco, fino, una galaperna, sólo visible desde muy lejos, una galaperna a la que yo fui corriendo, como si tuviera que ser el primero en estar junto a aquel rey, y cuya caperuza luego, grande como un escudo, abombada en el centro, sobresaliendo por encima de las palmas de mis manos, pesaba allí menos que una torta de harina, por muy fina que la hubieran prensado.

Con las setas metidas en el enorme pañuelo de mi hermano, que, al igual que sus prendas de vestir, me había llevado para el viaje –después de que me insistieran mucho en ello–, me acercaba a Rinckenberg y a la casa en la que lo único que me esperaba era la madre, tumbada en la cama con el rostro vuelto hacia la pared; la hermana, a gatas, esperando su recaída en la confusión, y el padre, sentado como Job sobre un montón de estiércol.

Después no fue así. La casa estaba abierta y vacía; la ropa de la cama de la enferma, en la ventana, para que se aireara. Encontré a los tres en el césped que había detrás de la casa, llamado «Tratte», con otro, un vecino que había ayudado al padre a sacar a la madre afuera con la camilla. Estaba sentada allí, descalza, con un largo camisón blanco, con una vieja manta, de las de tapar a los caballos, sobre las rodillas, y los otros se habían instalado a su alrededor, sentados en el banco de hierba que se había formado con el leve hundimiento,

que era ahora su sitio. Al principio tuve la impresión de que cogía a mi gente *in fraganti*; como si estuvieran contentos de estar al fin sin mí, solos, y ahora pudieran manifestarse tal como les venía en gana: porque, sin que levantaran la voz de un modo especial, daban la impresión de estar a sus anchas; mi hermana se divertía haciendo muecas al corro; imitando la cara de éste y de aquél y desafiando a los otros a que adivinaran a quién estaba imitando; entre estas caras yo reconocí enseguida la mía, que era aquella de la que más se reían todos, incluso el padre, que estaba sentado allí con el sombrero ladeado. (Antes no podía quitarme de la cabeza la idea de que molestaba, de que llegaba siempre en el momento menos oportuno a aguarles la fiesta, que es lo que luego ocurrió muchas veces.) Sin embargo, así que me vieron, atravesó el jardín un resplandor que, después de un cuarto de siglo, y más que nunca, sigue soplando por aquel paraje, que luego se quedó desierto. De la enferma me llegaba una sonrisa de infinita bondad, una sonrisa como yo no había conocido nunca y que me levantaba del suelo.

Me senté con ellos, y ahora ya no faltaba nadie. La hermana preparó en un momento las setas, que incluso llegaron a gustarme, a mí que por regla general me gustaba más coger frutos del bosque que comerlos. Aunque no instalaron ninguna mesa ni extendieron ningún mantel, aquello era un festín, para el cual incluso el vecino, a quien el trabajo acababa de «llamarle», se tomó tiempo. En cuanto a lo que sucedió luego, no me acuerdo de nada más que de haber estado allí sentado horas y horas sin decir nada. Ojos largos y estrechos cuyos ángulos tenían la curvatura de la quilla de un bote. Desde aquella perspectiva inhabitual –normalmente nunca nos sentábamos en la «Tratte», que por regla general servía para poner a secar la ropa blanca–, la casa del padre parecía estar allí por sí misma, no en el pueblo llamado Rinckenberg, sino en una parte desconocida, y también innombrable, de la Tierra, bajo un cielo extraño también. En las habitaciones, una corriente de aire que se dejaba sentir hasta en la mullida hierba del jardín. De uno de los árboles cuyas ramas aguantaba un armazón de alambres, una pera empezó a moverse como un péndulo y acabó desprendiéndose. En la colmena, vacía desde hacía mucho tiempo, los colores de cada una de las tablillas frontales mostraban en su conjunto un rostro que se repetía en el blanco del gato, medio escondido debajo del matojo verde oscuro del boj. En el cobertizo, la calesa, que ya no se usaba, como tampoco

los demás utensilios, se diferenciaba de los coches y de las distintas partes de los coches que había allí por el brillo propio de los días de fiesta, que, por sí mismo, salía una vez más del cobertizo y viajaba por todo el país, acompañado por una bandada de pájaros que salían del matojo y cruzaban el espacio como delfines. Pero no eran ganas de hacer cosas lo que se había apoderado de nosotros, sino miedo, miedo acompañado de una confianza que era tanto más poderosa cuanto menos sentido tenía. La única que perturbaba el orden de las cosas era la hermana, ocupada en distintas actividades, yendo y viniendo, hablando, peinando a la madre, lavándole los pies. Pero esta manera de perturbar el orden más bien lo que hacía era fortalecerlo; tenía que ser así para que éste fuera penetrante, duradero; y siempre que tocaba a la mujer que estaba sentada en el sillón, que la cogía, que le daba la vuelta, lo hacía como si esto fuera su función oficial: la función de representarnos. En mi memoria no hay aquí ningún grupo de personas sentadas al sol; sólo los habituales paños, de una blancura cegadora, extendidos en la superficie de hierba, rociados con una regadera por una persona familiarizada con este trabajo. El ruido del agua es una crepitación dura y cortante; los pequeños charquitos que había en los paños se evaporan enseguida; y la superficie de hierba es un llano inclinado del que todo, incluso yo, ha desaparecido, ha sido barrido, derribado.

Así es como se relatan las horas de entonces. ¿Pero qué fue del acontecimiento que había llevado a aquellas horas, de la decisión de dar media vuelta, cuestión sólo de un instante? ¿Por qué en lugar de ir a Bleiburg fui a la estación de Mittlern, que estaba un poco más lejos de mi casa? Había perdido el tren del mediodía, y hasta el tren de la tarde yo quería pasar el tiempo andando, dos estaciones y diez kilómetros en dirección oeste; y esto es lo que me apetecía hacer. Pero para mi incapacidad de perder el tiempo, de ir despacio, de dar un rodeo, seguía siendo demasiado pronto. La estación de Mittlern está fuera del pueblo, lindando con el bosque de Dobrawa; para estar en el llano de Jaunfeld, donde por regla general todo lo que sobresale –las casas, los árboles, incluso la iglesia–, al igual que los habitantes de aquella región, es más bien gracioso y no muy alto, es un edificio macizo de piedra gris, una roca, sin revocar, y da la impresión de ser grande. Una hora estuve andando, arriba y abajo, en la explanada desierta que hay delante, sin oír otro

ruido que el crepitar de la escoria de hulla bajo mis pies y, más allá de los raíles de vía única, que a la luz del sol despedían un reflejo cegador, de vez en cuando el murmullo de los pinos, unos pinos que hoy, con sus delgados troncos y las pequeñas pinochas oscuras, se me aparecen como la característica distintiva de todo aquel paisaje, junto con el blanco de los abedules, que entonces todavía no los habían trasladado a los jardines con césped como árboles decorativos, y que, aislados y sin formar un conjunto, bordeaban el bosque (blancas eran también las raíces que se veían en la superficie). En el primer piso se encontraba la vivienda del jefe de estación; en las ventanas, cortinas rasgadas, y delante, en las jardineras, los pelargonios de un rojo centelleante, que aquí tampoco faltan y cuyo olor, en casa, me resultaba siempre repulsivo. Detrás de las ventanas, ni un resto de vida. De vez en cuando salían por abajo pétalos en forma de flecha que tenían algo de alas de insecto. Me senté en un banco, a la sombra; ante mí, la fachada lateral del edificio. El banco estaba junto a un matorral en el que en aquel tiempo, en vez de las bolitas de papel blanco de ahora, colgaban los preservativos verdosos. A mis pies, casi cubierto por la hierba, un círculo de piedras, ¿unos cimientos antiguos? Levanté la cabeza y en la pared lateral de la estación vi una ventana ciega, del mismo color gris blancuzco de la pared, sólo que remetida dentro del cuadrado. A la ventana ya no le daba el sol, pero de alguna parte recibía algún reflejo de luz y brillaba. En el pueblo no había más que una ventana como ésta, y se encontraba justamente en el edificio más pequeño, el del peón caminero, que hacía pensar en la caseta del guarda de una mansión señorial que ya no existía. También ella era del color de la pared –allí, amarillo–, pero el marco era blanco. Al pasar atraía siempre mi atención, como si allí hubiera algo que ver; sin embargo, siempre que me detenía y miraba expresamente, me daba cuenta de que me había engañado una vez más. No obstante, aquélla seguía teniendo un sentido u otro, y en la casa del padre la echaba de menos. Ahora, viendo la ventana ciega de Mittlern, me acuerdo de esto: una noche del año 1920, hace cuarenta años, el padre, con mi hermano, que en aquel tiempo apenas sabía andar, vino aquí corriendo con una carretilla a coger el primer tren para llevar al niño, que padecía de «fiebre ocular», a un médico de Klagenfurt. La carrera nocturna no sirvió para nada; perdió el ojo; en la foto, en el rincón donde estaba la imagen de Nuestro Señor y la radio, en lugar del

ojo no se veía más que una mancha blanca lechosa. El recuerdo no era, no obstante, ninguna explicación: el significado de la ventana ciega siguió siendo algo imposible de descubrir; sin embargo, esta ventana se convirtió de repente en un signo, y en aquel mismo momento se decidió que yo iba a dar media vuelta. Y el regreso, otra influencia del signo, no fue nada definitivo, sino que valía sólo para las horas que faltaban hasta la mañana siguiente, que era cuando realmente me iba a poner en camino, con las ventanas ciegas que se repetían, daba igual dónde, como los objetos de mi investigación, los compañeros de viaje, los guías. Y cuando luego, al atardecer del día siguiente, en el restaurante de la estación de Jesenice, pensé en la ventana ciega, ésta me transmitió el significado claro; para mí significaba: «¡Amigo, tienes tiempo!».

---

<sup>1</sup> En alemán a los que viajan en medios de transporte públicos –exceptuando el avión– se les llama *Fahrgäste*, sustantivo compuesto cuya traducción es «huéspedes de viaje». (*N. del T.*)

## II. Los pastizales desiertos

Lo que he contado hasta aquí sobre la casa de mi padre, el pueblo de Rinckenberg, el llano de Jaunfeld estaba sin duda muy presente en mi espíritu en la estación de Jesenice; sin embargo, no hubiera podido contarlo a nadie. En mí sentía sólo intentos sin sonido, ritmos sin música, sílabas largas y breves, tónicas y átonas, sin las letras que correspondieran a ellas, una poderosa ondulación de períodos sin las palabras que se adecuaran a ellos, el ritmo lento, suspensivo, patético, constante de un metro, sin los versos que correspondieran a tal medida, un arranque general que no sabía cómo empezar, caídas repentinas en el vacío, un poema épico enmarañado, sin nombres, sin la voz interior, sin la trama de una escritura. Lo que el muchacho de veinte años había vivido no era todavía un recuerdo. Y recuerdo no significaba: lo que había ocurrido volvía; sino: lo que había ocurrido, volviendo, mostraba su lugar. Cuando me acordaba, sabía: así es como lo viví. ¡Exactamente así!; y sólo de este modo se me hacía esto consciente, sonoro y maduro para el lenguaje; y por esto para mí el recuerdo no es un retorno cualquiera a algo pasado, sino un estar haciendo algo, y lo que el recuerdo hace es asignar su lugar a lo que se ha vivido, en la secuencia que lo mantiene vivo, en la narración que en cada momento puede pasar a la narración abierta, a la gran vida, a la invención.

Sin embargo, era extraño que ya entonces la camarera, siempre que yo miraba desde mi rincón al mostrador, me contestara con otra mirada, como si, sólo por mi forma de mirar, de estar sentado, de moverme bruscamente, de golpear de vez en cuando la mesa con los dedos, adivinara ella toda la historia para la que yo acababa en aquel momento de encontrar las palabras, ¡como si ya no necesitara decirle nada! Ocupado con mi historia, sin decir una palabra, había estado yo horas y horas dando vueltas a la botella vacía, y la mujer del mostrador, por su parte, había estado dando vueltas al cenicero con el mismo ritmo. Esta acción de hacer girar algo al mismo tiempo que yo, a diferencia de lo que ocurría con la imitación de mi enemigo, me daba vida. Además, como

en el rincón vecino había todavía unos hombres jugando a los dados, no sentía que nadie me urgiera a marcharme; mientras estuvieran jugando, podía yo quedarme allí. Disfrutaba del hecho de no entender la lengua que hablaban aquellos hombres a quienes yo no podía ver; de que de vez en cuando yo, el extranjero, a aquellos que probablemente tampoco eran naturales de Jesenice, a los serbios, los croatas, los macedonios (de no ser así, ¿no haría ya tiempo que estarían en su casa?), pudiera alcanzarles un dado que se les había caído al suelo, imaginándome que uno del pueblo vecino les enseña el camino a un grupito de gente realmente extranjera que viene del otro extremo del mundo y se ha perdido allí; y sobre todo disfrutaba de estar viendo durante un tiempo en la camarera a la madre que había recuperado la salud, vivaz, incólume. Naturalmente debía de tener sueño, pero lo que estaba viendo me mantenía despierto y por esto no puedo acordarme de que tuviera sueño. Hasta que los jugadores no se hubieron ido, la mujer que representaba el papel de madre no salió del mostrador; y entonces no fue más que la camarera que rompía el hechizo, y sus movimientos, ahora contrarios a los míos, me invitaron a marcharme: «Van a ser las doce».

No me entró sueño hasta después, cuando estuve fuera, en la calle. No era otro lugar sino la transición. Sin detenerme, como si allí no hubiera nada, la había pasado y, tras unos pocos pasos, el entorno de las últimas horas había desaparecido; yo ya no tenía un lugar; lo que ahora se detenía era la respiración.

A la estación no podía volver; adónde debía ir, no lo sabía. Me detuve. Ya no era una parada contemplativa, como cuando llegué, sino un ciego estar ocioso, y esto tampoco tenía nada que ver con el primer día que pasé en el otro país: en mi vida, antes y después, ¡cuántas veces he estado así sin hacer nada! ¿Por dónde seguir? ¿Dónde estaba la transición? Existía una y había que encontrarla. Me daba la vuelta inquieto a un lado y a otro; hacia todos los puntos cardinales dibujaba la imagen de la indeterminación. Cuántas veces en mi vida he andado errante de este modo, incluso en mi propia casa, en mi propia habitación, con los ojos en un armario ropero, con la mano en un estante para guardar herramientas.

Ya no pasaban autobuses, sólo los camiones del ejército yugoslavo, uno



tras otro, todos en dirección a la frontera. Los toldos estaban abiertos y en los bancos, situados longitudinalmente, que había en medio del hueco que se formaba debajo de los toldos, espalda con espalda, estaban las hileras de soldados. Los dos de delante, que estaban junto al borde de la plataforma, dándose la espalda, tenían puesto el brazo sobre la correa que protegía la salida de estas oquedades. Hasta en este detalle era cada coche una réplica del que le precedía. Las correas eran finas y se combaban y, sin embargo, los brazos de los soldados se apoyaban en ellas tranquilos, tan inmóviles, que parecía como si estuvieran atados allí; no por cintas o cuerdas, sino por su propio cansancio. Seguí a la columna, en dirección a la salida de la ciudad, hacia el norte, de donde yo acababa de llegar. El vehículo de la patrulla militar, que era más pequeño, pasó por delante de mí, circulando lentamente pero sin detenerse: acordándome de la horda de mis compañeros de Humtschach, contesté a sus miradas con un breve ademán, para saludarlos; ellos incluso me devolvieron el saludo; un desertor no tenía este aspecto. De nuevo, camiones con toldos, con las pirámides de espaldas, las dobles cabezas mirando fijamente al frente, los brazos entablillados por las correas, las manos colgando; aquella caravana podía no tener fin. Luego, produciendo casi un sentimiento de desengaño, hubo un último camión; al igual que los otros, el espacio al que cubría el toldo de cuero estaba abierto por detrás; pero estaba vacío, no había nadie y, con su forma semicircular, esta oquedad recordaba ahora un túnel, un túnel concreto, el que atravesaba los Karawanken, aquel túnel cuya salida, unas horas antes, dándome la vuelta una vez más en el último compartimento del tren —un instante que a través de la noche de Jesenice pertenecía ya a una historia insignificante—, había visto acercarse con las mismas proporciones que el semicírculo negro de ahora. Ya no hubo más coches militares; la carretera quedó libre. Sin embargo, con tanta más fuerza, por todo el ancho del valle, parecía correr ahora una estela de cansancio y agotamiento, una única humareda de grandes dimensiones, muchísimo más asfixiante que la de las industrias metalúrgicas del sur, y que aún cubría el último cielo, una humareda que, al igual que aquel fabuloso ejército del aire, por unos momentos me había acometido desde arriba apretándome las sienes con tornillos y la frente con correas.

Es posible que la primera noche que pasé en el extranjero se cuente con pocas palabras; sin embargo, en mi recuerdo ha pasado a ser la más larga de mi vida, una noche que dura décadas. No sólo porque quería ahorrar: dormir en un hotel era algo impensable para un joven de veinte años. Sin embargo, yo sólo pensaba en dormir. Por esto la idea del túnel no me pareció una locura, sino que la seguí. Lo que para mí había sido la salida iba a ser ahora mi entrada; me estaba aproximando al lugar de donde el tren me había alejado; una sola cosa, pues: ¡meterse en un entrante de la pared!

A ciegas encontré el camino que pasaba junto a la vía, y asimismo el agujero que había en la valla, como si no pudiera ser de otra manera. Ya estaba en el túnel, como en una casa; y allí, como estaba previsto, después de unos cuantos pasos, el entrante metido en la roca y protegido de las vías por un murete de hormigón: «Mi establo», pensé yo. Con la lámpara que llevaba colgada en el bastón para que, más al sur, en una cueva del Karst, pudiera yo descubrir huellas de mi hermano (por lo menos éste era el juego al que se libraba mi mente juvenil), iluminaba el suelo de barro, que tenía algo del fulgor de las franjas de mica que hay junto a los arroyos. En la pared de hormigón, sólo un diminuto pelo que se había quedado pegado allí, una pestaña que al mirarla me trajo a la memoria al profesor de Historia de Villach, en la salida del túnel que da a Austria: por la tarde, después de comer, me había contado incluso que el túnel de al lado, un túnel de carretera, lo habían construido prisioneros de la última guerra mundial y que muchos habían muerto en esta obra, asesinados incluso; llegó a decirme –¿en broma sólo?– que no iba a encontrar mejor sitio para pasar la noche que aquél: decía que el sueño de uno que «todavía era inocente» contribuiría a «redimir aquel lugar de injusticias», «a ahuyentar los malos espíritus» y «a apagar la llama del terror»; decía que en aquellos momentos estaba escribiendo justamente un cuento sobre este tema. Que desde la última guerra todos los túneles, incluso la galería de Jesenice, que era de la época del imperio, tenían «mala fama».

Lo primero que hice fue comerme en la oscuridad un trozo de pan con una manzana, cuyo olor hizo desaparecer el hedor a putrefacción del principio, como si del fruto saliera una bocanada de aire nuevo, más fresco. Luego, tumbado, hecho un ovillo, no me podía dormir, y cuando lo conseguí fue sólo para tener sueños terribles, sueños que duraban segundos y a la vez eran

interminables. Soñaba que la casa del padre estaba vacía, en ruinas. El Drau se salía de su profundo valle e inundaba el llano entero. Sobre la estepa de Dobrowa brillaba el sol y se había declarado la guerra. Pero que también había perdido uno de mis zapatos; que de repente la raya de mis cabellos estaba a la izquierda en vez de a la derecha; que en casa la tierra de todas las macetas se agrietaba y las plantas se secaban, a lo que me desperté de golpe sudando de angustia y despidiendo vapor. En una ocasión no fue un sueño lo que me despertó sobresaltado, sino el tren de la noche, que, con un estruendo espantoso, a apenas un paso del murete, pasaba por delante de mí a toda velocidad. Sólo podía ser un tren de largo recorrido, que fuera a Belgrado, a Estambul o a Atenas; y pensé en mis condiscípulos que, de camino hacia Grecia, debían estar ya bastante al sur, durmiendo juntos en sus tiendas o a la intemperie, metidos en sus sacos de dormir, durmiendo al raso. Los veía conversando agitadamente, animados por sus correrías vespertinas por una ciudad extranjera, por el calor de la noche, pero también por la nueva manera como el otro estaba presente, el que antes había sido compañero de banco, la que antes había sido compañera de banco; veía también que el que ya estaba durmiendo dormía en un sueño plácido en medio del grupo, sin pesadillas, y me maldije a mí mismo por no estar con ellos.

Pero no era el lugar al que yo había ido a parar lo que me acosaba, la galería sobre la que, según se decía, pesaba una maldición; era más bien el sentimiento de culpa, y no me sentía culpable porque hubiera abandonado a los míos, sino porque estaba solo. Esta noche supe una vez más que estar solo por capricho, aun sin haber hecho nada malo, era un sacrilegio. Ya lo sabía y en el futuro tendría que saberlo de nuevo. Un sacrilegio ¿contra quién? Contra mí mismo. Hasta la compañía de los enemigos hubiera sido ahora un mal menor que éste. ¿Y no era verdad que aquella amiga que, a diferencia de lo que me ocurría a mí, hablaba sin dificultad aquella otra lengua le había ofrecido varias veces a Filip Kobal acompañarlo a través de su país de leyenda? En aquel momento, ¿era imaginable algo mejor que nuestros cuerpos respirando uno al encuentro del otro? ¡Estar acostado junto a ella toda una noche, despertarse por la mañana con la mano sobre su sexo!

Sin embargo, las verdaderas pesadillas vendrían luego. En el sueño, la

narración interrumpida al abandonar el restaurante de la estación proseguía en mí, pero sin la suavidad ni la dulzura del estado de vigilia, a trompicones, sin coherencia alguna. Ya no arrancaba de mí, como tomando carrerilla, con un «y», un «entonces», un «cuando», sino que me perseguía, me acosaba, me oprimía, estaba sentada sobre mi pecho, me apretaba la garganta hasta tal punto, que yo únicamente podía producir palabras sueltas que constaban sólo de consonantes. Lo peor era que ninguna frase llegaba hasta el final, que todas las frases quedaban interrumpidas a medias, rechazadas, mutiladas, hinchadas, invalidadas; que yo, sin poder tomar aliento, tenía que empezar de nuevo una y otra vez, volver a tomar impulso, encontrar un nuevo arranque; que yo parecía condenado de por vida a este ritmo tan prolijo como carente de sentido, un ritmo que no producía sentido alguno, que, en su camino hacia atrás, debía aniquilar y quitar todo valor al sentido que se había encontrado ya durante el día. El narrador que había en mí –acabado de descubrir como el rey secreto–, llevado a rastras a la luz del sueño, tenía que estar allí trabajando como un esclavo, como uno a quien obligan a estar balbuciendo sílabas sin parar, sílabas de las que no sale ninguna frase utilizable, atenazado hasta la muerte por una narración que se había convertido en un monstruo, pero que con los sentidos despiertos se sentía como la misma suavidad. Hasta qué punto podía llegar a ser maligno el espíritu de la narración.

Luego, después de largos asaltos, de un modo repentino, conseguí dos frases claras, dos frases que, de una forma natural, salían la una de la otra, y en el mismo momento cedió la presión; volvía a tener algo enfrente. En el sueño, esto que había enfrente tenía lugar en la persona de un niño que iba corrigiendo y poniendo en orden lo que yo contaba, pero que de este modo daba también su aprobación al narrador. Después de lo cual ocurrió que un árbol, cuyas ramas, en vez de frutos, estaban todas ellas llenas de piedras y que, sin el niño hubiera sido el símbolo del árbol de «la desgracia», ahora aparecía como un árbol milagroso; que, de repente, en las agitadas aguas de un río a punto de desbordarse, se movían animadamente un gran número de narradores, entre ellos yo, y que la mejilla del que dormía sintió el suelo que tenía debajo como si fuera un libro.

En la más larga de mis noches hubo también una hora de duermevela, que pasó rápidamente y en la que yo pude desperezarme; una parte del placer era

estar tumbado boca arriba, con las manos detrás de la nuca, oyendo el gotear del agua que caía del techo del túnel; en esta posición, a diferencia de otras veces, no necesitaba estar tumbado del lado del corazón para sentirme a mí mismo. En un principio había venido a refugiarme a la galería, como si fuera una madriguera; ahora, en cambio, me instalaba allí, con el abrigo de mi hermano encima, como una manta que me diera calor, y envuelto en una oscuridad probablemente mucho más clara que la que en tiempos lo había envuelto a él en la cueva de debajo de la tierra. De la salida, que estaba cerca, gris sobre gris, llegaban volando continuamente las luciérnagas, y con una de ellas en la palma de la mano iluminé en torno a mí un círculo de dimensiones sorprendentes. Como un cobijo de este tipo me imagino yo siempre aquel copo del sueño en el que, en la epopeya, descansa el agotado Ulises.

Sin embargo, pasada esta hora, el sueño me abandonó de un modo repentino, y ahora fue cuando llegó la soledad definitiva. La duermevela había sido, por decirlo así, mi último acompañante en el camino hacia el vacío de lo humano, mi escolta, que de un momento al otro se reveló como una alucinación. Si el sueño de la narración en el que las palabras se tergiversaban no había sido otra cosa que un torbellino de fantasmas, este despertar era ahora el castigo con el que ya se me había amenazado. Y este castigo consistía no en estar expuesto en un lugar tal vez inhóspito, sino en un enmudecimiento general: excluido así de la compañía de los humanos, hasta las cosas dejaban de tener lengua y se convertían en adversarios, más aún, en ejecutores. Bien entendido: lo aniquilador no era que la barra de hierro que sobresalía de la galería, torcida hacia dentro, recordara tormentos o ejecuciones, lo que me aniquilaba vivo era que, sin compañía alguna y sin que en estos momentos yo fuera una compañía para mí mismo, yo estaba mudo delante de ella como ella delante de mí. Bien es verdad que en la barra curvada vi yo una S, un 8, una clave musical, pero esto ocurrió una sola vez. El cuento de la «S, el ocho y la clave musical» había perdido su fuerza de signo.

En modo alguno huí pues de aquel lugar aterrado por su historia o por el silencio que reinaba allí, por el aire asfixiante, porque pensara que el techo se iba a venir abajo o podía venir un inspector de vías –incluso hubiera agradecido que un hombre así me hubiera cogido por el cuello y me hubiera

insultado en todas las lenguas del mundo—; huí en un acceso de terror provocado por la mudez que me acometía, como si fuera cosa de otro mundo y que significaba la destrucción del alma, más allá incluso de la muerte corporal; una mudez que ahora, cuando ya ha pasado, al intentar hablar de ella, se está repitiendo de un modo más fuerte, más violento, más peligroso: si antes con unos pasos podía salir afuera, ahora tengo que quedarme en el túnel —en el que ya no hay refugio, ni entrante en la roca, ni murete— y mi único camino hacia una posible humanidad es, a las cosas de este planeta mudo, del cual, ¡por mi culpa!, soy prisionero —yo que quería ser su narrador— darles los ojos de una palabra que me indulte. ¿Es por esto por lo que, al pequeño ovillo de luciérnagas que hay sobre la hierba, en la boca del túnel, lo estoy viendo hincharse y convertirse en un dragón que escupe fuego, un animal que vigila la entrada de un mundo subterráneo, no sé si para guardar un tesoro que hay allí o para protegerme?

Pero lo que puede ser el mundo de arriba, o simplemente el mundo, lo supe yo luego, al regresar. Aunque la mañana estaba aún lejos y no había luna, el valle se mostraba en claros perfiles. El río que circulaba por él, el Sava Dolinka (o, como el padre hubiera dicho en alemán, «die Wurzener Save»), se movía como un brillo mate entre los escasos matorrales de la orilla. En el prado inclinado que llevaba al agua, al lado de un árbol había un caballo; aunque allí aún no podía haber moscas, daba coletazos. El ruido que hacía al arrancar la hierba era el ruido que se oía con mayor claridad en aquel paisaje, acompañado por el suave murmullo del río y el traqueteo de los vagones desplazándose allá lejos, en el recinto de la estación. A continuación del prado, entre las vías y el valle, había una colonia de pequeños huertos que en mi memoria han quedado como los «huertos colgantes de Jesenice». Formaban una muestra de parterres de hortalizas y árboles frutales, estaban rodeados por un seto de poca altura y todos ellos tenían una cabaña de madera en el centro con un banco delante. Esta muestra, unas veces en pendiente y otras formando terrazas, descendía hasta el río y era como si las aguas de éste regaran los huertos. El color que ya se podía ver era el blanco amarillento: en los árboles, las primeras manzanas, y en los parterres, las habas. Yo iba por el sendero que bordeaba la vía; el suelo era tan blando, la capa de polvo era tan honda allí, tan tupida y flexible, que ni siquiera quedaban marcadas las huellas de mis

zapatos; y las gotas de rocío no mojaban el suelo, sino que rodaban formando pequeñas bolitas que se quedaban en la superficie. Si con el primer paso que di, saliendo hacia la galería, desapareció la sensación de llevar una carga de piedras sobre mis hombros y la impresión de tener metal entre mis dientes, ahora mis ojos estaban lavados, no por el líquido, sino por el aspecto peculiar que éste ofrecía. Aunque tenía grabados desde antes los detalles del valle, con todo, ahora aparecían en su literalidad una serie de letras que, teniendo como inicial el caballo que arrancaba hierba, colocadas unas al lado de otras, formaban un contexto, una escritura. Y este paisaje que tenía ante mí, esta línea horizontal de la que sobresalían objetos –daba igual que estuvieran tumbados, de pie o apoyados–, esta línea que se podía describir la entendía yo ahora como «el mundo»; y a este paisaje, sin que con ello pensara yo en el valle del Save o en Yugoslavia, podía llamarlo diciendo «¡mi tierra!»; y, al mismo tiempo, esta aparición del mundo era la única idea de un dios que he conseguido tener a lo largo de los años.

De este modo, en esta hora que precedía a la mañana, continuar el camino era ahora descifrar, seguir leyendo, grabar en la memoria, tomar notas en silencio (pero, ¿no era verdad que, siendo niño y ante la sonrisa burlona de la familia, estaba escribiendo continuamente cosas en el aire?). Y yo ahora distinguía dos clases de soportes del mundo: el suelo que sostenía al caballo, los huertos colgantes, las cabañas de madera y el que descifraba todas las cosas y las había tomado sobre sus hombros, a modo de rasgos y signos de estas cosas. Además sentía físicamente los hombros, notaba cómo se ensanchaban dentro de la enorme chaqueta de mi hermano y –debido a que la recepción y el ensamblaje de signos actuaba a modo de contrapeso frente a las cosas– cómo se erguían, como si con aquel desciframiento de las cosas la gravedad hubiera quedado suprimida y convertida en una escritura aérea o en una única palabra que pasaba volando libremente por el aire, una palabra formada sólo de vocales, como la que encontramos, por ejemplo, en la expresión latina *Eoae*, traducida por «a la hora de Eos», «a la hora del alba», o simplemente «por la mañana».

Mucho antes de la salida del sol, ante mis ojos, el valle se sumergió en otro sol, el sol de las letras, que tenía un efecto retroactivo sobre la galería

nocturna provocando allí una especie de expiación: en el sitio donde yo había dormido, las grietas que se habían formado en el barro –sobre el que había ahora un reflejo bronceo– se ensamblaban en una escritura poligonal regular, la lápida conmemorativa de aquel paraje. Luego, siempre que pasaba el tren por el túnel de Karawanken, me ponía junto a la ventana y en la oscuridad esperaba las primeras luces del día que llegaban del lado de Yugoslavia. A pesar del poco tiempo que necesitaba el tren para estar otra vez fuera, un momento antes de salir del túnel veía yo aquella hornacina de barro; sobre ella había generalmente algunas hojas que habían entrado arrastradas por el viento y en aquel lugar veía al muchacho de veinte años hecho un ovillo junto con su saco cilíndrico; es una escultura etérea que sigue estando allí, tumbada, y para mí aquel lugar no significa tanto el escenario de la guerra o la espelunca de la mudez de entonces cuanto mi refugio. La palabra «¡Eoae!», dondequiera que me encuentre, así que miro por la ventana, cualquiera que sea, se ha convertido para mí en una llamada para despertar al nuevo día, una llamada proferida en voz alta o simplemente pensada, destinada a retraducir las vocales que se escapan volando de mí y pasan al círculo de cosas que hay fuera, el árbol de aquí, la casa vecina de allí, la parte de calle que hay en medio, el aeropuerto que hay detrás, la línea del horizonte; a abrir mis sentidos al nuevo día del mundo, a lo literal, a lo describible.

E-O-A-E: en la oscuridad, las vías del tren y el río –dos líneas en medio de las cuales yo caminaba– formaban ahora una avenida. Sin que yo viera a ningún ser humano, el país parecía habitado y lleno de vida, porque lo que daba una orientación a los sentidos era la obra del hombre, la obra, por decirlo así, a punto de ponerse en marcha. Y en efecto, delante de la estación estaban funcionando ya algunos cobertizos y algunas naves industriales. Un cuadro de mandos estaba iluminado, mientras que el resto de la estancia se encontraba aún en la oscuridad; las agujas de los instrumentos de medición temblaban, cambiaban bruscamente de dirección; un golpeteo regular en todos los ángulos. Una gran rueda de acero se puso en movimiento y giraba cada vez más deprisa, hasta que dejaron de verse los radios; la rueda entera, una sombra sin perfiles en la pared. Del mismo modo, sobre la mesa de una oficina que estaba a oscuras una lámpara iluminaba un teléfono, una regla de



cálculo, un despertador. La gran puerta que daba a una rampa de carga estaba medio abierta y la rampa llevaba a la zona de las vías, que se curvaba a ambos lados y en la que las señales de las agujas cambiaban de color. Esta serie de imágenes nocturnas de una actividad que yo imaginaba firme e imperturbable, donde no se veía a la gente que la llevaba a cabo pero se la adivinaba siempre, fue interrumpida sólo por la pantalla de tela de una lámpara, una semiesfera amarilla detrás de los velos de una cortina solitaria, sin que se viera allí tampoco a nadie, y prosiguió inmediatamente después con el traqueteo de un ventilador de almacén, una correa de transmisión que se deslizaba a toda velocidad, hacia un lado y hacia otro, en direcciones opuestas, sobre la superficie brillante de un cilindro, y las sombras que las humaredas de las chimeneas proyectaban en la calle que yo había tomado, cambiando de camino porque por las otras calles no se podía seguir.

Algo parecido había visto yo en mi país, al otro lado de la frontera, sobre todo en la periferia de las pocas ciudades que yo conocía; y por esto me estaba preguntando ahora por qué allí yo siempre me había sentido excluido, confinado, y por qué aquí la vibración que salía de las habitaciones interiores se transmitía de un modo tan natural al que estaba fuera; por qué esta habitación de la pantalla de tela, de un modo tan distinto a como ocurría en casa, se mostraba como el sumun de lo habitable, el centro luminoso de la serie, literalmente como un templo del cobijo y del calor, y me acordaba además del día anterior, de la conversación de un grupo de trabajadores que, sentados en un banco delante de la estación fronteriza de Rosenbach, estaban esperando el autobús que los iba a llevar al trabajo; más o menos así: «otro día», «jueves ya» –«pero luego empezar otra vez» –«pronto llegará el otoño» –«por lo menos no es lunes» –«cuando me levanto está oscuro, cuando llego vuelve a estar oscuro, este año todavía no he visto mi casa».

¿Por qué aquí, en Yugoslavia, en las horas que preceden a la mañana, aquella zona industrial que a primera vista es tan inhóspita, mantenida en movimiento por manos invisibles, como para siempre, por lo que hace a los obreros –más aún, a los seres humanos–, me daba una impresión tan distinta de aquella a la que estaba acostumbrado yo en mi país? No, no se debía al «orden social y económico» radicalmente distinto que había allí, como nos habían enseñado (aunque no me hubiera desagradado carecer de rostro, tener un

número en vez de mi nombre, renunciar a mi independencia y a mi presunta libertad); ni tampoco era únicamente porque estaba en el extranjero (si bien muchas veces lo que yo veía allí y que en aquel país era habitual, el primer día lo sentía como una novedad y como algo que me daba vida): era más que una mera imaginación o sensación, era la seguridad de que al fin, después de pasar casi veinte años en un Estado sin lugar, en un producto helado, hostil, devorador de seres humanos, estaba a las puertas de un país que, a diferencia de lo que ocurría con el llamado país de nacimiento, no me reclamaba como niño en edad escolar, como servidor de la defensa, como suplente o simplemente como alguien «presente», sino que, por el contrario, permitía que yo le exigiera su condición de país de mis antepasados y, por tanto, por mucho que para mí fuera el extranjero, era mi propio país, ¡al fin!; al fin dejaba yo de tener un Estado; al fin, en lugar de tener la obligación de residir allí de un modo permanente, podía estar ausente sin preocupación alguna; aunque no apareciera nadie conocido, al fin estaba entre los míos. ¿No era verdad que cerca de mi casa, en la estación de Rosenbach, una vez un niño me señaló con el dedo y, gritando con todas sus fuerzas, dijo: «mira, uno de abajo»? («Abajo» significaba Yugoslavia, mientras que Alemania, o Viena, eran «fuera».) El mundo libre –así es como se había convenido– era el mundo del que yo acababa de llegar; para mí, en cambio, en estos momentos era el mundo que yo tenía literalmente ante mí. Que esto era una ilusión, en aquel momento yo ya lo sabía. Pero no quería este tipo de saber, o mejor dicho: quería librarme de él; y esta libertad la veía como el modo en que sentía yo la vida; como fuera, el impulso que recibí de esta ilusión continúa aún en mí.

Cuando pienso en aquella hora, me doy cuenta de que no eran fundamentalmente los utensilios a punto de ser utilizados ni las máquinas en funcionamiento lo que me hacía creer que allí, escondidos, relajados, infatigables, estaban trabajando los míos, eran sobre todo las luces, el velador de la única vivienda que había visto, la lámpara de oficina colocada sobre un escritorio y, sobre todo, la luz de neón, blanca, polvorienta, como de miel, que, como si atravesara los grandes espacios de un molino, pasaba de una nave a la siguiente. ¡Enganchar, dar vueltas a un rodillo, participar! Este afán de estar activo sorprendía de un modo especial en uno que, según mi padre,

«casi no servía para ningún trabajo». Y no era porque aquí no hubiera nadie que pudiera mirarme mientras trabajaba (lo que, según mi padre, hacía que yo «tuviera dos manos izquierdas»); aquí estaba yo seguro de mí mismo; podía mirarme las manos quien quisiera y, al contrario de lo que me ocurría en casa, no me sentiría observado; cualquiera de mis gestos hubiera merecido las palabras: «así, eso es».

Pero lo que me impulsaba a entrar en las naves, a estar con los seres invisibles que trabajaban allí, ¿era realmente aquella imagen luminosa, vacía como estaba, o más bien lo que yo ansiaba era una participación completamente distinta, una participación que donde quizá se expresaba de un modo más claro era en mi propia silueta, que, grabada de un modo fugaz al pasar, desde la calle, desde la periferia, atravesaba aquella imagen? No, el brazalete de cuero del padre, su amuleto de viaje, no rodeaba mi muñeca para que yo pudiera intervenir en lo que hacían, sino, todo lo más, para calentarla; la sintonía con los que estaban trabajando en aquellas naves no procedía tanto del gusto por intervenir en sus cosas como del hecho de pasar por allí de un modo alegre y despreocupado.

Y así es como conocí la diferencia que hay entre llevar el mismo paso, cantar al unísono y estar en armonía con algo. Llevar el mismo paso que otros, aunque sea una sola persona, es algo que desde siempre me ha resultado insoportable; al momento tenía que detenerme, o andar más deprisa, o echarme a un lado; incluso moviéndome al mismo paso que la amiga, me veía a mí y a ella como dos-seres-sin-alma-que-marchan-en-contra-del-mundo. Y algo que tuviera que ver lo más mínimo con el unísono me resultaba imposible: cuando otro me daba una nota, y no sólo cuando cantábamos, era completamente incapaz de cogerla, de repetirla, de seguir cantando a partir de ella; y, al revés, cuando el otro pasaba a cantar al unísono conmigo, inmediatamente me paraba; sólo la disonancia de la pelea, que era aquello a lo que generalmente este unísono me invitaba, me preservaba de sumirme en el mutismo. (Un motivo de tal pelea era muchas veces el simple hecho de que la amiga, hablando de los dos, dijera «nosotros», una palabra que yo no era capaz de pronunciar.)

En cambio, la armonía era una gran experiencia; y la tuve, por ejemplo, una vez que, por la mañana, al darle la vuelta a la manilla de una ventana, oí al

mismo tiempo, a lo lejos, el ruido de la puerta de un coche junto con el que producía una pala, de las que se usan para sacar la nieve, escarbando en el suelo, y el silbido de un tren, que llegaba hasta el horizonte; o en otra ocasión en que en una cocina ponían un plato sobre el fogón y al mismo tiempo yo estaba abriendo una carta; o cuando, en este mismo momento, levanto la vista del papel y miro el viejo paisaje oscurecido que hay en la pared de enfrente, un cuadro en el que, como ocurre tan a menudo a esta hora del día, una mancha de sol, como si fuera un foco puntiforme, se pasea lentamente de izquierda a derecha haciendo que, sobresaliendo de la oscura superficie, se vayan viendo con mayor claridad, uno por uno, todos los árboles, los reflejos del agua, las bifurcaciones de los caminos, los bordes de las nubes... y la misma experiencia la tuve hoy cuando, antes del amanecer, con la dulce carga de los dos libros de mi hermano, pasaba por delante de las naves industriales de Jesenice, con su golpeteo rítmico, su silbido o simplemente su tranquila luminosidad. Mi paso se hizo incluso más firme y decidido, como para darle impulso a la armonía –ningún enemigo, ni grande ni pequeño, iba a hacerme doblar las rodillas dándome golpecitos en las corvas–, y luego, tal como había visto las naves desiertas, vi al primer ser humano del día, la silueta de un chófer en la oscuridad del autobús, en el que no estaba más que él, circulando a toda prisa, como si en todas las estaciones del valle le estuvieran esperando; e inmediatamente después, la primera pareja, detrás de la ventana de una casa de muchos pisos; hombre y mujer, ella de pie, en bata, él sentado, en camiseta; y a lo largo de los años lo que ha quedado en mi memoria es sobre todo el vaho que había en el cristal de la ventana y que me hizo imaginar que el hombre que había allí arriba no estaba a punto de salir para el trabajo, sino que acababa de volver de él, sudoroso, respirando con dificultad después del cansancio de toda una noche, un cansancio que se me transmitía, como si fuera el mío propio.

Delante de un restaurante situado frente a la estación de tren, haciendo ángulo con ella, había una mesa, sin manteles ni cubiertos, con una silla de cocina recubierta de linóleo. Me senté allí y dejé que se hiciera de día. Yo me encontraba algo por debajo de las vías y también de la calle, en la que desde la acera unos cuantos peldaños llevaban a la pequeña superficie de hormigón,

que era pequeña y tenía muchos ángulos; por el otro lado estaba bordeada por un semicírculo de casas en el que cada una formaba con la siguiente un ángulo distinto, lo que producía la impresión de una bahía protegida por todos los lados, un mirador abrigado en el que, a diferencia de lo que ocurre habitualmente, uno podía mirar de abajo arriba y, en lugar de un panorama, lo que veía era un recinto circular, cercano y por ello tanto más fácil de retener en la memoria, algo parecido a lo que ocurriría mirando desde el fondo de una depresión. Las casas eran viejas y de poca altura, pero cada una era de una época distinta. Inmediatamente detrás empezaba la ladera del valle, en cuya masa oscura de árboles se iba distinguiendo poco a poco el perfil en zigzag de los pinos.

En la depresión en la que me encontraba aún fue de noche durante un largo tiempo. Aquel diminuto pájaro que había visto arriba, en el borde de la acera, una silueta inmóvil, ¿lo había soñado? Jamás había visto yo un pájaro diurno por la noche. La calle aparecía como un muro sobre el cual estaba ahora este abadejo. Muy pronto abrieron el bar y los primeros clientes fueron los ferroviarios, que se bebían de un trago un café o una copa —yo lo veía por encima del hombro— y se volvían a marchar enseguida. El cielo, que en las primeras horas del día parecía amenazar lluvia, resplandecía ahora sin ninguna nube. Una camarera con aspecto de anciana, con una cara masculina surcada de arrugas, salió del bar y me puso un puchero de café con leche sobre la mesa y junto a él un plato con un montón de gruesas rebanadas de pan blanco. La nata del café con leche me recordó al hermano, del que se contaba que había aborrecido siempre esas hilachas blandas y que, cuando la madre, en el primer permiso que tuvo estando en el frente, pensando que se le habían quitado esas manías, le sirvió el café, como tenía por costumbre, echando a un lado la taza, dijo: «¡Mejor me lo sirves ayer!». Yo veía ondularse la leche y formar una telilla que se desgarraba formando islas encima de un agua oscura que luego se iluminaba. La torre de pan blanco estuvo sólo unos momentos sobresaliendo al lado de la taza; luego, tierno como era el pan, tomando aliento después de la presión ejercida al cortarlo y abombándose ante el hambriento, la devoré, la aniquilé y la allané. Este pan blanco significa para mí desde entonces «Yugoslavia».

Cuando levanté la vista de mi desayuno, arriba, por la acera, circulaban ya

multitudes humanas; la calle se había convertido en un dique. Las vacaciones no podían haber empezado porque entre los transeúntes se veía a muchos escolares que avanzaban inclinados hacia adelante, como si fueran en dirección opuesta al viento. Y el hecho es que hacía viento y la hierba larga y pálida que había en el borde del dique hacía un ruido parecido al que hace la avena seca. Aunque no había estado nunca al lado del mar, se me impuso la idea de que inmediatamente detrás de las vías empezaba ya la pendiente de las dunas del Atlántico.

Salió un viejo del comedor con otra silla de cocina y se sentó a mi lado, a cierta distancia; para mirar no necesitaba siquiera la superficie de una mesa. Sin cambiar una sola palabra, seguíamos los dos los acontecimientos. Los dos teníamos lo mismo ante los ojos, observábamos las mismas cosas durante el mismo tiempo, dejábamos en el mismo momento que ocurriera lo siguiente. Nunca más he vuelto a experimentar un modo de mirar tan acordado con el de otra persona como en aquella ocasión, después de la más larga de mis noches; nunca más he tenido ante mí un espacio y un horizonte como los que tuve en aquella mirada que yo sabía que era la misma que la del hombre que tenía a mi lado. Nos sumergimos en el reflejo del cuello de una paloma que pasaba por allí abajo, por aquel entrante de hormigón, y volvimos a levantar la cabeza hacia el dique, donde las humaredas del alto horno corrían valle arriba, en dirección al túnel, como si se tratara de llenarlo de humo en toda su longitud.

Cuando antes de este viaje, en casa, en un día claro, miraba hacia el sur, más allá de la cresta de la frontera, bajo el cielo que empezaba a tomar una coloración azulada, sólo podía haber ciudades de los más maravillosos colores, que, sin que se lo impidiera ninguna línea de colinas, se extendían en una amplia llanura y, sin solución de continuidad, llegaban hasta el mar. Ahora, la ciudad industrial de Jesenice, gris-gris como era, metida en la angostura del valle, encerrada entre montañas que daban sombra, no hacía más que corroborar esa imagen. Arriba, por el dique, pasaba un hombre con una sierra de color rojo brillante en cada mano y seguido de dos niños que comían un helado y una mujer embarazada, de algunos meses ya, con un traje vaporoso y calzada con zuecos. Al oír el estrépito repetido de los camiones que pasaban por la franja no asfaltada de la calzada de adoquines, me vino a la mente otra vez el hermano, que en las cartas que escribía antes de la guerra mencionaba

un lugar semejante de la carretera de Marburg a Trieste. Decía que en cada una de sus excursiones al Adriático, el coche (del director de la escuela) «daba una breve sacudida» y él se sentía «del todo en el aire salino del mar».

Del mismo modo que en Yugoslavia parecía estar en vigor una medida del espacio distinta de la que hay al otro lado de las montañas del norte, en mi país –en el interior– había también otra medida del tiempo. Como si fueran sedimentos rocosos, los edificios que tenía ante mi vista, a menudo cada uno para sí, señalaban los distintos estratos de la arquitectura del pasado, desde los zócalos del imperio austríaco, pasando por los saledizos que formaban las pequeñas galerías cerradas de la época del reino eslavo del sur, hasta llegar arriba, a los pisos superiores, lisos y sin adornos, de la actual «República Popular de Eslovenia», sin olvidar los agujeros abiertos en la parte inferior de las ventanas del tejado, que servían para fijar los mástiles de las banderas. Observando una de estas fachadas, de repente deseé con todas mis fuerzas que el hermano desaparecido abriera de golpe la puerta de la pequeña galería –una puerta medio destruida, revestida con un cristal estriado opaco– y saliera para que le viéramos. Llegué incluso a pensar esto: «Antepasado, sal», y vi también cómo la cabeza del viejo que había a mi lado estaba vuelta hacia la galería. Y como si la sola llamada hubiera significado el cumplimiento de mi deseo, por un instante, llamándolo, descubrí a mi hermano tal como era (como nunca lo había conocido), ancho de hombros, moreno de piel, con su gran frente y su pelo tupido, oscuro, rizado y peinado hacia atrás. Los ojos, tan metidos en las cuencas, que el blanco, el ciego, quedaba oculto. Me entró un gran miedo, como si estuviera viendo delante de mí a mi rey; un escalofrío de miedo y respeto, pero todavía más, una inquietud que me impulsó a abandonar inmediatamente el sitio que ocupaba en aquella hondonada y a meterme como uno más en la corriente de transeúntes que pasaban por arriba, por la calle.

Y esta corriente me acogió inmediatamente y, a diferencia de la sensación que me había podido producir antes desde fuera, no era ahora ninguna corriente humana, era más bien un pasar sorprendentemente tranquilo en el que, en lugar de la excitación por haber conjurado la presencia de mi antepasado, dominaba sólo nuestro lento presente.

Ir en medio de un cortejo de seres humanos como aquél era algo nuevo para el

muchacho de veinte años. El pueblo no conocía una cosa semejante; todo lo más, el paso-a-paso contenido o el mover-los-pies-sin-avanzar de las procesiones de las festividades religiosas o de los entierros; en el internado, cuando uno no se desplazaba solo, se movía siempre dentro de una obligada comunidad (incluso los paseos de los domingos sólo se podían hacer en grupo, en fila de a dos, donde el de detrás le pisaba los talones al de delante, y la mera intención de salirse del grupo se la hacían notar a uno y la castigaban con un toque de silbato que le hacía volver a la fila) y en las pequeñas ciudades de mi país –la verdad es que yo sólo conocía estas ciudades, la capital del Estado, Viena, que yo había visitado en un viaje organizado por la escuela, sólo la había visto desde detrás de los hombros de mis compañeros y los dedos índices de los profesores– yo lo más que hacía era trotar al margen mirando al suelo. Allí, en la calle, me quedé cortado (que es quizá una palabra más gráfica que la expresión usual «convertirse en otra persona»); es decir, no sabía adónde mirar, o bien miraba a todas partes menos al frente. A diferencia de lo que ocurría en el pueblo de Rinkenbergr, en las pequeñas ciudades de Austria, mi mirada, o bien era reclamada a cada momento por los escaparates, por los anuncios, sobre todo por los titulares de los periódicos, o bien, como cuando una vez la dirigí hacia delante, hacia el punto de fuga de la calle, caía inmediatamente en la trampa de la mirada de uno que venía a mi encuentro –o por lo menos así es como yo me lo imaginaba–. Esta trampa no me atrapaba como una mirada normal, sino como unos ojos que miraban fijamente, o más bien como algo sin ojos y sin rostro, algo de donde, a modo de órgano único, salía por ejemplo una trompa monstruosa que, con una palabra siempre monosilábica, siempre inaudible, siempre legible –aunque fuera en una forma dialectal típica–, daba un chasquido sobre mi cabeza. Sí, en las ciudades de mi país, cuando uno salía a la calle no podía meterse en ninguna comitiva, sino que, como me ocurría a mí, le metían a uno inmediatamente en un saco o en un agujero; y los que hacían esto eran aquellos que, desde la eternidad, junto con sus perros, andaban en círculo, acechándole a uno de un modo maligno y que, como corresponde de un modo indefectible a los que están condenados a andar de esta forma, se sentían en su sitio y en su derecho. ¿Son imaginaciones mías que, todavía hoy, algunos «holas» dirigidos a mí, que oigo sonar en el Estado que me vio nacer, los tome como una amenaza y no como un saludo («Dime el



santo y seña si no quieres que...») y que muchas veces, casi sin darme cuenta, sobre todo cuando son los niños los que berrean, levante las manos? A la multitud austríaca, la mayoría austríaca, tanto si me movía al margen de los demás como si iba por en medio de ellos, la veía siempre valorándome, juzgándome, declarándome culpable, y esta sentencia de culpabilidad la aceptaba siempre, sin que en realidad supiera en qué consistía mi culpa. ¡Qué sensación de alivio cuando una vez, en una acera, con la conciencia de que el siguiente del ejército de reclamos me estaba observando desde un lado, levanté la vista y me di cuenta de que ante mí no había nada más que los ojos vacíos de un maniquí de escaparate!

Sin embargo, en la calle de Yugoslavia no había ahora ninguna mayoría y por tanto tampoco nadie que estuviera en minoría, sólo un dejarse llevar, a la vez múltiple y unánime, como más tarde yo, después de la pequeña ciudad de Jesenice, sólo he conocido en las grandes ciudades. Y al principio me movía aquí como el extranjero cuya presencia, detrás de las montañas, en las calles de Carintia, había agradecido siempre, porque desviaba la atención de mí, a pesar de que aquí, en medio de la multitud, entre la gente de la calle, es donde él estaba en su sitio. Allí donde antes yo estaba cambiando el paso continuamente, tomando otra dirección cuando no había que hacerlo, chocando con todo, ahora marchaba con los demás, y cada uno de mis pasos, por nueva e insólita que fuera la multitud, tenía en el asfalto el sitio en donde jugar. Al fin ni trotaba ni arrastraba los pies (como hacían todos en los pasillos del internado), sino que encontraba mi paso, avanzaba balanceándome sobre los pies, sintiendo rodar sobre el suelo la sucesión de talones, plantas y dedos; chutaba pequeños objetos y los echaba a un lado, con un sentimiento de tranquila insolencia, que –lo experimenté luego en la repetición– es lo que antaño caracterizaba mi infancia. Y lo que esta multitud tenía de verdaderamente saludable era ante todo aquello que, en comparación con lo que yo conocía, no se encontraba en ella, lo que faltaba: los adornos de los sombreros tiroleses, los botones de cuerno de ciervo, los trajes de loden, los pantalones de cuero; en suma, los trajes regionales. La gente de aquel pueblo, cuando iba por la calle, no sólo no llevaban trajes típicos, sino que además no llevaban distintivos, señales de casta; ni siquiera los uniformes de los policías llamaban la atención; tal como debían ser, tenían más bien algo de vestimenta

de servidores públicos. Le hacía a uno un gran bien verse liberado de la condición de «cabizbajo»; poder mirar al frente con la cabeza alta, mirar a unos ojos que, en lugar de despreciarle a uno, mostraban sólo sus colores, y estos colores –el negro, el marrón, el gris– revelaban «el mundo». A este nuevo orgullo contribuía también el hecho de que –y aquí había terminado mi condición de extranjero– yo conociera la semejanza que tenía con los otros miembros del cortejo, las externas y las internas, un parecido que ningún espejo me hubiera podido mostrar de un modo tan fiel: mi figura era flaca y enjuta como la suya, angulosa, de rostro ancho y vulgar, desmañada, con brazos que se balanceaban sin elegancia; mi modo de ser, como el suyo, adaptable, dispuesto, sin necesidades, el modo de ser de gente que, a lo largo de siglos, habían sido hombres sin rey, sin Estado, peones, siervos (entre ellos ningún noble, ningún maestro); y al mismo tiempo, nosotros, los seres oscuros, resplandecíamos todos, de belleza, de autoconciencia, de osadía, de rebeldía, de anhelo de independencia; en aquel pueblo cada uno era el héroe del otro.

A las vocales que despertaban en mí las cosas se juntaban ahora, como si fueran consonantes, los que iban por la calle, pero sin que esto diera lugar a palabras; se apoderó de mí sólo una segunda respiración, independiente de mis pulmones, un hálito en el que de repente pude leer los titulares de un periódico que llevaba uno que pasaba por delante de mí, en esloveno, no una frase sensacionalista como las que se leían en mi alemán, sino una noticia simplemente, algo tan refrescante como la ausencia del colorido de los trajes regionales. De repente entendí también mucho de lo que se hablaba entre aquella multitud. ¿Por qué aquí, en la calle, nadie me dirigía la palabra? ¿Era por esto por lo que yo, desde mis años de escuela primaria, donde por obligación tenía que hablar con el profesor una lengua extranjera, no era olvidadizo, sino sólo obstinado? *Jutro* era, como siempre, la mañana; *danes* era hoy; *delo*, el trabajo; *cesta*, la calle; *predor*, el túnel. Incluso los nombres que había en las tiendas podía yo traducirlos; eran todos tan fáciles... En las lecherías, a diferencia de lo que ocurría con el griterío de las marcas del norte o del oeste, no estaba más que la palabra correspondiente a la leche; en la panadería, simplemente la palabra para pan; y la traducción de las palabras *mleko* y *kruh* no era ninguna versión a otra lengua, sino un regreso a las imágenes, a la infancia de las palabras, a la primera imagen de la leche y del

pan. El banco, *banka*, que venía después volvía a ser ya lo usual; pero también él aparecía luego como algo ordinario: sus ventanas no eran escaparates, vitrinas: el lugar, por ejemplo, donde en mi país natal una pirámide de huchas de colores me dirigía la palabra estaba vacío. Era un vacío que estaba abierto ante mí y al que yo podía dirigirme, al igual que a los rostros vacíos de los transeúntes. Entre éstos, a diferencia de lo que ocurría en mi país, no necesitaba buscar al único pariente o vecino que, con su sonrisa de reconocimiento, me liberaría de la cadena de las máscaras. Que aquí los rostros estuvieran vacíos significaba que no llevaban máscaras; y ahora estoy viendo la imagen de aquellos jóvenes que, apiñados en un remolque de un tractor, metidos hasta el cuello en sus trajes de piel, están de camino hacia una ciudad de los Alpes, en cuyas calles, según su costumbre, van a organizar una «caza salvaje»: hasta que no llegan a la periferia de la ciudad no llevan en la mano las varas y las cadenas que necesitan; las máscaras de terror que se van a poner enseguida sobre sus cabezas están todavía a sus pies; hasta qué punto, por encima de ellas, los rostros de estos mozalbetes, con sus chorreras de piel, por muy campesinos que sean todos ellos, dan la impresión de ser rostros finos, tiernos y accesibles. Y del mismo modo también podía mirar yo la serie de rostros de Jesenice como si fueran una sola cosa y como si esto me diera la dignidad que yo nunca había encontrado en mi país, ni en mí, ni en ninguna otra parte —o, mejor dicho, sí, en el padre, en la noche de Pascua, en la iglesia de Rinckenberg, cuando, vestido con un manto de púrpura que le llegaba hasta los pies, junto con unos cuantos hombres del pueblo, se arrodillaba ante la oquedad que representaba la tumba vacía del Resucitado y luego, de repente, se tendía en ella, tan largo como era, y, cubierto de un color rojo con manchas de cera, sin que se le pudiera reconocer, estaba tumbado boca abajo en silencio—. Y del mismo modo como el padre, en el concierto que daban por la radio, iba nombrando los distintos instrumentos, asimismo, del estrépito del tráfico y de la fábrica yo podía distinguir claramente cada uno de aquellos ruidos que se producían al mismo tiempo: el golpeteo de los parachoques de la estación chocando unos con otros, el traqueteo de los carros de la compra en el supermercado, el silbido del vapor que salía de una chimenea junto con el sonido de un zapato de tacón alto al contacto con el suelo, el golpe de un martillo junto con la inspiración y espiración de mis propios pulmones. Y,

extrañamente, esta inesperada posibilidad de poder oír los ruidos provenía también, creía yo, de algo que aquí no existía, que faltaba, que no se daba, que estaba ausente en la ciudad industrial. El hecho de que no sonaran las habituales campanadas de los relojes de la iglesia hizo que yo adquiriera por primera vez este fino oído para lo que me rodeaba; y esto no ocurría en un país cualquiera, sino en este país concreto, en este país de la carencia al cual podía yo comparar con la plenitud del país de mi costumbre y al que de este modo podía distinguir, descifrar como «mundo».

Sin embargo, al hacerse indeterminados sus signos –algo de lo que no cabía duda–, este imperio del mundo que estaba yo percibiendo iba más allá de la Yugoslavia de hoy y también de todos los reinos e imperios de otros tiempos: los caracteres cirílicos de los periódicos que llevaban algunos transeúntes eran claros todavía, los restos de una vieja inscripción austríaca en un edificio oficial eran legibles, así como la inscripción en griego antiguo *chaire* – ¡salud!– que se veía en el frontón de un chalé, pero el letrero PETROL de una gasolinera tenía muchos sentidos, era algo que, visto a través de las ramas de un árbol, recordaba una China vivida sólo en sueños, y un desierto del Sinaí igualmente extraño se abría detrás de los grandes bloques de casas, junto con la visión de un coche de línea polvoriento en el que, a un lado de su parte frontal, el cilindro que indicaba los lugares de destino se encontraba justamente entre dos nombres que no se podían leer, y, al pasar por delante, me saltó a la vista –sí, «me saltó a la vista»– como el fragmento de un rollo de escritura hebraica; porque el abrirse del paisaje en torno a la inscripción estuvo acompañado de un miedo repentino.

Lo indeterminado se concentró en una ventana ciega que en aquellos momentos atraía mi atención, como si fuera el centro del Reino del Mundo. Aparecía arriba, en la ladera del valle, a bastante altura, y estaba encajada en la fachada sur de un gran edificio ante el cual yo creí estar viendo la mansión señorial que, al otro lado de la frontera, correspondía a la caseta del portero. Esta casa no tenía nada a su alrededor, un único pino solamente, de un color marrón brillante, como si fuera la piel de un animal, y que hacía que el amarillo de la fachada ofreciera todavía un aspecto más macizo. A la puerta principal se llegaba, a través de una superficie de césped, por una escalera inclinada excavada en la roca; allí, dándome la espalda, había un niño con una

pierna en un peldaño y la otra en el de abajo, como indeciso; los peldaños, muy altos para un niño. La pradera, en pendiente, parecía como esgrafiada por curiosas estrías transversales, pequeñas terrazas cubiertas de hierba, cuya sombra formaba una delicada muestra que se repetía en las estrías transversales de la fachada. De este modo, la casa, detrás del pino, hacía pensar más en una roca, en la que el color amarillo era natural, que en una construcción. Daba la impresión de no estar habitada; el niño, en la escalera, no estaba en el acceso a ninguna parte, sino en un lugar destinado para jugar.

La ventana ciega era la única de este género que había en muchos kilómetros a la redonda. La impresión que producía provenía también de que le faltaba lo habitual, de lo que allí estaba ausente: de su impenetrabilidad. En virtud del carácter indeterminado que se había concentrado en ella, despedía un reflejo ante mi vista, y en mí cesó toda confusión lingüística, todo barullo de palabras: todo mi ser enmudeció; estaba leyendo.

Nunca hubiera pensado que yo pudiera volver a perder alguna vez esta ventana ciega; sentía su signo como algo inamovible. Y, sin embargo, bastó con que mirara un momento al lado para que la luz que salía de ella se apagara: la ventana que estaba junto a ella —por decirlo así, la «vidente»— se abrió de repente y se volvió a cerrar, las manos que la abrieron y las que la cerraron pertenecían a dos personas distintas, primero una mujer vieja, luego una joven. La vieja —y esto lo vi en un momento— era algo más que una vieja, era una moribunda, y, con un último gesto de rebeldía, queriendo salir del espacio en que la tenían encerrada, había querido huir de la muerte saliendo al aire libre a través de las rejas de la ventana; un rostro deformado por el horror, con el labio inferior echado hacia atrás y unos ojos abiertos de par en par que nunca se volverían a cerrar por voluntad propia.

En la ventana siguió sin haber nadie; el sol de la mañana se reflejaba allí, pero la luz que acababa de iluminarla no se apagó, se la tragarón. Incluso el niño, como si hubiera sido una alucinación, había desaparecido, y las estrías transversales de la casa y de los prados de la ladera las veía ahora como si fueran sombras proyectadas. «A Filip Kobal le importa mucho la imagen», estas palabras, una mezcla de alabanza y reproche, las pronunciaba a menudo el profesor de Historia —y esta imagen había perdido también su encanto—. Me llegaba ya la mueca de una mujer que estaba llorando a moco tendido, y luego,

en la multitud, no hubo ya nada femenino, masculino, ni infantil. Por la acera se movía sólo una masa informe, dura, huesuda de gente basta e insignificante, chocando unos contra otros, dándose empujones, cortándose el paso, vigilados por el ojo del jefe supremo de la ciudad, un ojo que salía de cualquier ángulo al que uno dirigiera la vista; un jefe que, ya fuera en forma de joven cabecilla de partisanos en un taller mecánico, o en forma de almirante vestido de blanco en una peluquería, o de vistoso señor de esmoquin dándole el brazo a su mujer, igualmente vistosa, en el hall de un cine, o de cabeza de emperador de hormigón, en el patio de una escuela, en estos momentos era el único que tenía mando sobre todos nosotros. Una última mirada que se levantó buscando la ventana no hizo más que afianzar el poder de esta superioridad: como si esto me hubiera hecho sospechoso, en aquel mismo momento un policía, con un dedo que se curvaba lentamente, me ordenó que cruzara la calle y me pidió que le enseñara la documentación. Luego caí en la cuenta de que el hombre uniformado era el mismo joven, de la misma edad que yo, que ayer, al llegar, había examinado mi pasaporte, pero a esta hora de eclipse de sol, nadie parecía conocer a nadie ya; era como si todos hubiéramos perdido la memoria.

Contando mis pasos entré en la estación. Una escalera húmeda llevaba a los servicios, como un búnker; en la entrada estaba la obligada encargada, en cuyo cinturón sólo faltaba el manojito de llaves. En la cabina, que no tenía pestillo, busqué inútilmente las frases y los dibujos habituales; en esta ocasión me hubieran ayudado a seguir adelante. En el lavabo no había ningún grifo, sólo un agujero en la pared. Arriba, la sala de espera estaba oscura y olía mal. En un primer momento, en los otros, que estaban allí apiñados, no vi más que el color blanco de una curiosa multitud de miembros vendados y escayolados. La luz no venía del andén, sino de un pasadizo oscuro que nos separaba de él. Luego distinguí ya esta y aquella caperuza de cuero cubriendo un pulgar herido, y una costra de sangre en los cabellos del que estaba sentado a mi lado. (No exagero, estas cosas atraían mis sentidos.) Incluso de mí mismo lo único que veía era lo repulsivo: la costra de barro pegada a mis zapatos, las bolsas que formaban mis pantalones, el borde negro de las uñas. Todo el mundo debía darse cuenta de que había pasado la noche vestido y no me había lavado. La cabeza me picaba igual que en pleno verano, en el internado, los

sabañones de los dedos de los pies. Intenté también inútilmente descifrar en el mapa mi próxima meta; la luz que daba sobre el mapa no alcanzaba más que para ver el amarillo pálido de los valles y el blanco azulado de los glaciares.

Salí al andén, donde un obrero estaba abriendo el asfalto con una perforadora. En la vía de enfrente el tren austríaco de la mañana esperaba preparado para salir en dirección al norte. En los compartimentos había luz, estaban limpios y casi vacíos (el tren, a diferencia de lo que ocurrió en años posteriores, aún no les servía para ir de compras a Villach); los ferroviarios, con sus uniformes azules, volvían a estar delante de la locomotora, al lado de los funcionarios de la frontera austríaca –no se les podía reconocer porque iban de civil, en mangas de camisa, con la chaqueta colgada sobre el hombro...–, como si esperaran al viajero que aún faltaba. De repente, aunque no me movía de aquel rincón, tuve prisa. ¡Decídete! La necesidad de regresar fue casi irresistible; no sólo de pasar la frontera, sino de ir a casa, al pueblo, a mi habitación, a mi cama y de dormir allí a pierna suelta. Pero mi primer refugio fue la lengua, mi alemán familiar, heredado; el que leía en la pared de la locomotora «estación de origen» –lo que contaba no era el significado, sino la imagen de la palabra– y en la flecha junto a la cual se veía «dirección de la maniobra».

Indeciso como estaba, imaginaba que no me apoyaba sobre la pierna sobre la que debía apoyarme. Allí donde la punta de la excavadora horadaba el suelo en la superficie del asfalto, como cuando uno anda por encima de un charco helado, salían de repente las grietas en forma de estrella. Una llegó a meterse hasta debajo de la suela de mi zapato. Sacudido por el ruido sordo de la máquina, miré al suelo, y allí, en el gris del asfalto, volví a encontrar la ventana ciega; de nuevo vi en ella la señal amistosa de que tenía tiempo. ¿No había pedido yo demasiado con mi «Reino del Mundo»? ¿Quién era yo? A la vista del asfalto, una vez por todas, descubrí quién era: uno de fuera, un extranjero, uno que tal vez tenía algo que buscar aquí, pero nada que decir. No tenía derecho a eso que llaman dignidad humana, como en casa, en mi país. Y con este descubrimiento me sobrevino algo que era más que simple sosiego, era el estado de la serenidad.

El tren austríaco se puso en marcha. ¿No era verdad que el revisor me había mirado de un modo inquisitivo? La estación se iluminó y se ensanchó.

Los gorriones, que acabando de aterrizar en el asfalto, a mis pies, se volvieron a marchar enseguida, un momento antes habían estado acurrucados en un matojo de Rinkenbergras, y de allí venía también una hoja ovalada de llantén que había en la grada de las vías, un desertor de los jardines, por decirlo así. Dando grandes pasos, como si fuera la decisión en persona, fui al hall y saqué un billete; dando grandes pasos, como el que al fin sabe que lo que hace ya no lo hace para él solo, fui corriendo por el paso subterráneo hasta el último andén; y dando un salto, como si de este modo diera por terminada mi excursión al otro lado de la frontera y empezara ahora el verdadero viaje, después de haberme lavado rápidamente en la fuente, subí al tren del suroeste, donde, apenas instalado en mi sitio, junto a la ventana, me dormí; y si pienso ahora en el adolescente, con el asfalto agrietado bajo las suelas de los zapatos, es posible que este muchacho dé lugar a una imagen sólo porque, justo en aquel momento, amenazaba con caerse al suelo, del mismo modo como algunos objetos no se le fijan a uno en la memoria hasta que se los percibe un momento antes de la caída, y ahora, entre unas manos temblorosas, se ofrecen libremente a la contemplación.

Los días siguientes los pasé en la región de Bohinj («en la Wochein»), ocupado con el estudio de los dos libros de mi hermano. Siempre que yendo de viaje a esta región, para que no se me pasara la estación en la que debía apearme, abría los ojos, veía en los prados los caballetes largos y delgados que la gente llama «arpas de heno»: dos estacas clavadas en la tierra (hoy tal vez son de hormigón) a las cuales se ha fijado un número determinado de barras paralelas sobre las que, bajo un techo de tejas, se pone a secar la primera hierba del año. Era la siega, con sus flores de primavera, y dentro de la masa gris del heno destacaban puntos coloreados. Las barras sobresalían de las estacas y tenían algo de haces de flechas que indicaran todas ellas una misma dirección; era como si el tren siguiera este cortejo multitudinario de pilares, que, alineados unos detrás de otros, formaban un conjunto apretado que de valle en valle iba describiendo un ángulo hacia el oeste, cada vez más pronunciado, y en mi sueño, a ambos lados de las vías, las arpas tomaron luego la forma de un gran dispositivo con ayuda del cual los viajeros eran trasladados a su meta sin que pasara el tiempo.



Ya no volví a pasar ninguna noche más al raso, sino que me alojé en un hostel del pueblo más importante de la región de Bohinska Bistrica o Wocheiner Feistritz. Me decidí a esto después de ver lo bajos que eran los precios y después de contar mi dinero. Luego pensé que con lo que me había dado el profesor, con lo que tenía de las clases de recuperación y de la publicación en un periódico de un texto «escrito por mí» («¿lo has escrito tú?», preguntó sacudiendo la cabeza un compañero de banco) hubiera podido pagarme sin más un viaje a Grecia con los otros.

Pero era precisamente esta publicación, mucho más que la falta de dinero, la causa de que me hubiera abstenido de hacer el viaje con el grupo. Se trataba de una historia en la que un muchacho estaba reparando una bicicleta en el patio de una casa. Este proceso se describía con todos sus detalles, incluida la luz, el viento, el ruido de los árboles, una lluvia que empezaba, hasta que al final, el héroe, al oír un grito, entraba corriendo en la casa y en el suelo de una habitación vacía se encontraba con el padre, o la madre —ya no me acuerdo—, con los ojos vidriosos en los que se reflejaba todavía el mundo exterior. En realidad lo que importaba no era el argumento; el simple hecho de que yo escribiera «obras literarias» hizo que mis compañeros se apartaran de mí. Es cierto que algunos actuaban en un grupo de teatro, pero el hecho de que uno de ellos escribiera y que además «se presentara en público» con lo que había escrito producía como mínimo extrañeza. Incluso la amiga, aun antes de leer esta historia, tan sólo con ver la página con el título y el nombre, me lanzó una extraña mirada de desaprobación, que, después de la lectura, se convirtió en una expresión compleja, mezcla de incomprensión, piedad, extrañeza y sobre todo miedo; luego no he podido olvidar nunca cómo su nuca se puso rígida cuando quise acercar su cabeza a la mía.

¿Pero no era yo mismo el que provocaba este rechazo general? ¿No era verdad que el día en que apareció el periódico, a todo el mundo que lo abría lo miraba yo como a alguien que iba a enterarse inmediatamente de toda mi culpa y que, para mi vergüenza, iba a hablarles a los demás de ella? Por mucho que hubiera sido el profesor de historia, el que escribía cuentos, quien me incitó a publicar aquello, por mucho que un redactor de glosas locales me hubiera apoyado, por mucho que una cosa así hubiera sido de antemano algo contra lo que no había nada que objetar (¡la gente debía saber al fin quién era

yo!), no por ello aquel texto dejó de parecerme luego algo así como un pecado original, y el único lugar hasta el que este pecado no me persiguió fue el pueblo, en el que, a diferencia de lo que ocurre hoy –ahora, en la misma entrada del pueblo, hay un letrero que dice «Rinkenberg lee»–, ni siquiera en la casa rectoral vi nunca un periódico. Sin embargo, en aquel lugar, que era donde por primera vez hasta entonces yo me había encontrado en casa –como uno que en autobuses o trenes iba del pueblo a la ciudad y de la ciudad al pueblo–, allí había caído en descrédito para siempre ante mis propios ojos. Donde yo había conseguido ser ante mí un ser que pasaba inadvertido y un Nadie, me mostraba ahora como «un cierto»; acabando de salir de un ocultamiento que me protegía, había perdido mi elemento; el placer que sentía de vez en cuando en medio de la multitud, sobre todo en el pasillo del tren o del autobús, daba paso ahora a la desazón de ser alguien a quien la gente conocía, alguien expuesto a la luz de un foco individualizador que me perseguía por todas partes y –que era lo que más me avergonzaba– de ser alguien que importunaba el ensimismamiento de mis compañeros de viaje. ¿Era por esto por lo que, en las últimas semanas, iba muchas veces a la escuela en bicicleta, para lo cual necesitaba, para ir y volver, casi medio día? Muchos motivos había que me movían ahora a hacer un viaje solo; pero uno de ellos era ciertamente olvidar mi salida-en-público –fuera ésta real o imaginada por mí–, olvidar el hecho de haberme-traicionado-a-mí-mismo. ¿Y no era verdad que en todos los momentos en que se me permitía volver a ser un desconocido sentía este olvido como algo que se expandía de un modo eficaz en torno a mí, como un acto de gracia que, con el tiempo y la lejanía, era cada vez más saludable? ¿No era verdad que así que llegaba a la Wochein sentía deseos de ir a un estanque que estaba señalado en el mapa como *Pozabljeno*, que significa más o menos «lo olvidado» o «el olvido»? ¿Y no era verdad que en los días siguientes, por extraños que fueran los sitios a los que iba, donde estaba –de pie, sentado o tumbado–, por donde corría, me dejaban en paz, como si aquello fuera la cosa más natural del mundo?

Únicamente el profesor de Villach rondaba, como un espíritu, por aquella tierra de nadie, repitiendo una y otra vez aquellas palabras que pronunció en voz muy alta así que vio mi obra impresa, acompañándolas con un gesto que parecía que le estaba dando la entrada a un músico de una orquesta: «¡Filip

Kobal!»; sólo mi nombre, un nombre que por primera vez oía yo de este modo, primero el nombre de pila y luego el apellido; hasta aquel momento me habían llamado sólo «Kobal Filip», incluso, por ejemplo, en el examen de admisión para hacer el servicio militar. «¡Por favor, cállese!», contestaba yo para mis adentros; sí, estaba decidido a no salir nunca más en los periódicos, a no exponerme nunca más, ni a mí ni a mis allegados y convecinos, a una vergüenza como aquélla. Se habían acabado para siempre los sueños de gloria. ¿No era verdad que desde siempre sabía yo, y lo sabía justamente entre los demás que viajaban conmigo en el autobús o en el tren –aunque por mi parte estuviera leyendo entusiasmado un libro, oyera hablar de un nuevo invento o admirara una melodía–, que en la vida llegaría yo a ser nada, que tarde o temprano acabaría fracasando? ¿No era verdad que, tal como se lo había pronosticado a mi madre un adivino en una festividad religiosa –creyendo sin duda con ello halagar a la campesina y a su hijo, que no servía para ningún trabajo–, que todo lo más yo estaba destinado a ser un «contable», un empleado de poca categoría, alguien que desempeña un oficio en el que sólo tendría que ver con números? Y en aquella ocasión, en la habitación de un hotel de Eslovenia, el contar dinero, ¿no estaba siendo una parte de mi destino?

La Wochein es un amplio vallaje<sup>1</sup> rodeado por todos lados de series de montañas; el antiguo fondo de un glaciar que en su borde oeste ha dejado como resto el lago de Wochein, grande y silencioso, un lago en el que no recuerdo haber visto casi nunca a nadie; de su orilla norte asciende abruptamente el macizo de los Alpes Julianos, que culminan en el Triglav, las «Tres Cabezas», cuya imitación reducida, construida a la orilla del lago, sirve como lugar de juego para los hijos de los veraneantes. La cordillera del sur es el único gran obstáculo antes de llegar al mar; detrás de ella baja ya el Isonzo (el *Soča* esloveno), y las laderas entre las cuales el río sigue su curso ya no muestran ningún límite forestal más. De difícil acceso, la depresión de Wochein estuvo alejada del mundo durante siglos; tan sólo unos senderos la unían con el valle del Isonzo y la llanura friolana, mientras que el camino del este, por el que yo había llegado, no lo abrieron hasta que construyeron el ferrocarril.

El hecho de que Austria fuera, como se decía, el país de los Alpes y que un

sobrenombre de ese Estado fuera «la República de los Alpes» a mí, que me había criado en el gran llano de Jaunfeld, teniendo las montañas a alguna distancia, siempre me extrañó (en el pueblo apenas había nadie que tuviera esquís, y la única pista de patinaje que había empezaba al terminar el bosque y bajaba hasta la carretera, donde uno, apenas había corrido un poco, ya tenía que parar). Sin embargo, ahora, en la Wochein, me encontraba realmente rodeado por los Alpes y me sentía en un país alpino, lo que, no obstante, no quería decir que allí hubiera zanjas, hoces, solana y umbría, poco cielo, sino más bien, a pesar de estar encajonado, tierras altas y por tanto un amplio panorama. Si cierro ahora los ojos, se abre ante mí una perspectiva alejada del mundo, caracterizada por el lago, solitario y de un azul de fiordo, protegido por las montañas, con el fondo compartimentado por las muchas ondulaciones que formaban las morrenas glaciares, un espacio para el cual no hay ninguna palabra más acertada que la que he usado al principio, «vallaje».

Sin embargo, la Wochein, por lo menos vista desde la estación, que está ligeramente elevada, es una región activa e industriosa. Cuando en aquella ocasión bajé del tren, al principio casi no oí a nada más que a madera; en las vías de los trenes de mercancías que había detrás, vi enseguida los montones de troncos enteros de árboles, vigas, tablas y listones y entre las casas oí el ruido de las sierras mecánicas. Ni un solo día de los que estuve allí vi a un solo hombre desocupado: cuando alguien daba esta impresión, se acababa comprobando que era uno que esperaba algo, el autobús en una de las paradas, que a menudo no estaban señaladas (una valla de tablas, una báscula de puente), o el momento en que un pino, empezado a cortar por una sierra, iba a ceder y caerse, o el buen tiempo para darle la vuelta al heno o, como era el caso de la vieja cocinera junto al fogón del hostel, a que hirviera la leche o a que hubieran terminado de hacerse los platos que estaba preparando. El soldado que en cierta ocasión estaba sentado tranquilamente al borde del camino, al acercarme yo tenía una radio pegada al oído; y los niños, incluso cuando, aparentemente para pasar el rato, arrancaban una hoja de un arbusto, tenían no obstante algo de exploradores que están aprendiendo a buscar huellas; incluso los domingos formaban largas colas esperando ante el confesonario de la iglesia que, grande como una catedral, se levantaba en medio de un prado, y el que salía, liberado de sus pecados, se tomaba el

tiempo justo para sonreír maliciosamente para sus adentros y se dirigía al reclinatorio a cumplir la penitencia que le habían impuesto. De los habitantes del valle no emanaba la calma y la tranquilidad de los que desde tiempos están enraizados allí, sino el carácter indómito, el estar siempre a punto de intervenir, la necesidad de una constante presencia de ánimo propia de los que acaban de llegar, y todo ello hacía que, durante el día, incluso teniendo presente su situación natural, viera yo la Wochein como un país europeo entre los otros. Casi me faltaban allí el idiota o el borracho que pasaran una y otra vez por en medio de aquel ajeteo, dando vueltas sin sentido, sacando por unos momentos de su serenidad y su aplicación a aquellas personas que estaban dedicadas del todo a su trabajo; hasta que me di cuenta de que, deteniéndome en mi búsqueda de lugares donde poder estudiar los dos libros, dándome la vuelta, saliendo del camino, tocando esta y aquella zona de hierba para ver si me podía sentar en ella, apoyado en un árbol, saliendo de allí para evitar la resina y volviendo a dar tumbos de un lado para otro, cualquiera me hubiera tomado por el doble de este borracho o este idiota.

El hostel en el que me hospedaba se llamaba, traducido, «La Tierra Negra», una denominación tomada del nombre de un pico de la cordillera del sur; una casa grande, de antes de las dos guerras mundiales, en la que busqué enseguida la ventana ciega. Aparte de mí había sólo de vez en cuando algunos montañeros, y de este modo tuve para mí solo una habitación de cuatro camas, preparada como para recibir a una familia entera. Se encontraba en el primer piso, sobre la entrada; desde una de las ventanas se veía la hilera de pinos que, al igual que el resto del bosque, pasaba por en medio del pueblo; desde la otra, un torrente que corría impetuoso por delante mismo de la casa, un hervidero blanco que ahogaba el ruido de todos los camiones y todas las sierras mecánicas. Lo que atravesaba aquel ruido era todo lo más el silbido de un tren o el retumbar repentino de un avión militar. Los pinos, a diferencia del agua, se podían ver incluso estando sentado, y por esto puse la pequeña mesa de madera junto a la ventana que daba al lado del bosque y fui probando las distintas sillas. Como no me podía decidir por ninguna, las puse en fila, junto a la mesa, y de vez en cuando cambiaba de asiento.

El primer día me limité a sacar los dos libros de mi equipaje, sin abrirlos. La puerta que daba al corredor la dejé abierta, porque, en la habitación cerrada, con el estruendo del torrente, me hubiera parecido que estaba fuera del mundo; de este modo, desde la sala de estar y la cocina me llegaba por lo menos de vez en cuando algún tintineo o algún otro ruido penetrante. En la pared del corredor, justo enfrente de la puerta, colgaba un urogallo de color marrón y negro, disecado, en actitud de lanzar el grito de celo –cuello erguido, hinchado por los gritos, ojos cerrados–, igual como estaría cuando fue abatido por el cazador. La tabla de llaves que había al lado, detrás del cristal, con los más variados tipos, tenía algo de colección casi completa de mariposas. En el primer momento tuve la impresión de que todo aquello ya lo había visto otra vez, o más: de que yo regresaba, no a una vida anterior, sino a una vida presentida, y que al mismo tiempo no podía imaginar que hubiera algo más real o más palpable. ¿Provenía todo ello de la mesa, las sillas y las camas, que me recordaban al padre, que había sido carpintero?, ¿de la nube de gotas de agua que había delante de las ventanas y que me recordaba al padre trabajando en los torrentes?, ¿o de aquella curiosa expresión del hermano, que en sus cartas llama a la Wochein «nuestro solar»? Pues no era sólo la habitación y la casa lo que yo creía reencontrar de un modo tan palpable, era también la localidad de Bistrica, la «transparente», la «clara», el «pueblo del arroyo», junto con todo el valle: un niño lo mira sorprendido, un muchacho de veinte años lo contempla, un hombre de cuarenta y cinco años echa una mirada de conjunto, y los tres son en este momento una sola cosa y no tienen edad. Sin embargo, Bistrica no tenía nada de lo que habitualmente tiene un pueblo; más bien tenía algo de arrabal de una ciudad, de un barrio que iba a levantarse entre los muchos espacios libres que esta ciudad dejaba; las pocas casas de pisos que había en la periferia, junto con el supermercado y la catedral que se levantaba en el prado, daban ya la impresión de ser signos que avisaban de la presencia de esta urbe.

Parecía entonces algo tan impropio del hijo de un jornalero el hecho de que se sentara a la mesa de un comedor y le pidiera al camarero un plato, que en los primeros tiempos se alimentaba únicamente de barquillos y galletas comprados en el supermercado y sobre todo del pan y las manzanas que la

hermana le había puesto en el saco de viaje. Eran las últimas manzanas del año anterior, tan viejas ya que sólo con cogerlas con la mano oía el castañeteo de las semillas. No fue por necesidad por lo que comí ambas cosas, sino porque para mí –como siguió siendo luego, mucho más tarde– era la mejor de las comidas; la expresión «tener buena boca» nunca fue más adecuada para el dulzor ácido de aquel fruto, junto con el centeno y el trigo, aromatizados con comino, pero apenas salados. Sobre la mesa que había delante de la ventana, alineados, estaban el pan, las manzanas y la naranja, y, viendo la hogaza harinosa, con sus profundas grietas, imaginé la cara oculta de la luna, aunque menguando en un día más de lo que este astro menguaba en una semana, y pronto también sin sus satélites; las últimas rebanadas, tan finas que a contraluz recordaban una malla de cristales de nieve transparentes.

Sin embargo, la verdadera historia no empezó hasta que, al abrir los dos libros, como si fueran las hojas en las que estaban escritas las normas de viaje, me encontré en cada uno de ellos un billete, y al verlos me vino a la mente la observación de la hermana: durante el viaje tenía que comer «caliente» una vez al día, «para que por lo menos el estómago no se sintiera en el extranjero». Como en el sueño que yo tenía a menudo en aquel tiempo, en el que me veía encontrando dinero, ahora veía brillar billetes por todas partes, y luego, acordándome de la hermana, lamentaba que, al cocer el pan, no hubiera metido uno en la masa o no hubiera puesto otro en el corazón de la manzana. Doblando los tres o cuatro billetes que yo tenía y metiéndolos en el bolsillo trasero del pantalón –en mi familia nadie tuvo nunca una cartera–, me daba cuenta de que estaba repitiendo el gesto del padre cuando, después de cada partida, mirando un buen rato a los circunstantes con ojos de triunfo y venganza, recogía lo que había ganado y lo guardaba. De este modo, lo que la hija había sustraído a su padre lo podía mirar yo también como si fuera el dinero que yo había ganado en el juego, cambiarlo y, sin ningún acento extranjero –esto es lo que me parecía a mí–, pedir mi primera comida caliente. En el rostro del camarero, una atención que ahora me parece una sonrisa.

El primero de los dos libros era en realidad un cuaderno de tapas duras, el cuaderno de trabajo de mi hermano, del tiempo en que estuvo en la Escuela de Agricultura de Maribor. Pero como el cuaderno era gordo y, con sus gruesas

tapas, tenía el olor característico de un libro, vi en él siempre un libro. Junto con el otro, el gran diccionario alemán-esloveno del siglo XIX, un paquete de cartas, una gorra de uniforme (hijo) de la segunda guerra mundial, así como una bayoneta y una máscara antigás (padre) de la primera; todo ello estaba normalmente en un baúl que había en la galería de madera, debajo del saliente del tejado de la casa paterna. Allí, hasta que empecé a leer, sólo hubo estos dos libros, y su lugar, no tenía otro, fue siempre el baúl azul, fuera de la casa prácticamente, al aire libre. Cuando yo los miraba, no me los llevaba nunca al cuarto, me sentaba en la caja; y era como si ello formara parte de aquel tipo de lectura; junto con la sensación que allí se tenía de los fenómenos atmosféricos: sentir algo de viento a los lados, ver cómo la luz iba cambiando, ser salpicado alguna vez por unas gotas de lluvia que, llevada por el viento, llegaba a entrar hasta debajo del chamizo... El lugar de estos libros era también mi lugar de lectura; el padre, por muy introducida que estuviera en la casa su costumbre de examinar detenidamente la hoja dominical junto al alféizar de la ventana, no quería libros en casa; un murmullo displicente siempre que me encontraba allí con uno de ellos, lo que daba lugar a que el lector viera inmediatamente cómo unas estrías blanquecinas cruzaban una escritura convertida en algo fijo y petrificado.

¡De qué modo a lo largo de los años he estado buscando un lugar para leer libros! He estado sentado detrás del banco para colocar las lecheras que había en el triángulo que formaba el cruce de caminos, en el banco que había junto a la capillita, lejos, en los campos, a la orilla del río, abajo, en el valle del Drau; en un lugar apartado de la playa: a mis pies el agua estancada, tan lisa que Abajo está el río y Arriba el cielo... En cierta ocasión, subiendo el Rinckenberg, poco antes de llegar a la cresta, en un claro alejado del mundo, cubierto de helechos, con un solo pino, vi ante mí lo que podía ser el lugar soñado por todo lector: alrededor del árbol una mancha de la más blanda de las hierbas, una hierba que en la lengua popular se llamaba «cabello de mujer», un lecho preparado con almohadones naturales, no una charca del vicio, sino un trono del espíritu que, saliendo del libro –que llevaba el nombre de *Temor y Temblor*–, iba a mandarme su hálito. Sin embargo, allí no pasé de la primera página; es más, ni de la primera frase. Una tarde, después de comer, en el corredor de la escuela, junto a otros alumnos que iban y venían de la



ciudad al pueblo y que estaban haciendo los deberes, por primera vez se me abrieron los ojos a las frases y a los períodos, y junto con las palabras veía al mismo tiempo los detalles del entorno, las vetas de la madera del banco, la crencha del que tenía delante y la lámpara que había en el extremo del corredor; en aquella ocasión oí sólo el viento en el pino, un viento que, en el claro del bosque, así que abrí el libro, amainó de repente. Aquel lugar, todos los lugares, por muy amorosos que fueran, por mucho que invitaran a la lectura, desaparecían así que me disponía a ocupar mi sitio; analfabetizado como estaba por el rezongar de mi padre, me escurría y me marchaba. El único verdadero lugar de lectura sigue siendo hasta hoy el baúl que había en la galería de la casa de mi padre, convertido en leña desde hace mucho tiempo. De lo que me di cuenta a lo largo de mi búsqueda de un sitio para leer fue de que, justamente con un libro, era como yo no me podía retirar a la soledad.

De este modo, después del habitual ir de un lado para otro —probé en la sala de espera de la estación, casi siempre vacía, bordeada de castaños; en el cementerio, frente a una lápida en la que estaba grabado un avión que caía; en el puente de piedra que hay a la salida del lago—, al fin, con el cuaderno de trabajo del hermano, me quedé en la habitación del hotel; a un lado, en un ángulo oscuro, veía el urogallo; al otro, en un ángulo claro, la mesa con la jofaina y la jarra; ante mí la línea quebrada de los pinos, que llevaba mi vista a la casa vecina, en la que arriba, en la cresta del tejado, las tejas corrían de izquierda a derecha, como las líneas del cuaderno.

Es cierto que hasta entonces había estado mirando el libro una y otra vez, pero no había podido descifrar mucho; porque en la escuela de agricultura la lengua de la clase era el esloveno. Lo había observado por sus dibujos y sobre todo por su letra. Era clara y completamente regular; las letras, largas, delgadas, ligeramente inclinadas hacia la derecha, lo que al ir pasando las hojas una tras otra daba la impresión de una lluvia que hubiera quedado aprisionada allí, cayendo eternamente. No se veían ni volutas, ni florituras, ni abreviaturas, ni falta de esmero alguna; por eso, esta escritura no debía convertirse nunca en caracteres de imprenta; en las palabras no había ninguna letra que estuviera separada de las otras, sin vinculación con ellas; y al mismo tiempo se diferenciaba de la caligrafía preciosista de un documento del siglo

pasado por su fluidez, que era la misma que tenía el trazo de los dibujos que correspondían a lo que estaba escrito. Al observar aquella escritura me parecía como si no se limitara a retener algo, sino que, junto con aquello de lo que trataba –donde cada letra de la serie era portadora de una imagen–, siguiera imperturbable su camino hacia una meta; y en la Wochein, el país nuevo, encontré después que la letra del hermano armonizaba bien con la región: la región del colono, de uno que se marcha y en quien la actividad de escribir es una parte de este ponerse en camino; escribir no es levantar acta de algo que ha ocurrido, sino una acción continuada.

En una carta hace notar que un grafólogo sacaría la conclusión de que «todos nuestros trazos (los de la familia) están emparentados», y yo de aquella letra deducía siempre que él era orgulloso y sabía lo que quería. Nunca había tenido lo que llaman una letra de niño; en el más antiguo de sus cuadernos de escuela escribía ya como uno que toma parte en lo que ocurre, como una persona responsable, como el líder, como un descubridor.

La verdad es que toda la familia, mas allá de los confines del pueblo, era famosa, lo que se dice famosa, por su letra «de maestro»; éstas eran las palabras que empleaba el peón caminero y pintor de rótulos («¡la familia Kobal no escribe sólo con la mano!», decía, y extendía el brazo con un gran gesto); lo que, dado que además en la región no había una sola casa en la que figurara una placa con la palabra «maestro», nos reportó la fama de ser de un linaje altivo y noble; escribiendo así –no precisamente «como si pintáramos o como si imprimiéramos», sino con el inconfundible «gesto Kobal»–, expresábamos nuestras pretensiones. A la madre, que como he dicho era la mujer atareada que escribía las cartas, se la veía como cumpliendo una función oficial. Cualquiera de los vecinos a quien preguntara yo por mi hermano, una vez que había contado las cuatro o cinco anécdotas de siempre, derivaba la conversación a Gregor Kobal y a su huerto «plantado con el esmero, la grandeza y la creatividad de su letra» (el peón caminero). Hasta la hermana despertaba de su trastorno mental y levantaba la cabeza de un modo señorial y arrogante cuando con el nombre de «Ursula Kobal» firmaba los recibos de su jubilación anticipada.

Las únicas excepciones que había entre estas lumbreras de la escritura eran el más viejo y el más joven de la familia, el padre y yo. La mano del primero

era demasiado torpe, la del segundo demasiado saltarina. En el padre se notaba que nunca había ido de verdad a la escuela; al igual que su lectura, su escritura tenía más bien algo de deletreo. A las largas cartas que la madre me mandaba al internado él todo lo más añadía una sola palabra, que al mismo tiempo era también su saludo: «Padre». Cuando se jubiló, al ver que durante un tiempo estuvo sin saber qué hacer, pensé que sería una buena idea regalarle un cuaderno para que escribiera la historia de su vida; porque cuando la contaba, de palabra, muchas veces, después de un largo silencio, casi asustándome, empezaba con un «Y», pronunciado con su voz grave; se atascaba una y otra vez y cortaba diciendo: «Éstas no son cosas que se puedan decir, hay que escribirlas». Sin embargo, cuando al cabo de unos meses miré cómo estaba el cuaderno, a pesar de que mi padre había tenido todo el invierno para escribir, no encontré en él ni una sola palabra, sólo números —el número postal del hermano que estaba en el frente, el número con el que estaba marcada mi ropa blanca, el número de la casa, la fecha de nacimiento de todos—, números grabados en el papel, como una especie de escritura cuneiforme. (Únicamente los trazos que hacía con su lápiz de carpintero eran delicados y finos; en un tris había dibujado sobre la madera la muestra de lo que tenía que cortar.)

Por lo que a mí respecta, yo estaba siempre cambiando de letra; muchas veces, en mitad de la palabra, escribía con la letra más grande, echaba las letras hacia atrás y luego otra vez hacia adelante, haciéndolas salir de su posición normal; por muy esmerados y cuidadosos que fueran los principios de los párrafos, me dominaba la impaciencia por llegar al final; se veía claramente en la forma de escribir. Sobre todo tenía la impresión de que mi letra no era la mía; todavía hoy, cuando ésta se ha vuelto regular, me parece artificiosa, como imitada; a diferencia de mi hermano, yo no he tenido nunca una letra propia; la que tengo ahora está tomada de él; así que me descuido, pierde la regularidad que me he propuesto guardar y, en lugar de estar formada de «rasgos», degenera en un garrapateo informe, ilegible incluso para mí mismo, una imagen de la prisa, del atolondramiento y la impotencia, en lugar del gesto fuerte y seguro de la familia. A escribir bien, pienso, no he aprendido hasta que he tenido la ayuda de la máquina. Antes la única letra que era realmente mi letra era la que trazaba en el aire, sin instrumento alguno, con

sólo el dedo índice como lápiz; precisamente el hecho de que no viera ante mí lo que estaba escribiendo y de que me bastara con el dedo índice me daba la impresión de que lo que escribía lo escribía con una letra personal, con mis rasgos peculiares. Además, escribiendo-en-el-aire podía ir despacio, detenerme, hacer pausas. De otro modo, en cambio, con la mano agarrotada cogiendo un instrumento que para ella era extraño –un instrumento del que incluso los ruidos resultaban molestos–, inclinado sobre el papel, en lugar de estar sentado erguido, precipitaba una línea sobre otra sin saber lo que estaba haciendo, desprendiendo vapores de un sudor a la vez ácido e inútil, incapaz de levantar la cabeza, sin poder ver lo que estaba ocurriendo en mi entorno más inmediato. No veía en el papel elementos de una escritura natural más que cuando estaba concentrado en lo que hacía; en estos casos era como si la escritura fuera surgiendo en mí junto con la imagen de la cosa. ¿Y dónde podía yo estar concentrado escribiendo? Por ejemplo, en la oscuridad: allí, trazo a trazo, el lápiz y los dedos iban convirtiéndose en una sola cosa y mi mano acababa siendo la mano de una persona que escribe, una mano bellamente grave y reflexiva; lo que entonces hacía no era ir escribiendo un texto, sino tomar notas. Cuando, a la luz del día, veía lo que había salido de este modo de escribir, tenía realmente ante mis ojos el resultado de mi trabajo en la forma de una letra que era mi letra y en la que parecían unirse la fina mano de inventor del hermano con la mano de autodidacta, que escribía a trompicones, del padre.

El cuaderno de trabajo del hermano trataba sobre todo del cultivo de los árboles frutales. Con ayuda del diccionario pude ir descifrando las líneas fundamentales de estas páginas. Provenían de una persona que aún no tenía veinte años, y no obstante no eran apuntes tomados en clase, sino ante todo el balance que un joven estudioso hacía de sus investigaciones; en la segunda parte se pasaba a una reflexión sobre el tema, una especie de tratado; al final, un catálogo de reglas y sugerencias; en conjunto, el cuaderno de un aprendiz y, al mismo tiempo, el libro de un maestro.

Hablaba sobre todo de cómo hay que plantar y cuidar los manzanos; se basaba en las pruebas que él mismo había hecho en el huerto de su casa. Hablaba del suelo apropiado («esponjoso y graso», «llano y un poco

abombado»), de la situación («este-oeste, pero al abrigo del viento») y de las mejores épocas para el cultivo (muchas veces marcadas por el equinoccio o la aparición de determinadas constelaciones o por días festivos de la región).

Sin proponérmelo, leí también sus experiencias con injertos y trasplante de árboles jóvenes, como si fueran la historia de una educación. Los árboles jóvenes, «juntamente con su tierra», los había trasplantado de la Escuela de Horticultura a su huerto y los había colocado en la misma dirección en la que estaban allí, aumentando la distancia que separaba unos de otros: las ramas de un árbol no debían tocar nunca las de otro. Las raicillas de cada uno de estos árboles, antes de plantarlos en la zanja, las había trenzado formando una especie de cesto que las protegía. Los árboles que no habían sido trasplantados, los que habían crecido de una semilla se habían revelado como los más resistentes, pero también los que menos fruto daban. Arriba, en la copa, era mejor que dominaran las hojas; de este modo, bajo ese techo se podían formar más frutos. Las ramas que se curvaban hacia la tierra resultaban ser más fértiles que las que sobresalían y apuntaban al cielo. (Aunque también era cierto que los frutos que colgaban en lo alto no se pudrían con tanta facilidad como los otros.) Por lo que hace a los injertos, usaba sólo las ramas que miraban al este. Tenían forma de lápiz; las superficies, cortadas a bisel para que corriera el agua de la lluvia; y para cortarlas, en vez de darles un golpe, tiraba de ellas (de este modo la corteza se conservaba lisa). Decía que, para los injertos, escogía sólo brotes que ya hubieran dado fruto una vez; «de lo contrario no habremos trabajado para tener una buena cosecha, sino para tener una buena sombra», y decía que nunca había hecho un injerto en el ángulo de dos ramas, porque esto les quitaba alimento a los dos. Por lo que hace a la tala, escribía que cuanto antes la había hecho, más madera había sacado; cuanto más tarde, más fruto; y la madera simplemente «tiraba para arriba», mientras que los frutos «se encorvaban».

Al empezar el cuaderno contaba que en la zona de lo que luego iba a ser el huerto, al principio sólo había un árbol frutal, completamente salvaje («selvático», decía él, con lo cual quería dar a entender que las ramas habían crecido como una especie de selva), sin fruto: en el punto de la corteza en el que había menos líquenes, decía, había clavado un pincho de hierro, después de lo cual, de la pequeña herida empezaron a salir nudos, uno tras otro, unos

ojos que prometían frutos. Por lo que hace al pincho, decía, se trataba más bien de un taladro, una invención suya, porque de esta herida no salía el serrín que tapa los agujeros, sino más bien astillas que se podían apartar fácilmente soplando (al lado, un dibujo con este «taladro Kobal»).

Pero, como siempre me había ocurrido en estas lecturas, lo que más profundamente calaba en mí no eran estas ocasionales metáforas didácticas, o el sentido que estaba en juego detrás de tales explicaciones, sino el elemento sensorial y plástico, la simple mención de cosas que para mí hasta entonces se habían presentado como un caos. La rafia con la que mi hermano amarraba el esqueje al tronco, la indispensable tablilla de madera, no redondeada sino «con cuatro aristas», así como la gravilla que protegía el suelo y las raíces, además de drenar las aguas, se me iluminaban y yo podía fijarme en todo esto. Así en este huerto de frutales que, como nadie se ocupaba de él, se encontraba en la actualidad en un estado completamente selvático, como lo estuvo antaño el único árbol que había al principio, los espacios se iluminaban y yo sentía cómo, saliendo del manuscrito, un halo de perfiles claros y luminosos me estaba mirando, un halo en el cual el lector, ante el espectáculo de la multitud y variedad de «mis cosas» (que así es como llamaba el hermano al dominio de sus frutales), volvía la cabeza a un lado y a otro como si estuviera en el centro, en el lugar del autor. «No habremos trabajado para dar sombra»: en mi mesa, instalada junto a la ventana, éste era ahora el grito de guerra que el lector lanzaba al estruendo del torrente, y el negro del urogallo en el rabillo de un ojo y el blanco de la jofaina y la jarra en el del otro se balanceaban a través del campo de visión como si fueran dos péndulos que se movieran en direcciones contrarias.

A que las palabras tuvieran esta fuerza, ¿no contribuía de un modo especial el hecho de que, a diferencia de lo que ocurría con las palabras alemanas, yo no las entendía de un modo inmediato, sino que generalmente empezaba traduciéndolas, y no de una lengua extranjera a mi lengua propia, sino de un presentimiento a una imagen, sin rodeo alguno –por muy incomprensible que me resultara en gran parte el esloveno, en cierto sentido me resultaba también familiar–: el huerto, una estaca que sostenía una rama, un trozo de alambre? Para muchas de las actividades de las que el hermano hablaba –quitar brotes estériles, por ejemplo– usaba la expresión «trabajo ciego»: ¿y no es verdad

que una traducción como ésta transformaba una lectura ciega en una lectura vidente, y una actividad carente de mirada en un trabajo que tenía un resultado concreto? Incluso el padre, imaginaba yo, si hubiera entrado en aquel momento en la habitación, desde el mismo umbral hubiera olvidado sus resentimientos y, viendo cómo en los ojos del traductor brillaba la presencia de espíritu, se hubiera declarado conforme con su hijo: «¡Sí, éste es ahora *su* juego!».

Incluso cuando el hermano, en la segunda parte del cuaderno, dejaba su huerto y sus peculiaridades y, de un modo general, hablaba de las distintas clases de manzanas, los árboles concretos de los que él se ocupaba seguían estando ante mí; donde él se limitaba a describir un procedimiento especial, yo seguía leyendo un relato sobre un lugar y su héroe, un héroe con el que yo luego relacionaba las conclusiones finales que mi hermano dirigía a todo fruticultor, a saber, que en una cosa como ésta, que tenía algo así como un parentesco de sangre con la sabiduría, no podía haber ni doctores ni discípulos y que lo más importante para plantar árboles era «la presencia del Señor».

Lo que tenía de especial el huerto del hermano era que estaba muy lejos del pueblo, rodeado por campos de labor y pastizales, limitado por un lado por un bosquecillo de varias especies de árboles; normalmente, los huertos empezaban inmediatamente detrás de las casas; desde la carretera, en forma de líneas de fuga, se veían las hileras interminables de árboles, al final de las cuales uno podía imaginar aún el llano de los campos en barbecho, con Rinkenbergr como oasis de manzanas y peras. Otra diferencia: los árboles del hermano eran bajos, como los de una plantación, y cada uno de ellos, a excepción de los grupos –habituales en el pueblo– de ciruelos y perales de mosto que había a la entrada, como para camuflar el verdadero ser del huerto, daba un fruto de un sabor distinto; es más, había incluso árboles en los que la variedad de los frutos cambiaba de un piso de ramas al siguiente, y, para colmo, entre los perales de mosto, había una rama, única, secreta, conocida sólo por la familia, en la que los frutos se parecían tanto a los de su rama vecina, que uno los hubiera confundido; sin embargo, cuando los mordía no se le «cerraba el agujero del culo» –ésta era la expresión habitual–, sino que más bien se le abrían los ojos.

El huerto, en su conjunto, conforme uno iba penetrando en él en dirección al

bosquecillo, aparecía cada vez más como una plantación experimental que, al mismo tiempo, reportaba toda clase de utilidades. Después de su vértice inicial, marcado por un abedul solitario, extraño a la plantación, se iba convirtiendo en una franja cada vez más ancha, hasta que, en la parte de detrás, junto al límite con el bosque, formaba distintas hileras. Aunque, como los huertos del pueblo, no estaba rodeado por ningún seto –y por esto parecía un parque público–, detrás del abedul, aquel terreno era un recinto escondido. Esto, por una parte, se debía primero al hecho de que, yendo por el campo, sin que ninguna casa las hubiera anunciado, uno se encontraba de repente ante unas ramas cargadas de manzanas de la mejor calidad; se debía también a que mi hermano había plantado sus árboles en una hondonada. Desde el llano se bajaba de un modo inesperado al huerto, y al final de éste, del mismo modo también, se subía al bosquecillo. La hondonada no era profunda, sino que se la reconocía únicamente en sus bordes, como un valle secundario; ocurría además que el que llegaba no veía las copas de los árboles frutales más que en aquel lugar, a la altura de la punta de sus zapatos; desde lejos, ya fuera mirando desde el bosque o desde la carretera, de los campos de labor, en los que no había ningún árbol, sobresalía únicamente el gran abedul, que en los días de tormenta parecía a veces una antorcha que despidiera rayos.

La artesa –así es como me lo había explicado el profesor de Geografía– se había formado por la acción de un riachuelo, un ramal del agua subterránea, que en esta llanura especial no estaba quieto, sino que la atravesaba en dirección al valle del Drau, una única corriente regular, a apenas «un bastón de paseo» por debajo de la superficie de la tierra. En el lugar donde ahora está el huerto, decía, este ramal, abriéndose paso hacia la superficie, salió en forma de riachuelo, inundó el terreno, fue lamiendo el lugar por donde había salido, dejándolo como una cubeta que tenía la forma de una «estación terminal», y desde allí, mordiendo el terreno, fue abriendo un caminito estrecho en forma de zanja y descendió al río. Luego el riachuelo se filtró y desapareció; en la región la hoz tenía el sobrenombre de «la silenciosa», y el terreno en forma de cubeta ovalada que había formado la fuente se secó; el agua dejó de ser un ramal aislado, a la vista, y volvió a hundirse en la tierra desembocando en un río subterráneo que llegaba hasta el horizonte; o bien, en forma de «agua del cielo» –que es como se llamaba la lluvia, traduciendo



literalmente la palabra que venía en el cuaderno de mi hermano—, hacía bajar desde las paredes al fondo de la cubeta la buena tierra de descomposición. (Sin embargo, la cubeta, en el lugar donde empezaba el cuello de la zanja, tenía el agujero tapado por la maleza.)

En torno a los árboles crecía hierba de huerto, menos tupida que la de los prados, casi sin flores. El camino de arena que atravesaba los campos y llevaba hasta el borde de la hondonada, en el lugar donde estaba el abedul tenía una franja central de hierba; luego, al bajar se estrechaba, con estrías brillantes, grabadas profundamente en la tierra, formadas por las ruedas frenadas de los carros, y, en medio de las hileras de los árboles, se convertía en una simple franja de hierba, el «camino verde» (éste era el nombre que se le daba en la casa), un camino que pasaba por encima del suelo levemente abombado de la cubeta y continuaba trazando su huella en línea recta hasta el último de los árboles del huerto; no sólo brillaba de un modo sensiblemente más claro que lo que lo rodeaba, sino que literalmente lanzaba destellos.

En la artesa el huerto estaba, por decirlo así, a resguardo del viento; únicamente las rachas cálidas del viento del sur llegaban a rozar el suelo; los troncos de los árboles eran completamente rectos, mientras que las ramas, y ésta era la imagen que daban en invierno sobre todo, estaban curvadas de un modo regular en todas las direcciones de la rosa de los vientos. Protegido además de todo ruido, tanto del que venía del pueblo como del que venía de la carretera, el lugar, a excepción de las campanas de la iglesia y de las sirenas, sólo dejaba oír sus propios ruidos, casi nada más, sobre todo un zumbido, más de abejas que de moscas, de las abejas que volaban arriba, en torno a las flores, o de las avispas que volaban en torno a los frutos caídos. El huerto tenía también un olor especial, un olor duro y penetrante, como de mosto, que venía más de los frutos que fermentaban en la hierba que de los árboles; las manzanas de allí no empezaban a oler realmente hasta después de la cosecha, en el sótano —antes sólo si se las acercaba uno a la nariz (¡pero cómo olían entonces!)—. Si en primavera sólo había un color, el blanco de las flores, en verano los colores del huerto, del que había desaparecido en muy poco tiempo el amarillo pálido de las manzanas primerizas —presa permitida al paladar de los que pasaban—, los colores cambiaban de un árbol a otro.

Una parte de la infancia era esperar a que maduraran las distintas clases de

frutos. Después de las tormentas, sobre todo, me venían ganas de salir al huerto, donde nunca faltaba por lo menos una espléndida manzana en el suelo, escondida entre la hierba (o la obligada pera, bajo la rama, injertada de su peral). Muchas veces llegaba incluso a echar una carrera con mi hermana, que había dejado de ser una niña hacía tiempo: cada uno de los dos sabíamos de antemano bajo qué árbol podía haber algo aquella vez y los dos queríamos ser el primero en llegar allí –una carrera en la que lo importante no era tanto poseer algo o comérselo, como encontrarlo y tenerlo-en-la-mano–. La recolección de frutos en otoño era el único trabajo físico en el que yo no actuaba de un modo ciego (o cogía una cosa en vez de otra). Los árboles eran tan pequeños, que para coger los frutos casi no se necesitaban aquellas escalerillas que caracterizaban la imagen de los huertos del campo. El trabajo se hacía sobre todo con ayuda de una larga vara en cuyo extremo superior se había fijado un saco con bordes rígidos, en forma de zigzag. Ahora mismo, en este momento, estoy sintiendo en los brazos la sacudida que producía una manzana desprendiéndose de su rama, metiéndose en el saco y juntándose con las otras.

Una parte de mi infancia eran también las cajas que se iban llenando de manzanas al pie de los árboles; el amarillo limón de ésta y el rojo vino especial de la siguiente, en la cual se podía ver de qué modo, desde la piel, las venas, atravesando la pulpa, llegaban hasta el hueso. Sacudir sólo podíamos sacudir las peras de mosto, lo que producía una tremenda crepitación que atravesaba todo el huerto; entonces, apoyados en los troncos, en vez de las pilas de cajas había un círculo de gruesos sacos.

Luego vinieron las prohibiciones de la juventud, los años de internado, del que formaban parte también las recolecciones que yo me perdía; se acabaron las pilas de cajas, todo lo más meter unas cuantas manzanas en la maleta antes de salir de viaje. Y a lo largo del año unas cuantas más, en cada paquete que llegaba, con la piel más arrugada.

Luego, la enfermedad de la madre, las articulaciones del padre, cada vez más rígidas. El haber desaprendido (sí, ésta es la palabra) casi todos los trabajos físicos, que sin embargo habían constituido los sueños de la infancia –no menos que la lectura en la galería–: partir leña y cubrir el tejado, así como llevar el ganado y amontonar gavillas (todo esto, por lo menos para mí,

no fue nunca un trabajo de esclavos o de pícaros, y cuando lo era, no duraba más que unas horas).

Siguieron los decenios de ausencia, con el abandono definitivo del huerto; quedó sólo la hermana, que durante un tiempo estuvo yendo todavía allí, con un pequeño cesto y abasteciéndose con las ramas que se podían alcanzar simplemente con las manos; y luego ni ella ya. Sólo el hermano soñando en una tierra fértil: sobre la nieve estaban las manzanas primerizas, de un color amarillo pálido y, al otro lado, junto a una larga mesa, estaba sentada la familia al sol.

Sin embargo, en los años que siguieron a mi regreso, de vez en cuando volvía a ir a ver el huerto. Sigue sin haber ninguna casa en los alrededores y el camino de arena que, como en otros tiempos, lleva a él, al igual que la franja verde que pasa por abajo, por la hondonada, es ahora un camino de hierba. Los árboles están cubiertos de hongos.

La última vez que estuve allí el agua de la lluvia se había llevado los pocos restos que quedaban del dique que había delante de la entrada de la zanja; lo había levantado mi hermano con varas, piedras y barro. Era un día de invierno y el jardín estaba todo él dominado por el color gris de los líquenes, que cubrían por completo los árboles, hasta el extremo de las ramas, y en parte les habían quitado la corteza. Los árboles parecían literalmente agobiados por el peso de los líquenes, y el hecho es que abajo, en la hierba, había grandes ramas desprendidas del tronco y que tenían la forma de cornamentas de ciervo. La hierba no era hierba, sino musgo; las tres o cuatro briznas que simulaban ser hierbas, pálidas y duras, como estopa; atravesadas por ramitas de moras silvestres salidas del bosque y de la hoz. Lo que más llamaba la atención, aquel fresno que se había abierto paso a través del bosque y que, literalmente, se había adueñado del manzano: a sus pies su semilla debió de haber echado raíces y el joven fresno, al crecer, había cogido la mitad del manzano y con su tronco lo había cubierto como si fuera una capa, de tal modo que en una hendidura del árbol vivo se veía uno muerto y sin corteza. Los esquejes, que antes se reconocían por su corteza lisa y brillante, bajo la maraña de escamas, hacía tiempo que eran inencontrables; sólo en un sitio, una guía de madera –de forma prismática, de cuatro cantos– indicaba que allí había habido un esqueje, un palo que, atado a una rama injertada, sobresalía de él; extraña inversión la

que se había producido a lo largo de los años: la rama, que en un principio era lo más fino de estas dos cosas, había engordado y la guía de antaño, envuelta en un alambre oxidado, la llevaba a sus espaldas como un apéndice inútil.

A excepción del «camino verde», el único color que había en aquella hondonada, dominada toda ella por el color gris, era aquel verde tan distinto, un verde venenoso, de las bolas de muérdago que había en las copas de los árboles, deformadas –como por una explosión– por muchas partes. Los tres o cuatro frutos arrugados que había en las ramas provenían de años pasados; los que había abajo, en el musgo, cuando yo los pisaba estallaban como si fueran bejines.

Sólo un árbol, sin hojas, estaba lleno de manzanas de aquel año; nadie las había cogido; pero también su amarillo lo cubrían aquí y allá el gris y el negro de los estorninos y los mirlos que tenían ocupada cada una de las bolas y cuyo incesante chasquido, picoteando y masticando los frutos, llenaba todo el huerto. Yo agradecía el silbido de un tren a lo lejos, el canto de un gallo, los ladridos de un perro, el matraqueo de una motocicleta. Desde la entrada de la zanja, medio cubierta por las lianas de la viña salvaje, creí oír el susurro del río, viniendo de su desembocadura, muy abajo, como intensificado por el surco que se había formado en la tierra.

Pensé en huir de aquella hoya apartada del mundo y decidí quedarme. El cobertizo de tablas que había detrás, junto a la parte del huerto por la que se subía al bosque, antaño un techo para protegerse de la lluvia y del sol del mediodía, había desaparecido; los restos que quedaban, al borde del «camino verde», junto con las estacas que ahora ya no servían para nada, formaban una cosa híbrida que tenía algo de montón de leña y algo de arpa de heno –sin embargo, demasiado luminosa para ser lo primero y demasiado irregular para ser lo segundo.

Empezaba a nevar; eran sólo copos sueltos que caían de repente de las nubes, describían grandes curvas en el aire y volvían a desaparecer. Me acordé de la costumbre del padre antes de tomar lo que él llamaba una decisión –gastar una determinada suma de dinero, redactar el testamento...–, andar por el «camino verde», en uno y otro sentido; en este momento esto fue lo que hice. Me vino a la mente uno de sus dichos caseros, unas palabras que dirigía al rincón en el que estaba la foto del desaparecido: «¡Soy el guardián

de un mísero huerto!»).

Dando la vuelta al final del camino, levanté la cabeza y, en el montón de tablas y barras, recortándose en el cielo, vi un armazón que hacía como de muro de lamentaciones; en mi imaginación, caí de rodillas ante él. Al acercarme, la imagen se transformó de repente en una escultura y luego, del mismo modo, las hileras de árboles se me aparecieron –así es como lo pensé yo, literalmente– como el «monumento a los nobles antepasados».

Cuanto más tiempo permanecía allí, iba y venía, me daba la vuelta, me paraba, volvía la cabeza, de un modo tanto más claro aquel trozo de tierra cultivada, ahora un huerto en trance de extinción natural, se transformaba en mi mente en una obra, en una forma que significaba la mano del hombre y la transmitía a las generaciones siguientes, con la utilidad de ser transmisible a su vez por otra mano a otra forma, por ejemplo a forma de escritura sobre el flanco de aquella artesa en la que estaban esculpidos los peldaños de los pastizales abandonados –al caer la nieve, líneas que sobresalían poco a poco, cada vez más blancas–. Detrás del anillo que formaban los líquenes y muérdagos, en las ramas de los frutales se renovaban «los ojos» de éstas. La luz de la tierra podrida de las raíces estaba atravesada por las chispas de los pedernales; y del armazón que había en medio del huerto llegaba un viento del sur que luego podía levantarse a cada momento en las habitaciones cerradas.

En dos cosas pensaba yo allí, delante de los hongos en forma de visera que estaban pegados a los troncos de los árboles: en una carta del hermano en la que menciona una «goba» como éstas con la cual, en el atardecer de un Sábado Santo, él había andado en torno al fuego pascual (decía que para él eso había sido «lo más santo y lo más divertido» y, que después «la fiesta se había acabado y ni siquiera las salchichas habían sido capaces de darle tanta alegría»); y, delante de aquellas barras puntiagudas, en aquel bastón de avellano con una horquilla en la parte superior sobre la que el padre, que a menudo era terrible con los animales, ensartó una vez una culebra que había cortado en dos trozos al segar: ella, que no sólo durante todo aquel día sino a lo largo de los años se había estado enrollando en la horquilla del bastón clavado en el suelo, el emblema más duradero de aquel lugar, más duradero que todos aquellos frutos del sol, en estos momentos se estaba esfumando, y, dirigiéndome a mis antepasados, que estaban en el rincón más desértico de

aquel huerto y, buscando al mismo tiempo los ojos de un niño sacado de la monodia del canto funerario y del «eterno Reino de la Separación» (eso decía el hermano), continué hablando –más con voz mortecina que con voz triunfante– y dije: «Os contaré».

De los tres años en los que el hermano estuvo en la Escuela de Agricultura han quedado otras tantas fotos de clase. En la primera los muchachos llevan todos ellos el cuello de la camisa abierto, las mangas subidas y delantales oscuros que les llegan hasta las rodillas; están de pie o sentados en una ancha avenida soleada bordeada de árboles frutales, tan llenos de flores que no se ve ni una sola hoja. Al fondo una viña con cepas todavía muy pequeñas y que, en líneas oblicuas, llevan a la capillita que hay arriba en la cima. El blanco de los árboles en flor se encuentra otra vez en las nubes de primavera. Las sombras son cortas; es el descanso del mediodía; el hermano ni siquiera ha tenido tiempo de peinarse; le cuelga un mechón sobre la frente; inmediatamente después de que les hayan sacado la foto, cada uno de ellos volverá a su trabajo. Forman un grupo muy apiñado; algunos han puesto el brazo en el hombro del que tienen al lado, que en ningún caso responde a este gesto; uno, el más joven, se apoya en sus dos vecinos. El sol hace que no sea posible ver los ojos de ningún alumno; el hermano es el que está detrás de todos, algo más alto que los otros; tal vez sólo lo parezca, debido al tejado de cabellos, denso y espeso, que tiene sobre la cabeza; su rostro es el único que está cortado por la cabeza del que está delante; como si se hubiera unido al grupo en el último momento. Detrás, por la avenida, se aleja una mujer que lleva un vestido vaporoso.

En la siguiente foto se ven muchos menos detalles del entorno, y en cambio muchos más de la clase. El escenario es un camino que hay delante de una hilera de pinos; no es un bosque, sino, al igual que antes, una parte de la avenida, con un farol delante y un tejado de tejas detrás. Nadie va sin chaqueta; algunos llevan incluso corbatas con nudos del tamaño de un bocio y de vez en cuando de los botones de los chalecos cuelgan las cadenas del reloj, que descienden hasta el bolsillo. En primer término, uno sentado en el suelo con las piernas cruzadas, con un barrilito de vino en la falda y en la mano una

botella tumbada, en posición horizontal. La foto tiene además algo de otoñal, por las flores marchitas que se ven al borde del camino y sobre todo por un muchacho que, en el lugar donde los demás llevan el pañuelo o la pluma estilográfica, lleva una espiga del tamaño de la cola de un pájaro. El hermano está sentado en la primera fila y pertenece al partido de los que llevan la camisa desabrochada; su chaqueta, que tiene unas solapas enormes, no tiene bolsillos para meter el pañuelo ni ojal. Es el que, con una mano encima de la otra, apoyadas en la rodilla, mira hacia un lado, a algo que no se ve en la foto; a pesar de estar sentado, en una posición erguida, no da la impresión de estar en una actitud forzada: no adopta ninguna pose especial; así es como él está siempre. Ya no son muchachos, como todavía lo eran el año anterior, sino hombres jóvenes; ni siquiera han cerrado los labios para la foto y uno de ellos incluso ha apoyado las manos en las caderas.

En la última, donde ya son menos, están de pie, fuera, delante del edificio de la escuela, de la cual sólo se ve el muro, en el que se percibe el principio de una parte de las ventanas; delante de ellos, sentados en sillas de respaldo curvo, los profesores, que, a excepción del capellán, un hombre pálido, dan más bien la impresión de ser campesinos ricos, viejos parientes o padrinos de confirmación. Todos aquellos jóvenes que han terminado sus estudios llevan corbata y ya no hay ninguno que ponga el brazo sobre el hombro del otro; son adultos, incluso el hermano, de veinte años, con las manos a la espalda. Ahora, en calidad de joven agricultor instruido, regresará al país que habla una lengua que no es la suya. Su mirada se dirige al sur, no al norte, que es su tierra. Todos los jóvenes agricultores eslovenos de la promoción de 1938 miran al frente sin que nadie eche la barbilla hacia delante; como si no encarnaran ningún estado, pero en cambio sí algo distinto. La cabeza del hermano se ha hecho con los años más pesada; el ojo sano, más cerrado, como cortado en el ángulo; sólo el ojo ciego se abomba, redondo y blanco, como si viera más que nunca.

Una de las peculiaridades de nuestra casa era que, de un modo casi exclusivo, todas las historias de niños tuvieran al padre como protagonista. Una y otra vez (aunque nadie lo había visto, sólo se sabía de oírlo contar), se decía que

se descubrió que el niño, el que en aquellos momentos era allí el viejo, era sonámbulo; que una noche se levantó y con su ropa de cama se fue a la mesa – donde estaban los demás, todavía despiertos–, quitó el mantel y, una vez estuvo en la cama, empezó a llorar a moco tendido diciendo que tenía frío; o que el niño pasaba días enteros sin acordarse de nada, andaba errante de un lado para otro y al final encontraba la casa, pero no se atrevía a entrar, sino que, para dar a entender que había vuelto, siguiendo una costumbre de los sábados, al amanecer se ponía a barrer la era; o que de pequeño era ya tan irascible, que un día en el que alguien le había molestado salió corriendo de la habitación a buscar al otro con medio tronco de árbol que apenas podía hacer pasar por la puerta; ¡pero lo que daba más miedo todavía era el gesto con el que él tiró el tronco a los pies del otro! Lo curioso también era ver con qué complacencia el padre dejaba que los otros contaran aquellas tradiciones que hablaban del niño que él había sido (normalmente la que hacía el papel de narradora era la hija): al oír aquello, su rostro esbozaba una sonrisa de complacencia, o bien se le llenaban los ojos de lágrimas, o, como si aún durara la cólera de antaño, volvía a cerrar los puños; y al final miraba en torno a él como si fuera el ganador.

En cambio, de la infancia del hermano sólo conservo una anécdota: en cierta ocasión, junto con la hermana, estuvo corriendo a lo largo de todo el pueblo de Rin-kenberg y, desde el principio al fin, sin parar, estuvo soltando pedos delante de ella. Aparte de esto, de él sólo se contaba la trágica historia de la pérdida de su ojo. La primera vez que se le ve actuar es cuando tenía diecisiete años; tomando el tren que iba a llevarle por primera vez a la Escuela de Agricultura, al otro lado de la frontera. Decían que en las primeras vacaciones que tuvo se presentó a la familia como un descubridor, no sólo de nuevos métodos de cultivo de campos y prados, sino sobre todo de una cosa: de la lengua eslovena. Plagada de términos y formas alemanas, hasta aquel momento había sido sólo su dialecto –el dialecto de toda la región–; ahora, en cambio, se convertía para él en la lengua escrita, una lengua que, aparte de en los cuadernos de trabajo, practicaba él también en las cartas y en las pequeñas hojas en las que anotaba algo; junto con la navaja y la cuerda llevaba siempre consigo un pequeño diccionario con una hoja de papel y un lápiz; luego los llevó también de un puesto de combate al otro, y los demás habitantes de la



casa debían unírsele para que de este modo, ya fuera en la ciudad, ante las autoridades, o en el tren, asumieran al fin su origen. Sin embargo, el padre no quería; su mujer no podía; su hermana estaba entonces muda, ausente, debido a penas de amor; y yo no había nacido. Aunque la madre, aquella mujer amable y dulce, era la que peor sabía el esloveno, esta lengua, ya desde las primeras cartas que escribía desde Marburg, fue para él la «lengua materna»; y además hace preceder a esta expresión un «nuestra» («nuestra lengua materna») y añade: «Somos lo que somos y nadie nos puede obligar a ser alemanes». El que apenas llegado a la edad adulta se marchó de casa y que, a diferencia de lo que ocurrió conmigo, por su modo de ser, fuera de casa no se sintió nunca en el extranjero, sino que se encontró con «lo más nuestro» (carta), su lengua, después de diecisiete años de callar y soltar pedos, se reveló como un hablante seguro de sí mismo, más aún –tal como se deduce de no pocas de sus hojas sueltas–, como uno que juega despreocupadamente con el lenguaje (una actitud que cuadra perfectamente con una foto en la que se le ve en medio del pueblo, con el sombrero ladeado, apoyado sobre una pierna y extendiendo la otra a un lado, apartándola del cuerpo). Así se explica también que fuera el primero de la familia que no sintiera nostalgia en el sur, por lo menos en sus años de estudiante; la escuela, con la «gran ciudad de Maribor» al lado mismo, se convirtió en su segundo hogar. Y fue también el que volvió de su viaje por Eslovenia con la historia del campesino Gregor Kobal, el que se alzó en armas y luego fue ejecutado: «Kobal», uno de los nombres que figuran en un mayor número de inscripciones en el cementerio de Kobarid, un nombre que él buscó inmediatamente en las viejas partidas de bautismo de la casa parroquial de aquella localidad, siguiendo siempre la línea de ascendentes, hasta llegar al final del siglo XVII, que es cuando se encuentra registrado el nacimiento de aquel a quien él hizo luego el patriarca de nuestro linaje.

Sin embargo, el hermano no llegó nunca a ser un rebelde, ni siquiera después, en la guerra, aunque estuvo siempre muy cerca de serlo. Entre nosotros pasaba más bien por ser el hombre dulce y de buen talante, e incluso, como se echa de ver por sus cartas, era algo que, de un modo real y verdadero, sólo he encontrado en unos pocos niños: una persona piadosa. La palabra «santo», que

empleaba tantas veces, en él no se aplica a la iglesia, al cielo o a algún otro lugar apartado e inaccesible, sino siempre a lo cotidiano y por regla general está vinculada a la acción de levantarse por la mañana, ir-al-trabajo, las comidas, las actividades que se repiten. «En casa, donde todo se lleva a cabo de un modo tan vivo y tan santo», se lee en una carta desde Rusia en relación con aquella marcha hacia el fuego pascual, que era «lo más santo y lo más divertido»; y Pentecostés es para él aquella fiesta «en la que es maravilloso salir de buena mañana al huerto con la guadaña y cortar la hierba en esta hora santa». Un mantel blanco, extendido sobre una mesa para la misa al aire libre, es «algo para la pobre alma»; el «aleluya» cantado en casa a pleno pulmón, a coro con los otros, en el frente lo murmura «en voz baja para sí mismo»; y en la última carta escribe aún: «He entrado en contacto con la porquería del mundo y he sabido lo que es, no hay nada más hermoso que nuestra fe». (Sin embargo, para él la fe sólo cobraba vida en la lengua materna; pues cuando, después de la primera República, en la iglesia sólo se podía rezar o cantar en alemán, en sus oídos esto ya no era «santo», sino «sólo una lamentación que no me entra en la cabeza».) Parte de su piedad es también la íntima ironía con la que desde lejos conjura la presencia de la casa y de la hacienda: a las pocas hectáreas las llama él los «bienes inmuebles» o los «dominios de los Kobal»; las habitaciones de la casa –incluidos cocina, establo y granero– son «aposentos»; y para «estudiar» sus cartas lo único que pueden hacer todos es «reunirse en torno a la mesa», como la «venerable familia».

Esta ironía, además, lo apartó durante la guerra de rebelarse con algo más que con palabras; sólo en sus cartas manifiesta él su indignación, y ante la noticia de que la familia de una casa vecina ha sido deportada al extranjero, al país de habla alemana, expresa su «único deseo, destruir en mil pedazos... pasar a la acción; pero pensando en los padres y hermanos refrena su cólera». De ahí que no sea más que una leyenda lo que la madre pretendía: que después de un «permiso por labores agrícolas», su hijo se había unido a los partisanos y había pasado a la lucha. Es impensable que alguna vez hubiera vociferado con sus compañeros las canciones de guerra de los partisanos; es mucho más fácil imaginar, en cambio, que con unos cuantos más se hubiera abierto paso hasta llegar a un claro del bosque escondido, a una superficie cultivada que nadie conocía y que, desde allí, mirando por encima del hombro, interpelara a

los señores de la guerra con estas palabras: «¡Os voy a dedicar aquella palabra que en mi país se oye a menudo cuando en la bolera la bola, en lugar de dar con el bolo, da con el agujero!» –algo que en una de sus cartas desde el frente es la paráfrasis de la palabra «mierda»–. Es verdad que cantaba, pero no de un modo obstinado, con la cabeza levantada y la mirada dirigida al frente, dentro de una formación compacta y ordenada; cantaba más bien con la cabeza inclinada, como si le pesara, en torno a la mesa con dos o tres de los suyos; era un bailarín también, pero no un bailarín que da grandes patadas en el suelo, sino más bien el hombre alegre y divertido que baila a la pata coja al borde de la pista.

Después de desaparecer, en el pueblo le dieron por muerto y, como a todos los muertos del pueblo, a excepción de este o de aquel párroco, lo olvidaron enseguida; de los cuatro o cinco que tenían su edad y hubieran podido hablar de él, casi ninguno volvió de la guerra, y la única chica que pasaba por ser su novia se casó con otro y se calló. Para que se le pudiera recordar, por ejemplo, trepando por el árbol de mayo o cantando un solo en la iglesia, se había ido demasiado pronto de casa, y el joven campesino del mandil, muy poco tiempo después de su regreso, se convirtió en el «soldado Gregor Kobal», según aquel juego de palabras suyo «un color gris de campo en lugar de un azul en los campos».

En la casa, sin embargo, se le ponía en un altar. Durante mi infancia se hablaba tanto de él, que ahora me parece como si hubiera estado allí todo el tiempo; parecía incluso como si en todas las conversaciones estuviera yo oyendo una voz suplementaria; como si las cabezas estuvieran volviéndose continuamente buscando la imagen del ausente en el ángulo vacío de la habitación. La que más evocaba su presencia con lo que decía era la madre; el padre, en cambio, era el guardián de sus cosas, no sólo del huerto, sino también de los vestidos y de los dos libros. ¿Son simplemente imaginaciones mías de ahora cuando pienso que aquel frente-con-frente de los padres en la habitación de la enferma no expresaba tanto el amor de los cónyuges como un encontrarse los dos lamentando la ausencia del hijo a quien querían con todo su corazón, y que aquellas dos frentes formaban un puente para hacer posible a aquel hijo un regreso al hogar, un regreso en el que ellos seguían teniendo

esperanzas? Ciertamente el hombre y la mujer, cada uno a su manera, profesaban una exaltada veneración por el desaparecido, como «el modelo del hijo del hombre» –éstas eran las palabras de la madre, que precisamente era atea–, y ella, al oír la noticia de que se acercaba, preparó inmediatamente «el aposento», fregó la entrada y rodeó con guirnaldas la puerta de la casa, mientras que él, después de enganchar en el coche, que había limpiado hasta dejarlo reluciente, un caballo blanco que le había prestado un vecino, con una lágrima de alegría en la nariz, salió disparado hacia el campo.

La hermana era la única que contradecía siempre esta visión transfigurada del hermano (según los padres: porque le echaba la culpa de su fracaso amoroso). Objetaba que miraba a las mujeres con el único ojo que tenía, pero que lo que hacía que no tuviese éxito con ellas era simplemente su defecto; que no cesaba de echar pestes contra el trabajo del campo («¡una mierda de negocio!»), sobre todo cuando hacía mucho calor, en las laderas muy pendientes; que había vuelto de la Escuela de Agricultura en calidad de político, para defender la lengua eslovena, y que había sembrado la discordia en la casa y en el pueblo; y sobre todo que, mucho antes de estallar la guerra, había cometido un pecado contra el Espíritu Santo, al que tanto amaba, desesperando de todo y rechazando, por ejemplo, la boda con aquella muchacha –que se vio obligada, literalmente, a pedirle que se casara con ella–, alegando que de todos modos iba a morir pronto.

Y la verdad es que de las cartas del hermano y de las hojas que dejó escritas se deduce una desesperación que se acusa cada vez más conforme pasan los años. Primero son las máquinas, que «según como van las cosas, de un modo inevitable, pronto van a reemplazarnos, de forma que ya no será necesario que vuelva a casa»; luego, así que empieza la guerra, cree que va a seguir siendo para siempre «el soldado». En lo que escribe, sus maldiciones son cada vez más frecuentes. En sus marchas, que duran días enteros, justamente «en el tiempo más bello», no oye cantar a ningún pajarito», no ve «ninguna flor al borde de las carreteras» y tiene miedo de volverse mudo: «Dentro de un año ya no podré hablar. En estos momentos nos dan ya tanto miedo los humanos, que parecemos los animales que viven allí arriba, en las montañas, que cuando llega alguien desaparecen; nuestro espíritu necesita armonía, de otro modo nada puede gustarnos». Todos los días son iguales, no

siente ni los domingo ni los días de fiesta. Se prohíbe pensar en cómo fueron las cosas antes, «lo que más me gustaría sería hacerlo todo al revés». Y al final no sólo maldice la guerra, sino también el mundo: «¡Maldito mundo!».

Sin embargo, por lo que a mí respecta, ya sea como oyente o como autor, nunca he podido creer en un hermano desesperado. ¿No es verdad que lo que más me influyó fueron siempre las apariencias («a Filip Kobal le preocupa su imagen»), mucho más que los hechos, por comprobados que éstos fueran? ¿Y qué eran estas apariencias? ¿No es verdad que formaba parte de su ser aquel modo de detenerse, de andar más despacio, aquel ánimo meditativo de la hermana, aunque ella misma fuera la que hablara mal del desaparecido? Así que se hablaba de su hermano, las habituales muecas de la hermana desaparecían y aquel movimiento de pestañas, que normalmente era tan continuo como violento, se producía de un modo más esporádico. Era como si en aquel momento despertase; del mismo modo que para hablar –una lengua todavía pesada y confusa, como la de una persona dormida– cogía aire y escuchaba cada una de las palabras que decía, con la cabeza vuelta tranquilamente a un lado.

Esta imagen venía sobre todo de lo que Gregor escribía, algo que, aunque tratara de lo irremediablemente pasado, juntamente con la queja, traía a mi presencia una figura concreta: por ejemplo, en vez de decir de un modo directo «cuando yo todavía estaba bien...», empleaba un giro que, traducido literalmente, dice: «cuando todavía me cantaban los pájaros...»; para hablar de la primavera en casa decía: «cuando las abejas llevaban pantalones (de polen)»; en vez de «felicidad en la desgracia», decía: «madre fea, buena comida»; para su nombre de pila encontró en el diccionario un segundo sentido: «piel sobre la leche», que era algo que a él le repugnaba. Y finalmente lo que más llamaba la atención eran las expresiones que utilizaba para designar los colores, que por sí solas pintaban todo un mundo de cosas y seres vivos: «¿cómo está la manchada?», podía ser la pregunta relativa a una pera, una vaca, una cabra, un pollo o una clase de guisantes.

Sin embargo, para mí, lo que causaba un efecto aún mayor que estas imágenes –el efecto de ir más allá de mi propio presente– era aquella forma temporal, empleada con sorprendente frecuencia por el hermano, el llamado

«prefuturo», un tiempo que, al no existir en esloveno, tenía que traducir siempre al alemán: «Habremos ido por el “Camino Verde”. El mojón habrá estado a la vera del camino. Cuando el alforfón esté segado habré trabajado, habré cantado, habré bailado y me habré acostado con una mujer».

Tengo conciencia, no obstante, de que esta imagen está hecha, además, de una doble carencia: los papeles de mi hermano no están completos y no tengo ningún recuerdo personal de él. Al ser tan fragmentario lo que ha dejado, me ocurre con ello algo parecido a lo que ocurre con los pocos fragmentos que dejaron los buscadores de la verdad en la antigua Grecia (por lo menos yo me los imagino así, retorciendo las manos, tartamudeando y al fin lanzando su grito de alegría): dos palabras aisladas, fuera de contexto, como «bailarina llorando» tienen un aura especial y llenan de luz el mundo; y su resplandor consiste además en el hecho de no estar encerradas en una frase completa o en una «exposición». Y como además, pensando en el desaparecido, no surge nunca ninguna imagen de un ser viviente, ningún olor, ninguna cadencia de voz, ningún ruido de pasos, en suma ninguna peculiaridad especial, para mí el hermano pudo convertirse en un héroe de leyenda, en una imagen tan etérea como indestructible. Es verdad que, habiéndole nombrado mis padres padrino mío, estando él ausente, debió de verme una vez, durante un permiso, pero por aquel entonces yo era casi un bebé, tenía apenas dos años y no conservo ningún recuerdo concreto. «Me habré inclinado sobre el neófito», se lee en la contestación que mandó desde el frente.

En estas palabras, mucho más plásticas que mi recuerdo, no he dejado de sentir a mi hermano sobre mí. A menudo él es la contrafigura de la madre: si a ella le gustaba taparse la cara ante lo que preveía iba a ser mi futuro, el ojo sano de él me mira con una atención amable y bondadosa y disfruta conmigo del sol, y el ojo ciego no sabe nada: es ciego. El peso de ella, como algo colocado sobre mi cabeza, frente a la imagen etérea de él: ésta es todavía la lucha. Y por esto llamo yo también «antepasado» a uno que tiene los mismos padres que yo; sí, he decidido que Gregor Kobal, el más pacífico de los descendientes del rebelde, un hombre que, como admitía incluso la hermana, «jamás vino con un látigo», sea el patriarca de mi estirpe, aunque yo mismo, por lo menos en mi imaginación, lleve siempre un látigo, para este o para aquel enemigo. Y de hecho en no pocos momentos de la vida en los que estaba

mucho en juego me he encontrado rodeado de una gran paz, y no sólo he visto a mi ancestro por elección inclinarse amablemente sobre mí, sino que yo mismo lo he encarnado. Bien es verdad, sin embargo, que nunca he podido conjurar su presencia para encontrar la paz en medio de la amenaza; ha ocurrido lo contrario: encontraba la paz y entonces él, fortaleciéndome, estaba allí; es pues imposible acercarse a los antepasados (el único antepasado efectivo, lo sé, es la frase que precede a ésta en la que ahora estoy).

Sin embargo, es posible que esto sea una apariencia: con un antepasado en mí, yo ya no soy un ser aislado; estoy más erguido, me presento de otra forma; hago y dejo de hacer, digo y callo lo que en el peligro hay que hacer y dejar de hacer, hay que decir y callar. ¿Qué son en comparación con esta apariencia las realidades? «Cuando consigo –escribe el hermano en su última carta– afinar mis pensamientos y llevarlos a la lejanía, aparece la imagen de la tribu de los Kobal reunidos en torno a una mesa y leyendo mis trazos. La imagen, ¡viva la imagen, y que sea ella mi materia!»

En aquel tiempo, en la Wochein, así es como lo recuerdo, llovía a menudo; no es sólo el ruido continuo del torrente que pasa por delante de la ventana del hostel lo que me trae a la mente esta evocación. En un camino forestal mis pies se hunden en el barro. Las bolsas de plástico de los frutales, colgadas allí para espantar a los pájaros, están abombadas por el agua. Estoy sentado bajo el chamizo que protege de la intemperie un arpa de heno –a mi lado, una familia que está de vacaciones– y contemplo en la carretera a una campesina que lleva de las riendas a un caballo que tira de una carretilla: el agua de la tormenta rebota en el asfalto con tanta fuerza, que parece que la mujer se mueva sin piernas, el caballo sin cascos y el carro sin ruedas. Los rayos, en pleno día, hacen brillar los muros de las casas. Luego vuelve a lucir el sol, durante mucho tiempo, y en la orilla del lago, que normalmente está tranquilo, relucen aún las gotas que caen de los matojos.

Sin embargo, todas las tardes, después de comer, voy a aquel lugar, siempre con un objetivo muy concreto: una especie de meseta que, como el gran pinar que hay en mi país, en Jesenice, se llama «Dobrawa» (algo así como «región de robles»), pero que está casi desnuda, unos cuantos pinos, unos cuantos robles diseminados sólo; deshabitada y apenas cultivada, con la

apariencia de un prado solitario de alta montaña –lo cual llama la atención estando tan cerca del fondo del valle.

En esta meseta estuve completamente solo conmigo mismo, sin que no obstante estuviera fuera del mundo; porque en aquel sitio se podía sentir la proximidad de la civilización, incluso de un modo más intenso que en el hostel, con el estruendo del agua que allí se oía: los tractores que transportaban madera, las máquinas para mover el heno, los resoplidos de las instalaciones de secado de madera; por todas partes fuegos de los que salían columnas de humo, y el breve destello que venía de los cristales de los coches que pasaban por el llano; una barca de remos sola, con una numerosa tripulación, ahí abajo, en el lago; y también los pájaros, en lo alto, y las abejas que había a mi lado, al igual que los postes de luz, indicaban que al pie de la morrena glaciar, aunque no se vieran, había seres humanos. Como si no hubiera hecho nada para ello, yo había llegado allí arriba llevado por los caminos mismos, primero por una vieja carretera por la que ya no pasaban coches y en la que, abriéndose paso por las grietas que se habían formado en el alquitrán, volvía a crecer la hierba del prado; luego, montaña arriba, por el lecho de un antiguo torrente, acolchado por la hierba corta y mullida de la alta montaña. También aquí tuve que encontrar primero mi sitio, como se dice en el estribillo: el candehecho era demasiado alto para mí, la artesa demasiado honda, el sol demasiado cálido, la sombra demasiado fresca, la parte de terreno protegida del viento demasiado en calma, la que estaba expuesta al viento demasiado ventosa, la roca demasiado extraña, la colmena en ruinas demasiado pintoresca. Al fin me senté en la hierba; a mi espalda, las tablas de un granero, en pleno campo. Era la pared sur y no era el sol, cuando lucía, la única causa del calor que yo sentía –que era «exactamente el calor que hacía falta»–; éste provenía también de la madera, grisácea, a causa de la intemperie. De este modo todo aquel lugar era exactamente como tenía que ser. El alero tenía la anchura suficiente para que yo pudiera estirar las piernas sin mojarme, y las gotas que eventualmente pudieran caer de allí, como si chispeará, me recordaban la galería de la casa de mis padres, en la que, como ahora aquí, tenía yo mi rincón en el límite entre el dentro y el fuera –con la diferencia de que allí, sobre el arcón, por encontrarse al final de la galería el retrete, con un pozo que daba al estercolero, había otros olores y más moscas



que aquí en la meseta.

Y volvía a tener conmigo un libro, el gran diccionario del hermano, el único equipaje que llevaba en el saco impermeable al agua de la lluvia, todo lo demás lo había sacado de allí. Como lectura, el cuaderno en que se hablaba de los trabajos del huerto era más adecuado para la habitación, entre cuatro paredes; y la lista de palabras, en orden alfabético, se desplegaba ahora al aire libre y lanzaba las flechas de todos sus significados. Extraña y cómica imagen la de un muchacho de veinte años pasando tardes enteras en un país extranjero, sentado en el suelo, junto a una cabaña alejada del mundo, abismado en un diccionario, en una sola página, más aún en una sola palabra, levantando luego la vista de ella, sacudiendo la cabeza, riéndose, dando palmadas (con lo que los saltamontes se ponen a cantar y las mariposas se marchan asustadas), dando brincos de vez en cuando o, saliendo de la cabaña, corriendo debajo de la lluvia. En el hostel y en el pueblo, la gente, al verme salir todos los días con el saco, me tomaban por un «erudito en ciernes» o un «joven pintor» (la Wochein, con su lago y su iglesia solitaria, fue en el siglo XIX un tema frecuentado por pintores paisajistas): pero luego, una vez allí, el muchacho, con el libro, hecho un ovillo, cantando de repente a voz en grito una palabra, no podía ser otra cosa que un retrasado mental, un idiota.

Sin embargo, casi puedo decir que en mi vida había experimentado yo una lucidez –agudeza visual y auditiva a un tiempo– como la que experimentaba leyendo aquellas columnas de vocablos sin contexto alguno. ¿Era leer aquello? ¿No era más bien descubrir?; y mi manera de gritar aquellas expresiones extrañas –¡al paisaje que había en ellas!–, ¿no era la alegría propia de este descubrimiento? ¿Pero qué había que descubrir allí?

Las lenguas extranjeras, cuando era niño, siempre me habían tentado. Aquella caja de café que había en casa, con una bailarina de rizos negros, me llevó años más tarde a intentar aprender la lengua de las mujeres hermosas, el español; y de la Gramática Húngara, que me había llevado del internado, en la que aún más que lo enigmático de su escritura lo que me atraía era su olor, copié por lo menos las primeras lecciones. La lengua eslovena, en cambio, que oíamos a diario en el pueblo, más bien provocaba en mí una cierta aversión. Esto se debía no tanto a la sonoridad del esloveno cuanto a las

muchas palabras alemanas que interrumpían constantemente esta cadencia; de ahí que la variedad dialectal de mis convecinos, más que como una lengua, la oyera yo como un chapurreo que incitaba a la burla. El padre intimidaba a los que jugaban a la baraja con él haciendo una imitación grotesca de su forma de hablar –farfullando palabras y emitiendo sonidos guturales, como quien hace gárgaras, como si perteneciera al linaje de aquellos indígenas– y luego haciendo que a esta jerga siguiera una frase en su esloveno melódico y limpio de voces extranjeras (con lo cual volvía a aparecer como el señor del círculo de jugadores). Pero aun en los casos en que esta lengua se hablaba «como se escribía», generalmente sonaba a mis oídos como una amenaza; especialmente los lugares en los que se hablaba suscitaban más la idea de una notificación pública que la de la comunicación de algo a alguien. En la radio la breve emisión diaria en lengua extranjera se insertaba en la programación como si fuera una mala noticia; en la escuela, frases vacías de sentido que no servían más que para machacar la gramática; y en la iglesia, el sacerdote, cuando predicaba, pasaba sin darse cuenta muchas veces al alemán, una lengua que parecía mucho más adecuada para estos fines –con toda calma proseguía con aquello que, frase por frase, en eslavó hubiera tenido los acentos atronadores de una filípica.

Sólo en las letanías, aun más que en los cantos, prestaba yo atención. Todas las invocaciones al Salvador del mundo, que debía compadecerse de nosotros, y a los Santos, que debían interceder por nosotros, las vivía yo plenamente. En la oscura nave de la iglesia, llena de siluetas de vecinos convertidos en seres irreconocibles y que con sus voces se dirigían al altar mayor, de las sílabas de aquella otra lengua –las del oficiante, que iban cambiando, y las de la comunidad de fieles, que eran siempre las mismas– emanaban un fervor y una devoción tales, que parecía que estuviéramos todos tumbados en el suelo y que, con un grito tras otro, estuviéramos asaltando un cielo cerrado. Esta serie de sonidos en lengua extranjera nunca duraba lo bastante para mí; debiera haber continuado eternamente; y cuando la letanía terminaba, yo esto no lo vivía como un final, sino como una interrupción.

Pero luego este efecto lo olvidé, precisamente en el internado de religiosos, cuando los pocos que allí hablaban esloveno provocaban en nosotros

irritación y recelo. A diferencia de lo que ocurría con los distintos órganos de aquel país —en la escuela, la radio y la iglesia—, lo hablaban siempre en voz baja, cuchicheando casi, agrupados en un ángulo apartado de la sala de estudio, y para los oídos ignorantes lo que se oía allí era sólo un bisbiseo. Ocurría incluso que, debido al cuadrado que formaban los pupitres, en el que estaban como atrincherados dando la espalda al mundo entero, tenían algo de banda de conspiradores, fortalecidos además por los gritos que, viniendo de todas las direcciones, estorbaban sus planes secretos. ¿Y yo? ¿Envidiaba yo sus cabezas apiñadas? ¿Sentía yo celos por aquella meta a la que a ojos vistas aspiraban todos ellos? Era algo más profundo, era aversión: dentro de aquella multitud en la que yo no tenía más remedio que incluirme —solo, empujado por los codazos de los otros, contestando también por mi parte con codazos, sin más calor que el del hueco azul de mi pupitre y el del sueño—, ver segregada de nosotros a aquella oscura banda de elegidos. Aquellos muchachos eslovenos debían callarse inmediatamente, salir de sus improvisadas ciudadelas y resignarse a sentarse como yo, apátridas como yo, en las sillas que les habían asignado, al lado de un cuerpo fortuito, maloliente, que resoplaba y se rascaba, y luego, mudos como yo, en lugar de oír el cuchicheo íntimo y confidencial de sus compañeros de conjuración, oír sólo el chapoteo del surtidor del internado, tener que dar sus paseos por el patio, como los daba allí mismo Filip Kobal, para quien aquella minoría sociable era menos apetecible aún que aquella mayoría muda, desunida, sin rumbo, apostada allí o errante de un lado para otro con la cabeza gacha y los puños cerrados.

Hasta mucho más tarde no me enteré, por uno de estos alterohablantes, de que ellos en modo alguno habían formado este círculo para aliarse en contra de nosotros, el resto de los alumnos; que el hecho de formar corros en un ángulo de la sala de estudio se debía más bien a que ésta era la única posibilidad que tenían de oír al fin su lengua materna de labios del que tenían enfrente, después de un día entero de tener que estar hablando una lengua que no era la suya, una lengua que estaba mal vista, no sólo entre sus compañeros de colegio, sino también entre sus vigilantes. Que cuando conversaban hablaran en voz baja era simplemente porque no querían poner nervioso a nadie; las palabras que intercambiaban entre ellos no trataban más que de cuestiones sin importancia, el tiempo que hacía, la escuela, los paquetes de

salchichas y tocino que recibían de su casa; que para ellos, no obstante, esto era como respirar a pleno pulmón; que uno pasaba al otro los sonidos conocidos, literalmente, como si «le estuviera dando la comunión»; que los pocos momentos del día en los que al fin podían estar entre ellos, en su idioma perseguido, eran para ellos «una fiesta del corazón», aunque de un modo consciente se limitaran a lo más corriente y habitual. «¿No es lo mismo – gritaba mi informador– decir *njiva* que decir campo, o decir manzana que decir *jadolko*?»

Para el adolescente, sin embargo, eran sólo las letanías en la oscuridad de la iglesia y la figura del hermano desaparecido, de su héroe, lo que le impedía tomar la segunda lengua del país –para no pocos la primera– como una manifestación de hostilidad dirigida contra su persona, como le sigue ocurriendo, incluso hacia finales de este siglo, y a menudo aun sin mala voluntad, a la mayoría germanófona.

El viejo diccionario fue lo primero que me ayudó a salir de esta limitación mía. Era de finales del siglo pasado, del año 1895, el año en que nació el padre, y además, intentando ser exhaustivo, era una colección de expresiones y giros de las distintas regiones de Eslovenia. Del mismo modo en que ahora, con la ayuda del sol, que en estos momentos, trazo por trazo, está recorriendo de nuevo el paisaje que cuelga frente a mi escritorio, aparecen ante mis ojos las cosas más pequeñas, junto con los intervalos que las separan unas de otras –la mano doblada de la muchacha que está sentada junto al agua, la curvatura del árbol del horizonte, la cabeza del muchacho que está en el triángulo que forman los dos caminos, vuelta a la muchacha–, asimismo, en aquel tiempo, bajo el gotear del granero, gracias a la forma de las distintas palabras, fui conociendo los detalles que hasta entonces me habían faltado casi siempre en los momentos en que quería imaginarme la infancia. Esto empezó así: palabra tras palabra –el hermano había señalado algunas determinadas, de modo que yo podía pasar por alto muchas cosas–, ante mí iba surgiendo un pueblo en el que justamente se repetían los vecinos de mi país; no obstante –como ocurría en las historias que circulaban sobre ellos–, estos vecinos no quedaban reducidos a tipos, caracteres o papeles; de los hombres y de las cosas yo sólo veía el resplandor de sus perfiles. Las palabras trataban de un pueblo de

campesinos en el que hasta las comparaciones provenían del ámbito rural: «usa la lengua como las vacas la cola»; «eres lento como una niebla sin viento»; «en vuestro pueblo hace tanto frío, que parece que haya un incendio». Allí las ciudades no daban miedo, sino que esperaban ser conquistadas. La gente entraría en ellas «atronando» con los coches o «patinando». Se maldecía de muchas maneras y un circunloquio para «morirse» era «ya no dirá más palabrotas». Si esta gente tenía un sinnúmero de expresiones para el último suspiro, tenían aún muchas más para las partes del sexo femenino. De un valle a otro cambiaban los nombres de las clases de manzanas y peras, y éstas eran tan numerosas como las estrellas del cielo (que llevaban, por analogía, nombres de utensilios del campo, o se las llamaba «segadoras y segadores» o, simplemente, como ocurría con las Pléyades, las «densamente sembradas»). Esta gente no había establecido nunca un régimen político, de ahí que para todo lo que concernía al Estado, a los servicios públicos e incluso al ámbito de lo abstracto, tenían que echar mano de traducciones literales de las lenguas de sus señores, el alemán y el latín, lo que daba la impresión de algo artificioso y embrollado, como si el lector, aquí, en lugar de «sustancia», encontrara «bajo-estado»; en cambio, para lo palpable y tangible, para las cosas y no sólo para las cosas útiles, había también auténticos apodos cariñosos; allí todo lo doméstico parecía bautizado por las mujeres y todo lo de fuera de la casa por los hombres: a un pan cocido debajo de la ceniza caliente lo llamaban, traducido, un «subcinerario»; una clase de pera recibía el nombre que correspondía a «señorita». Una peculiaridad característica de su manera de denominar las cosas era que, de las palabras que designaban grandes espacios, con sólo añadirles una sílaba –no otra palabra–, se podían formar diminutivos que eran los nombres que recibían los seres que había en aquel espacio, el cual, a su vez, formaba una especie de cobijo para estos seres: en un bosque, por ejemplo, estaba escondida la «boscana», palabra que no sólo significaba un habitante humano de aquel bosque sino también la hierba que había en él, una determinada flor silvestre, un cerezo silvestre, un manzano silvestre, un personaje de leyenda y, como si fuera algo así como el corazón del bosque, el «herrerillo de bosque»: gracias a un nombre distinto del habitual, el lector del diccionario se hacía por primera vez con el sentido de las cosas.

Ante sus ojos surgía un pueblo tan tierno como rudo, un pueblo que, de muchas maneras, se burlaba de la rapidez del pensamiento y de la lentitud de la acción; trabajador («en el trabajo estamos a la cabeza, con mucho»), decía el hermano en un pasaje de una carta en la que hablaba de esta cuestión; el lenguaje de los adultos, lleno de expresiones infantiles; monosilábico, casi mudo en la desesperanza; polisilábico, literalmente alado en la alegría y la nostalgia; sin aristocracia, sin paso de marcha, sin fincas de propiedad (la tierra es sólo arrendada); el único rey, aquel héroe de leyenda, disfrazado, vagando de un lado para otro, manifestándose en breves momentos y volviendo a desaparecer luego. Sin embargo, pensándolo bien, no era un pueblo especial, el pueblo esloveno, o el pueblo del cambio de siglo, era más bien un pueblo indeterminado, atemporal, extrahistórico; o, mejor, un pueblo que vivía en un constante presente regulado sólo por las estaciones del año, en un más acá que obedecía a las leyes del tiempo, la cosecha y las enfermedades del ganado, y al mismo tiempo más allá de toda historia escrita (antes, después o al margen); y aquí soy consciente de que parte de esta imagen estable se debe a las cruces con las que el hermano señalaba algunas palabras. ¿Cómo no querer formar parte de este pueblo desconocido que para la guerra, la autoridad y los cortejos triunfales sólo tiene préstamos y que, en cambio, crea nombres para lo más insignificante –ya sea en la casa, para el espacio que hay debajo del alféizar; en el campo, para el brillo que deja en la piedra del camino la rueda frenada de los carros–, de un pueblo que cuando es más creador es cuando da nombre a los lugares donde refugiarse, donde esconderse y donde sobrevivir, nombres que sólo los niños podían soñar: los nidos que hay en el monte bajo, la cueva que está detrás de la cueva, el claro que se encuentra en lo profundo del bosque y donde está el más fértil de los campos; un pueblo, además, que no necesitaba afirmarse en contra de «los pueblos» como un pueblo escogido (porque su país lo habita y lo cultiva, como lo muestra cada una de sus palabras)?

Lo que ocurría con el cuaderno de trabajo del hermano, que sin dar ningún rodeo por la otra lengua se traducía de una forma inmediata en su obra, el huerto, ocurría ahora también con el diccionario, que, trasponiendo los límites del huerto, se traducía en todo el paisaje de la infancia. ¿Infancia? ¿Fue este

diccionario mi infancia especial? ¿Eran los lugares y cosas que tenían que ver con mi persona lo que yo descubría de la mano de los nombres? Sin duda: la acción tenía lugar en la finca del padre. En la palabra que servía para designar el espacio que había detrás de la estufa, la viga que aguantaba el barril de mosto en la bodega, el agujero que había en el fogón de la cocina y que servía para recoger la ceniza, la pileta de agua del establo, excavada en la roca, la parra que se metía en el huerto, el último surco que había abierto el arado, yo veía siempre la cosa que en nuestra casa correspondía a aquellas palabras; sí, era la palabra lo que arrojaba una luz sobre el grueso cabo de «nuestra» guadaña, sobre «nuestro» melocotón, que no se desprendía del hueso, sobre el aliento azul que se posaba en «nuestras» ciruelas; la palabra llegaba incluso a elevar nuestro subsuelo –la capa de grava que había debajo del humus, la cavidad excavada en la tierra para los nabos– a un espacio de aire y de luz. ¿Pero no era verdad también que había multitud de palabras en las que yo leía imágenes con las que nunca en la vida me había encontrado y que al mismo tiempo sólo podían ser de casa, nuestras? Es cierto que en la realidad nuestro caballo nunca tuvo aquella «línea de águila» en el lomo, pero ahora, con las palabras que corresponden a esta realidad, en la yunta del pueblo veía yo al caballo con esta misma franja exactamente. Antes yo nunca había oído la voz de la abeja reina; ahora, gracias a este verbo onomatopéyico, esta voz salía del panal abandonado de la casa de mi padre y sonaba en lo más íntimo del lector, seguida del murmullo «como de compota hirviendo» de todo un enjambre casero y familiar. Sí, el que «sacaba sonidos en trémolo de una flauta de madera de abedul» era yo, el lector de una palabra que significaba todo esto; y es también el lector el que, abismado en «la hierba en la que están ensartadas fresas», teniendo esta hierba en la mano, sale en estos momentos al bosque comunal que está detrás de las siete montañas.

Aquí pensé en mi profesor, el que escribía cuentos, quien a lo largo del viaje, y justamente debido al hecho de estar ausente, se convirtió para mí en una especie de apoyo. Los cuentos que él escribía no tenían nunca una historia, sino que eran meras descripciones de objetos y trataban siempre de una sola cosa, aislada, una cosa, sin embargo, con la que uno tenía que estar familiarizado por los cuentos populares en los que aparecía como parte del entorno o como escenario de la acción. En el cuento de ahora no aparecía más

que la cabaña, sin bruja, ni niños perdidos, ni fuego (todo lo más, de la chimenea salía a veces una bocanada de humo que desaparecía inmediatamente arrastrada por el viento frío); y detrás de las siete montañas no hay más que un arroyo claro, tan claro que al principio uno confunde su lecho con un camino, y entre estas piedras oscuras y alargadas se mueven las aletas de los peces, y al final se oye también el agua que, pasando rápidamente por un saliente rocoso del río, produce un sonido continuado. El único cuento en el que, por decirlo así, pasaba algo era la descripción de un zarzal (evidentemente sin el malvado judío que se está desgarrando en él): se encuentra en medio de una jungla impenetrable, pero está rodeado de un gran círculo de arena en el que, con la frase final, inopinadamente sale un narrador en primera persona y arroja un puñado de arena en el seco zarzal. «Y luego otro puñado y otro y otro, y así siempre.» Sus «cuentos-de-una-sola-cosa» debían ser, según el autor, «cuentos solares» y debían arreglárselas sin el habitual «claro de luna de los angustiosos ingredientes»; «sol y cosa», para él bastaba con esto; éste era el «estado de las cosas». El aire del cuento –decía–, con una sola mirada puede subir a la copa del árbol.

Y por esto el viejo diccionario producía en mí la impresión de una colección de cuentos-de-una-palabra, con la fuerza de imágenes del mundo, aunque el lector, como era el caso de la hierba en la que estaban ensartadas fresas, no hubiera tenido nunca la experiencia física de tales cosas. Sí, en torno a cada una de las palabras que me hacían meditar cobraba forma el mundo, en las «cáscaras de castañas vacías», como en el «tabaco húmedo que quedaba en la pipa», e incluso también en la mera «lluvia acompañada de sol», que en la blanca comadreja, que significaba también «una muchacha hermosa y pizpireta». Y del mismo modo que algunos pasajes de las cartas del hermano estaban rodeados de un halo especial –como los fragmentos que encontraban los buscadores griegos de la verdad–, aquellas palabras sueltas trazaban ahora círculos que me hacían pensar en una figura de la prehistoria, salida de los siglos oscuros, anteriores incluso a los autores de aquel balbuceo sobre lo elemental, como el legendario Orfeo: el hecho es que de éste sólo se habían recogido algunas expresiones especiales; lo que la gente había considerado digno de ser transmitido a la posteridad no fueron sus poemas o sus cantos,



sino el hecho de que a los surcos de los campos de labor los llamara «cadenas de telar», a los arados «barras curvadas de telar», a las simientes «hilos», al tiempo de la siembra «Afrodita» y a la lluvia «lágrimas de Zeus».

De los círculos que se formaban en torno a las palabras emanaba una fuerza de fábula que se posaba sobre mí: es cierto que en ellos había profusión de elementos terribles, repulsivos o malignos, sin embargo sólo eran parte del poema, tenían su lugar dentro del conjunto y, por lo menos en el diccionario, nunca terminaban venciendo. En las historias que yo escribía entonces, el profesor muchas veces censuraba mi afición a lo macabro, más aún, mi manía por lo oscuro y terrible; decía que, por lo contrario, la ley de la escritura era, letra tras letra, sílaba tras sílaba, ir creando la claridad de las claridades; que incluso el último suspiro, al tomar forma, debía convertirse en soplo de vida. Y ahora, sumido en la «lluvia de sangre», los «excrementos de rata», la «saliva del asco», los «gusanillos de excremento de las lombrices», los «zapatos que se enmohecían en un rincón», el animal que llevaba el nombre de «bajo la piedra» (la víbora), el lugar que llevaba el nombre de «país del topo» (la tumba), el lector se sentía liberado de su tendencia a lo horripilante, e incluso a lo trágico, y observando los nombres descubría que el mundo obedecía a un diseño; más aún, a un plan que transformaba el pueblo de un país y la casa de una aldea –lo que yo había visto al principio– en un pueblo del mundo y una casa de gran ciudad. ¡Cada círculo que rodeaba una palabra, un círculo cósmico! Lo decisivo era aquí que el círculo salía siempre de una palabra extranjera. ¿No es verdad que cuando no se sabía cómo expresar algo oíamos siempre esta queja: «¡Si hubiera tenido una palabra para esto!»? ¿Y no es verdad que los momentos en los que algo se veía claro iban acompañados más veces de la frase «sí, ésta es la palabra» que de la frase «sí, es esto»?

¿No estaba tomando partido el lector por la otra lengua, en contra de la suya propia? ¿Atribuía sólo al esloveno y no a su alemán aquella fuerza-mágica-de-una-palabra? No, eran las dos lenguas juntas, las palabras a la izquierda y sus paráfrasis a la derecha, las que curvaban el espacio, introduciendo en él ángulos, lo medían, dibujaban contornos en él, lo erigían. ¡De qué modo el que hubiera varias lenguas abría los ojos del hombre! ¡Cuánto sentido tenía la confusión de Babel, presuntamente tan destructora! ¿No es verdad que aquella torre se construyó en secreto y, etérea como era,

llegó hasta un cielo?

Día tras día abría yo con mayores ansias de aventura el libro de la sabiduría. ¿Hay una expresión para la aventura que yo estaba viviendo? ¿De qué modo se puede expresar en una sola palabra la experiencia de la infancia y del paisaje? Existe la expresión y es alemana y se dice *Kindschaft*<sup>2</sup>. Asustarse y al mismo tiempo dar palmadas.

El lector, en estas tardes que pasaba en la meseta, dedicaba siempre un aplauso renovado a la epopeya de las palabras y se reía también: no con la risa con la que uno se burla de algo, sino con la risa con la que uno conoce algo y participa en el juego. Sí, había una palabra para un espacio claro dentro de un cielo nublado, para las idas y venidas, corriendo, de las vacas y los bueyes cuando en las horas de mucho calor sienten el aguijón del tábano, para la llamarada que sale de repente de la estufa, para el jugo de las peras cocidas, la mancha que hay en la frente del toro, el hombre que intenta salir de la nieve, a gatas, la mujer que se pone sus vestidos de verano, el chapoteo de un líquido en un cubo medio vacío, el murmullo de las simientes al salir de las cápsulas de los frutos, los saltitos que da la piedra lisa sobre la superficie del estanque, los carámbanos de hielo que cuelgan de los árboles en invierno, la parte que queda cruda de la patata cocida y el charco que se encuentra en un terreno arcilloso. ¡Sí, era esto, la palabra!

Pero, ¿seguía siendo válido el proyecto? ¿No había caducado ya la palabra que designa el entrechocar de dos trillos cuando estos instrumentos hacía tiempo que se encontraban inactivos en los museos? Lo que perduraba, ¿no era más bien la palabra que designa «el ruido de un cuerpo al caer»? La expresión que en el siglo pasado designaba aún de un modo limpio «la emigración», ¿no había perdido su inocencia cuando los acontecimientos de la última guerra mundial le habían cambiado el sentido y la habían obligado a significar «deportación»? ¿No es verdad que en aquel libro antiguo faltaban los luchadores de la resistencia, los partisanos, un término que no podía ser sustituido por la palabra «partisana», aquella arma en forma de lanza y que estaba ya fuera de uso? Es más, en la época en la que se hizo esta recopilación, ¿no había ya un número sorprendentemente grande de denominaciones de lugares en los que alguna vez había ocurrido algo y en los

que ahora ya no había nada: el barbecho «donde antes crecía cebada», el lugar «donde antes había un granero», la superficie de piedra «donde antes echaba raíces la maleza»? En aquel tiempo, ¿no se había hecho notar ya que algunas denominaciones que revelaban una inventiva especial eran ya obsoletas? ¿Y no era verdad que en aquel libro los investigadores estaban admitiendo continuamente palabras cuya fuente misma el primitivo habitante del valle más retirado no utilizaba más que como si fueran un acertijo? A aquellos vocablos, más que atribuirles la fuerza de un cuento, ¿no debía atribuirles yo más bien la virtud de un cuestionario? ¿Qué nos pasa? ¿Qué ocurre ahora?

Y, sin embargo, a la vez eran cuentos, porque, como respuesta a cada una de las palabras que me interrogaban –aunque yo no hubiera visto jamás aquella cosa y aunque hiciera tiempo que ésta no estaba ya en este mundo–, de esta cosa emanaba siempre una imagen, o mejor, una apariencia, un brillo.

Una tarde, en la meseta, me topé con la última palabra que el hermano había marcado. Como muchas de las anteriores, llevaba una fecha y además esta observación: «en campaña». Al empezar la guerra llevaba todavía el libro siempre consigo y hasta que no terminó ésta no lo dejó en casa, junto con la chaqueta, «como regalo de bautizo». El resto del diccionario –quedaban aún bastantes palabras– ya no llevaba señales a lápiz; parecía como si no lo hubiera abierto nunca: entre las páginas ya no había briznas de hierba de antes de la guerra, ni moscas de la guerra.

Yo estaba sentado allí; observaba una palabra, hojeaba el libro hacia atrás buscando las otras; ¿proyecto de los espacios de la tierra o simplemente la memoria de éstos, o incluso su último adiós? ¿Eran sólo las guerras lo que hacía que ahora, en el tiempo en el que yo vivía, en *mi* tiempo, la lengua del hombre fuera tan inexpresiva, que nosotros, los hablantes, nos viéramos obligados a estar *subrayando* continuamente algo? ¿Por qué al joven de veinte años lo fatigaba tanto la simple idea de que alguien que estuviera delante de él pudiera abrir la boca? ¿Por qué el habla, incluso la suya propia, lo desterraba tan a menudo a un cuarto burgués, insonorizado? (La expresión «ventana sorda», como otra variedad de ventana, era ahora la apropiada para las habituales ventanas ciegas.) ¿Por qué las palabras ya no representaban nada? ¿Por qué sólo en las pocas palabras acertadas que había allí, en aquellas

páginas, este muchacho sentía un alma dentro de sí?

En el camino de vuelta, en el pueblo, yo pasaba siempre por una casa en la cual una pared, sin transición alguna, se convertía en un bloque errático. De un modo parecido, ahora, cuando levantaba la vista de las viejas palabras, veía también cómo el canto superior del libro lindaba de un modo inmediato con el espacio aéreo. Esto hacía que la mirada, como si el libro sirviera de rampa, se trasladara al horizonte, al pie de la cordillera del sur (que, según la versión eslovena, traducida literalmente, se llamaba «sub-ala»). Allí se veía una ladera escarpada y sin vegetación, envuelta ligeramente en la bruma de la lejanía; sin embargo, debido a que en el borde de mi pequeña meseta se levantaba un solo pino, parecía que entre esta meseta y aquella ladera no había más que un salto. El declive, cubierto de hierba, estaba sombreado hasta la cumbre por un espeso dibujo de antiguas majadas. Éstas tenían algo de peldaños de escalera que cogían todo el ancho del monte, pero que se cruzaban una y otra vez formando como mallas. Rompía aquella gran muestra horizontal una muestra más pequeña formada por pequeños surcos verticales en los que el agua de la lluvia de la tarde, amarilla por el barro, corría hacia el valle; desde lejos un movimiento tan lento, que me hacía pensar en el agua que se desliza por las estalactitas. El conjunto de aquella ladera muerta, surcada de majadas, con la imagen de las vacas que en otros tiempos subían y bajaban, era una estampa grata y reconfortante de cuerpos lentos y pesados que se detenían continuamente y arrancaban la hierba –cuerpos que sin duda no saltaban los peldaños de dos en dos, como quizá hubieran hecho las ovejas o los perros–, cuyas ubres rozaban las puntas de aquéllas y cuyos cascos se quedaban muchas veces atrapados en el barro. No faltaban bueyes que resbalaran de un peldaño a otro y de este modo abrieran los surcos por donde pasaría luego el agua de la lluvia. Un animal saltaba sobre el lomo del que lo precedía y éste lo llevaba a cuestras durante un trecho. Uno levantó la cola y meó con tanta fuerza que realmente me parecía estar oyéndolo, del mismo modo como oía el chasquido de la boñiga que seguía luego y como veía también el vapor de los orines en los caminos. Era tan lento aquel cortejo, que hacía pensar en un conjunto de personas atravesando una gran montaña, la caravana de una migración de pueblos que tenía lugar desde el comienzo de los tiempos; y precisamente la forma vacía –la malla vacía, el entramado de

caminos vacío, las curvas vacías—, junto con la ligera irregularidad de esta forma, aumentaba la impresión de torpeza, de condición de criatura. A diferencia de lo que ocurre con las terrazas de una explotación metalífera o de una cantera, entre la cumbre y el valle no se veían serpentear filas de hombres con cascos y máquinas, sino una masa que, sin meta, se movía pesadamente casi sin avanzar, al trote, con los cráneos inclinados hacia el suelo, andando a cuatro patas o resbalando sobre las traseras, una caravana de portadores y esclavos, que no venían de ninguna parte ni iban a ninguna parte, para los cuales la pendiente ni siquiera era una parada, como no fuera por haberse roto una pierna y tener que ser sacrificados a toda prisa.

Aquí volvía a pensar en el profesor. Como historiador, manifestaba una peculiar preferencia por los pueblos que habían desaparecido de la tierra, y empezaba sus clases, de un modo literalmente ceremonioso, con un ejemplo tomado de su trabajo de investigación sobre los mayas (los alumnos lo llamaban el maya). En su época de estudiante había estado investigando durante años el Yucatán, y ésta era la frase con la que solía referirse a estos estudios: «Como geógrafo me puse moreno y como historiador pálido —tan pálido como todavía estoy ahora—». Los mayas, opinaba, no habían llegado nunca a formar un estado porque su península no tenía «un gran río, de los que forman estado». «¡Observemos, en cambio, el Éufrates y el Tigris, o el Nilo!» Hasta la rueda desconocían, lo mismo que la polea y el torno; la única forma de rueda, decía, se había encontrado en un juguete diminuto. Sin embargo, la dificultad fundamental para formar estado era que los mayas no eran capaces de construir una bóveda; conocían sólo la «falsa bóveda», que ninguna habitación espaciosa y menos aún una gran sala podía soportar. Lo único que daba cohesión a este pueblo era la religión. En lugar de la rueda conocían el rodillo; con él construyeron las calzadas, destinadas únicamente a las procesiones que se dirigían a los santuarios, que estaban dentro de la jungla. Sin embargo, cualquier cabaña de campesino tenía el valor de un templo. Lo que dirigía su vida eran los astros; los veían como algo tan divino porque en ellos se podían leer las instrucciones para la vida diaria. En las estelas que levantaban en honor al sol, este astro indicaba también la época de la siembra: los jeroglíficos grabados en la piedra hacían como de reloj. En estas viejas

inscripciones se veneraba también a los antepasados; asimismo formaba parte de la religión popular el que cada linaje conociera su origen; el primer hombre, el padre de todos los humanos, había salido del maíz.

El ocaso de los mayas empezó cuando la devoción particular fue desplazando al culto público. Las familias, sin embargo, según el profesor, «más bien insociables, a distancia unas de otras», unidas sólo por las reglamentaciones del servicio religioso, pasaron a establecer capillas particulares, cada una para sí, separadas de un modo arbitrario, olvidando la idea de que la casa misma era ya algo sagrado, y el vínculo que les unía se rompió. Se puede revivir este proceso gracias a la interrupción de la escritura iconográfica de las estelas: «en el año 900 de nuestra era», decía, «en una columna que se encuentra no lejos de la pradera a la que luego los españoles dieron el nombre de la *Sabana de la Libertad*, se esculpió la última inscripción. ¡Imaginaos las chispas de la piedra de sílex, que era fundamentalmente el material con el que construían esas estelas, y luego su desaparición!». Lo que de un modo más significativo ilustraba el final de aquel pueblo era una escalera en forma de pirámide: todos los peldaños, uno tras otro, estaban todavía ricamente adornados con relieves y grifos sagrados, con el signo de la estrella de la mañana, el signo del árbol que regala sombra a todos los vecinos de la aldea, los signos del sol y del día, que juntos significan «el tiempo»; pero en el último peldaño sólo «unas cuantas huellas de cincel, confusas y garrapateadas».

Esta escalera se me apareció en la pendiente desierta por la que antaño había pasado el ganado; incomparablemente mayor que el terraplén que había en el huerto de mi casa, tenía realmente forma de pirámide y con su centenar de escalones, que se iban haciendo más estrechos conforme iban subiendo, parecía que llegaba hasta el cielo. Yo veía aquí cómo las palabras que el hermano había señalado con una cruz iban subiendo hasta que luego quedaba interrumpida la serie. Cada línea de la ladera, una columna grabada con inscripciones, derribada y tumbada boca abajo sobre el lodo. Los pequeños arroyos de barro, saliendo de las cicatrices de la tierra, arrastraban hasta el fondo del valle sílaba tras sílaba, hasta que todo aquel lugar humeó como una ciudad en ruinas entre las que ni siquiera, como ocurría antes, crecían los cerezos. Una necesidad de tristeza se apoderó de mí, y me levanté con el libro

del hermano. Ya nada se movía en los peldaños vacíos, ni siquiera una brizna de hierba; incluso el agua estaba como petrificada; y ¿no era verdad que el simple hecho de estar vivo había sido siempre poder respirar con el agua que corre, con la hierba que se agita, con la rama que se levanta? Aquello por lo que yo quería llorar no era sólo una muerte aislada, sino algo que iba más allá de ésta: una aniquilación. Aniquilación significaba esto: junto con el hombre concreto, borrar de la faz del mundo aquello que da cohesión a este mundo. Suprimir a uno como el hermano, que, a diferencia de lo que ocurre con el gran tropel de los que hablan y escriben, estaba dotado para dar vida a las palabras y con ellas a las cosas, se ejercitaba continuamente con ellas y, como a mí en estos momentos, mostraba los ejemplos, significaba matar la lengua misma –la tradición de la paz– y era el crimen imperdonable, la más bárbara de todas las guerras mundiales.

Pero no fue posible conseguir esta tristeza que yo deseaba. En lugar de esto sólo me pasaban por la cabeza aquellas palabras que habían sido el lema de la más antigua de las revueltas campesinas: «¡El viejo derecho!». Sí, desde siempre teníamos derecho a algo, y este derecho no podía quedar abolido. Y quedó abolido así que renunciamos a reclamarlo. ¿Pero a quién debíamos exigir nuestro derecho? ¿Y por qué lo exigíamos siempre a un tercero; éste, a un emperador; el otro, a un Dios? ¿Por qué no nos tomábamos nosotros mismos nuestro derecho, siendo así que era un derecho a nuestra propia subsistencia y que no le concernía a nadie más que a nosotros? Al fin un juego en el que no tuviéramos que medirnos con nadie, un juego solitario, un juego salvaje –¡Padre, el gran juego!

Dejemos los peldaños vacíos, por donde pasaba antes el ganado y, para reflexionar, volvamos otra vez al libro. Con él, descalzo como había estado –tanto cuando estaba de pie como cuando estaba sentado–, anduve de un lado para otro delante de la cabaña. La última palabra que el hermano había señalado tenía un significado doble: significaba, traducida, tanto *fortalecerse* como *cantar salmos*. (Abismarse en cada una de estas palabras era lo más opuesto a mi habitual abismarme en las llamadas «historias que le quitan a uno la respiración»: era algo que me hacía levantar continuamente la cabeza y la mirada.) El lector se detuvo y levantó la cabeza. Como por un vado, marcado por el árbol, se entraba de nuevo en la cavidad azulada del pupitre de la

escuela; su pared trasera, el flanco estriado de la montaña. Sobre ella brillaba un sol, muy oblicuo, como poco antes del ocaso, más claro cuando se veía a través del pino no iluminado. Los escalones eran gruesas franjas de sombra y llevaban arriba, a la cumbre, en la que había un brillo plenamente terrestre. La luz recortaba las más pequeñas formas que pudiera haber en la ladera –un mechón de hierba, la huella de un casco cubierta de vegetación, un montículo construido por un topo, una fila de pájaros junto a un hilillo de agua, al lado de una liebre silvestre de carne y hueso– y las unía las unas con las otras por medio de intervalos claros y precisos. Seguí leyendo, con los ojos puestos al mismo tiempo en el libro y en la montaña. Aquella mirada fija se convirtió en una mirada que buscaba algo, como cuando, en medio de una multitud extraña, uno, con todo, sabe de la existencia de este y aquel rostro conocido. La letanía que entonaban antaño los fieles en la oscuridad de la iglesia continuaba ahora en forma de letanía muda de palabras de muchos sentidos, al sol. Respirar con fuerza era anhelar algo, tensar el más fuerte de los músculos. Una ira violenta era un sollozo. Las luciérnagas eran una clase de cerezas. El segador era una golondrina de mar era la estrella del cinto de Orión. El saltamontes era un bastidor de violín era la pared divisoria de la nuez era la parte superior de un látigo... La palabra que significaba una suave brisa, cambiando una letra por otra, se convertía en la que significaba una fuerte ráfaga de viento, que a su vez era también el nombre para la arena que vuela por el aire o que se arrastra por el suelo... Las llamadas silenciosas tomaban al fin forma humana y en los peldaños, rodeados por la luz de la palabra, veía aparecer a los ausentes: la madre, como «la que había dejado de ser una criada»; el padre, como «el que no había dejado de ser criado»; la hermana, como «la loca», la cual, con un pequeño cambio fonético, se convertía en «la bienaventurada»<sup>3</sup>; la amiga, como «la tranquila»; el profesor, como el «amante amargo»; el tonto del pueblo, como el que «al andar hace viento»; el enemigo, en forma de «un punto gastado en el talón», y, delante de todos, el hermano, como «el piadoso», que era una denominación que se aplicaba a un «hombre sereno». ¿Y yo?... me descubría como lector y espectador a un tiempo, como aquel tercero de quien dependía todo y sin el cual no había juego y que, de este modo, experimentaba en su propia carne el rasgo fundamental de todo jugador: los pies blancos de criado del padre y el ángulo rasgado de los párpados del hermano.



Sin embargo, el centelleo de estos jeroglíficos, que venía de la ladera de la montaña, no duró más que unos instantes; luego, otra vez, la forma vacía, carente de relieve; el sol que había desaparecido en el horizonte. Pero yo sabía que podía decidir el regreso; que éste, a diferencia de la tristeza, se podía querer: de las formas vacías, de los caminos del ganado como de las ventanas ciegas, se podía uno fiar; eran el sello de nuestro derecho. «Hermano, habrás andado allí, en el gris azul.»

Cerré los ojos. Hasta este momento no me di cuenta de que estaban húmedos, pero no lloraba por mí mismo o por mis allegados, sino que las lágrimas provenían de las cosas y de sus palabras.

Detrás de los ojos cerrados, la misma imagen de las majadas: un dibujo gris como la roca. A la distancia de un cuarto de siglo estoy viendo allí, en la meseta, a un hombre de una edad indeterminada. Éste, descalzo, metido en un gabán oscuro, demasiado ancho, empieza a gesticular en el aire con un brazo. Esta gesticulación se convierte en un movimiento regular que, si no tuviera lugar con toda la mano, es más, con el puño, tendría algo del movimiento de uno que está escribiendo. ¿Era «él» o «yo»? Soy yo todavía. Ya no escribo en el aire, como cuando era niño, sino que sombro un trozo de papel que está colocado sobre los peldaños, que tienen el color gris de la roca, como un investigador y al mismo tiempo como un obrero manual. Es el movimiento que yo he decidido que sea el de mi narración. Letra por letra, palabra tras palabra, en la hoja de papel debe aparecer la inscripción, esculpida en la piedra desde muy antiguo, pero reconocible y transmitida sólo por mi leve sombreado. Sí, la huella blanda que va dejando mi lápiz debe enlazarse con lo duro, lo lapidario, según el modelo de la lengua de mis antepasados, donde la expresión que significa «el canto monótono del pinzón» proviene de la palabra que designa una «letra aislada». Porque sin los ángulos de las palabras, la tierra, la negra, la roja, la verdecida, no es más que un desierto, y yo no quiero más drama histórico que el de las cosas y las palabras de mi querido mundo – la existencia– ¡y quiero que la bomba que amenaza la pirámide de las majadas se pose allí blandamente en forma de aquella palabra que significa una «pera alargada»! ¡Encontraré una expresión para el oscuro interior de una flor blanca de castaño, el amarillo del barro bajo la nieve mojada, los restos de las flores sobre una manzana y el ruido que hace el pez al saltar en el río!

Volví a abrir los ojos y volví a andar por delante de la cabaña, de un lado a otro, cada vez más rápido, como si quisiera tomar carrerilla. Me detuve otra vez. Sentí que mi tórax se había convertido en un instrumento y empecé a gritar. Aquel Filip Kobal a quien nadie había escuchado nunca porque tenía una voz tan débil y a quien los vigilantes del internado religioso reprendían porque cuando rezaba «no se le oía entre los demás», gritaba de un modo tal que, a partir de aquel momento, todos los que le conocían le hubieran mirado con otros ojos.

Hasta ahora sólo una vez había ocurrido algo comparable; y fue en el internado, cuando un día, con el convencimiento íntimo de que no era capaz de cantar y requerido insistentemente por el profesor a que lo hiciera, se levantó angustiado, cogió aire y, en medio del sopor general de la clase, de los turbios pensamientos de los alumnos, desde lo más hondo de sí mismo entonó un canto a la vez extraño y tierno que al principio hizo soltar una carcajada a los que lo oyeron, pero luego, con una extraña timidez, les hizo mirar para otro lado; era un canto, pensaba el cantor, que había escondido en sus profundidades desde siempre. Ahora, en la meseta, donde estaba solo, lo que salía de él no era un canto, no era tampoco un ruido ni una llamada, sino un grito claro que, de un modo literalmente imperativo, buscaba justicia. Con sus gritos sacaba de dentro de sí las palabras del libro del hermano, lacónicas o aladas, monosilábicas o polisilábicas. Las palabras salían al país y en las majadas desiertas provocaban un eco cuyo otro nombre era «ruido del mundo». Y en cada grito percibía yo los oídos abiertos de los antepasados, el regocijado arco de sus cejas, sus risueñas caras.

Levanté el libro en alto, lo toqué con los labios, me incliné ante aquel lugar. Luego corté un bastón del avellano que había en el ángulo de la cabaña, grabé en éste el nombre del lugar y el año –«Dobrawa, Slovenija, Jugoslavija, 1960»– y lo declaré nuestra estela, el principio de nuestra era. Sin embargo, hasta qué punto el joven de veinte años no tenía esperanza alguna en el futuro (nunca más aparecería su rey); y qué incommovibles eran sus expectativas frente al presente y qué débil, o cautelosa, es la voz de aquel que repite lo que él dice. ¿No es verdad que hace tiempo que está ahogada por las voces de mando de los patios de armas, que se oyen desde todos los puntos cardinales, desde todos los valles y que llegan hasta la meseta, ahogada también por los

soldados que, con trajes de campaña de color gris, hacen ejercicios de tiro y por el ruido de las palas de los sepultureros en el cementerio del lugar? No, ahora y siempre, dondequiera que me encuentre, las ventanas ciegas y los pastizales desiertos me hacen pensar en los emblemas de un imperio del retorno, como filigranas, un reino a la vista del cual el silbido de una locomotora lo mismo se puede convertir en la llamada de una paloma que en el grito de un indio. Sigo sintiendo la cuerda del saco en mi hombro, con el libro de las palabras dentro. ¡Madre, tu hijo sigue andando bajo el cielo!

Lanzándome al suelo, supe entonces, de una vez por todas, lo que es el espíritu.

---

1. La palabra *Talschaft* –poco usual, desconocida totalmente en algunas zonas de los países de habla alemana– es un derivado de *Tal* («valle») y designa no sólo esta formación geológica, sino todo lo que se encuentra en ella: casas, pueblos, cultivos... Por analogía con otros compuestos con *-schaft* he traducido aquel término por «vallaje». En las páginas 144, 146 y 191 aparece también *Talschaft*, pero, para no violentar excesivamente el texto castellano, he traducido esta palabra por valle. (*N. del T.*)

2. Derivado de *Kind*, niño; traducible, aproximadamente, por «condición de niño, de hijo». (*N. del T.*)

3. «La loca»: «*die Wahnsinnige*»; «la bienaventurada»: «*die Selige*». Handke se refiere probablemente a la similitud fonética entre el segundo elemento del primer sustantivo –«*-sinnige*», que significa también «sensata»– y el adjetivo sustantivado «*Selige*». (*N. del T.*)

### III. La Sabana de la Libertad y el Noveno País

Aquella vez me quedé en la meseta hasta que la imagen del sol desapareció de mi retina. Era como si en mí, de un modo cada vez más lento, girara un eje con el cual yo percibiera incluso las cosas que pasaban a mi espalda. Detrás de las montañas del norte se levantaba la nube del incendio, que, en mi imaginación, se encontraba exactamente sobre la casa de mis padres. En la pared oeste del granero, para ventilarlo, habían hecho aberturas en forma de corazón, carreau, pick y trébol, y desde aquellos negros agujeros salía el viento del abandono secular de mi padre.

Andando hacia atrás abandoné el lugar y luego, mientras me iba, me daba la vuelta una y otra vez. Un pájaro pequeño se elevó por encima del borde de la meseta, como si se acabara de escapar de la mano del enano, que de este modo esperaba ganar su duelo a pedradas con el gigante, y luego, como abatido por un disparo, cayó al suelo. Detrás, el lago, en el extremo del valle, a la última luz del día cobraba un aspecto gelatinoso, y yo me lo imaginaba lleno de abejas que estaban a punto de ahogarse y daban vueltas con sus alas transparentes.

A la ida, yo iba siempre cabizbajo; a la vuelta, con la cabeza erguida. En una de las casas de la entrada del pueblo estaba la placa que decía que en la bodega de aquella casa, en el día que se indicaba del año 1941, la gente se reunió por primera vez para organizar la rebelión contra el fascismo. (En todos los pueblos eslovenos por los que luego pasaría me encontré con un edificio en el que había una inscripción como ésta.) También yo quería rebelarme, y decidí hacerlo, no en un sótano, sino en plena calle, en la paz, sin reunirme con nadie, yo solo. «¡Forma una frase con *lucha!*!», me dije, y me di cuenta entonces de que esto ya era una frase, de varios sentidos, como un oráculo. Una vez, encontrándome en ese estado de ánimo, dejando el camino me metí en una cabaña de madera y allí, con todas mis fuerzas, clavé el hacha en el tajadero. Una mujer de cierta edad vino y me pidió que partiera en trozos pequeños el montón de bloques aserrados. Yo golpeé con el hacha, y los trozos de leña volaron por todas partes –uno de ellos lo siento aún en la frente–, y en

una hora me gané la cena y unas cuantas palabras nuevas como «partir la luz» para «hacer astillas». En otra ocasión, un balón atravesó el camino, por delante de mí, yo le di de un modo tan certero que me invitaron a jugar (todavía hoy sueño a veces que soy un delantero del equipo nacional). El calzado envolvía el tobillo, y la correa del padre, que ya no era una simple muñequera, daba fuerza a la mano.

Por la noche Filip Kobal tenía su rincón en el hostel «La Tierra Negra». Nadie, ni siquiera la patrulla de vigilancia, en sus continuas rondas, le preguntó nunca su nombre; para todos era «el cliente»; ni siquiera el retrato de Tito que había allí se reflejaba en él, miraba al cielo, a un escuadrón de bombarderos. En las mesas, en lugar de las múltiples formas de panes y bollos de Austria, que a veces hacían pensar en cadáveres tirados cabeza abajo en una fosa común, volvían a estar los sencillos montones de rebanadas de pan blanco, sobre pañitos, cuya denominación tradicional era «pañitos para el pan». Estábamos en pleno verano y a veces no hacía demasiado calor para estar fuera, sentados delante de la casa. Al volver al hostel, generalmente llegaba incluso a tener tanto calor, que el aire que venía del torrente lo sentía en mis sienes como si fueran los efectos benéficos de un abanico. Junto a la ventana abierta que daba a la sala había un taburete de varios pisos al que el camarero se subía siempre para recoger los platos que los clientes habían encargado y que la cocinera le pasaba desde dentro. Junto a este caballete, una superficie de hormigón con estrías muy hondas que tenían algo de las teclas de un piano: el lugar para dejar las bicicletas, las más de las veces vacío. A él iba a parar, desde arriba, el pararrayos; no hay que olvidar que apenas pasaba un día sin que hubiera una tormenta, y las noches al aire libre estaban marcadas por los relámpagos, para los cuales el bachiller tenía la palabra del griego antiguo «ojo del espacio». Llegó así el mes de julio, y las luciérnagas, que hacía poco atravesaban volando los matorrales, se escondían en la hierba y desaparecían allí.

El camarero era algo más joven que yo; es posible que acabara de terminar su aprendizaje. Para mí, bajo y enjuto como era, con una cara morena, estrecha, casi triangular, no podía ser más que de una región del interior, de una de estas

zonas rocosas y desiertas; uno de los muchos hijos de un pequeño labrador sin tierra propia, nacido en una casa de campo aislada, rodeada por muros de piedra, criado como pastor o recolector de frutos de los bosques, de los que conocía los rincones más escondidos. A la amiga sólo los otros la habían llamado siempre bella –este muchacho era la primera persona a la que, para mis adentros, apliqué la palabra bello—. Con él no hablaba nunca más que para saludarle, pedirle algo o darle las gracias; él no conversaba nunca con los clientes; decía sólo lo indispensable. La belleza de su aspecto, sin embargo, procedía menos de su figura que de un estado de atención permanente, de amable vigilancia. Uno no necesitaba llamarle nunca, ni siquiera levantar el brazo: de pie en el rincón más apartado de la sala o del jardín, que es donde estaba cuando no tenía nada que hacer, y dando la sensación de estar soñando en algo lejano, dominaba con la vista toda la zona y seguía el más pequeño movimiento de la cara de la gente, incluso se anticipaba a éste; de un modo distinto, era la imagen de la «obsequiosidad» que constituye el ideal del libro de normas de comportamiento. Por la mañana, antes de comer, aunque tronara, ponía las mesas bajo los castaños y luego, antes de que cayeran las primeras gotas, ya había retirado los manteles y los servicios. Era curioso encontrarlo a veces solo en la sala buscando para cada silla el lugar que le correspondía, como si se tratara de la distribución de los sitios para un banquete, un bautizo o una boda, una celebración además donde cada uno de los invitados tuviera sus particulares dificultades sociales. Era curioso también el cuidado con que frotaba los objetos más insignificantes y más usados (puede decirse casi que en el hostel todos los objetos eran así): cómo colocaba paralelamente los cubiertos de hojalata, cómo frotaba con un paño la caperuza de plástico que cubría el frasco de especias. En una ocasión, antes del atardecer, de pie en la estancia desnuda y desierta, mirando al frente sin moverse, se dirigió a una hornacina alejada y, con un gesto dulce y tierno, dio un pequeño giro a una garrafa que había allí, lo cual llenó la casa entera de hospitalidad. En otra ocasión, estando la sala llena, como ocurría a menudo a la hora de cenar, antes de llevarla a la mesa, dejó una taza de café en el mostrador, puso con cuidado el asa en la posición correcta y luego, con un gesto amplio, cogió el diminuto recipiente y lo llevó derecho a quien se lo había pedido. Llamaba la atención también la total seriedad con la que daba fuego a los clientes, incluso a los

borrachos, y para ello necesitaba sólo un movimiento, durante el cual yo veía brillar sus ojos entreabiertos.

Durante el día, solo, en la habitación o fuera, al aire libre, yo pensaba en el camarero más que en los padres o en la amiga, y ahora sé que esto era una manera de amar. No es que yo sintiera ganas de estar con él, pero sí cerca de él, y los días en los que él libraba lo echaba de menos. Cuando al final volvía a aparecer, su traje blanco y negro animaba los espacios intermedios y yo adquiría el sentido de los colores. Tal vez esta inclinación mía provenía también de la distancia que él guardaba siempre, incluso cuando no estaba de servicio. Un día lo encontré vestido de civil junto al mostrador del buffet de la parada de autobuses; en aquella ocasión hacía de cliente, y no había diferencia entre el camarero del mesón y el joven del traje gris que, con la gabardina echada al brazo y el pie apoyado en la barra, iba masticando lentamente su salchicha con los ojos fijos en los autobuses que pasaban. Y tal vez era esa distancia, junto con la atención y la calma, lo que constituía aquella belleza que, conmoviendo al observador, adquiría la fuerza de un ejemplo. Aun hoy, en una situación de apuro, pienso en el modo como se comportaba el camarero de la Wochein; por regla general sirve de poco, pero por lo menos vuelve su imagen y durante este momento me calmo.

La víspera de marcharme del hostel «La Tierra Negra», al ir a la habitación a eso de la medianoche –todos los huéspedes e incluso la cocinera se habían ido ya–, pasé por delante de la puerta de la cocina, que estaba abierta, y vi al camarero sentado delante de un fregadero lleno de platos que él iba secando con una servilleta. Luego, una vez arriba, miré por la ventana y él estaba en el puente del pequeño río en pantalón y camisa. En el ángulo del brazo derecho tenía una pila de platos, que, de un modo regular y elegante, iba cogiendo con la mano izquierda uno a uno y, como si fueran un colección de fichas de juego, los iba dejando flotar en el agua.

Las noches del joven Filip Kobal, en su habitación de cuatro camas de «La Tierra Negra», transcurrían casi siempre sin sueños. Años antes, estabulado en el dormitorio del internado, clavado a la almohada por un continuo dolor de cabeza, a menudo se había imaginado en su cama tumbado bajo las estrellas, en medio de una gran llanura por la cual corrían sólo la tormenta y los copos



de nieve y calentándose con una manta que le tapaba hasta las orejas; lo único que estaba helado era el dragón que había dentro de su cráneo: esto se cumplía ahora de otra manera gracias al rugido del torrente que le quitaba al durmiente las paredes de la habitación y hacía para él las veces de sueños.

Sólo una vez soñó con su padre (que de hecho se había ganado la pensión trabajando en torrentes), o, mejor dicho, con el cuaderno en el cual él debería haber escrito la historia de la familia. Se había convertido en libro y, a diferencia de lo que ocurría en la realidad, no contenía aquella línea temblorosa en la que se leía el número postal del hermano que estaba en campaña y el número de la ropa blanca de Filip, sino que estaba todo él lleno de texto, no manuscrito, sino impreso. El que trabajaba en torrentes se había convertido en un escritor rural, un descendiente, adecuado para aquellos tiempos, de aquellos campesinos eslovenos de finales del siglo pasado y principios de éste cuyos relatos la gente recogía y que, tomando la expresión de las horas habituales en las que tenían lugar estas narraciones, se llamaban – en traducción aproximada– «gente de la noche», un término que, antes de que aparecieran estos narradores, podía significar también los vientos de la noche, o las mariposas nocturnas, y, después de la desaparición de aquéllos, era sólo «los periódicos de la tarde», y el atento lector de este libro de sueños era el joven camarero.

Luego fue un viento mañanero lo que soplaba cuando, con el saco azul y el bastón de avellano, estaba en la plataforma de la estación de ferrocarril Bohinska Bistrica. Quería seguir hacia el sur; desde el andén por el que iba a pasar el tren que yo tomaría, al fondo se veía ya el túnel que atravesaba la cordillera. Al igual que en Mittlern, al otro lado de la frontera, el primer piso del edificio servía de vivienda, e igual que allí, de las pequeñas cajas de madera caían lentamente las flores de pelargonio, balanceándose en el aire, sobre la grava; ahora el olor me era grato. Las pequeñas estaciones de los dos estados tenían en común incluso la letra de los pequeños letreros esmaltados que indicaban «la altitud sobre el nivel del Adriático»; eran de un mismo modelo: el del antiguo imperio. Al retrete que había al lado se llegaba a través de un arco de piedra, con la puerta pintada de azul, como el cielo de las pequeñas capillitas de mi país (luego, dentro, para hacer las necesidades no

había más que un agujero). En una cabaña de madera había clavados unos cuernos de vaca, imponentes como los de un búfalo. El huerto de la estación terminaba en un triángulo, cerrado por un seto de habas que trepaban por unas varas clavadas en el suelo; en el parterre de especias dominaban las olas verdes del eneldo; en el vértice del triángulo, un cerezo; en el suelo, las manchas oscuras de los frutos. En los castaños de la explanada que había delante de la estación se oía el grito penetrante de las golondrinas; invisibles, su presencia se advertía sólo en el temblor continuo de las hojas. La sala de espera, con su entarimado pintado de negro y la gran estufa de hierro, reproducía la caseta de los autobuses que había en mi pueblo, y, vacía como estaba casi siempre y con las ventanas que daban a ambos lados, estaba bañada por una luz de cuarto de estar. Junto a la entrada, medio hundida ya en la capa de hormigón, una rejilla de hierro para frotarse los zapatos, de fundición imperial, como la hoja de un cuchillo vuelta hacia arriba, enmarcada a derecha e izquierda por pilares en miniatura llenos de adornos. Amplio y al mismo tiempo cincelado en todos sus detalles, ésta era la impresión que daba todo aquel conjunto, y yo sentí allí la respiración de un espíritu dulce y suave, el de aquellos que antaño, en los tiempos del imperio, habían proyectado y dado vida a todo aquello; además, el que ahora estaba pensando en esto no era ningún malhechor.

Junto a mí, en silencio, esperaba un grupo de soldados; el sudor se les había secado en la barba de varios días, una capa de barro les llegaba hasta la caña de las botas. Mi vista, que estaba fija en ellos, se elevó hacia la cordillera del sur, cuya cresta estaba iluminada aún por el sol; sobre la Wochein el cielo estaba por una vez sin nubes. Decidí en aquel momento atravesar a pie la cordillera y me puse en camino enseguida. («¡Ningún túnel más!» y «Tengo tiempo».) Con la decisión una sacudida atravesó el país, como si con ella empezara el día; ¿y no era verdad que en la otra lengua «sacudida» significaba al mismo tiempo «lucha»?

El único pico que yo conocía hasta aquel momento era el Petzen, un poco más alto que el macizo que yo tenía delante; a veces, en las sombras de las grietas glaciares, incluso en verano, había una mancha de nieve. Pero la lenta ascensión que llevaba hasta allí era más bien un paseo, un paseo que yo había

recorrido siempre con mi padre. Cuando estábamos en la mitad de la cuesta pasábamos la noche en un granero, y luego, debido al polvo del heno, yo tenía los ojos tan hinchados, que no podía contemplar el panorama que había alrededor. Así que nos acercábamos a una casa de campo, salía disparado un perro, seguido por su dueño, que venía corriendo, gritando y agitando un palo: la inveterada desconfianza de los campesinos de la montaña frente a los pequeños jornaleros rurales del llano que les pisaban la hierba de los animales, asustaban al ganado y dejaban sin setas los bosques. No se amansaban hasta que nos acercábamos, cuando uno de los forasteros resultaba ser el carpintero, conocido en toda aquella región, autor del armazón del tejado y al que invitaban a tocino, pan y mosto. En la cresta detrás de la cual empezaba Yugoslavia, una vez mi padre abrió las piernas, con un pie aquí y el otro allí, y pronunció uno de sus breves discursos: «Fíjate lo que significa nuestro nombre: no *el que abre las piernas*, sino *el fronterizo*. Tu hermano, el hombre del centro, y nosotros dos los fronterizos. Un Kobal es al mismo tiempo el que anda a gatas y el que trepa con facilidad. Un fronterizo es una existencia marginal, pero no un marginado».

Subiendo la montaña, a menudo, como por agradecimiento, me daba la vuelta hacia el otro país, donde, de un modo tan distinto a como me había ocurrido en el mío, nadie recelaba de mí y las pocas preguntas que me hacían por lo menos no eran preguntas capciosas. El resto del tiempo iba con la cabeza inclinada hacia delante y, viendo cómo por debajo de mí, en un vuelo silencioso, pasaba la pradera estival, pensaba en el hermano, que, al ir a la guerra, ya no oía ningún pájaro ni veía «lo que florecía en la carretera». Sentía en mi cuerpo cómo la ininterrumpida ascensión lo armaba, para los acontecimientos del otoño —ya fueran el ejército o la Universidad— y contra el enemigo que se acercaba. Las lagartijas se transformaban en piedras que rodaban a los lados del camino, o bien, moviéndose entre los matorrales, hacían un ruido como si fueran pájaros. El último signo humano que percibí, hasta mucho después no vería otro: el hatillo mojado, oscuro, de ropa blanca delante de la última casa de un pueblo de montaña (y aquí me acordé de que la lengua eslovena tenía una palabra especial para el «habitante de la última casa»). Luego me limité a seguir las veredas abiertas en la hierba y que muchas veces, como huellas de jabalíes, resultaba que no llevaban a ningún

lugar practicable, y lo único que se oía era un zumbido regular de insectos, como si fuera la voz de una población que se iba alejando más y más. A mis espaldas, el valle hundido; en cambio, en el horizonte de los Alpes Julianos emergían las Tres Cabezas, la más alta de las montañas de Yugoslavia; delante y detrás de mí ahora no había más que naturaleza salvaje.

De nuevo atajé, y resultó que quería una línea recta cuando, debido al trabajo del agua, no podía haberla. La reflexión con que había empezado mi camino se convirtió en un apresuramiento irreflexivo; algo me empujaba hacia arriba, por monte bajo y torrenteras. Cuando terminaban los árboles, allí donde se acercaba la calva cresta, y la hierba, que hasta ahora me llegaba a la rodilla, era más corta y más seca, divisé ante mí una nube completamente quieta de la que, en aquel mismo momento, salió el primer rayo. Yo no estaba tranquilo, tenía incluso miedo –la noche anterior, en el hostel, habían contado que la tormenta había causado un muerto– y continué la ascensión sin perder tiempo. Todavía hoy me ocurre muchas veces que, como magnetizado por el peligro –y en modo alguno como un signo de ligereza o de alegría sino de pánico–, me lanzo a él cantando o balbuceando una canción de moda. Sí, tanto miedo tenía el que estaba atravesando la cordillera, que el chasquido de sus pantalones lo oía como si fueran truenos. Lo que de lejos había tomado como la casa de piedra de la cima, una vez arriba, en la cresta, resultaron ser los restos de una fortificación del tiempo de la guerra; las ventanas de un posible alojamiento, sus escotillas. Con todo, aquella ruina le proporcionó un techo sobre su cabeza. Una sacudida y le invadió la calma: con tranquilidad de espíritu observó una pradera lejana que, como única mancha en aquellos parajes en los que normalmente sólo llovía, estaba blanca del granizo que había caído; sin embargo, el agotamiento era tan grande, que la mirada perdió la perspectiva y en aquel lugar blanco vio una sábana en un tendedero. Estando sentado allí se cayó al suelo, como inconsciente; «sueño sin voluntad» llama el hermano en un carta escrita después de una marcha al desfallecimiento.

Cuando volví en mí empezaba el crepúsculo; en la parte sur del valle, que es hacia donde apuntaban generalmente las troneras, las luces de alguna casa. Yo iba de un lado a otro fuera, bajo la lluvia, y luego decidí quedarme; a las últimas luces del día los compartimentos de la fortificación tenían un aspecto literalmente acogedor, como si fueran pequeñas habitaciones de hotel. La

bruma que pasaba por encima de la cresta eran las nubes: era la primera vez que me encontraba en un cuadro como éste, donde a ras del suelo, en la hierba, había una especial claridad; las pequeñas flores de montaña se cubrieron de niebla y luego volvieron a brillar; un halcón, con las alas inmóviles, como si estuvieran deshilachadas, se dejó llevar por el cortejo de nubes. Instalado en el interior del búnker, sobre una capa de periódicos viejos, comí de lo que llevaba; por lo menos hoy ya no me podía pasar nada más, y entonces pensé en aquella leyenda del duende que, saliendo del hueco de la roca en el que tenía su morada, les sacaba la lengua a los elementos; al final, un malvado humano desvía su atención y es abatido por un rayo.

Tardó mucho en cerrarse la noche; a la luz del crepúsculo, los perfiles se disolvían en una claridad cada vez más amorfa; la única silueta, el saco azul: «Saco sobre la cresta de la montaña», dijo maravillado el que se dormía y que luego, durante horas, estuvo nadando en un mar de hielo que se formó en torno a él. De repente, en su cara, yemas de dedos, un contacto que no podía ser más cálido ni más real, y una voz conocida que decía: «querido». Sin embargo, cuando abrió los ojos en la oscuridad, en torno a él no había nadie; sólo una crepitación, cada vez más fuerte, que se iba acercando y, después de una detonación, en lugar del animal salvaje, el saco que se había tumbado.

Antes de las primeras luces me marché, por arriba, siguiendo la cresta, paso a paso. Lo quería así; al igual que el niño de antaño que iba descalzo al lado del padre, quería al fin, en la frontera de la noche, volver a distinguir aquella particularidad que significaba el principio del día y a la vez lo significaba todo; quería al fin volver a vivir la aventura de «estar ahí». Pero fue un fracaso: justo en aquel momento, con las cuatro gotas de una lluvia de madrugada que abría diminutos cráteres en el polvo del camino, el mundo originario había quedado marcado allí; por aquí todo era ya el mundo originario –la lluvia que desde siempre se desprende violentamente del oscuro cielo, el humo que asciende de la negra tierra, como saliendo de grietas de lava, el gris-sobre-gris de la piedra fría y mojada, los cepos que forman las plantas rastreras, la ausencia de viento–, y por esto en el polvo nada podía tomar la forma de aquella muestra. Para ello faltaba tal vez el darle la mano a otro y la proximidad del suelo, que ahora sólo puede sentirla el narrador pero

no el descendiente de aquel niño que había estado allí arriba, sobre la cresta de la montaña. ¿Es verdad, pues, que para repetir una cosa, para renovarla, es mejor dibujarla, delimitar sus contornos, que rehacerla, imitarla? En lugar del brillo que subía de los cráteres que se habían formado en el polvo, como si el sol saliera en el interior mismo del planeta, al solitario, por muy abiertos que tuviera los ojos, le salía al encuentro sólo una bruma crepuscular, roma y sin perfiles, en la que las formas, incluso las de la noche, se disolvían y que no ofrecía ninguna sensación de sol, ni siquiera de un sol que estuviera muy lejos; y en lugar del camino de la infancia, con el padre, ahora, al amanecer, tropezó con pedruscos y raíces, tiritando de frío y andando a un tiempo, calado hasta los huesos, con la masa húmeda del saco –como si fuera una mochila a la espalda que cada vez pesaba más–; lo que estaba repitiendo era el penoso arrastrarse del hermano soldado por paisajes desolados camino de una batalla que estaba perdida de antemano; en lugar del camino, la pista militar. Aunque estaba seguro de ir hacia el oeste, pensaba airado que, como entonces al hermano, me mandaban al este; y aunque me movía exactamente en dirección a la meta deseada, me torturaba la idea de que a cada paso que daba me iba alejando del lugar que era para mí el Uno y el Todo. El primer silbido de aviso de la marmota, ¿no es verdad que se dirigía a mí y no a sus congéneres? La liebre albina de la montaña, saliendo de la bruma con un grito, ¿no daba más bien la imagen de una fuga sin salvación?

Todo esto lo pensé airado, angustiado, mientras seguía imperturbable mi camino. Al salir el sol, amainó la lluvia y empecé el descenso del valle del Isonzo, todavía escondido. No había ningún camino a la vista, pero yo me abriría uno. Descubrí en mí realmente aquella agilidad y aquella ligereza de la que hablaba el discurso que había pronunciado el padre en la cumbre; un saltar de un modo rápido y regular de una piedra a otra, sin detenerme ni interrumpir la marcha. Sentía incluso un placer en esto, un placer que se hizo aún más intenso una vez que, en un momento determinado, tuve que convertirme en escalador: entonces iba a gatas, padre, no obstante, erguido, y sentí pasar una sola corriente entre las puntas de los dedos y la yema del dedo gordo del pie, como en los trabajos físicos que tú me procurabas, ¡nunca! Lleno de ánimo alcancé el pie de aquella pared, como si estuviera bañado en un sol, que luego

realmente salió.

Ahora yo estaba en el límite sur del bosque y tenía ante mí una excursión larga pero tranquila y reposada. Sin embargo, al continuar su camino, al caminante le entró algo distinto del miedo a una tormenta, a un animal salvaje o a despeñarse. El profesor, hablando de sus expediciones solitarias como joven geógrafo, decía que no se había sentido libre hasta haber dejado detrás de sí «las últimas señales de cazadores»; yo, en cambio, lejos de cualquier población, en una región en la que, con seguridad, nadie más que yo había puesto los pies (la gente no sabía siquiera que yo estaba aquí), tuve ahora que vérmelas con la angustia, el miedo a un monstruo... que era yo mismo. Había desaparecido el punto de apoyo que puede suponer un mundo; en su lugar, la palidez con la que, acosado por el perro de presa que de un modo repentino había surgido en mi interior, andaba errante, a ciegas, el monstruo llamado «Solo». Y de nuevo la sacudida que era al mismo tiempo reflexión. ¿Tuve que dármela o bien se produjo? Se produjo, y quien se la dio al errante fui yo. Otras veces había ocurrido ya que el muchacho se encontraba a sí mismo de este modo, generalmente en el momento de despertarse, y siempre cuando pensaba que algo le estaba amenazando. Primero, de un modo repentino, la angustia se convertía en sobresalto, como si hubiera llegado el momento ya, y luego el sobresalto en un pavor en el que, siendo sólo una excrecencia, él estuviera esperando inmóvil su propia aniquilación. Pero ésta no llegó; en cambio lo que llegó fue la presencia de un extraño –más extraño ya no podía serlo– que era Yo. Era Yo, y este Yo se escribía con mayúscula, porque no era cualquiera, sino alguien que estaba sobre él de un modo gigantesco, ocupando el espacio, que le soltaba la lengua y los miembros y era su nombre escrito. El pavor se convirtió en un pasmo (para el que, por una vez, era adecuado el calificativo de «sin límites»); el mal espíritu, en un buen espíritu, y la excrecencia, en una criatura a la que, en mi imaginación, no la señalaba aquel dedo único, un dedo ominoso, sino toda una mano, una mano que bendice, porque al aparecer el Yo era como si hubieran acabado de crearla: ojos que se redondeaban, oídos que no hacían otra cosa que escuchar atentamente. (Hoy, sin embargo, no quiere mostrármeme otra vez; la admiración ante aquel inabarcable «¡Yo entero!» parece haberme abandonado para siempre, y esto tal vez tiene que ver con la culpa, que, convertida en una parte del hombre de

cuarenta y cinco años, deja solo a éste con su razón, que es a menudo triste, mientras estoy viendo al muchacho de veinte años todavía en el estado de la gracia de la locura de la inocencia. ¿Locura? Ella, en aquella ocasión, allí, en la naturaleza virgen curaba el miedo.)

Tranquilo y sereno continué mi camino, conmigo mismo a la espalda, no como carga, sino como protección. Estando ya en el bosque, oí detrás de mí un ruido, y un bloque de piedra saltaba entre los árboles montaña abajo. Un silbido en el musgo, como una nube de moscas que levantarán el vuelo de un montón de excrementos, provenía de una serpiente de color verde musgo que, con la cabeza muy erguida, me estaba silbando y a la que en aquel momento conseguí admirar. El esqueleto que había debajo de un montón de leña pertenecía a un corzo; en el cráneo estaban aún los cuernos que, junto con la cabeza, cogí, llevé durante un trecho y luego volví a tirar. Al atravesar un claro del bosque, sin caminos, lleno de helechos que me llegaban hasta el pecho, me tomé tiempo para escuchar en el fondo de la masa compacta de helechos todos los zumbidos de aquellos pájaros invisibles que normalmente no emitían sonido alguno. No contradecía esta despreocupación el hecho de que me alegrara al ver un sendero cubierto de hierba que, conforme iba bajando, se ensanchaba hasta convertirse en un viejo camino, y de que aún me alegrara más al ver en él las primeras huellas frescas de un carro, con la estría del freno –hasta tal punto era inclinado el camino– en la franja de hierba del centro: para mí era como si, con aquella estría, con los bultos de la hierba arrancados por el cono del freno, los surcos de las ruedas –hundidos profundamente en la tierra, de un brillo negro, llenos de agua aceitosa–, las pisadas de los cascos de los caballos, las marcas de las botas de los que iban al lado, con la reproducción clara de la escritura de las suelas, empezara a tocar toda una orquesta entera, y esta melodía, la más dulce y tierna de cuantas pueda haber, ha sido hasta ahora mi ideal de música. Luego, los primeros gritos de los gorriones y los primeros ladridos de los perros. Aunque empezó a llover otra vez, me senté en el límite del bosque y comí de las moras silvestres, entre las que, a diferencia de lo que ocurre en el valle del norte, había algunas que ya estaban maduras. Me quité los zapatos y dejé que «el agua del cielo» me lavara los pies doloridos. Sudaba tanto que despedía vapor. En el espejo que formaba el mango de mi linterna vi un rostro en el que



había pinochas pegadas. Como las moras silvestres no apagaban mi sed, al continuar mi camino bebí de la lluvia caliente que caía. El saúco que había a la entrada del pueblo estaba manchado también con salpicaduras negras; al lado, con frutos que parecían salir directamente de las ramas, el acontecimiento de la primera higuera. Luego, al pie de la terraza sobre la que se encontraba el pueblo, un desierto pedregoso cruzado por una franja serpenteante de un color verde claro, el Soča, o el Isonzo.

Durante dos días había estado yo vagando de un lado para otro, y ahora que estaba seguro, como ocurría luego siempre que llegaba, pensé que el tiempo de mi vagabundeo había sido demasiado corto aún. ¿Seguridad? En mi vida me he sentido yo ni una vez en un estado de seguridad.

En aquella ocasión, el muchacho de veinte años sólo se quedó un día y una noche en el valle superior del Isonzo. Durmió en el mercado de Tolmein, la localidad más importante del valle, en cuyo escudo de armas serpentea el río, cruzado por las púas de la horca y el hacha de la Gran Revolución de los Campesinos; encontró alojamiento en una casa particular donde le alquilaron una habitación en el sótano. En el techo había arañas, y el aire del sótano, pasada la medianoche, se enrarecía con el olor a vómito: al lado, otro inquilino estuvo vomitando de un modo sonoro y estentóreo y sin decir una sola palabra hasta el amanecer. Cuando me levanté, arriba, en la cocina que servía también de cuarto de estar, me encontré sólo a un niño, mudo, con un gato sobre las rodillas; los padres estaban fuera ya, trabajando. Dejé sobre la mesa la pequeña cantidad de dinero y desayuné en el mesón, y al ver el pan inspiré profundamente.

Caminando por la terraza, atravesada por una vieja carretera y en la que se encuentran los pueblos, siguiendo la dirección contraria a la corriente del río, fui a Kobarid, o Karfreit; el Isonzo, primero abajo, en el valle, luego se iba acercando; al otro lado, praderas con casas de piedra para guardar el heno, sin ventanas ni chimeneas. En el punto en el que se encuentran la tangente de la carretera y el arco que forma uno de los meandros bajé a la orilla, me quité la ropa bajo la lluvia y, desde una piedra colgada encima del río, me dejé caer a la corriente, que resultó ser mucho menos fuerte de lo que parecía desde fuera y se dividía en dos por delante de mí. El agua me llegaba hasta el hombro y,

como acababa de bajar de las montañas del gran valle, era tan helada, que en los primeros momentos me taladraba el vientre. Empecé a nadar enseguida con todas mis fuerzas corriente arriba y después de contar cien brazadas me di cuenta de que la piedra señalada por mis vestidos seguía estando a la misma altura. Así que el nadador no se movía de sitio y, con la cabeza justo por encima del agua, observaba la región, que desde esta perspectiva formaba parte de un continente extraño; un único flujo, un flujo brillante que venía de todos los lados, partido sólo por los bancos de cantos rodados, que tenían forma de lengua, cubierto de velos de vapor, limitado por detrás, en el horizonte, por un macizo montañoso que tenía la oscuridad de las coníferas, velado por la lluvia, nuestra pared líquida siempre activa que daba origen a estas inefables masas de agua en movimiento. ¿Soča? ¿Isonzo? El vacío humano que se extendía desde la punta de mi barbilla hasta la cumbre, en forma de proa iluminada por un sol lejano, no era más que las ondas frías y la lluvia cálida y hacía pensar más bien en un pre-mundo que no admite denominación alguna, sino que existe para sí mismo. Pero luego, en medio del río, me encontré con tres nadadores más, uno detrás del otro; no había duda – marcas de camiseta en los brazos morenos –, eran obreros que estaban en el descanso del mediodía: avanzando muy deprisa daban gritos de alegría a cual más fuerte y enseguida desaparecieron de la imagen (luego los vi arriba, en la carretera, con un convoy de camiones de grava). ¿Soča o Isonzo? ¿Qué le iba mejor al río, el femenino de la expresión eslovena o el masculino de la italiana? Yo pensé que para mí el masculino, para los trabajadores, en cambio, el femenino. Al continuar mi camino, arriba, en la carretera, sentí una mano cálida entre las paletillas, y los zapatos se convirtieron en piraguas que se deslizaban lentamente.

Luego, cuando, pronunciado por uno del país, oí por primera vez el nombre de Kobarid, me sonó como si saliera de la boca de un niño. Sí, ¡los nombres le devolvían, una y otra vez, al mundo su antigua juventud! Y, a diferencia de lo que ocurría en mi país, no tenía ante mí un pueblo, sino que estaba en medio de una parte de una metrópoli, con su bosque que se metía hasta el centro –con su librería y su tienda de flores– y sus vacas mojadas justo al lado de la fábrica, en la periferia. A pesar de estar en la salida de los Alpes, Kobarid, o Karfreit,

le parecía al joven como la imagen misma del sur, con la adelfa en las entradas de las casas, el laurel en las puertas de la iglesia, las contrucciones de piedra y los caminos adoquinados con piedras de muchos colores (que, no obstante, después de unos cuantos pasos, llevaban a los espesos bosques de pinos de Europa Central).

La gente hablaba esloveno e italiano, mezclado, del mismo modo que las casas formaban una mezcla compacta de madera, roca y mármol, y todo ello junto producía un centelleo de temeridad y osadía. En el hostel, que como los otros llevaba el nombre de una montaña, había un hombre sentado jugando a las cartas, el cual, al terminar la partida, con una leve sonrisa, le mostró al otro la carta que le había hecho ganar la partida. Una mujer, en una terraza redondeada, con un chasquido de los dedos índice y pulgar, iba quitando las flores marchitas de la serie de pelargonios que ocupaban todo el ancho de la pared de la casa, y al final ponía una maceta de color rojo brillante. «¡Aquí está mi origen!» Lo decidí así.

Dando la vuelta a la esquina llegaba del norte el autobús que yo estaba esperando sentado en un banco de madera. Pero no era el que yo esperaba; a diferencia de los yugoslavos, relucía; cuando se detuvo, en su pintura de esmalte se reflejaron las hojas lanceoladas de las adelfas; y cuando levanté la vista, sobre mí estaban sentados en sus tronos todos los habitantes de mi pueblo natal; en cada ventana un perfil familiar. Sin darme cuenta me estaba buscando un sitio más lejos, donde no me vieran. ¿Estaban realmente los vecinos sentados en tronos? ¿Aquello no era más bien estar acurrucado, en cuclillas? Y cuando en aquel momento se pusieron en pie, ¿no fue aquello más bien un erguirse sacando fuerzas de flaqueza? Penosamente, con los miembros deformados, iban saliendo del autobús, como arrastrándose, y el conductor tuvo que ayudar a muchos a bajar del estribo. Fuera estaban apiñados en el recodo de la calle y se buscaban los unos a los otros con la vista, como para no perderse. Aunque era un día laborable, se habían vestido como en los días de fiesta, incluso con sus trajes regionales; sólo el sacerdote que hacía de guía llevaba un traje de viaje negro con un cuello blanco. Los hombres llevaban sombrero y, debajo de los trajes color marrón, chalecos de terciopelo con botones de metal; las mujeres llevaban pañoletas chillonas con flecos de todos los colores del arco iris y todas ellas, colgando del brazo, un enorme bolso

con cierre, todos de la misma forma. Incluso las mujeres más viejas se habían hecho una trenza y se la habían sujetado en torno a la cabeza, a modo de corona. Yo estaba a cierta distancia, bajo una escalera exterior, sentado sobre un borriquete para partir la leña, en la penumbra. Es verdad que unos cuantos miraban hacia mí, pero nadie me reconocía; sólo el sacerdote estaba desconcertado, y yo imaginé que, a la vista del muchacho forastero, le venía a la mente Filip Kobal, el prófugo del seminario y el traidor a la religión. ¿Dónde podría estar ése en estos momentos?

Entraron en el hostel, siempre uno detrás del otro, y se quedaron allí un buen rato. Me propuse esperarlos; había un último autobús que iba al Karst, que tenía que ser la meta de mi búsqueda de huellas. Junto a mí, un montón de madera con un túnel en forma de pirámide en su base, como el escondrijo de un perro; encima, los restos de una inscripción mural en latín: «La hora no se puede saber.» Me imaginé que de la conducta de la gente del pueblo había deducido yo que la madre estaba bien; el simple hecho de ver los bolsos conocidos era una garantía.

Me dejaron tranquilo en mi asiento; el que se viera tan claro que yo tenía tiempo parecía ser una prueba suficiente. Cuando los de Rinckenberg salieron afuera, incluso los ancianos tenían las mejillas rojas. No estaban borrachos, pero sí eran todos ellos presa de una agilidad extraña y desmañada. Yo oía de sus labios la lengua del país, por primera vez la lengua pura, con voces claras, sin mezclar los sonidos ni tragarse las sílabas, como era habitual en los pueblos. Como si siguieran una indicación, antes de subir al autobús, se dieron la vuelta, todos a la vez, hacia la pared de la casa, que en esta parte no tenía ventanas, era sólo una gran superficie amarilla surcada por estrías transversales. En esta superficie se recortaban, de espaldas, las oscuras figuras de los habitantes del pueblo, y vi algunas mujeres, no importa de qué edad, dándose las manos y hombres cogiéndose por los brazos. No había nadie que no tuviera las rodillas dobladas, y de repente vi con toda claridad que no sólo nosotros, los Kobal, éramos expulsados, sino también la totalidad de los pequeños jornaleros rurales; todo el pueblo de Rinckenberg, un pueblo de exiliados desde tiempo inmemorial; todos igualmente esclavos, igualmente miserables, igualmente fuera de lugar; incluso el párroco, aquí, en este grupo, en lugar de una autoridad eclesiástica me pareció ser más bien un recluso,

huesudo y rapado. Por mucho que levantaran la vista hacia la casa, porque allí les habían alojado y alimentado bien por poco dinero, a mis ojos estaban ante aquella pared como ante las estrías de un muro de las lamentaciones, los excursionistas eran a la vez peregrinos («Pelegrin» era además un nombre frecuente en el pueblo), cosa que además armonizaba con la seriedad de los peinados y el traje. Por primera vez me di cuenta del sentido que tiene un traje regional (como ocurrió luego otra vez en la imagen de una vieja que estaba de pie delante de su cabaña del Karst, con los ojos cerrados y que llevaba colgando del brazo un vestido blanco y negro, su mortaja, lo que en tiempos había sido su traje de novia). En el grupo había también un niño, que en aquel momento trepó rápidamente a la cornisa, siguió avanzando por las estrías, cogido de los dedos y las puntas de los pies y, desde la mitad de la pared, entre los aplausos de los espectadores, saltó ágilmente al suelo; fin del viaje y señal para la partida.

Cuando el autobús de los excursionistas describió una curva cerrada y se alejó para dirigirse a lo que llaman la República de los Alpes, aquél se me hizo pequeño, de un modo semejante a lo que ocurre cuando miro algo con mirada de agotamiento, y gruñó, convirtiéndose en un coche de juguete en el que aquel pueblo de siervos de aldea desaparecía para siempre en el camino que lo transportaba de su tierra natal al lugar de confinamiento. Qué fino y elegante me había parecido aquel tropel perdido (incluso las venas de las manos dibujaban un motivo noble) y, con todo su aire fogoso del sur, qué impresión de algo grosero y profano daba aquella población yugoslava afincada allí desde tiempo, fumando imperturbables sus cigarrillos, con grandes caladas, expectorando, rascándose los genitales.

Atravesando aquel lugar vacío, me dirigí al muro y luego me añadí al grupo. Visto desde fuera, siguiendo con la vista las estrías, examinando el saliente del tejado con la cabeza echada hacia atrás, yo era el observador de una construcción de la época imperial. Por dentro, en cambio, había levantado al cielo los dos brazos, que yo sentía como muñones. En mi imaginación, maldiciones y escupitajos: nada que llevara hacia arriba; el muro de las lamentaciones eran sólo imaginaciones mías; sólo había una estructura paralela en la horizontal, ninguna línea que llevara a nada, sino sólo formas vacías en las que estaban pegados polvo de la calle y telas de araña; la casa,

en sus dos extremos, no limitaba con nada, ni al norte ni al sur. ¿El lugar de mi origen? ¡Esta pared, que vista desde cerca era un centelleo amarillo debería desmoronarse y venirse abajo, aunque fuera sobre mí! ¿Pero no es nada el ciprés del sur que hay a un lado, imagen de una llama, iluminado por las piñas, lleno del griterío de los gorriones omnipresentes, multitud de ojos en el escondrijo de un árbol? ¿No son nada las flores de las adelfas, olor a vainilla? «Adelfa», «ciprés», «laurel» –no son palabras mías–, no me he criado con ellas –no he vivido nunca en el entorno de lo que ellas significan–; la gente como yo, al laurel, todo lo más lo conoce en forma de una hoja seca que está en la sopa. Y este problema se agudiza aún más con la descripción: si quiero contar algo de una palmera ante la cual tuve una experiencia, se me cruza la palabra extranjera «palmera», con la que este árbol, junto con las escamas de su tronco y el golpear de los abanicos, se me esfuma. Podría nombrar de un modo siempre nuevo a la nieve, por ejemplo, que pasa volando por delante de las ventanas, tanto las que dan al norte como las que dan al sur, al viento, a la hierba, a los «pinos silvestres» (la madera que utilizaba el padre), a los «pelargonios», al «eneldo», pero así que el que se ha criado tierra adentro quiere, por ejemplo, conjurar la presencia del «mar», que luego ha experimentado de tantas maneras diferentes, éste se escapa junto con la palabra «mar», que no forma parte de su vocabulario. Desde siempre me he encontrado a disgusto mencionando cosas que para el niño que fui fueron simples nombres o que me fueron desconocidas del todo. Es más, incluso lo urbano, a aquel cuya infancia transcurrió en el campo, le sale difícilmente de los labios o de la pluma, ya sea la «plaza mayor» o el «tranvía», el «parque» o la «casa de pisos». Incluso para una frase en la que se contara algo y en la que apareciera el árbol al que él había tomado cariño –un árbol cuyo tronco de motas luminosas y cuyas simientes en forma de bola y que se balancean al viento le habían sacado tantas veces del abismamiento aldeano, le habían alegrado el alma, y que encarnaba en una sola cosa el sur y la ciudad–, el «plátano», incluso con esta frase es necesario siempre un salto para superar el sentimiento de vanidad, del mismo modo que, a la vista del ciprés, que para mí no era nada y que, no obstante, me hablaba como me hablaba desde lejos lo que parecía un muro de las lamentaciones, bajo el cielo, yo me ordenaba a mí mismo lo que ahora me estoy ordenando otra vez. «¡Tiene que ser algo!» Estas

cosas, en el extranjero, son una parte de mí, igual que en mi país lo son el boj y las pequeñas capillas que hay en los campos.

Poder pensar esto en paz y sosiego era ya ser escuchado: como si sólo me oyeran en la calma que necesariamente tenía que seguir a las maldiciones. ¡Qué expedición, ciertamente, la que va al reencuentro de la ley para nombrar todos los objetos vividos! ¡Bienaventurados vosotros, los creyentes! ¡Maldita naturaleza fronteriza! ¿No existe en la otra lengua una palabra para designar a aquel a quien «llevan indefinidamente de un lado a otro del mundo», así como la sentencia correspondiente a ésta: «las puertas extranjeras se te cerrarán de golpe detrás de los talones»?

Autobús del atardecer, que luego, en la llanura de Vipava, después de la última angostura-montaña-valle, antes de los acantilados del Karst, hacía tiempo que se había convertido ya en autobús nocturno. A través de la escotilla del techo entraba el brillo de la luna, que apenas se movía de sitio; al fin, una recta. Con las muchas curvas y cambios de dirección de antes había perdido yo la idea de dónde estaban los puntos cardinales, que no recuperé hasta que, en una parada, me encontré ante el letrero de un hostel en el que había pintada una naturaleza muerta de uvas y peces. Luego, dentro de la oscuridad, iluminada como un distintivo, la primera cepa, a la que seguían inmediatamente las primeras filas centelleantes de los grandes viñedos de la ladera. En el autobús, que estaba lleno, la gente empezó a hablar de un modo confuso e ininterrumpido; incluso el conductor hablaba, con el hombre que tenía al lado, sentado en el asiento abatible, el cobrador (una figura peculiar en un autobús de largo recorrido). Al mismo tiempo, por los altavoces llegaba el programa de radio, música popular, en consonancia con la velocidad del viaje, interrumpida continuamente por noticias. Lo que daba a esta escena un sello especial eran los soldados, apiñados en el pasillo central o en los asientos traseros —allí, muchas veces unos sobre las rodillas de los otros—, entrando en tropel en una parada, saliendo luego en torrente, desapareciendo después inmediatamente detrás de un muro de piedra. En aquel viaje, que fue largo, no pasó ni una hora en la que no se hiciera una pausa. El conductor paraba, o bien en un restaurante o en una barra donde se podía comer de pie, y anunciaba el tiempo que iba a durar la pausa: «cinco minutos», «diez

minutos». Yo me apeaba siempre y saboreaba el vino que los del país bebían de un trago; pronto me sentí como si desde aquel momento perteneciera para siempre a este coche de línea, el autobús nocturno, rechinante, con sus asientos agrietados y sus ceniceros sin tapa y con marcas de chicle pegadas encima, donde todo era a un mismo tiempo velocidad y sosiego, y a esta sociedad viajera, parlanchina, carente de curiosidad, indeterminable, y como si allí hubiera encontrado yo el trayecto de mi vida. ¿No es verdad que de vez en cuando me he sentido seguro?

Cuando después de la última pausa volvimos a subir, entre nosotros había un soldado de uniforme pero sin gorra. Llevaba en la mano un fusil cubierto con una funda y atado con cuerdas, que luego, durante el viaje, mantuvo entre las rodillas. Separado de los otros soldados, iba sentado en la fila de delante de mí. Así que miré, no el arma, sino su silueta, tuve la certeza de que iba a ocurrir algo. ¿A nosotros? ¿Al soldado? ¿A mí? Convertido en la atención misma, yo miraba su pelo, un remolino roto en muchas partes en el que, desde detrás, yo me veía a mí mismo. Un cabello corto que se levantaba y daba una doble imagen, la de un soldado joven y la de un Nadie de la misma edad. Al fin éste sabría quién era él (descrito por un tercero, o se había sentido siempre desconocido o se había visto sobrevalorado; en su propia imagen –si es que conseguía tener alguna– no había podido creer nunca, y sin embargo la pregunta: «¿quién soy yo?» a menudo se había hecho tan urgente como una jaculatoria); al fin tenía ante él a la persona más importante de su infancia, a su doble al que, de esto estaba él completamente seguro, se había criado al mismo tiempo que él en algún lugar del mundo y que, un día, sin duda alguna, estaría allí sin más, como amigo suyo de verdad y, en vez de limitarse a verle en su interior, como hacen incluso los propios padres, le entendería sin decir una palabra y le absolvería –como hará también él con su doble– con una sonrisa de reconocimiento o simplemente con un suspiro de alivio; ¡al fin estaba ante el espejo que no engaña!

Éste le mostró primero una figura que tenía que gustar a todo el mundo. Un joven estaba sentado allí, sin que en él hubiera nada que llamara la atención; por su apariencia apenas se distinguía de los de su misma edad, pero sobresalía entre los demás porque, sin que propiamente se aislara, estaba solo. No se le escapaba nada de lo que ocurría a su alrededor, sin embargo no



tomaba parte más que en aquello que tenía que ver con él. Durante todo el viaje no se le vio mirar de reojo ni una sola vez; la cabeza estuvo siempre dirigida hacia delante, el cuerpo no se movió de su sitio ni un momento y los ojos, entornados, con las pestañas que apenas se movían, daban la imagen de alguien que medita y al mismo tiempo se mantiene en estado de vigilancia. Podía estar imaginándose un lugar muy alejado y, sin embargo, sin que su fantasía se detuviera, podía tranquilamente coger con una mano el paquete que, sin que nadie más se hubiera dado cuenta, iba a caerse de la red a la cabeza del que tenía al lado; lo hubiera colocado otra vez, sin que nadie lo advirtiera, y, como si no hubiera ocurrido nada, mostraría un movimiento único con los párpados que tal vez se refería a una montaña de la Antártida. Eran sobre todo las orejas las que, de un modo tan característico en aquel joven, expresaban la simultaneidad de lo presente y lo ausente: percibían todos los ruidos que se producían en el autobús en marcha y del mismo modo podían ser conscientes del hundimiento de un glaciar, algo que se estuviera produciendo en aquel momento, de los ciegos que en las ciudades de todos los continentes estuvieran buscando una cosa a tientas en aquel momento, o del arroyo que seguía pasando por su pueblo natal, ahora como siempre. No tenían ninguna característica especial más que, finas, translúcidas, vidriosas como eran, estaban un poco despegadas de la cabeza; además no se movían; la idea de que estaban imperturbablemente activas, es más, de que eran lo único activo en muchos kilómetros a la redonda, un lugar de concentración hacia afuera y hacia adentro, el hombre literalmente todo oídos, provenía más bien de la actitud de éste, mantenida a lo largo de todo el viaje, la de una estatua exactamente, la actitud de uno que estaba esperando y que estaba preparado para todo. Pasara lo que pasara, estaría preparado para ello; se dejaría tocar pero no sorprender por ello.

Esto fue el viaje. La llegada al lugar en el que estaba el cuartel, sin embargo, le quitó la fuerza a la estabilidad de la imagen, y quedaron sólo algunas imágenes cambiantes, distintas cada vez que se las miraba. En los años que siguieron estuve muchas veces en Vipava, y el pueblo, la ciudad, la «señoría» que hay al pie de la montaña «santa» de Nanos, en Eslovenia (un arrecife calizo blanco y solitario, compañero de viaje del que se marcha, dando

vueltas sobre sí mismo y cambiando de forma, al mismo tiempo alimento del alma y silueta y marchamo que se encuentra en muchos productos profanos del país), con las aguas del mismo nombre (varios ríos que, uno junto al otro, sin hacer ruido alguno, salen de debajo mismo de las grietas de la roca, se juntan en cuevas, formando charcos, igualmente silenciosos, y luego, de repente, salen todos juntos con fuerza formando un único río, rugiente y sonoro, que se oye pasar por entre las casas de piedra y por debajo de una serie de puentes de piedra, que, en el viento que hace la corriente, arrastra consigo el saledizo de los árboles que lo flanquean, de las higueras salvajes y que se arroja espumeante al ancho valle y vuelve allí a amansarse), junto con el vino que lleva su nombre (blanco, hierboso y casi amargo), los he experimentado yo como un lugar que quiero estar viendo de nuevo tanto tiempo como sea posible, para no olvidar que yo puedo llegar a ser el mundo y que tengo una deuda conmigo mismo, al igual que con él. Sin embargo, la primera vez que estuve allí, sólo tenía ojos para el soldado, al que yo ahora, excitado y al mismo tiempo frío y prevenido como un detective, tenía que seguir como una sombra hasta el acontecimiento: luego he vivido algo –ningún acontecimiento tan inaudito como el que tuvo lugar con mi doble–. Ahora no era necesaria precaución alguna, hubiera podido quitarle los zapatos de una patada y él hubiera seguido su camino descalzo en línea recta sin mirar atrás. En la misma mano izquierda mantenía siempre cogido el fusil enfundado, pero más significativa aún me pareció su mano derecha libre, en la que el pulgar y el índice formaban un círculo. Lo seguí primero al cine, donde en medio de la multitud era el que se reía; luego a un local que se llamaba «Partisano», donde sólo el camarero y yo éramos civiles. ¿Por qué me hice pasar? El único que se preguntaba esto era yo; la tropa no se fijaba en mí.

El soldado se sentó a la mesa junto a los otros, como simple oyente. Y aquí empezaron a saltar las imágenes. De vez en cuando, en la duermevela se me aparece un rostro en el que la expresión cambia con la velocidad de las cifras que marcan décimas de segundo: de este modo, mi doble, al que yo ni por un momento quitaba el ojo de encima, cambiaba continuamente de cara. La seriedad se transformaba en regocijo; el regocijo en burla; la burla en desprecio; el desprecio en compasión; la compasión en ausencia; la ausencia en abandono; el abandono en desesperación; la desesperación en

oscurecimiento; el oscurecimiento en claridad; la claridad en despreocupación; la despreocupación en falta de seriedad. Además, de vez en cuando no escuchaba; se dejaba distraer por una mosca; dejaba que su atención se fijara en los jugadores de ping-pong que había fuera, en el vestíbulo; se dejaba sacar de allí por el ruido atronador del jukebox que atravesaba la sala. Sin embargo, cuando escuchaba, aparecía como la instancia suprema de la habitación, y era curioso ver cómo aquellos que se apartaban de él eran sustituidos siempre por otros que venían a contarle sus cosas. Incluso cuando estaba solo era objeto de miradas que procedían de todas partes, como si sus compañeros estuvieran esperando de él o bien una señal o bien, más aún, un flanco vulnerable. Sí, yo reconocía en él a una persona expuesta, a uno a quien los otros, por el hecho de que él lo era todo en una sola persona, pero no de un modo duradero, espiaban para medirse con él de este o aquel modo. Y él, a diferencia de lo que había ocurrido en el viaje, era consciente de esto y fue perdiendo poco a poco lo que le caracterizaba, su seguridad. Ya nada le era natural, lo menos natural acabó siendo él mismo. No sólo cambiaba constantemente de cara, sino también de posición; cruzaba las piernas, las estiraba, las ponía debajo de la silla, intentaba inútilmente poner de un modo relajado la pierna derecha doblada sobre la rodilla izquierda. Desapareció de toda su figura la hermosa yuxtaposición de lo cercano y lo lejano que transmitía al observador recogimiento, atención, dulzura y sobre todo pureza; en lugar de esto, una confusión tan desfiguradora como repulsiva de ojos que miran fijamente, de orejas rojas, de hombros torcidos, de una mano que, cerrándose en forma de puño, iba a coger un vaso y lo tumbaba. ¿Así que éste era yo? ¿Terminó el viaje? ¿Se acabó el sueño? La pregunta se convirtió en terror; el terror en asco; del asco nació el reconocimiento del asco (de mí, del otro, de la existencia) como enfermedad de nuestra especie; la conciencia de la enfermedad se convirtió en extrañeza; la extrañeza en pausa de reflexión. ¿Qué era para mí el doble con el que me encontraba? ¿El amigo que el niño había esperado encontrar? ¿El enemigo más terrible que pueda existir, ahora que iba a ser el que me acompañaría durante toda la vida? Incluso la respuesta dio lugar a una imagen cambiante: amigo-enemigo-amigoenemigo-enemigoamigo...

Era aproximadamente la medianoche y el bar se vaciaba. El jukebox

auténtico que había en la pared trasera estaba protegido por una campana de cristal en la que, bañado de resplandeciente luz, izado por un brazo, vertical, como una rueda, giraba un disco negro; una estampa tan característica, que la música, fuera la que fuera, no era más que el acompañamiento sonoro: el soldado y yo, los dos mirábamos en la misma dirección, a través de aquella pieza, grande y sombría, y al mismo tiempo, con el girar de las ruedas que había al fondo –estrías brillantes dentro de la luz–, vi de nuevo la raya del peinado del otro, de varios dedos, como un delta.

Los dos salimos afuera; yo, de nuevo, detrás de él; estuvimos los dos en la plaza desierta, bordeada al otro lado por una serie de enanitos de piedra de la época imperial; miramos el asfalto, nuestra patria; luego, la luna, nuestro animal doméstico; al lado, donde no había nada; Oh, lengua eslovena, que – ¿qué otra lengua viva lo tiene?– para lo que hacen o dejan de hacer dos tiene una forma propia, el dual, incluso en esta lengua está desapareciendo; se usa sólo en la lengua escrita.

Pero al ir al cuartel dimos un rodeo siguiendo el río, y aquí la distancia que me separaba de él se fue haciendo más y más grande. Junto a un banco de arena, en lugar del soldado encontré sólo las huellas de sus zapatos de cordones, unas huellas dejadas allí por haber estado pateando aquella zona de un lado a otro; muchas veces una marca se superponía a otra, todas borradas; con bolas de barro en los bordes, como si dentro del círculo hubiera acabado de tener lugar un duelo a vida o muerte.

La siguiente vez que lo vi estaba en una ventana del cuartel. Estaba allí en la oscuridad, pero lo reconocí por la silueta. Tenía en la mano una bola que podía ser una manzana, pero también una piedra que él estuviera a punto de lanzar. Cuando sacó un cigarrillo, por un momento se me apareció aquel rostro para mí tan familiar como terrible y, al igual que en el viaje, percibí otra vez los ojos inquisidores. Pero pensé que eran los ojos de un inquisidor que no quiere descubrir nada, pero que, en cambio, hace que lo conocido sea desconocido; que miden y amplían el ámbito de lo desconocido.

Era una noche cálida y tranquila y me refugié en un autobús aparcado que encontré abierto. Me tumbé en los asientos que había detrás de todo, que no estaban separados unos de otros, una vez más con el saco por almohada;

pasada la primera sensación de incomodidad, aquello fue mi sitio.

Sin embargo, no me podía dormir; el coche rechinaba, como si fuera a arrancar, y aun con los ojos cerrados veía la luz de la luna, como si fuera un reflector agudo y penetrante. Pensé en el otoño y en mi época de soldado, que, a diferencia de lo que había ocurrido hasta entonces, se me hizo de repente imaginable. Todos los esfuerzos de mi vida los había realizado siempre solo y por regla general me ocurría que luego, cuando volvía a tomar aliento, era como si no hubiera ocurrido nada; imposible vivirse a uno mismo en un estado de satisfacción. Entre los soldados, en cambio, así es como yo lo imaginaba, después de atravesar juntos una montaña o de haber tendido un puente, simplemente estando juntos en algún sitio, a la vera del camino, agotados, nos infundíamos unos a otros la seguridad en lo que habíamos hecho. Y yo me quería esforzar siempre hasta el agotamiento; como ya no era un aldeano y no había llegado a ser un trabajador, el agotamiento era mi única justificación.

Luego, por el contrario, pensé en el discurso que un instructor militar, venido especialmente de la ciudad donde se encontraba la guarnición, pronunció ante los reclutas, que provenían del campo. Balanceándose sobre el tacón y dando puñetazos sobre el pupitre, el oficial miraba fijamente a la lejanía y descubría el viento helado de la tundra que soplaba por entre las tumbas de los héroes, un viento que él inspiraba profundamente y que luego, en un único y prolongado rugido, metía en los oídos de aquellos débiles y flojos que tenía a sus pies, después de lo cual, tras un último toque con sus chinelas de latón, que hizo estremecer el tuétano de los huesos –«¡No hay muerte más bella que la muerte en el campo de batalla!»–, y, terminando de cantar juntos el himno nacional –vacilando una y otra vez con algunas palabras–, dando un taconazo y golpeándose la frente con el canto de la mano, desapareció por una escotilla como una exhalación en su infierno; para Félix Kobal, el primer encuentro con un loco y con un peligro público; para todos los que tenían su edad, en cambio, un fenómeno de la naturaleza ante el cual quizá aún se están inclinando hoy, como lo hicieron en aquella ocasión en «la sala de usos múltiples» de la capital del distrito, oscurecida para la arenga. Pero, ¿de la experiencia de la soledad no emanaba al mismo tiempo una luz liberadora?

Al fin, el que estaba tumbado en su autobús vio ante sí una carretera marítima, y se había declarado la guerra. Ni un ser humano en el mundo, a

excepción de los dos centinelas, uno a cada lado del estrecho; los dos lejos, en medio del agua, cada uno de ellos sobre un disco delgado que se balanceaba sobre las olas y una voz que decía que muy pronto se iba a ver por qué las guerras son lo único real que existe.

Cuando me desperté no sabía dónde estaba. No estaba asustado, sino hechizado. El autobús estaba parado, pero en una región extraña, de colores distintos; la luna, que en aquel momento estaba aún incandescente, se había convertido en una luna pálida de día; era la única nube que había en el cielo, redonda, pequeña, justo enfrente del sol, pequeño y redondo. Yo no sabía cómo había llegado de un lugar a otro; todo lo más me acordaba de que alguien había pisado muchas veces el embrague y de unos matorrales que habían rozado los cristales. La puerta plegable estaba abierta y fuera encontré al conductor que, de un modo tranquilo y sosegado –en aquellos momentos no había nada que no pudiera parecerse a un cuento–, me dio los buenos días, y a aquel muchacho, como si fuera un viejo conocido, le ofreció participar en su desayuno.

El autobús estaba parado en pleno campo, pero desde la carretera una senda llevaba a un pueblo como yo no había visto nunca; después, de allí vinieron los viajeros, todos a la vez, como si salieran de una única casa; éste era probablemente el lugar de donde se iba a salir. Se movían en pelotón y, como era un día laborable, iban vestidos como para ir a trabajar a otro lugar; entre ellos un gendarme que, al lado de los otros, con su uniforme, daba la impresión de ser el mariscal. Apenas hubieron subido y desaparecieron de mi vista, el pueblo, como me había ocurrido ya la primera vez que lo vi, dio la impresión de estar deshabitado, un monumento de piedra, de color gris claro, arrancado de la historia, un monumento que formaba una unidad con el paisaje que tenía alrededor, desierto y ventoso. Sin embargo, al acercarme oí una radio, percibí un olor a gasolina y me encontré con una mujer entrada en años, de una fealdad que rompió el hechizo en el que me encontraba, y que echaba una carta en el habitual buzón amarillo. ¿Por qué me saludó sólo como «el hijo del herrero muerto, al fin otra vez en casa», me invitó a sentarme en el banco del patio, a resguardo del viento, detrás de los altos muros, me trajo una jofaina para que me lavara, me cosió los botones de la chaqueta que me

faltaban, me zurció los calcetines –a diferencia del hermano, nunca fui capaz de cuidar mis cosas; una camisa que en él después de diez años parecía nueva la rompía yo al primer día–, me enseñó la foto de su hija, me ofreció alojarme en su casa? Como siguiendo una ley de los cuentos, no hice ninguna pregunta, ni por el nombre del lugar, ni por el del país libre y aireado cuya frontera –una transición como yo no había vivido nunca, ni viví luego después– había atravesado yo dormido, un país del que, de un modo totalmente distinto a lo que me había ocurrido hasta ahora estando de camino, nada me era familiar; incluso así, yo sabía que estaba en el Karst.

La extrañeza y la angustia de estar en un cuento no tardaron en hacerse sentir, con la mesa de cocina recubierta de linóleo, los primeros titulares de un periódico (la otra lengua ya no era un velo que cubría las cosas), la cisterna que había allí, en la que un letrero recordaba que durante la guerra mundial el pozo había servido a los resistentes de emisora clandestina. Sin embargo, junto con el hermano desaparecido, el Karst es el móvil de esta narración. ¿Pero se puede contar algo de un paisaje?

La atracción por el Karst, ya de niño, empezó con una equivocación. Desde que era pequeño, a la vaguada en forma de escudilla en la que se encontraba el huerto de mi hermano la tomé por una dolina, el fenómeno más llamativo del Karst. Aquella vaguada era lo único que le daba un cierto interés a nuestro insignificante llano de Jaunfeld; los cuatro o cinco conos que habían abierto los obuses en el bosque de Dobrawa tenían justo el tamaño necesario para que pudieran servir de depósitos de basura, y el Drau discurría tan oculto, en lo hondo de su valle de artesa, sin barcos ni botes que navegaran por él (todo lo más, atravesado antaño por los partisanos en cubetas de colada), que, probablemente, en el pueblo de Rinckenberg nadie tuvo nunca conciencia de estar viviendo a la orilla de un río de verdad, ni menos aún, de un río importante. La artesa que había en la tierra llana era lo único curioso que había en nuestro país, no por su forma, sino por ser algo excepcional: aquí, pensaba el orgulloso escolar, tan al norte de Karst, como ocurre allí en tantos otros sitios, se abrió una cueva subterránea y, desde arriba, la tierra ha ido resbalando y ha formado el suelo fértil de la pequeña hondonada. Mi fe de niño pensaba: donde una vez ocurrió algo en el futuro va a ocurrir también

algo, algo completamente distinto, y al mirar a la presunta dolina sentía una mezcla de expectación y temor.

Cuando después el profesor (de Geografía e Historia) me sacó de mi ignorancia, aquella visión equivocada que había durado años, había hecho ya su efecto, y si mi nostalgia de lo lejano tiene una meta, ésta es el Karst. Por otra parte, yo no tenía otra imagen de él que la de la roca desnuda en la que, con la tierra roja al fondo, unos pegados a otros, se incrustaban los conos de las dolinas. En mi recuerdo veo al adolescente sentado en casa junto a la ventana, que, con el pensamiento puesto en la meseta costera que hay detrás de las montañas, de repente rompe a llorar, con lágrimas tan ardientes, que, a diferencia de los berridos que daba a veces cuando era niño, tienen la fuerza de un grito: son –lo estoy viendo ahora– lo primero que dijo sin que le preguntaran, su primera palabra propia.

Es de aquel profesor, una vez más, de quien ahora estoy tomando el modo de intentar dar comienzo a mi narración sobre el Karst (si bien, en correspondencia con el llanto repentino de entonces, en mí hay una voz que dice simplemente: «¡Oh, roca alada!»). Es verdad que la historia que él más amaba, la de los mayas, la empezaba con una exclamación: pero luego, en lugar de hacerla salir de un acontecimiento y desarrollarla desde allí, la hacía partir del suelo. La historia de un pueblo, pensaba él, está prefigurada por las condiciones del suelo y sólo se puede contar de un modo adecuado a sus leyes si en cada fase de esta historia el suelo representa un papel; para él la única historia verdadera es la que al mismo tiempo investiga las formas de la tierra. Se creía incluso capaz de deducir de las formas de un país el ciclo en el que se encontraba un pueblo y de saber si en los habitantes se habían podido formar ciclos como en el pueblo. La península del Yucatán, la tierra de los mayas, decía, era también un Karst, una meseta calcárea vaciada por dentro, pero, a diferencia de lo que ocurría con *el* Karst, el «Karst matriz», el altiplano que domina el golfo de Trieste, del cual, decía, toman su nombre todos los fenómenos geológicos del mundo que se puedan comparar con él, aquella tierra es «la forma invertida» de ésta: lo que sobre el Mediterráneo eran enjambres de cráteres, en los trópicos eran torres y conos; si en Europa la escasa lluvia y los ríos que venían del interior del país eran engullidos inmediatamente por las grietas del terreno calcáreo, los aguaceros de



Centroamérica, en forma de surtidores de agua dulce, salían a borbotones de los agujeros de la roca, incluso fuera del altiplano, delante de la costa, en medio de la salinidad del Atlántico, y en aquella época los mayas iban a remo hasta allí para proveerse de agua.

Según la teoría del profesor, como consecuencia de esto la gente del proto-Karst tenía que ser «la imagen invertida» del pueblo de los mayas. ¿No es verdad que para trabajar en el campo, en vez de subir a las terrazas bajaban a las dolinas? ¿No es verdad que sus santuarios, en lugar de esconderse en la selva virgen, se recortaban claramente sobre las cimas peladas? Las grutas, el lugar en el que los mayas ofrecían sacrificios humanos, ¿no eran para ellos refugios? Sus construcciones –no sólo los templos, sino también las cabañas más apartadas, en el campo– en vez de ser de madera y hojas de maíz, ¿no eran de piedra dura, tanto la casa principal como el gallinero, el umbral como el tejado, incluso, de vez en cuando, el canalón?

Sin embargo, los que van por el sendero a buscar el autobús, la mujer gorda que me acogió y todos los que la seguían, en mi memoria se convirtieron en una procesión de indios. ¿Eran un pueblo? Por lo menos, el hecho de que fueran eslovenos o italianos no me parecía que fuera su característica principal. Sin embargo, para formar un pueblo por sí mismo, la gente del Karst, a pesar de las grandes dimensiones de su región y de los centenares de pueblos que en ella había, eran demasiado pocos. O tal vez eran muchos: por lo menos yo siempre los vi de uno en uno, en grupos de dos o de tres; varios juntos, todo lo más en la iglesia, en el autobús o en el tren y en el cine del Karst. Una persona sola la encontraba en el cementerio; uno o dos (por regla general hombre y mujer), rastrillando abajo, en su dolina; tres (por regla general veteranos), sentados, jugando a las cartas en el bar, que estaba en un edificio de piedra. Jamás los encontré en un corro, o en círculo, reunidos para una finalidad común; es verdad que ni aquí faltaban los retratos de Tito, pero yo tenía la impresión de que allí, en el altiplano, tanto el poder del Estado como el sistema político eran meras formalidades; y en aquel desierto eran tan escasas y tan pequeñas las tierras cultivables, que un colectivo no era ni siquiera imaginable: el campo de labor, de las dimensiones de la sombra de un manzano, en el fondo de la dolina, fuera del pueblo, a notable distancia de él, únicamente podía ser propiedad de una sola persona. Pero entonces, ¿por qué

aquella revuelta de campesinos de Tolmein se había extendido hasta el Karst y, una vez allí, ya no había luchado sólo por el «antiguo derecho», sino por la «liberación final», con el lema: «No queremos ningún derecho, queremos la guerra, y el país entero se unirá a nosotros»? ¿Por qué en el siglo siguiente se fundaron aquí más escuelas que en ninguna otra parte? ¿Por qué imaginaba yo que el camarero de la Wochein y el soldado de Vipava iban a reconocerse inmediatamente el uno al otro, como transeúntes en medio de una multitud sin rostro, aunque fuera sólo con una mirada, que iban a saludarse como miembros de una diáspora, procedentes de un altiplano, que fue su patria, en el que la tierra, en vez de representarse como un globo, tal como se hace en la época moderna, se representa aún como un disco? Sin embargo: un pueblo, lo que se dice un pueblo (con su ciclo), no lo encontré en el Karst; lo que encontré, en cambio, fue un conjunto de habitantes para quienes en todos los puntos cardinales hay un «abajo» o un «fuera», una serie de vínculos y un sentido de la orientación como el de una gran ciudad, donde las diferencias entre un pueblo y otro son allí las mismas que aquí las diferencias entre un barrio y otro (en el diccionario del hermano, de toda Eslovenia, el Karst era la región que poseía un mayor número de hallazgos lingüísticos), sólo que cada parte de la ciudad está aislada, a una hora de camino de la más próxima, en una tierra de nadie, y que ninguna tiene la fama de ser el barrio de la miseria, el de los burgueses o el de los ricos: se llega a todas ellas por calles de las que casi ninguna tiene nombre y que suben todas de la misma manera; al sur de la ciudad, tal vez un cedro, en lo alto, delante a la iglesia, en lugar del castaño que hay en el límite norte y en el límite oeste; en el monumento a los caídos, tal vez un nombre italiano más que en los otros sitios. Aquí ni un refugio ni un chalet son imaginables; el único castillo, construido por los venecianos –que, como antes los romanos, talaron el Karst para construir barcos y de este modo dieron el último toque a esta región de tierra que se traga el agua–, abandonado y medio en ruinas –las almenas arqueadas, del imperio de los Doges, dibujaban florituras que desentonan con el conjunto uniforme y rectilíneo del resto–, se levanta sobre una cima rocosa como un fortín en medio de un desierto.

Al pueblo, a la gente, en mi país, citados una y otra vez por unos y conjurados por otros, en el Karst no los echaba de menos; tampoco encontraba

a ningún rey exiliado cuya suerte pudiera yo lamentar; tampoco necesitaba buscar, como en el mundo que me rodeaba en mi país natal, ningún sello que me hablara del imperio desaparecido, de los pastizales desiertos y de la ventana ciega; aquí las casas podían seguir estando sin zócalos y sin canalones ornamentados; y mirando al norte, donde más allá del lomo del Nano se represa mi banco de nubes, digo: *¡Tienen* que ser así!

¿De dónde venía entonces, así que miraba a mi alrededor, esta libertad? ¿Cómo es posible que un paisaje signifique algo como «libertad»? En los últimos veinticinco años he recorrido el Karst muchas veces, cargado con mochilas (el único ser humano que llevaba allí una cosa parecida), bolsas y maletas; ¿y por qué tengo la impresión de que he tenido siempre los brazos y las manos libres, como si desde el primer día, el saco que he estado trasladando de un lado a otro, hubiera desaparecido de mis hombros?

La primera respuesta que se me ocurre es el viento del Karst (y quizá también el sol). Es un viento que generalmente viene del suroeste; un viento que sube del Adriático al altiplano y que, en forma de corriente de aire constante, apenas perceptible, tanto si está uno sentado como si está de pie, lo recorre de un lado a otro. El mar, que sólo se ve en unos pocos lugares del Karst –lugares realmente secretos–, cuando sopla este viento, es un poderoso presentimiento que no tiene nunca marea baja, mucho más fiable, seguro y eficaz que si uno realmente se encontrara delante de él o incluso que si, sin atadura ninguna, navegara a vela por él aguas adentro. Sentir la sal en la cara es sólo una imaginación, es cierto; no, en cambio, las hierbas salvajes del borde del camino, el tomillo, la salvia, el romero (todos ellos más fuertes, más pequeños y más genuinos –en cada hoja y en cada pincho está ya la esencia de la especia– que en nuestros huertos), la vaharada de la menta nudosa, africana casi, la flor en forma de labio del fresno del maná, la resina, que gotea de los pinos, las bolas de los enebros, que hacen pensar en una bebida fuerte (sin peligro de que con ella te emborraches). Este viento no es una corriente de aire ascendente por el solo hecho de que venga del mar: con indecible suavidad lo coge a uno por debajo del brazo, de modo que el que va andando, aunque se mueva en dirección contraria a él, se siente llevado en volandas por él. ¿No es verdad que, sobre todo en el sur, hay viejos pueblos costeros cuya

fiesta fundamental consiste en retirarse en determinadas épocas a los altiplanos abandonados y celebrar en secreto la fiesta del viento, pueblos, cabría decir, que dejan que éste les inicie en la ley del universo?

Como tal iniciación viví yo también, repetidas veces, el viento del Karst... pero ¿una iniciación a qué ley? ¿Realmente había una ley? Una vez mi madre me contó mi nacimiento: a pesar de que yo fui su último hijo, después de los otros dos, estuve en su vientre más allá del plazo normal, y además sin moverme; una vez llegado al mundo, después de un primer vagido, lancé un grito que la comadrona comparó a una «fanfarria triunfal». Es posible que mi madre, contándome esto, quisiera provocar en mí un sentimiento de alegría; sin embargo yo sentí terror, como si, en lugar de mi nacimiento, se tratara de mi muerte. En lugar de describirse mis primeros momentos, se estaba describiendo allí los últimos, y sentí como si me estrangularan, como si, a los acordes de aquella fanfarria, me estuvieran llevando a rastras al patíbulo. De hecho yo había estado reprochándole a mi madre una y otra vez el que me hubiera echado al mundo. Este reproche yo no lo pensaba, me salía involuntariamente; no era tanto una maldición como una cantilena; una vez, cuando me perseguía mi enemigo, otra, cuando me picaban los sabañones o un panadizo; a veces, simplemente mirando por la ventana. Mi madre tomaba muy a pecho mis palabras; yo, en cambio, nunca las tomaba en serio del todo; en el adolescente los humores del asco y del enojo estaban en conflicto con algo firme y estable, una alegría por algo que tenía que venir, pero que estaba muda porque aún no tenía objeto. Éste se le apareció ahora en el paisaje del Karst, y ahora, aunque para ello fuera demasiado tarde, podía decirle a mi madre: estoy conforme con haber nacido. ¿Y el viento del Karst? Me atrevo a decir: en aquella ocasión este viento me bautizó (del mismo modo como hoy vuelve a bautizarme), hasta las puntas de los cabellos. Sin embargo, aquel viento bautismal no le dio un nombre a su neófito –¿no formaba parte de la «alegría» el hecho de «no tener nombre»?–; se lo dio a la franja de hierba que había en el centro del camino por donde iban los carros, a los ruidos de los distintos árboles (cada uno tenía un nombre distinto), a la pluma que se movía flotando por encima de un charco, a la piedra agujereada, a la dolina del maíz, a la dolina del trébol, a la dolina de los tres girasoles: a las cosas que había alrededor. De aquellas brisas he aprendido yo más que del mejor de los

profesores: aguzando mis sentidos, todos a un tiempo, en lo aparentemente más embrollado y confuso, en la naturaleza salvaje, a leguas de distancia de los humanos, aquellos soplos me mostraban una forma tras otra, cada una claramente separada de la otra, cada una el complemento de la otra, y yo, en la cosa más inútil, descubría un valor, y llegué a poder dar nombre a todas las cosas juntas. Sin el viento del Karst tampoco hubiera podido describir como lo he hecho el pueblo de Carintia en el que lo que reina es más bien la calma; no habría ninguna inscripción sobre mi estela. ¿No producía ninguna ley esto?

¿Pero qué pasaba con el viento contrario, el que venía del norte, el famoso *burja* (o bóreas), un único silbo glacial que atravesaba el altiplano, en el que ya nada olía y que le quitaba a uno la vista y el oído? Entonces, si uno estaba fuera, en alguna parte, estaba el camino que bajaba a las dolinas resguardadas del viento y en cuyo fondo, sin tener miedo unos de otros, se podían reunir los animales salvajes del Karst, un cervatillo regordete junto con una liebre y una manada de jabalíes oscuros. Arriba, en el horizonte circular de la cubeta, los árboles se inclinaban todos del mismo modo, y abajo, en cambio, apenas temblaba la hierba de la rastrojera, apenas oscilaban los zarcillos de las habas o las patateras. Incluso si, en el altiplano, sin la protección de una dolina, uno estaba expuesto a la tormenta, bastaba con que se sentara detrás de uno de los muchos muros de piedra sin cemento que había allí para pasar en un momento del frío glacial, acompañado de un silbido agudo y penetrante, a un baño caliente y silencioso. En este refugio uno tenía tiempo para pensar en aquella batalla de la Antigüedad en la que dos ejércitos enfrentados vieron cómo el bóreas por un lado se llevaba las flechas y las lanzas y las arrojaba por encima de las cabezas de los enemigos y por otro las lanzaba a sus pies; o bien podía ocurrir también que, del mismo modo como el viento del oeste le hacía ver a uno el valor de las cosas de la naturaleza, éste le hiciera ver el valor de las obras del hombre, las vallas de piedra así como las pequeñas rejas de madera que había en ellas, una muestra de varas paralelas, cortadas de los matorrales que había al lado, tan finas, tan curvadas, tan separadas unas de otras, que era posible reconocer allí el prototipo de la reja, de la puerta; del mismo modo como, para formar los cristales, la naturaleza necesitaba los espacios intermedios, el ojo escrutador los necesitaba para percibir las formas originales. Incluso un camino, perdiéndose en la hierba de la estepa y en las

rocas del desierto (todo el Karst estaba lleno de este tipo de promesas engañosas de llegar a una meta), no era un camino de mulas cualquiera, sino el camino, una construcción, en el sentido de que, por lo menos hasta el nivel de la superficie útil para la agricultura, del oasis y de la dolina, mostraba una clara trinidad formada por muro lateral, calzada bien empedrada –para el paso de vehículos– y franja central en forma de bóveda.

Estos fenómenos, allí arriba, aislados en una zona deshabitada –en el altiplano no había ninguna casa solitaria–, se fundían unos con otros en los pueblos. Era el bóreas precisamente el que acercaba unas a otras estas cosas aisladas y hacía ver la unidad que existe entre lo bello y lo que sirve para defender al hombre. Las fachadas que daban al norte, unas piedras encajadas unas dentro de otras sin dejar apenas la abertura de un ventanuco y que por lo demás tenían muchas veces la longitud de la nave de una iglesia, que se curvaban evitando el viento, formando un arco amplio y suave, esquivaban a éste de un modo bello y elegante; los muros de las casas de campo, más altos que algunas de las higueras que había detrás, redondeadas en la parte de arriba, con grandes puertas de mármol, de la anchura de una carroza de príncipe (junto con los guardacantones blancos, propios de su rango, y el anagrama IHS en el frontón), delimitaban un cuadrado en el que uno, medio cegado y casi sordo por el estruendo, entraba como si entrara en una exposición, en un bazar en el que se hubieran juntado objetos preciosos, donde el caballete para serrar madera armoniza con la parra, los haces de leña con los muros de mazorca de maíz y los montones de calabazas, el carro de mimbre con la rimera de troncos destinados a la lumbre (pon encima del banco del patio el bastón de nogal, con el pañuelo lleno de setas, y armonizan perfectamente con el cuadro). Las casas del Karst, fortalezas por fuera, metidas unas dentro de otras, con chimeneas en los tejados, que son casas de propiedad, por dentro, en cambio, podían ser de una gran delicadeza y finura; no necesitan ninguna cámara abovedada para guardar los toneles; ellas solas, por fuera, tienen ya una forma ligeramente abovedada para defenderse de la intemperie.

En ninguno de aquellos edificios vi yo nunca lo que la gente llama una obra de arte: ¿por qué entonces, casi siempre que echaba una mirada a la habitación de una de estas casas de campo –aunque sólo fuera estando de paso– me daba

un salto el corazón, algo que no me ocurría más que en las exposiciones de pintura, y además en las más bellas, únicamente en las épocas de festividades religiosas, y por qué el taburete que tenía la superficie justa para el trasero de un niño pequeño invitaba a sentarse en él como si fuera un trono? Lo que llamaba la atención allí era que tantos objetos fabricados por la gente del Karst reprodujeran la forma fundamental del paisaje, el círculo de las cubetas formadas por dolinas; que todos aquellos gráciles cestos, aquellos carros panzudos, aquellos banquitos gastados, que formaban un hundimiento, aquellos rastrillos para el heno, coronados por un arco, parecieran rendir homenaje a lo único fértil del país, a la madre dolina, e incluso que la virgen de madera de la iglesia, una talla medieval, tuviera el vientre abombado del mismo modo.

Sin los armazones y los útiles del Karst yo no hubiera podido apreciar el valor que tenía la herencia de mis antepasados, ni el huerto del hermano, ni el ensamblaje de madera que sostenía el tejado, ni el mobiliario del padre. Hasta aquel momento había estado deseando siempre que nuestra hacienda tuviera adornos; no sólo quería que allí hubiera una ventana ciega, sino también una estatua, y además tal vez también el fragmento de un fresco de varios siglos de antigüedad, y dentro de la casa, una alfombra suntuosa o los restos de un mosaico romano; el acordeón del hermano, en un ángulo de la habitación, con sus teclas de nácar, brillaba ya como un objeto decorativo, y era un acontecimiento cuando, cada tres o cuatro años, el rollo de pintura dibujaba en las paredes un motivo nuevo. No hay que olvidar que de los habitantes de nuestro llano se decía que se caracterizaban por su sobriedad, su sentido de lo útil y su afán por hacerlo todo con la máxima simplicidad. Y era ahora cuando yo, justamente en esto, encontraba la expresión que tanto había echado de menos, la expresión que yo me había prometido para calificar los ingredientes y los complementos de la casa: la mesa del padre, juntamente con las sillas, la cruz de la ventana y la jamba de la puerta no sólo hacían habitable el espacio, sino que además tenían un halo de amabilidad y finura; no sólo daban testimonio de una mano cuidadosa, sino que además transmitían algo que aquel hombre, brusco muchas veces en sus actuaciones, colérico, despiadado, sólo podía expresar y transmitir de esta manera y que era lo único que era toda su persona: uno, desmañado e intimidado al lado de aquel hombre, a la vista de los objetos que hacía, volvía a tomar aliento y aprendía de ellos el sentido de

la visión de conjunto. Las letras IHS que había encima de los portales del Karst se me asociaban con los números del año que mi padre, con una sierra, había abierto en el frontón de la casa, como agujeros que servían para airear el heno, y desde entonces yo miraba este dibujo, como grabado al fuego sobre aquel triángulo de tablas gris claro, gastadas por la intemperie, como aquello único que sólo una obra de arte puede ser, y no necesitaba ya ningún otro adorno en la casa. Y el Camino Verde del huerto del hermano, a pesar de ser corto, desembocaba en el Karst, en la franja central del Karst –recta, como trazada a cordel–, que acogía a todos los caminos del norte, en aquella franja que llevaba al horizonte del Océano; del mismo modo que el dique de piedra que había a la entrada de la zanja, construida antaño por el hermano para contener el humus y actualmente en ruinas, continuado ahora en los muros de los campos del Karst, compactos, sin aberturas, regulares, bien trazados, como si, simplemente, al pasar por los Alpes, se hubiera sumergido en la tierra para volver a emerger aquí, cerca del mar, intacto como el primer día, adornado por el sol del sur como para la fiesta que los carpinteros celebran cuando han terminado el armazón de una casa, más noble que nunca, como si con ello se pusiera de manifiesto que a nuestro continente lo cruza también una Muralla Europea, igual que la Muralla China.

¿Pero se podía uno fiar de un modo duradero de las cosas de un paisaje y de las obras de sus habitantes? ¿Qué hacer en estos días de calma del Karst –los había en todas las estaciones del año–, sin sol, sin que hubiera tampoco ninguna forma de nube en el espacio sin mundo, donde, en el pelado disco de la tierra –ni una silueta, ni un sonido, ni el reflejo de un solo color–, durante la noche todo parecía haberse extinguido, cuando uno mismo era precisamente lo último que aún alentaba; angustia, opresión que, a diferencia de lo que ocurría fuera de allí, no se reducía al momento del despertar y que no se podía ahuyentar con el canto de los gallos y luego con las campanas del mediodía, todas ellas con el mismo sonido metálico y cascado, que llegaban de miles de sitios distintos de la ciudad (los televisores resonando desde casas abandonadas y los autobuses vacíos pasando con estrépito, negros armazones de barras negras, con los conductores delante, como si estuvieran carbonizados desde hacía tiempo, sostenidos sólo por sus uniformes)? En



aquellos días ningún satélite muerto hubiera podido ser más pálido que el Karst, que parecía cubierto de ceniza de huesos, donde luego sobresalían innúmeros esqueletos, como los llamados «campos de carros», afilados con cuchillos y por los que no se podía pasar. Pero justamente esto me enseñó a mí algo que a uno de un pueblo sólo se lo puede enseñar una gran ciudad: una manera de andar.

En mi país, andar por el campo era pura y simplemente recorrer un trecho, del modo más directo posible, atento a cualquier posible atajo; un rodeo era siempre una falta: ¡de cabeza a la meta y nada más! Sólo sabían lo que era andar sin meta los desgraciados, los que habían perdido la esperanza: como presas de un ataque de locura, podían salir corriendo por los campos, meterse a ciegas en el bosque, bajar por la zanja, como fuera, llena de lianas, y llegar hasta el valle de artesa del río; y si a alguno de ellos alguna vez le daba por hacer esto, había que temer que saliera con vida. La madre, cuando se enteró de que estaba enferma, sin esperar un solo momento quiso salir corriendo hacia el pueblo, y delante de ella hubo que cerrar con llave la puerta de la casa; en aquella ocasión faltó poco para que arrancara la manilla. El deambular sin meta de los que van de paseo y las grandes zancadas de los excursionistas eran también algo desconocido para la gente de aquel pueblo; lo mismo ocurría cuando la gente subía a las montañas o seguía la pista de una pieza de caza; un cazador era siempre un forastero. No había más camino de ida que el de ir al trabajo y a la iglesia –tal vez con un rodeo por el bar– y no había más camino de vuelta que el de ir a casa; las piernas, que habitualmente eran meros zancos para transportar el cuerpo, que, tieso y rígido, estaba colocado encima de ellas, no se movían de un modo conjunto, jugando la una con la otra, más que en el baile. En Rinkenberk, una forma de andar inhabitual, de no ser la de un lisiado o un idiota, se veía como un modo de llamar la atención; y para esto la lengua eslovena tenía una palabra que se podía traducir por «levantar viento al andar».

Y ocurría también que andar en el Karst producía viento, cuando allí no lo había, y con él se disipaban las cavilaciones y me venía de nuevo aquel gran pensamiento, liberador como nunca: «amigo, tienes tiempo». Tener tiempo era además lo que le daba al hombre de pueblo la posibilidad de andar de aquella manera especial, un modo de andar, ciertamente, en el que, al levantar los

hombros, balancear los brazos o ladear la cabeza, uno, en vez de atraer la mirada de alguien, lo que hacía era llamar la atención sobre el entorno (del mismo modo que, a veces, la forma especial de mirar de un ser vivo, ya sea un hombre o un animal, le hace a uno darse la vuelta hacia aquella cosa inaudita que es lo que probablemente quiere ver el otro y que, a juzgar por su expresión de alada ingravidez, no puede ser más que algo que infunde alegría). Una particularidad especial de esta manera de andar es el hecho de que el que anda, de un modo tan involuntario como consciente, vaya dándose la vuelta a intervalos y mirando hacia atrás, no por miedo a que alguien lo persiga, sino por el puro placer que le depara el estar en camino –un placer tanto mayor cuanto que la marcha no tiene meta–, con la seguridad de estar descubriendo a sus espaldas una forma, aunque sólo sea la grieta en el asfalto. Sí, la seguridad de haber encontrado una manera de andar, de ser todo yo una manera de andar y de convertirme con esto en un descubridor hizo que para mí el Karst fuera una región distinta de las otras cuatro o cinco regiones del mundo por las que yo he pasado. Es cierto que el «¡levántate y anda!» se ha puesto a prueba también con éxito en otras partes, tanto en el lecho seco de un río como en las grandes arterias de una ciudad populosa, tanto en un día radiante como (de un modo más eficaz aún) en la oscuridad más cerrada, pero la verdad es que no hubo ninguna excursión al Karst que no estuviera marcada por la convicción de que allí, además de la posibilidad de respirar a pleno pulmón, encontraría yo una novedad. Es tan inquebrantable la esperanza que tengo en la fuerza que este paisaje tiene para insuflar de un modo renovado en aquel que le dedica tiempo una nueva imagen originaria, una forma elemental, el prototipo mismo de lo que es una cosa, que estaría a punto de llamarla fe a esta esperanza; el viento bautismal tiene el valor del viento del primer día, y el caminante, envuelto por él, se siente aún hijo de este mundo. Sin embargo, no necesitará salir corriendo como el que va de paso, sino que andará lentamente, se dará la vuelta mirando alrededor de sí mismo, se detendrá, se agachará: los lugares en los que va a encontrar algo están, por regla general, por debajo de la altura de los hombros. No es necesario que se obligue a ello; antes de que se dé cuenta, el paisaje y el viento ya le habrán dado lo que le corresponde. Con la conciencia de tener tiempo, en el Karst nunca he tenido prisa; correr sólo he corrido cuando me ha entrado la fatiga, y en estos casos ha sido una carrera

lenta.

¿Pero no es verdad que los hallazgos pertenecían a una época pasada?; ¿no eran los últimos restos, los residuos, los fragmentos de algo que se había perdido irremisiblemente, que ya no se podía recomponer y cuyo brillo provenía únicamente de la fantasía de su pueril descubridor? Con aquellas presuntas partículas elementales, ¿no ocurría algo parecido a lo que ocurre con aquellas concreciones calcáreas que, en una cueva, a la luz vacilante de las velas, están prometiendo un tesoro y que luego, arrancadas de allí, a la luz del día, en las manos del bandido, no son más que patatas grisáceas de piedra, de menos valor que cualquier copa de plástico? No. Lo que se encontraba allí no era posible llevárselo; no se trataba de esas cosas que uno coge y se las lleva arrastrando en bolsas llenas hasta rebosar, se trataba más bien de los modelos de esas cosas, unos modelos que, al darse a conocer al descubridor, se graban en el interior de su alma, donde, al contrario de lo que ocurría con las concreciones calcáreas, podían florecer y fructificar, unos modelos que había que llevar a otro país, cualquiera que éste fuera, y que donde iban a durar más iba a ser en el país de la narración. Sí. Si la naturaleza y las obras del Karst eran arcaicas, no lo eran en el sentido de un «érase una vez», sino de un «¡empieza!». Del mismo modo que al ver un canalón de piedra yo no pensaba nunca en «Edad Media», sino, como no ocurría ante ninguna construcción moderna, en «¡ahora!» (palabra paradisiaca), asimismo, en presencia de un embudo de dolina, no pensaba nunca en un momento remoto en el que de repente la tierra se hundió, sino que, sin que me cupiera duda alguna de ello, veía cómo de la cubeta vacía iba subiendo algo que llegaba como a bocanadas, una preforma: ¡había que retenerla! En ninguna parte he encontrado hasta ahora una tierra que, como el Karst, en todos sus elementos (incluidos los pocos tractores, fábricas y supermercados que allí había), apareciera ante mí algo así como el modelo de un posible futuro.

Un día, en este país –adrede, como tantas veces, por curiosidad, por las ganas que tenía de descubrir cosas– me perdí en una estepa sin caminos, llena de matorrales y aristas de piedras. Muy pronto dejé de saber dónde estaba. De esta región, que es fronteriza, no hay más mapas detallados que los militares, que son secretos. Como ocurre generalmente así que uno da cuatro pasos

campo a través, el viento ya no traía ninguna señal de vida de ninguno de los cientos de pueblos de esta región, ni el ladrido de un perro, ni los gritos de los niños (que es lo que se oía desde más lejos). Durante horas, sin perder para nada el ánimo, me estuve abriendo paso, en zigzag, por muchas dolinas que estaban en barbecho, con pálidos bloques de piedra esparcidos por la tierra roja del fondo, unas dolinas entre las cuales salían los árboles de la selva virgen, cuyas copas estaban a la altura de las suelas de los zapatos del caminante. Ahora era cuando podía hablar yo de la naturaleza en estado virgen y cuando, en aquella zanja de tierra, sabía yo lo que era aquella región en su conjunto, carente de agua: el inmenso desierto en el que sólo la vegetación producía la ilusión de ser una tierra cultivable, donde, al soplo ligero del viento, más de un conocedor de la región se había muerto de sed, oyendo tal vez en el último momento el suave susurro de los fresnos, en el que, para máximo escarnio, se oía pasar el agua clara de un arroyuelo de montaña. Desde hacía mucho tiempo no se oía ya el canto de ningún pájaro (por lo demás, en el límite mismo de los pueblos no se oía, aquí y allá, más que un suave piar); ni siquiera una lagartija o una serpiente. Fue entonces cuando, casi con las primeras sombras del crepúsculo, el extraviado caminante, después de haberse abierto camino con dificultad pateando la tierra a través de la maleza, se encontró de pronto en el borde de una cubeta de una dolina enorme, de las dimensiones de un estadio, cerrada por arriba, en todo su perímetro, por la empalizada alta y espesa de una selva virgen que no se descubría hasta que uno había conseguido penetrar en ella. La dolina mostraba una profundidad desusada; a ello contribuían también los peldaños que formaban las terrazas, que, sujetos por muros de piedra, articulaban las laderas, de una inclinación suave; en cada peldaño un verde distinto, según el tipo de fruto que habían plantado allí, y el verde más intenso era el que brillaba desde el círculo del fondo, vacío, no cultivable; tenía más encanto que el césped olímpico, bañado por la luz de los focos. Si hasta ahora, en todas las dolinas, yo había visto como máximo una o dos personas trabajando, en ésta podía admirar a toda la población: en todas las terrazas, hasta el fondo de la dolina, en los pequeños campos semidesiertos había varias personas haciendo algo. El trabajo de esta gente tenía una lentitud tan perfecta, que incluso de las posiciones que adoptaban –inclinados hacia el suelo o en cuclillas, con las

piernas abiertas— emanaba encanto y gracia, y en el amplio círculo sonaba de un modo tan suave como regular un sonido que ha quedado en mis oídos como el sonido fundamental del Karst: el rastrilleo. Veía sólo gente de pie, medio ocultos bajo el techo de hojas, en la terraza destinada a la viña atando los sarmientos a los tutores, curvados de un modo llamativo, o rociándolos con un líquido; veía también a otros, las manos sólo, que trabajaban en los diminutos olivares. En cada uno de los peldaños, por lo menos un árbol, siempre de una especie distinta; entre ellos —lo que era difícilmente imaginable tan lejos de ríos y torrentes— había incluso árboles de tierra húmeda, como alisos y sauces (de los cuales oí decir a un habitante de los Alpes: «Esto no son árboles, esto son sólo cosas; un pino o un roble, ¡eso es un árbol!»). Distinguía tantos tipos de verde, que hubiera podido darles un nombre especial a cada uno de ellos, nombres que, querido Píndaro, hubieran podido ensamblarse en una nueva Olímpica. Los últimos rayos de luz parecían juntarse en la dolina como una lente que recortara los detalles con precisión y los ampliara. Llamaba la atención también el hecho de que todos los muros fueran distintos: que uno tuviera dos filas de piedras, que el siguiente, entre estas dos filas, tuviera una capa de tierra y que lo que en el borde del círculo del fondo parecía un montón de bloques de piedra fuera un refugio de campo en forma de cono en el que los bloques de piedra, conforme iban subiendo, iban siendo más pequeños, con una auténtica clave de bóveda arriba, en forma de cráneo de animal, y un canalón desde el cual un largo tubo bajaba hasta la cisterna; y el agujero que había a la altura del suelo no era una abertura casual, sino la entrada de esta «casita», con un dintel de la anchura de un águila, con las alas abiertas, en el que había grabado un reloj de sol.

Aquí alguien está saliendo ahora, inclinado, un adolescente; lleva en la mano un libro, se yergue y se convierte en un hombre, y el observador vuelve a estar rodeado por el olor a madera y el calorillo que da el sol en el refugio de campo de su padre; ha llegado de la escuela a juntarse con los suyos, al campor de labor; está sentado junto a la mesa para hacer sus deberes, descalzo; en un rincón, cubierto con manteles blancos, ve el cesto, con manteca y pan, y la jarra de mosto, y en el otro la mata de ortigas, de la que, a pesar de que en aquel espacio no hay corriente de aire alguna, no deja de salir una nube de polen; dibuja el entramado de formas y luces que produce el sol

en el suelo al atravesar las grietas de las tablas y los agujeros de las ramas; oye fuera la voz de sus padres que, trabajando, van uno al encuentro del otro desde los dos extremos opuestos del campo (primero los monosílabos, para llamarse el uno al otro; luego las maldiciones del padre y las risas de la madre; al fin, en el centro del campo, el «¡a merendar!»); juega solo a las cartas; escucha el retumbar de los truenos; se tumba en el banco; sueña; se despierta al oír el zumbido de un avispon, con el cual en aquel mismo momento una escuadrilla de bombarderos dispara desde las tenues nubes de los cielos; se come una manzana en la que, en un tono luminoso, se dibuja la forma de la hoja que le estuvo dando sombra cuando estaba en el árbol; en el tallo, la flor arrugada; sale al campo; se yergue, convirtiéndose a su vez en un adulto, en un hombre que inspira profundamente y ve la cabaña como el centro del mundo, en cuyo interior, una cavidad que tiene el tamaño de una capillita de campo, está sentado desde siempre el narrador y narra.

Era tan amable el espacio que yo estaba mirando desde aquella altura y era tal la fuerza que ascendía de aquellas profundidades, que podía imaginarme que ni siquiera el Gran Rayo Atómico podría hacerle nada a aquella dolina; la onda expansiva y las radiaciones pasarían por encima de ella. En aquella anticipación del futuro, a los hombres que trabajaban en aquella cubeta fértil los veía yo como el resto de la Humanidad, después de la catástrofe, empezando a reconstruir de nuevo su economía. Sí, como una economía, y además como una economía autárquica, veía yo aquel lugar escondido en aquel desierto sin vida, y allí la tierra seguía alimentando a sus habitantes. No había nada en el mundo que se hubiera perdido; es verdad que no había abundancia de nada, pero de cada una de las materias fundamentales y de cada una de las formas fundamentales había allí por lo menos un ejemplar que tenía fuerza suficiente para vivir. Y lo necesario, al ser algo de lo que se podía disponer y al mismo tiempo algo raro y escaso, mostraba la belleza del origen. Y precioso era no sólo aquello que estaba al alcance de la mano, sino lo que estaba ante los ojos, no sólo el grano, sino también la sombra del helecho sobre la piedra; en estas fantasías la gente del Karst me confortaba: viviendo desde siempre en la escasez y amenazados por la nada, junto con los cientos de nombres para la mazorca de maíz, la espiga del trigo y el racimo de uvas, tenían también muchos para los escasos pájaros y flores que había allí,

palabras que tenían todas ellas el sonido de nombres cariñosos (en todo caso ni «estrangulador» ni «tordo burlón», ni «leche de lobo», ni «cascabel de cocina»), como si con estas muchas denominaciones se quisiera arropar y guardar la cosa en sí. La imagen de las plantaciones incrustadas en la tierra del Karst, protegidas contra todo ataque enemigo, inaccesibles a la bomba atómica, al aire libre, no me ha abandonado hasta hoy; ella, junto con la musiquilla del transistor saliendo de la cabaña de piedra –como si fuera el himno de alabanza–, es para mí la imagen de una meta. ¿Imagen? ¿Quimera? ¿Fata Morgana? Imagen; pues está en vigor.

Aunque dedicaba mi tiempo en el Karst casi exclusivamente a andar, detenerme, continuar andando, jamás tuve la habitual mala conciencia de ser un inútil y un holgazán. La gran emoción de la libertad, cada vez que yo estaba allí, no provenía de ningún arrobamiento. No me veía desatado de nada, más bien vinculado a algo, por fin. ¿No decía yo siempre, para mis adentros, así que había franqueado el umbral del altiplano, con el silbido del viento en las sienas: «Ya *hemos* llegado»? ¿Me veía, solo, en medio de la multitud? Del mismo modo que las actividades diarias del padre –taponar un agujero, enrollar una cuerda, partir teas–, en una época determinada querían ser rituales para la curación de la madre, yo me imaginaba también que, explorando el Karst, servía a una causa, no simplemente a una causa buena, sino a una causa grande, magnífica. Varias motivaciones convergían en ello: demostrar que era digno de mis antepasados, salvar, a mi manera, aquello a favor de lo que ellos estaban; ser para mi profesor el alumno que él tanto había anhelado –un único alumno, en realidad–; hacer una finta irresistible –era una idea fija– a mi imaginario enemigo; justamente retirándome al desierto y a la soledad y soportando multitud de privaciones, merecer el amor de la más amante de las mujeres; pero por encima de todo esto había algo que yo llamo avidez o apetito de celebrar una orgía.

¿Qué clase de orgía? Yo, que he creído siempre en los sueños, contesto a esta pregunta contando un sueño. En un púlpito de cristal, que es a la vez coche de línea y teleférico, sin decirse nada unos a otros, se encontraban una y otra vez los mismos viajeros; iban a hacer juntos un viaje al reino universal del Karst. La entrada a este reino la marcaba una roca de indios que se veía

claramente en una altura, brillante, cubierta por el más azul de los cielos, una roca por la que cualquier niño hubiera podido trepar y que al mismo tiempo era la última parada. En aquel momento estábamos todos los que debíamos estar. Sin embargo, en el resto del viaje no se vio nunca nada de aquel país; estaba sólo el vehículo, avanzando de un modo tan silencioso, que parecía que estuviera parado; los viajeros, a distancia los unos de los otros, cada uno para sí, ni siquiera una pareja. Si bien yo conocía a éste y a aquél de verlos por la calle, el funcionario de la ventanilla, «mi zapatero», la muchacha de la tienda, y normalmente acostumbábamos a saludarnos, sin embargo, una vez habíamos montado en aquel vehículo, ninguno de ellos hacía seña alguna que revelara que conocía a los otros. En lugar de intercambiar miradas, estábamos sentados allí sin movernos, unidos en la espera, cara a cara. Cuantas más veces emprendíamos aquel viaje, partiendo siempre de una estación animada, y abierta a todo el mundo, tanto más parecía iluminada por una fiesta la luz de la cabina. Un arrobamiento nos esperaba al término del viaje, un arrobamiento de una fuerza como jamás a ningún ser humano le había sido dado conocer: la beatitud de ser absorbidos todos juntos en la Nada. La verdad es que esto no ocurría nunca; ni siquiera nos acercábamos a ella. Sin embargo, en el último de estos viajes oníricos, al subir, uno de los viajeros me dedicó una sonrisa con la que se daba a conocer y a la vez me daba a entender que me conocía. Orgía de conocerse los unos a los otros. En lugar de arrobamiento y reunión, conmoción y comunión, y el verbo correspondiente a «orgía» se traducía por «desear imperturbablemente», y la región de *Orgas*, por «país de Deméter» o «Vega» o «País de frutos».

En realidad el Karst es una región de escasez, y la entrada a él no es ninguna extraña roca de indios. Hasta que no hace un buen rato que has pasado la frontera no te sorprendes de que, montaña arriba, algo ha cambiado, no sólo el viento: por allí no pasa ni un solo arroyo, ni siquiera un pequeño regato; oscuras copas de los pinos, en lugar de luminosas frondas; por el contrario, el barro color marrón y la pizarra gris oscuro, con una muestra como la teja, que te han acompañado un buen rato en tu camino, han cedido a un blanco calcáreo macizo y compacto; la cicatriz de hierba que hay arriba tiene apenas la anchura de un palmo; se acabaron ahora las praderas mullidas: prados de



altura de hierba dura e hirsuta, como si fueran cerdas. Aunque abajo el llano está todavía cerca –se ven claramente las ciudades y los ríos, incluso un aeropuerto, con un reactor que en estos momentos está despegando y un campo de instrucciones con soldados que corren dando saltitos–, en el altiplano reina un silencio que parece como si estuvieras ya muy lejos de la tierra, en alta mar. Primero han sido los gorriones los que te han precedido; ahora son las mariposas. Es tal el silencio, que oyes la crepitación cuando una de ellas, yendo a la caza de una flor que cae de un árbol, roza el suelo con las alas. En un pino crujen al sol las piñas secas del año anterior, una arriba, la siguiente a la altura de los ojos, y así sucesivamente, una sucesión escalonada; un canto de cigarras ininterrumpido hasta la puesta del sol, mientras que de las piñas de este año, también de un modo ininterrumpido, va goteando la resina –manchas oscuras en el camino, cada vez más grandes.

Quédate en el camino; de todas maneras, durante un buen tiempo no vas a encontrar a ningún ser humano; los oscuros hombres que te escoltan a derecha e izquierda, dispersándose una y otra vez en la pálida sabana, son los arbustos de eneldo. Horas, días, años más tarde, te encuentras ante un cerezo silvestre cubierto de flores blancas; en una flor, una abeja; en otra, un abejorro; en la tercera, una mosca; en la cuarta, unas hormigas; en la quinta, un escarabajo; en la sexta, una mariposa. Lo que brilla desde lejos, en el camino, como si fuera un charco, es la piel plateada de una serpiente. Pasas por delante de largas filas de pilas de madera, que vistas más de cerca resultan ser depósitos de armas camuflados; pasas por delante de montones de piedras redondas, que en realidad son la entrada a búnkeres subterráneos destinados a guardar material; si le das un puntapié, la piedra resulta ser de cartón. A cada paso que das, de la franja de hierba del centro, se levanta una nube de pequeños saltamontes. Una salamandra muerta, negra y amarilla, apenas perceptible, se mueve precediéndote, en la rodera de los carros; cuando te agachas para verla, descubres que un cortejo de escarabajos carroñeros la han cogido sobre sus hombros y están transportando el cadáver. El primer animal grande, un zorro que tiene la cara blanca, un lirón enrollado en una rama, después de los pequeños seres vivos que has visto, te va a parecer un hermano. El silbido del viento que se oye en aquel árbol solo, en el momento siguiente lo sentirás en tu rostro. El lugar de descanso es una gruta a la que podrás entrar sin necesidad

de que uses la linterna, porque del otro extremo y de unos cuantos agujeros que hay arriba, en el techo, entra la luz del día. Aquí caen gotas de agua sobre tu rostro acalorado, y en un entrante de la roca hay huevos de codorniz; lo que hay allí no son balas de fusil, sino bolitas de piedra, más redondas y claras que las que vas a encontrar en los torrentes; cuando prosigas la marcha las sacudirás con tu mano y su olor, a diferencia de lo que ocurre con el hedor de los montones de excrementos de murciélagos, te lo llevarás a casa: son las emanaciones arcillosas de las cuevas del Karst, que en forma de ramificaciones se expanden por todo el país.

Ahora puedes caminar desnudo; el jabalí hembra, una gran jiba de color entre negro y marrón que, gruñendo y resoplando, irrumpe desde unas matas que hay a tu derecha y que, seguido por dos cachorros que tienen el tamaño de una liebre, continúa ruidoso su camino metiéndose en los matojos que hay a tu izquierda, no te ve; tus piernas golpean el suelo; tus hombros se levantan, como si fueran alas; tu retina toca el cielo.

En el siguiente lugar de descanso oyes en el silencio el croar prolongado de una rana: el único sonido, dulce y delicado, en este desierto; te acercarás y llegarás a un charco que ocupa un largo trecho del camino. El agua es clara y en ella sólo se ve una pluma, moviéndose sobre la superficie. En el fondo, de un color rojo sombrío, en el que se abren grietas que forman una muestra hexagonal, las pisadas de cascos de ciervos, en grupos de a dos, y un gran número de pájaros en forma de flecha, siguiendo todas las direcciones, una escritura cuneiforme que espera ser descifrada. La correspondencia la encontrarás mirando arriba, en el cielo, donde, como en un banco de nubes alveoladas –para cúmulos aborregados, en el Karst está la expresión «el cielo florece»; cuando nosotros decimos que el mar está agitado ellos dicen que «la mar fluye»–, aparece un retazo de cielo azul que tiene la forma de tu pie. La pluma volará y al charco alargado lo empujará el viento, como una marejada. Túmbate junto a la orilla; tu hatillo de ropa te servirá de almohada. Te dormirás. Una de las manos del durmiente, metida entre las rodillas, se enraíza en la tierra, la otra la tiene junto a la oreja (los ángulos de nuestros ojos, que forman como una hendidura, hermano, son de escuchar). En sueños oyes hablar del charco como si fuera un lago y ves allí una barca en medio de los juncos, con tu bastón de avellano haciendo de remo; en éstas, del vacío sale un delfín;

el lomo, debido a la carga de frutos que lleva encima, abovedado en forma de dolina. Será un sueño breve, reparador; te despertarán las primeras gotas de una lluvia cayendo sobre tu oreja –ningún reloj te despertará nunca con mayor suavidad–. Te levantarás y te vestirás. No estarás fuera de este mundo; todo lo contrario, por una vez habrás sido de aquí, de un modo perfecto y total. Saliendo de la sabana, un pato, ahora realmente, viene al charco, en vuelo rasante, agitando fuertemente las alas; se posa allí suavemente y nada delante de ti en un movimiento de vaivén; una vaca que se ha perdido utiliza el charco como abrevadero. Dejas que te moje la lluvia. Todo esto te proporciona una calma tal, que sobre ti se posan toda clase de mariposas, una sobre la rodilla, la otra sobre el dorso de la mano y la tercera da sombra a tu ceja.

Los árboles, cuando al proseguir tu camino por el Karst el cielo vuelva a ser azul (una sensación de «tormenta» sólo la tendrás al ver la habitual torre de nubes del norte, más allá del Nanos), susurrarán en un movimiento que se produce en el sentido de las agujas del reloj, y comprenderás por qué el silbido de los robles, especialmente perceptible y penetrante, podía ser en la Antigüedad la voz del oráculo. Escribirás todo esto y el rasgido de tu instrumento será uno de los ruidos más pacíficos que se oyen bajo el sol. Te llevarán de vuelta a los cientos de pueblos y barrios del Karst (al cine del Karst, al baile del Karst, al jukebox del Karst), que, cuando se hace de noche y el cielo vuelve a cubrirse, en aquellas soledades ahora silenciosas, son reconocibles en los reflejos luminosos que, en forma de círculo, se ven aquí y allá proyectados en el techo de nubes. Aquí te servirán el pan blanco, el vino del Karst y aquel jamón especial en el que notarás el sabor del camino, con todos sus olores, desde el romero que se encuentra en la franja central hasta las bolas de enebro de la sabana, pasando por el tomillo de los muros que bordean los campos: ahora ya no necesitas más. Y un día, en el curso de tus años, llegarás al lugar en el que allí abajo, en el horizonte, la franja de niebla iluminada por el sol será el mar Adriático; y allí, conocedor del lugar, distinguirás los cargueros y veleros del golfo de Trieste de las grúas de los astilleros de Montfaucon, los castillos de Miramar y Duino de las cúpulas de la basílica de San Giovanni de Timavo, y luego, teniendo a tus pies el fondo del embudo de la dolina, entre dos bloques de piedra, distinguirás la barca real, de varios asientos, medio oxidados, junto con el remo, y –la parte por el

todo— habrás pensado en ella, sin darte cuenta, hasta tal punto eres libre, con el nombre de ARCA DE LA ALIANZA.

Naturalmente: andar, incluso andar por el país del corazón, un día ya no será posible, o ya no tendrá ningún efecto. ¡Pero existirá la narración, y ella repetirá la marcha!

En aquella ocasión, en mi primer viaje, apenas estuve dos semanas andando por el Karst, apenas quince días, en cada uno de los cuales casi era una persona distinta. No fui únicamente alguien que va en busca de huellas, sino también un jornalero, un invitado a una boda, un borracho, un escritor de pueblo, uno que toma parte en un velatorio. Vi en Gabrovica la campana que había caído de la torre de la iglesia; los niños jugaban encima de ella; estaba clavada en la tierra, inclinada. En Skopo, saliendo de aquella región despoblada y fragosa, asusté a la anciana que estaba sola rastrillando en una dolina; en Pliskovica, en la única iglesia que no estaba cerrada los días de labor, dibujé un avispon negro y amarillo que andaba por encima del mantel del altar; en Hruševica, el pueblo que como todos los del Karst no tiene río, admiré la estatua de piedra de San Nepomuceno, que normalmente se encuentra sólo en los puentes; salí del cine de Komen y me metí en una noche de luna, más clara y más silenciosa que el desierto de Mojave, por donde acababa de pelear Richard Widmark; me perdí en los bosques de castaños de Kostanjevica, donde crecen los únicos árboles altos del Karst y donde el crepitar de las hojas de todos los años pasados, en las que te hundes hasta los tobillos, y el crujir de las cáscaras de los frutos bajo tus pies no se pueden comparar con ningún otro ruido del mundo; franquéé la puerta de Temnica, que se levanta solitaria al borde del sendero y que, desde allí, lleva a la estepa y a la espesura; en Tomaj me incliné ante la casa en la que murió el poeta esloveno Srečko Kosovel, que, siendo todavía un niño casi, conjuró el poder curativo de los pinos, las piedras y los silenciosos caminos de su región; salió luego de ella y —al final de la guerra, al final de este imperio extranjero que fue la monarquía, cuando empezaba Yugoslavia— entró («penetró con estrépito») en su capital, Ljubljana, donde, hermano de mi camarero y de mi soldado, se alzó como heraldo de los nuevos tiempos y, poco decidido tal vez para tales tiempos, demasiado marcado también por el «silencio» («tisina», su

palabra) –fíjate en cómo sobresale su oreja–, murió pronto.

La india que en aquella ocasión me acogió y que me tomó por el hijo del herrero del pueblo vecino, que había muerto: no le aclaré nunca la confusión. Además se dirigía a mí de modo tan decidido y seguro, que me gustaba ser tomado por otro; y al fin yo, de un modo resuelto y sin dudarle, acabé representando ante ella el papel de uno que, después de mucho tiempo, ha vuelto a su mundo. Le contaba sucesos de mi niñez en el Karst, a lo que la vieja, alternativamente, agitaba la cabeza o asentía, movimientos que sólo pueden provenir de la sorpresa ante lo inaudito y, no obstante, digno de crédito; descubrí mi gusto por contar historias falsas, que partían siempre, es verdad, de un detalle muy concreto y que luego tenían que ser tan consecuentes como aladas: estos inventos eran parte de la alegría que yo tenía de ser al fin libre aquí; es más, se confundían con la respiración misma.

Y sin embargo aquella mujer era el único ser humano por el que yo me sentía a la vez designado y reconocido. Para los padres fui siempre «demasiado serio» (la madre) o «demasiado fuera de este mundo» (el padre); la hermana probablemente sólo veía en mí al secreto aliado de su locura; los ojos de la amiga, cada vez que nos encontrábamos, debido a un apocamiento que sólo se disipaba cuando yo al fin le sonreía desde el fondo de mí mismo – lo que no siempre me era posible–, tomaban un aspecto fijo y estático. Incluso aquel profesor que lo entendía todo, una vez que en una excursión de la clase, de repente, sin motivo alguno, salí corriendo campo a través a meterme entre los matorrales –¡escapar, únicamente!, ¡estar solo!–, cuando volví, con un tono especial, como si pronunciara una sentencia irrevocable, me dijo: «Filip, esto que haces no está bien.» Con la india del Karst, en cambio, que era del pueblo que llevaba por nombre Lipa (en alemán algo así como «suave»), de un modo conmovedor, el joven sentía confianza con sólo verla, una confianza que, después de unos cuantos días de estar en su casa, se convirtió en espera, una réplica muda a aquella autodescalificación que se estaba haciendo continuamente («yo no seré nunca nada»): una absolución, alentadora y a la vez protectora, algo tan inesperado como iluminador. Fue ella también la que, antes de que yo hubiera abierto la boca para decir una sola palabra, vio en mí a una persona con sentido del humor. En casa yo muchas veces le había

prohibido a mi madre que se riera, porque me recordaba los chillidos de las mujeres cuando están con hombres que cuentan obscenidades, y en la escuela, entre mis condiscípulos, yo pasaba por ser el aguafiestas, porque, cuando llegaba la hora de contar chistes, un momento antes de que llegara lo que hacía gracia, yo acostumbraba a indicar que en la mesa había un arañazo y que en la chaqueta del narrador faltaba un botón. Sólo la amiga, cuando llevábamos un rato juntos, sin que hubiera nadie más, al final tal vez, hablando de mí en tercera persona, como en los diálogos de hace dos siglos, podía gritar asombrada: «¡Realmente es un hombre divertido!». Sin embargo, si en ella estas palabras se referían siempre a una de las pequeñas observaciones casuales que yo había podido hacer, ahora, en mi anfitriona bastaba sólo con la manera de mirar o de escuchar, y fuera lo que fuera lo que ella representara ante mí, o imitara, ello tenía lugar con este impulso intenso, alegre y sereno que recibe el actor de un público que le está escuchando con total presencia de espíritu; según esto, lo que llamamos humor, ¿era otra cosa que la feliz presencia de espíritu? Una vez, sin embargo, tarde, poco antes de mi partida, estando sentados los dos junto a la mesa de la cocina y mientras yo miraba hacia fuera, al patio de la casa, me dijo algo distinto, ¿contrario?, ¿complementario? Que en mi interior había un llanto, un llanto único, grande, callado, ardiente, poderoso, un llanto que pugnaba por salir; que no estaba allí simplemente, que «se revolvía enfurecido», y que en esto precisamente consistía mi fuerza. Añadió que un día, en la iglesia de Lipa, casi en la oscuridad, escuchó a un hombre que de pie, solo, con una voz tan dulce como firme, cantaba los salmos, y que lo más curioso de esto era que, mientras cantaba, se apretaba los ojos con todos los dedos de la mano. Cuando ella se puso de pie para enseñarme cómo lo hacía este hombre, lo que ocurrió efectivamente fue esto: los dos, al unísono, nos echamos a llorar por el tercero ausente.

De vez en cuando yo la ayudaba en su trabajo; rastrillaba con ella la pequeña dolina familiar. Sacábamos de la tierra las primeras patatas; en el patio cortábamos con la sierra los troncos para el invierno. Yo le redactaba las cartas que mandaba todos los días a su hija, que estaba en Alemania, y encalaba la habitación de ésta (como si algún día tuviera que volver). Supe

por experiencia que abajo, en la dolina, ni un soplo de viento venía a secarte el sudor salado. Como en casa, para llevar a cabo los trabajos físicos tuve primero que vencer mi pereza, y justamente en el celo que se apoderaba habitualmente de mí durante estos trabajos no pensaba en otra cosa que en el descanso. Por lo demás, yo apenas me mostraba más hábil que de costumbre; pero como allí la vieja, de un modo tan distinto a lo que hacía el padre, me dejaba en paz, me abría los ojos para que viera aquello que yo hacía mal; me mostraba cómo era yo y cómo me movía desde el momento en que empezaba a actuar.

Me hizo notar que yo, desde siempre, así que había que hacer algún trabajo, nunca estaba en mi sitio, sino que, por regla general, había que llamarme y hacerme salir de algún rincón apartado. Sin embargo, mi resistencia al trabajo en realidad era miedo a fracasar. No sólo temía no ser de ninguna utilidad para el otro: además de esto, el otro se encontraría conmigo en medio de todo lo que él hiciera, cruzándome en su camino; yo haría que tuviera que esforzarse el doble y finalmente, con un gesto inadecuado, yo arruinaría todo el trabajo de un día, tal vez incluso de un verano. (Cuántas veces el padre, en el taller, me había llamado gritando con toda clase de insultos y luego, al primer golpe de martillo que yo daba, sin decir una sola palabra, me había mandado salir.) Allí donde había que ensamblar dos cosas, yo las pegaba por la fuerza; donde había que separarlas, yo tiraba hasta arrancar la una de la otra; donde había que hacer una pila, yo hacía un montón; aserrando con otro, no encontraban el ritmo; la teja que me alcanzaban lanzándola en el aire caía en el vacío; y el montón de troncos que yo había hecho, así que yo volvía la espalda, se desmoronaba. Hasta aquello para lo que no había ninguna prisa lo hacía yo atropelladamente. Podía ocurrir incluso que pareciera que mi trabajo se producía de un modo fluido y sin interrupciones; sin embargo, mi vecino, en quien cada movimiento estaba pensado y seguía al anterior, terminaba siempre antes que yo. Al querer hacerlo todo a la vez, al final nada estaba como debía estar: yo no era un trabajador, era un chapucero, todo lo más era un maestro en poner la mano justo al lado de donde debía ponerla; donde otro necesitaba un gesto, yo andaba tanteando sin dar con lo que tenía que coger, hasta tal punto que acababa estropeando el objeto o rompiéndolo en mil pedazos; si hubiera sido un ladrón, en las más pequeñas cosas hubiera dejado un sinfín de huellas

dactilares. Me di cuenta de que, a partir del momento en que debía ser útil a los demás, mi mirada se volvía fija y estática y mis ojos ya no veían nada; lo que menos veían era lo que yo estaba haciendo. Como si fuera ciego, agitaba el objeto que me habían confiado, tiraba de él, revolvía en su interior, lo pisaba, gesticulaba, hasta que –cosa que no ocurría pocas veces– rompía el objeto al igual que la herramienta. Además, este trabajo, pretendidamente extraño a mí, me volvía sordo; incluso para el silbido, más bien leve, de la hoz y el ruido suave de las patatas al deslizarse rodando de la caja al cesto de la carretilla; oía, sí, pero no era receptivo al susurro que en mí era más querido, el que distingue una clase de árboles de otra. Daba igual que lo que me mandaban hacer fuera lo más sencillo del mundo –«lleva las lecheras al banco de la leche», «ayúdame a doblar las sábanas»–, oyendo estas órdenes me quedaba inmediatamente sin aliento; me ponía rojo; jadeaba con la boca abierta. De repente mi cuerpo perdía la unidad que, por ejemplo, tenía cuando andaba, leía, estudiaba, o simplemente cuando estaba sentado sin decir nada; el tronco perdía su unión con el abdomen y agacharse ya no era algo que tuviera que ver con el movimiento del organismo –como ocurría, por ejemplo, buscando setas o recogiendo una manzana del suelo–, sino la torsión repentina de una marioneta.

Lo primero que comprendí trabajando con la india del Karst fue que el problema empezaba así que me pedían que les ayudara, aunque hasta ese momento hubiera tenido el tiempo suficiente para prepararme para cualquier tipo de trabajo. En vez de prepararme, como en un gesto de defensa, doblaba los dedos y los brazos contra mi cuerpo, e incluso los dedos de los pies, en los zapatos. Me preguntaba si mi terror a los trabajos físicos no podía provenir de que en ellos veía las imágenes de mis padres. ¿No era verdad que desde niño me había avergonzado del tórax hundido y de las rodillas dobladas del padre y del gran trasero de la madre, una vergüenza que luego, en los dos últimos años de colegio, se intensificó aún más al ver que los abogados, médicos, arquitectos, y sus mujeres, incluso cuando del modo más servil se informaban sobre los progresos de sus hijos, tenían una elegancia y un porte?

Darme cuenta ahora de cómo trabajaba y de dónde venían mis dificultades me obligó a poner en orden mis gestos, hasta que, día tras día, iba encontrando cada vez más placer en mi trabajo de jornalero. Echando miradas inquisitivas



a la vieja, aprendía a introducir pausas en mis trabajos, después de las cuales, las transiciones, al principio una verdadera selva virgen, se aclaraban y mi zona de trabajo, ya fuera la tierra roja o la pared blanca, se coloreaba. Incluso la *terra rossa*, una vez que fui a casa con un puñado de ella, adquirió para mí un perfume. Una orden dirigida a mí mismo: ¡aléjate del padre!

Luego, un día en que mi patrona salía del pueblo me hizo señas de que la siguiera y me llevó a una zona desértica cercana a uno de aquellos pocos campos del Karst que no estaban hundidos en una dolina. Estaba rodeado por un muro de poca altura, cubierto de maleza, pero en él se veía aún claramente el relieve de los surcos, y a través de la hierba la tierra brillaba con un color rojo claro. En la entrada había una valla de madera para impedir el paso del ganado; a ambos lados del muro, escalones de piedra para que un hombre pudiera saltarlo. En la base de este muro, una abertura cuadrada por la que el agua de la lluvia podía pasar del camino al campo. Aquí la mujer extendió el brazo y dijo exactamente estas palabras: *To je vaša njiva* («¡Este es vuestro campo!»).

Subiendo por aquellos peldaños, pasé al otro lado del muro y me incliné hacia la tierra, que estaba esponjosa, como si la hubieran arado hacía poco tiempo. El campo era estrecho y ligeramente abombado en el centro; por detrás, limitado por árboles frutales, todos ellos distintos. ¿Se equivocaba la vieja, simplemente? ¿Se burlaba de mí, o, como yo ya había pensado así que la vi, estaba loca? Cuando me di la vuelta hacia ella, una risa se extendió en su ancho rostro, con los pequeños sonidos de encanto y fascinación propios de una muchacha de pocos años, una risa que merecía un nombre especial.

No sólo la india, todos los habitantes de aquel centenar de pueblos me trataban como a un viejo conocido, o como a su hijo; yo sólo podía ser una de estas dos cosas, porque jamás llegó al Karst un forastero. Y así como Ulises estaba muchas veces lleno de vino, asimismo a mí, su hijo, me ocurrió que, yendo en busca de él, en una ocasión estuve tumbado en el suelo como un borracho. En casa lo más que bebíamos era mosto, y sólo para calmar la sed; además, en la escuela, me había mantenido siempre a distancia de los compañeros que bebían, antes incluso de que uno de ellos, en aquel viaje colectivo que hicimos

a Viena, desde la litera del albergue, en medio de gritos de dolor y de ahogos, echó sobre mí un gran torrente ácido. Sólo el olor a alcohol, el peculiar gorgoteo de los bebedores y sobre todo el modo como en poco tiempo cambiaba su manera de comportarse bastaban para que me sintiera mal. Hasta ahora el vino sólo lo había tomado a pequeños sorbitos, pero ahora en el Karst, al aire libre, al sol, en el viento aromático, para el joven de veinte años el vino empezaba a –otra vez, ¿cuál es la palabra que expresa esto?– «tener buena boca». Lo bebía a sorbos, dejando el vaso sobre la mesa después de cada uno de ellos, y muchas veces ya en el primero, junto con el vínculo que le unía a las cosas, sentía también cómo dos platillos de balanza al fin se equilibran, justicia. Después de beber, veía mejor, tenía sueños agudos y sagaces, penetraba en la trama de las cosas, disfrutaba claramente de los intervalos, claramente distribuidos en niveles y que, en el sentido de las agujas del reloj y sin que yo necesitara moverme con ellos, me pintaban un círculo terrestre perfectamente ordenado. Algo incomprensible: ¿cómo era posible que calumniaran al «vino» llamándolo «alcohol»?

Esto es lo que ocurría cuando bebía solo. Con otros, en cambio –por algo los compañeros corrían para juntarse con Telémaco–, por regla general perdía el sentido de la medida. Es cierto que no bebía como un borracho; tampoco me bebía el vaso entero de un tirón como hacían muchas veces los otros, sin embargo tragaba el vino sin saborearlo, y sobre todo una cosa, quería ser el último en beber. Una noche –cantaba ya un gallo, todos los compañeros se habían marchado–, me levanté y me di cuenta de que por primera vez en mi vida estaba borracho. Después de unos cuantos pasos me caí. Estaba tumbado en la hierba, boca abajo, y ya no podía mover ni un dedo. Nunca me había sentido tan cerca de la tierra; la olía, la notaba en la mejilla, oía en las profundidades rugir el río subterráneo, el Timavo, y me reí para mis adentros como si hubiera hecho algo; y cuando luego, cogiéndome por los brazos y las piernas, me llevaron a casa, era capaz de darle un nombre a mi obra: al fin yo mostraba quién era; yo, que toda mi vida había estado pensando en la independencia, por muy desvalido que fuera, el hombre que tantas veces, en secreto, se había enfurecido literalmente porque nadie salía en su defensa, al fin, sin ningún tipo de resistencia, podía dejarse ayudar: una especie de liberación.

Al día siguiente me contaron que no se habían dado cuenta para nada de que yo estaba borracho; que yo, simplemente, había sido «muy severo y orgulloso»; que mis ojos «brillaban como rayos»; que les «había dicho públicamente» a todos cómo eran en realidad cada uno de ellos, y que al final había echado un discurso sobre la gramática, en especial sobre la pasiva, la «forma del sufrimiento», que en esloveno existía, lo que explicaba que al pueblo esloveno se le exigiera que dejara de lamentarse de una vez de ser un «pueblo de sufrimiento».

En aquella misma época vi por primera vez morir a una persona. Atravesaba yo el pueblo y faltó poco para que una mujer me atropellara, una mujer que salió disparada por una puerta y se revolcaba con las rodillas dobladas y dando grandes gritos, como si estuviera con dolores de parto. La acostaron en un banco, donde se tumbó con la cabeza colgando. Jamás he oído yo sonidos tan profundos y lastimeros como sus últimos suspiros. En la muerte el labio inferior estuvo moviéndose aún un rato, como si de este modo intentara chupar el aire; cuando incluso este movimiento se quedó petrificado, en el sonido ensordecedor que había allí imaginé que aquel labio, en un último esfuerzo, había escrito algo y que la letra se había borrado, como si la tinta se hubiera corrido. Para mí fue como si yo hubiera conocido a la extranjera, y los parientes encontraron natural que estuviera velando con ellos toda la noche junto al féretro, aunque con los continuos rosarios que rezaban se me cerraban los ojos. El rostro del cadáver estaba liso; sin embargo, los párpados arrugados y deformados dibujaban todavía todos los dolores. Extraño respeto sentí yo por esta muerta desconocida; extraño voto el que hice de mostrarme digno de ella.

Una parecida promesa de fidelidad fue luego también lo que el joven de veinte años celebró en aquella ocasión en el Karst, como una «boda». Fue un domingo, después de la misa, en el patio de un hostel, rodeado por un muro, bajo un moral de anchas hojas lobuladas. Yo estaba sentado junto a un vaso de vino cuando entró por el portal un cortejo variopinto en traje de fiesta, con una alegría que parecía como si la bendición de «podéis ir en paz» los hubiera juntado. Los niños corrían o giraban en círculo: los adultos se dirigían unos a

otros sin cesar, y la mujer de una sola pierna y la enana completaban el corro. Me saludaron, a mí, el desconocido, con un aire de hermosa naturalidad, los hombres quitándose el sombrero, las mujeres con una sonrisa, y se sentaron a una larga mesa para la cual se necesitaron varios manteles, que se abombaban al viento del altiplano y se iban enrojeciendo a lo largo de las horas, no sólo por el vino, sino también por las moras blandas que caían. En este grupo, parlanchín, sin que en él se oyera en un tono más alto a nadie que llevara la voz cantante, advertí la presencia de una mujer joven que estuvo sin decir nada todo el tiempo, como simple oyente, los ojos casi sin parpadear, atenta como estaba. Al fin volvió ligeramente la cabeza y me miró. Su rostro era de una seriedad tal que transformaba a la oyente en hablante; y aquel a quien hablaba era yo. Ninguna sonrisa, ningún fruncimiento de labios, sólo los dos ojos inmóviles que me decían: «Eres tú». En mi espanto estuve a punto de mirar para otro lado, pero aguanté la mirada, me sobrepuse y yo mismo logré encontrar una seriedad que era una especie de conmoción, tan fuerte que parecía como si durante dos décadas hubiera estado llevando una vida digna de un ser humano, sin conciencia y sin alma, como si, al encontrarme con estos ojos femeninos, hubiera entrado en mí mismo por primera vez, hubiera llegado al mundo. Fue esto; fue el acontecimiento que mueve el mundo; ¡ahí estaba el rostro de mi mujer! Y fue con ésta con la que el joven contrajo matrimonio, en una ceremonia completa, gradual, solemne, elevadora –*sursum corda!*–, acompañada por el sol del Karst y el viento del mar, una ceremonia vivida sólo por nosotros dos, a distancia, sin palabras ni gestos, unidos en una mirada, sin otro documento que esta narración. Los ojos en los ojos, paso a paso, de este modo el uno se acercaba al otro, hasta que tú fuiste Yo y yo Tú. La adorable bajo el moral. Tú has sido y sigues siendo la única que me ha transmitido estas palabras: «ella es mía».

Por dos veces tuve yo en este tiempo la visión del hermano desaparecido. Aquella noche que pasé en la galería subterránea del tren me enseñó que muchas veces un lugar no se convierte en su imagen primigenia más que por obra del lugar vecino –el túnel de las torturas por el túnel del pionero–, y de esta forma evité ahora de un modo expreso los pueblos del Karst mencionados en las cartas del hermano, creyendo que podría dibujar el contorno de éstos

con mayor claridad si investigaba todos sus alrededores. ¿No es verdad que los lugares de la infancia, cuyos nombres ciertamente sonaban a diario en mis oídos pero a los que sólo me acercaba, sin llegar a ellos, resplandecían con un brillo más intenso que aquellos en los que realmente entraba? Por ejemplo, en el límite este del Jaunfeld estaba el caserío de Sankta Luzia, que apenas era algo más que una iglesia que se levantaba solitaria en el campo, nombrada con frecuencia por los padres, porque allí se habían casado: yo nunca estuve allí, pero la había rodeado por todas partes, y por el hecho de que yo no había visto ni oído nunca nada de Sankta Luzia, a excepción tal vez, desde el interior del bosque, del último surco de un campo de labor o de la campana del atardecer o del canto del gallo, para mí hasta hoy es como si allí, a escasamente una hora a pie de casa, empezara un mundo nuevo. De este modo luego, en una hora soleada, de nuevo delante del hostel, en uno de estos pueblos vecinos vi pasar por la puerta del patio al hermano. Se me apareció en medio de una multitud, porque aquella población diseminada estaba celebrando su festividad religiosa y de todo el altiplano del Karst había llegado la gente en peregrinación. ¿Entraba realmente? No, más bien estaba simplemente allí, bajo el portal, en el umbral, y aunque había un intenso ir y venir, en torno a él se formaba un espacio libre que, con aquel abrir y cerrar de ojos, repetía para mí su tiempo, el tiempo que precedió a la guerra mundial. El hermano era más joven que yo, su sucesor de veinte años, y en aquel momento estaba viviendo la última fiesta de su juventud. Llevaba la chaqueta de anchas solapas que ahora era mía, y de sus ojos –ahora veía con los dos–, hundidos profundamente en las cuencas, salía un sueño que se dirigía al infinito. Aunque yo seguí sentado entre mis compañeros, me pareció al mismo tiempo como si me elevara, para asegurarme de lo que estaba viendo. Los ojos del muchacho eran del más negro de los negros, el de las bolas de saúco, que en estos días de verano se veían por todas partes, en su plena madurez, y brillaban con el mismo brillo y la misma viveza que éstos. Estábamos inmóviles uno frente al otro, a lo largo de la eternidad, a distancia el uno del otro, inalcanzables, inabordables, unidos en la tristeza, la serenidad, la despreocupación y el abandono. Yo sentía el sol y el viento en los huesos de la frente, veía la agitación de la fiesta a ambos lados del pasadizo al mismo tiempo que la imagen del hermano, y me sabía en mitad del año. Santo

antecesor, joven mártir, querido niño.

La otra vez fue una cama vacía lo que me habló de Gregor. Yo viajaba mucho en el tren del Karst, o simplemente pasaba ratos en sus extrañas estaciones. Éstas se encontraban por regla general fuera de los pueblos, a gran distancia de ellos, en zonas fragosas y deshabitadas, y a menudo se llegaba a ellas sólo por senderos, sin letreros indicadores; y por la noche, a algunas estaciones que estaban en plena oscuridad sólo se las encontraba después de un lento ir tanteando, a ser posible con la ayuda de algún natural del país que le sirviera a uno de guía. Poco antes de la llegada del tren, no obstante, aunque yo fuera el único que lo esperara –lo que no era infrecuente–, el recinto se iluminaba repentinamente y dejaba ver un complejo amplio y variado de las dimensiones de una fábrica y la majestad de una residencia señorial: grava de color claro, surtidor bajo un cedro, fachadas suntuosas con ramilletes olorosos de glicinia azul claro, ventana ciega a guisa de escudo de armas. También aquí el piso superior estaba habitado, y mientras el funcionario, abajo, estaba sentado en su angosta oficina delante de un cuadro de mandos luminosos, como si fuera su cápsula espacial, por encima de él la mujer pasaba por delante de muchas ventanas, atravesando una fila de aposentos. En el silencio de aquel desierto se oía continuamente el sonido estridente de un teléfono y al fin la campana que anunciaba la llegada de un tren y que sonaba a orden autoritaria. Las vías, en casi todo su recorrido, estaban encajadas profundamente en la roca del Karst, como en un cañón, y por ello los ruidos de los trenes que se acercaban, el traqueteo y el matraqueo, tenían una resonancia comparable a la que se oye en los pasillos de un tren subterráneo. A menudo al sonido de la campana de la estación le seguía inmediatamente aquel potente ruido metálico que se oía fuera, en el campo vacío, como si en el momento siguiente el tren fuera a salir disparado de su gruta excavada en la roca; luego se volvía a perder en una de las muchas curvas de la hoz; mucho más tarde –cuando uno pensaba que sus oídos lo engañaban–, retumbaba de un modo renovado desde una dirección insospechada, acompañado por la sonora sirena, repetida a intervalos, de un transatlántico a punto de zarpar, y al fin, saliendo de la oscuridad más cerrada, entraba el órgano rodante del Karst, silbando, rugiendo, trinando, atronando en todos sus registros, un órgano al que se le reconocía por el triángulo que formaban los tres ojos que había en la parte

frontal de la locomotora, unos ojos de los cuales el que correspondía a la frente se iba apagando conforme el tren se iba acercando. Más aventureros casi los trenes de mercancías, que no se paraban en las estaciones, con sus vagones macizos, completamente oscuros, a menudo de distinta longitud cada uno de ellos, cerrados por una especie de chasis sin carga, con barras de metal que sobresalían, una especie de recua infinita que golpeaba con fuerza, martilleaba, pataleaba y tamborileaba, dejando luego en el vacío una cola de olor a acero y un sonido agudo y claro, como el de una sirena, un canto, como si el mundo de los humanos fuera invencible.

Una de estas noches estaba yo esperando en una estación del Karst el último tren de viajeros. Tenía aún mucho tiempo; estaba sentado en la hierba, junto al cedro; andaba arriba y abajo por la grava; dibujaba las vetas de la madera que tenía la mesa de la sala de espera, junto con las de mi bastón, que estaba sobre ella; observaba la estufa pintada de verde a la que le faltaba el tubo. Fuera, bajo las estrellas, las sombras de los murciélagos. Una noche cálida, como de costumbre; el olor de las glicinias, más dulce que el de cualquier saúco. Me acordaba del plan de la época imperial, que en Eslovenia hace pasar la línea Viena-Trieste por debajo de la tierra, uniendo las cuevas del Karst. En mis idas y venidas pasé por delante de una ventana iluminada del sótano; antes no había reparado en ella. Me agaché y miré abajo a una gran pieza, arreglada como vivienda, con una pared de libros y una cama. Estaba preparada, abierta como para alguien que tuviera que usarla; un círculo de luz, de la lámpara de noche, sobre la almohada. ¡Entonces era éste el lugar en el que se ocultaba el hermano, el desertor! Retrocedí, y en el piso que estaba sobre esta pieza, junto a una de las grandes ventanas, descubrí la silueta de una mujer. Lo rodeaba de atenciones y él se encontraba bien con ella.

Me vi junto a una meta. Lo que yo había querido hacer no era encontrar al hermano, sino hablar de él. Y otro recuerdo hizo presa en mí: en una carta escrita desde el frente sale el país legendario que en la lengua de nuestros antepasados eslovenos recibe el nombre de «El Noveno País», la meta de los anhelos de todos; Gregor lo menciona en esta frase: «Que un día, en el coche adornado de la noche pascual, podamos encontrarnos todos camino de la boda con el noveno rey en El Noveno País –¡escucha, oh Dios, mi plegaria!». Su piadoso deseo lo veía yo ahora transferible a su cumplimiento terreno: la

escritura. Del mismo modo que yo transfería a la casa de nuestra familia la cama vacía del sótano de la estación, esto mismo haría también con el termómetro que había fuera, en la fachada de esta estación, confeccionado por un óptico vienés de finales del siglo pasado y principios de éste, el taburete de madera que había al lado, de tres patas, el dibujo de viña que había en la sala de espera y el canto de los grillos. Y así se acercaba mi tren, describiendo curvas a través del terreno desierto, retumbando encolerizado, amansándose, volviendo a rugir luego, lanzando los ojos de sus reflectores desde la lejanía de las hoces, y luego finalmente entraba la locomotora y se detenía; las lamparitas del interior dibujaban las junturas y las grietas, una caja de cuento, crepitante, haciendo gala de su fuerza, y los vagones llenos de gente que volvía a casa, de las ciudades, del mar, del extranjero, roncando, resolviendo crucigramas, haciendo calceta.

Tan claros los momentos de vigilia, los nocturnos como los diurnos, en aquella ocasión, en el Karst; tan tenebrosos los sueños... Me expulsaban de un hipotético paraíso y me arrojaban a un infierno en el que yo, sin otra compañía, era en una sola persona el condenado y el malo. Y tenía miedo de mí mismo antes de dormirme; porque cada sueño trataba sobre mi culpa, por no estar en casa, con los míos. En ellos veía yo siempre la hacienda, nada más; nunca veía a ningún ser humano. Y la hacienda estaba en ruinas; el tejado se había caído dentro de la casa; el jardín era todo él maleza, con serpientes que saltaban por allí; de los parientes no había más rastro que sus voces quejumbrosas que se alejaban, o unas cuantas manchas en el polvo de la tierra, como de cubitos de hielo que se hubiesen derretido. De vez en cuando me despertaba como uno al que habían rechazado. Incluso el sol del día, el viento bautismal, el andar, los montones de cebollas que se secaban debajo de la ventana de mi cuarto, en el patio, que recordaban redes de pescadores, perdían con el tiempo su fuerza, y en un momento decidí huir a casa.

Hasta que no estuve en camino no recuperé la calma, para la última etapa de mi viaje por Yugoslavia. Fue en Marburg, o Maribor, para buscar la escuela del hermano. Sin embargo, no fue necesario buscar en aquella ocasión; ya desde el tren se podía ver la colina; con la capillita arriba, que yo conocía



muy bien por la foto de antes de la guerra. Ya desde cerca se veía que desde hacía un cuarto de siglo nada había cambiado: no había nada destruido, no habían añadido ninguna construcción. Destruída estaba sólo la gran colmena pintada; pero, en cambio, había pequeñas cajas pintadas, en la hierba, entre los árboles frutales. Me paseé por aquella amplia zona verde, aireada; observé el abanico de la palmera que había delante del edificio principal, la viña silvestre que trepaba por las grietas de un álamo, las iniciales grabadas en la lisa corteza de una haya y cuyo tamaño había aumentado con el crecimiento de este árbol, los muchos peldaños que llevaban a la puerta de uno de los edificios anejos («es ahí donde él estaba por las tardes con los otros»), y luego deseé que esta empresa, esta plantación, este país modelo hubiera sido mi internado. Subí por la colina llena de viñas –bajo mis pies los tacones de barro eran cada vez más altos–; tenía necesidad de agacharme continuamente, coger la tierra con las manos, puñados de tierra, llevarme algo. ¡Quédate con algo!, ¡quédate con algo!, ¡quédate con algo! En la montaña de pizarra había incrustados trozos de carbón, que yo extraje y con los cuales hoy, más de un cuarto de siglo después, trazo rasgos negros, temblorosos, sobre el blanco papel de escribir: vosotros habéis cumplido vuestra misión.

La pequeña iglesia estaba arriba, sobre un saliente de la roca –las copas de los árboles, con el brillo de un olivar, los tejados de tejas marrón formando por sí solos una muestra que hacía pensar en una escritura secreta–, hasta tal punto estaba devastado aquel pequeño santuario. Era como si yo entrara en la casa sin tejado, inhabitable, de mis pesadillas. La piedra del altar, hecha pedazos; los frescos, pintarrajeados por todas partes con los nombres de los montañeros (el azul de las pequeñas capillitas de mi tierra sólo se adivinaba); en el suelo, enterrada entre escombros y tablas, la estatua del Cristo, que había caído al pie de la cruz; estaba allí con la cabeza separada del cuerpo; la corona de espinas era ahora un hilo de alambre; el umbral de la puerta de entrada, estropeado por las raíces de los árboles. No estuve solo mucho tiempo: un hombre joven vino a ponerse a mi lado, cruzó los brazos y luego sólo oí cómo respiraba profundamente; y más tarde pasó un grupo que parecía pertenecer a una empresa y estar de excursión. De un modo más bien casual, se dirigieron a la capilla; se plantaron delante de ella, con las piernas abiertas y observaron la ruina con cara de no entender nada y, al que estaba rezando, con

ojos igualmente incrédulos, con una mirada que, al continuar su camino, se convirtió en una risita de conejo general, no tanto de burla cuanto de extrañeza y perplejidad. Hasta ese momento no me vi arrancado del sueño de la atemporalidad, y tuve una imagen clara de la historia, por lo menos de la historia de este país de aquí, y no es que yo no quisiera aquí ninguna historia, quería una historia distinta, y al hombre que estaba allí solo, en oración, lo vi como la encarnación de esta historia; erguido, despierto, resplandeciente, concentrado, imperturbable, invencible, infantil, en su derecho.

Fuera, en la fachada encontré el nombre del hermano. Lo había grabado él mismo en el revoque, en caracteres grandes, con la más bella de sus letras, tan arriba que para escribirlo debió de haberse subido al zócalo: GREGOR KOBAL. Esto había sido la víspera de salir de la escuela para regresar a su patria, a su patria hostil, donde, en lugar de una amada, le esperaba la lengua extranjera y la guerra; como adversarios, aquellos muchachos de los que se había hecho amigo a lo largo de los años. Silencio alrededor de mí; en la hierba, una crepitación de lluvia que venía de las alas de una pareja de libélulas.

Al empezar el atardecer estaba yo abajo, en la ciudad, sobre el gran puente del Drau. Éste, apenas cien kilómetros al este del pueblo en que nací, era ahora otro río. Hundido en el valle de artesa de mi pueblo, escondido bajo la maleza, con las orillas casi inaccesibles, con el agua que pasaba casi sin hacer ruido, aquí, en Marburg, se mostraba como la resplandeciente arteria del llano, una arteria que se veía por todas partes, con un curso rápido, con un viento especial, con los recodos de arena aquí y allá que hacían presentir el Mar Negro. Observado con los ojos del hermano, tenía un aspecto principesco, adornado con mil gallardetes, y las pequeñas ondulaciones que formaban las olas reproducían los pastizales vacíos, del mismo modo que las sombras de los vagones que se proyectaban desde el puente paralelo del tren reproducían las ventanas ciegas del Imperio oculto. Las balsas de la época anterior a la guerra volvían a deslizarse río abajo, una detrás de otra. Andar por el puente, después del trabajo; hileras cada vez más compactas, todo el mundo de camino, corriendo, con los ojos muy abiertos por el viento. Los globos de los faroles despedían una luz blanca. En el puente estaban aquellos

balcones laterales, curvados, que desde entonces mis ojos buscan en todos los puentes del mundo. Llevando a la espalda el desfile ininterrumpido de los que pasaban por el puente, cuyos pasos provocaban una vibración que yo sentía bajo mis suelas, yo me agarraba con ambas manos a la baranda, hasta que hube traspasado a mí el puente –con el viento, la noche, los faroles y los transeúntes–, y pensaba: «No, no somos gente sin patria».

Al día siguiente, en el tren que me llevaba a casa, de repente un asalto a los compartimentos, como si ésta fuera la última posibilidad de una fuga. (Además, sólo habían sido suprimidos los trenes anteriores.) Cogido en medio de cuerpos extraños, como si no tuviera brazos y tuviera sólo una pierna, incluso con la barbilla dislocada, para no chocar con ninguna barbilla vecina, con el tiempo fui sintiendo en mí una creciente satisfacción. En medio de aquel tumulto yo estaba en mi sitio. Llegué a sentir un cierto placer estando estabulado de aquel modo, y no sólo a mí me ocurrió esto: vi, por ejemplo, a un hombre que, en aquella situación forzosa, encontraba sitio para leer un libro, a una mujer que hacía calceta, a un niño que comía una manzana. Triste lujo el de tener ante la frontera el vagón para uno solo.

El reencuentro con Austria me puso contento. Me di cuenta de que incluso en el Karst me faltaba el verde centroeuropeo; yo había nacido con él. Asimismo me hizo bien volver a ver el Petzen, «nuestra montaña», desde el lado conocido y familiar. Y después de semanas de estar en medio de un idioma extranjero que me desollaba la lengua –sobre todo en los momentos en que estaba cansado–, la sola idea de encontrarme rodeado por mi alemán bastaba para que tuviera una sensación de seguridad y protección. En el camino de la estación fronteriza a la ciudad de Bleiburg, en el cielo del ocaso vi otro cielo, más profundo, coronado de nubes de muchos colores, y este espacio ardía como una brasa, en toda su gloria. Y el que caminaba prometió ser amable, como le correspondía; no exigir nada, como alguien que incluso en su tierra natal era sólo un huésped, y las copas de los árboles le ensanchaban los hombros.

Apenas llegó a la pequeña ciudad, el que volvía a casa fue a parar al ajeteo de la gente de allí, que –esto es lo que le parecía–, incluso en su ausencia, había seguido con sus rondas en busca de una víctima. ¡Y ahora

volvía a estar aquí el incomprendible, el enemigo! Ya en el camino de vuelta le habían adelantado con sus coches y habían anunciado a los demás su llegada próxima. Su comando le esperaba, camuflado en forma de paseante al atardecer; las correas para atar a los perros, colgadas al hombro, en realidad eran las correas de sus fusiles, y sus silbidos y gritos, en todas las esquinas de las calles, sólo servían para cercarle a uno. Pero este día no podían hacerle nada a su adversario. Los miraba a los ojos, como si les hablara de un país lejano tal, que ellos, o bien lo saludaban sin querer o miraban para otro lado, por ejemplo a la Columna de la Peste; y cuando se daban la vuelta buscando a sus animales, lo hacían más bien por miedo, tanto por ellos mismos como por sus amigos cuadrúpedos. Y de hecho, a cada paso que daba por la ciudad, iban cobrando más fuerza el miedo, el odio y el asco, hasta tal punto que, en el lugar del corazón, en el pecho, yo sólo sentía un hervor y una ebullición. Quería escupir fuego contra ellos al ver cómo andaban marcando el paso, cómo se pavoneaban, avanzaban dando saltitos, se deslizaban silenciosos, arrastraban los pies, cómo sus voces eran tales, que, comparadas con ellas, el crujir de una rama o el ruido de la polilla royendo la madera estaban llenos de alma; contentos con el mal de los demás, llorones, pacatos, capaces de borrar el azul del cielo y el verde de la tierra; me daba cuenta de cómo cada palabra que decían era un giro, cada uno más desabrido que el otro, desde «no estorben la circulación» hasta «un poema o algo por el estilo». Estos contemporáneos eran todos ellos gente bien, bien vestidos, atildados, bien peinados, con insignias relucientes en los sombreros y en los ojales, oliendo a esto o a aquello, con la manicura impecablemente hecha, con los zapatos relucientes (a propósito de esto, llamaba la atención que sus miradas de bienvenida, a lo primero a lo que se dirigían era a mi calzado polvoriento), y, sin embargo, todo aquel cortejo tenía una fealdad y una uniformidad literalmente culpable y punible. Ello se debía, me parecía a mí, a la falta de color en los ojos, borrados por una obstinada voluntad de mal, y cuando pensé si esto no pasarían de ser quizá imaginaciones mías, en aquel mismo momento me alcanzó una mirada de reojo que, desvalida de rabia por no poder matar al primero que encontrara, en un segundo, sin quererlo, pasaba al siguiente. En el muchacho de veinte años cobró vida la idea de que, en medio de esta multitud, describían aún sus círculos algunos que habían torturado y asesinado, o por lo

menos que se habían reído de estas torturas y estos asesinatos y los habían aplaudido, y que sus descendientes iban a continuar esta vieja tradición con tanta fidelidad como falta de escrúpulos. Ahora avanzaban como los perdedores ansiosos de venganza, malhumorados por un tiempo de paz que ya estaba durando demasiado. Bien es verdad que habían estado ocupados el día entero, pero su trabajo no les había deparado ninguna alegría –todo lo más tenían la satisfacción de haber mandado a alguien a la cárcel, o de haber expedido una hoja de advertencia contra alguien–, y de este modo se odiaban a sí mismos y estaban en pie de guerra contra el presente. Yo estaba literalmente sediento de una mirada, de una mirada cristiana a la que poder corresponder. Idiotas, lisiados, locos, dad vida a este cortejo de fantasmas; sólo vosotros sois los cantores del país natal. Y luego fue un animal, que, apareciendo como la parábola de todos los perseguidos de las pequeñas ciudades, me amansó y al aldeano que estaba detrás del pequeño Estado le mostró la más vasta de las tierras, con estepa, costa y mar. A la luz del crepúsculo, en la periferia de la ciudad apareció una liebre; corrió a toda velocidad, haciendo eses por entre los coches y los transeúntes, atravesando en diagonal la Plaza Mayor y, antes de que nadie advirtiera su presencia, desapareció. Liebre, el animal heráldico de los acosados.

Yo la seguí y fui a parar a una taberna. Hasta aquel momento sólo había oído hablar de ella; tenía mala fama, como punto de encuentro de borrachos. Más tarde, allí volví a encontrar a algunos del ejército de los ciudadanos. Estaban sentados entre los degenerados y los marginados y estaban metamorfoseados. Como si al fin estuvieran vestidos de civil, de ellos emanaba una luz de accesibilidad y confianza. Ardían en deseos de contar algo, no sólo de la guerra. En mi recuerdo los estoy oyendo cantar una canción extrañamente dulce de acción de gracias por la dulzura de la infancia y de lamentación por la juventud robada, y los estoy viendo como solitarios, fugitivos y expulsados. Eran los que sufrían por estar en la camarilla de los que se parecían a ellos; eran los que soñaban con ser acogidos, no por un club distinguido, sino por la ruidosa asamblea de aquí. ¿Ruidosa? Es posible que la gente hablara sin orden, interrumpiéndose los unos a los otros, pero para mí era como si entendiera cada una de las palabras. La imagen que tengo de la cueva llena de humo es la de un orden abarcable, regulado por un juego

conjunto de desenfreno por parte de cada uno y de una seriedad general que ejercía una presión sobre todos. Allí donde iba la camarera se hacía un lugar y del brazo del cocinero alcanzando el plato a alguien desde en medio del vapor parecía salir una nube. El ruido de las cartas, al barajarlas, hacía pensar en el chasquido de las orejas de los perros y el zumbido de las plumas de los pájaros; el de los dados que rodaban sustituía a la música. Siempre que sonaba el teléfono, cada uno de los que estaban allí levantaba la cabeza esperando ser aquel a quien llamaban. La dueña, detrás del mostrador, tenía unos ojos a los que nada podía sorprender. Entró una campesina, algo muy extraño en aquel entorno, y puso al lado de su hijo, que estaba recostado sobre la mesa, un hatillo de ropa blanca recién lavada, la ropa de aquél, y a continuación pidió una copa de licor, para la que luego se tomó mucho tiempo. El que estaba a mi lado preguntó quién era yo y yo se lo dije. Estábamos hombro con hombro. Por detrás se veía un huerto y por delante la calle, donde se oía el ruido de los coches, y un autobús oscuro adelantó a uno iluminado, como en la libertad de una gran ciudad sin nombre.

De camino a casa por el llano desierto, bajo un cielo estrellado sin luna. Como siempre que después de una ausencia prolongada me acercaba a mi pueblo, estaba excitado. Mi estado de ánimo era, literalmente, solemne. Sentía una atracción especial, como si el lugar me hubiera magnetizado; sin embargo, le ordené lentitud a mi corazón. La noche era suave como pocas veces lo es en aquella región y lo único que se oía era el ladrido de los perros, aquí y allá, que, aunque por ninguna parte había ningún agricultor de importancia, hacía pensar en vastas casas de campo. Eran tantas las estrellas –se distinguían incluso claramente las nebulosas–, que las distintas imágenes penetraban unas dentro de otras, y todas ellas presentaban una ciudad cósmica que se extendía por encima de la tierra. La Vía Láctea aparecía como la arteria principal de aquel conjunto y las estrellas que se encontraban en la periferia bordeaban la pista de aterrizaje de su aeropuerto; la ciudad, a punto para recibir a alguien. Pensé en aquella montaña de Marte, dos veces más alta que el Everest y en cuyas laderas estarían las estribaciones de aquella ciudad celeste.

De nuevo a la Tierra: desde lejos se veían las pocas ventanas iluminadas del pueblo de Rinkenberk, como si estuvieran metidas en la espalda oscura de

la colina que lleva el mismo nombre; como si ésta fuera una construcción de tiempos remotos, transformada en un moderno complejo residencial. Junto al triángulo que formaban los caminos con el banco para colocar las lecheras y que marcaba la frontera este, me gustaba sentir el peso del saco de viaje, con los dos gruesos libros dentro; sin él me hubiera levantado por los aires. En los tejados de las casas, sobre todo en las tejas en las que se veía el efecto de la intemperie, un brillo de plata en el cual se curvaban como pagodas. El peón caminero, un mero perfil, estaba junto a la puerta de su caseta, y un saludo, dirigido a mí –una voz temblorosa que sonaba desde la más remota lejanía, sin esperar respuesta–, tenía el acento ritual de las advertencias de un moacid en lo alto de su minarete. Delante de una finca, muy lejos de la carretera, sentados en el banco, estaban todos los miembros de una familia del campo, rodilla con rodilla, unidos en un silencio de comprensión mutua, como si fueran la imagen de la noche de verano transferida al mundo de los hombres. Di un rodeo hacia el cementerio: no había ninguna tumba reciente (sólo las hubo las otras veces que volví a casa; entonces las había siempre). En el camino de vuelta a nuestra casa pasó por delante de mí corriendo una vecina, muda, con los brazos medio levantados; una señal de desvalimiento que se marcaba a fuego. Yo ya no podía distinguir si el murmullo que sonaba en mis oídos provenía del ventilador del hostel o de mi sangre.

Había luz en nuestra casa, en todas las habitaciones, y en el banco estaba sentada la hermana, sola. Si bien su mirada reconoció al que llegaba, no lo saludó. Su rostro se ofrecía en una expresión de desesperación tan pura, que al principio pensé que era beatitud. Pero, según creí entender luego, no era tanto una lamentación por la madre, que se estaba muriendo, cuanto por el amado perdido, inmortal a lo largo de las décadas: «danzarina plañidera». Nunca el muchacho de veinte años había visto una mujer tan bella. Quise quitarle a mi hermana la desolación a besos y –¡monstruoso fenómeno!– la compasión agitó mi ánimo, pero ella era intocable.

Bajo el árbol en espaldera había un montón de peras; nadie las había recogido; se estaban estropeando. Fui a la ventana y dentro, en la habitación, vi a mis padres sobre la cama. Estaban uno al lado del otro, entrelazados estrechamente, y el hombre había puesto la pierna sobre la cadera de la mujer. Se daban la vuelta de un lado y de otro, de modo que, alternativamente, yo

veía la cara del uno y del otro. El padre, duro como era, se mostraba por una vez liberado de sus debilidades, hundido al fin en el corazón de su mujer; llevaba sobre los hombros aquella capa de color rojo vivo bajo la cual, en las noches de Pascua, se había tendido en el suelo de la iglesia; la madre, con los ojos muy abiertos por el miedo a la muerte, quería que los abrazos del esposo la mantuvieran viva. Luego, años después, en el lugar donde estaba la cama, iluminado por un cálido sol, encontré un ficus que crecía bien; me recordó lo que en aquel tiempo había sido el rincón de los dolores; lo sentí ahora, por primera vez, y, de un modo anticipado, vi el momento en el que las ramas retorcidas de la planta decorativa volverían a dejar sitio a un ser humano que se retuerce de dolor.

Cien veces estuve yendo de un lado para otro por delante de la casa, hasta que pude entrar a ver a aquellos dos que amaba, agradecido por haber venido al mundo. Y de lo que siguió no tengo otra imagen que una imagen cálida, enorme, con las manos vacías, para acoger las miradas de mis padres, hasta el fin de mis días.

Muchas veces, en mi relato he mencionado números –números de años, de kilómetros, de hombres y de cosas–, y además cada vez que lo he hecho he tenido que vencer mi resistencia, como si los números fueran incompatibles con el espíritu de la narración. Por esto tengo que hablar otra vez de mi profesor, el que escribía cuentos. Actualmente está jubilado y de vez en cuando lo voy a ver. Ha plantado un jardín, en las afueras de la ciudad, con una cabaña en la que a veces pasa incluso la noche, y su cara pálida de historiador se ha convertido otra vez en una cara morena de geólogo. Su madre, una anciana, todavía vive, pero yo, a pesar de las muchas veces que he estado allí, no la he visto nunca; todavía la oigo dirigirse a su hijo único, a través de alguna puerta, pero no como antes, con palabras, sino simplemente con signos que hace con golpes; unos signos de los cuales el hijo, contando el número de golpes, descifra el sentido. Ahora ya no escribe cuentos; en lugar de esto, dice, cuenta. Dice que ya de niño, muchas veces sin darse cuenta, contaba en silencio, pero luego, en sus expediciones, solo, por la selva del Yucatán, había descubierto que contar –sus pasos, sus respiraciones...– era un medio para sobrevivir; muchas veces, decía, esto le había ayudado a salir



adelante en el peligro, un sortilegio que tenía más fuerza que cualquier cuento y era más eficaz que cualquier oración. Ahora, en la vejez, cada vez más sensible a la invasión de letreros y anuncios, encontraba su refugio en los números, como si fueran su patria, incluso en las listas de precios y en las cifras luminosas de las gasolineras. ¿No había dicho aquel poeta antiguo que el número estaba por encima de todas las intrigas? Contar, decía, le apaciguaba, y de este modo él se recuperaba del mundo de los eslóganes. Y sus números sagrados eran los de los mayas: el nueve y el trece. Nueve veces frotaba los zapatos delante de la casa; trece veces sacudía por la mañana la almohada; trece pájaros tenían que haber pasado por su jardín para que se pusiera a trabajar; le hacían falta nueve para que resoplara; daba ciento veintisiete –nueve por trece– vueltas antes de irse a dormir.

Esto, por lo que hace al viejo. Yo, en cambio, aunque me muera hoy mismo, ahora, al fin de esta narración me veo en la mitad de mi vida; observo el sol de primavera sobre el papel en el que no hay nada escrito; pienso en las estaciones pasadas, el otoño y el invierno, y escribo: narración, en este mundo nada más que tú; nada más justo, lo más santo para mí. Narración, patrona del guerrero lejano, mi dueña. Narración, el más espacioso de todos los vehículos, coche celeste. Ojos de la narración, reflejadme, porque sólo vosotros me conocéis y me hacéis justicia. Azul del cielo, baja a este valle por medio de la narración. Narración, lanza de nuevo las letras, como si fueran dados, recorre con tu soplo las series de palabras, ensámblate en forma de escritura y, en la tuya particular, danos la nuestra, común a todos nosotros. Narración, repite, es decir, renueva; posponiendo siempre de nuevo una decisión que no debe existir. Ventanas ciegas y pastizales desiertos, sed el aguijón y la filigrana de la narración. Viva la narración. La narración tiene que continuar. Que el sol de la narración esté para siempre sobre El Noveno País, un país que sólo se podrá destruir con el último hálito de vida. Exiliados del país de la narración, volved del Ponto Euxino. Sucesor, cuando yo ya no esté aquí, me encontrarás en el país de la narración, en El Noveno País. Narrador que estás en tu cabaña cubierta de hierbas, en el campo, tú que tienes sentido de la orientación, puedes enmudecer tranquilamente, puedes callar tal vez a lo largo de los siglos, pero luego, rey, niño, concentra tus fuerzas, yérguete, apóyate sobre los codos, sonríe a lo que hay a tu alrededor, inspira

profundamente y empieza de nuevo con aquella palabra que dirime todo conflicto, con tu: «Y...».

Título original: *Die Wiederholung*

Edición en formato digital: 2018

© Suhrkamp Verlag, Frankfurt am Main 1986. Todos los derechos reservados y controlados por Suhrkamp Verlag, Berlín

© de la traducción: Eustaquio Barjau, 1991, 2018

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

ISBN ebook: 978-84-9181-040-7

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)